

MUHAMMAD: EL ENVIADO DE DIOS

© CENTRO ISLAMICO EN ESPAÑA
Fotocomposición y Fotomecánica:
COMMETA - 4311310 - Madrid
Impresión:
I.S.B.N.: 84-87208-07-X
Depósito legal:
Impreso en España - Printed in Spain

MUHAMMAD:
EL ENVIADO DE DIOS

X

INDICE

Introducción.....	7
Dedicatoria y Agradecimiento	9
Obras de Consulta. Aclaración	11
Cap. I. La civilización humana y la Península Arábiga ...	13
Cap. II. La Casa Quraichita	27
Cap. III. Muhammad: Desde su nacimiento hasta el matrimonio con Jadiya	39
Cap. IV. Desde el matrimonio hasta las primeras revelaciones	57
Cap. V. Desde el principio de la revelación hasta la emigración de los primeros musulmanes a Abisinia .	67
Cap. VI. Dos nuevos musulmanes: Hamsa Ibn Abd Al Muttaleb y Umar Ibn Al Jattab	101
Cap. VII. Las muertes de Abu Taleb y Jadiya	113
Cap. VIII. El viaje nocturno: Al Isara'	121
Cap. IX. Los dos compromisos de Al Aqaba	129
Cap. X. Consecuencias históricas del gran compromiso «La emigración»	139
Cap. XI. Los primeros comienzos en Medina	149
Cap. XII. En busca de la anhelada seguridad	165

Cap. XIII.	La gran batalla de Badr	175
Cap. XIV.	Entre Badr y Uhod	197
Cap. XV.	La batalla de Uhod	209
Cap. XVI.	Las consecuencias de Uhod	229
Cap. XVII.	Las facciones aliadas y la campaña de la trinchera	247
Cap. XVIII.	La quinta columna. La campaña de Banu Al Mus- taleq	275
Cap. XIX.	El Tratado de Hudaibiya	285
Cap. XX.	Embajadas	311
Cap. XXI.	La influencia judía en el norte	323
Cap. XXII.	El Profeta realiza el Umra	333
Cap. XXIII.	La campaña de Mu'tah	339
Cap. XXIV.	La entrada en la Meca	347
Cap. XXV.	La batalla de Hunain	363
Cap. XXVI.	La expedición de Tabuk	375
Cap. XXVII.	La peregrinación del adiós	383
Cap. XXVIII.	Hacia el compañero más sublime.....	393

MAPAS

"El mundo en los primeros comienzos del Islam (siglo VII)"

"La Emigración"

"La Batalla de Badr"

"La Batalla de Uhod"

"La Batalla de la Trinchera"

"La Conquista de Jaibar"

"La Entrada en la Meca"

"La Peregrinación del adiós"

INTRODUCCION

El Centro Islámico en España, consciente de la profunda crisis espiritual y moral que azota nuestra sociedad en el momento actual, aspira a cumplir con un viejo sueño. Transformarse en auténtico vehículo de trasvase cultural entre la civilización Islámica y la occidental y, en sólido puente de acercamiento entre los pueblos. Por ello, se dedicó en los últimos quince años a presentar, ante la sociedad española, trabajos y estudios acerca de una amplia gama de temas islámicos.

Una treintena de obras han sido ya publicadas, culminando esta labor con la presentación, hoy en día, de esta magnífica biografía de Muhammad, el Profeta del Islam. A nadie se le escapa la importancia tan vital, desempeñada por él en el curso de toda la humanidad, dejando plasmadas sus inequívocas e imborrables huellas en el desarrollo de la historia universal.

Deseamos, sinceramente, que esta obra sirva a nuestros queridos lectores para acercarnos un poco más a esta inolvidable personalidad, así como a su intensa y extensa labor realizada, día a día, a lo largo de toda una vida.

X

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTO

En estos momentos de especial satisfacción, viendo alcanzado uno de mis sueños más anhelados, no encuentro mejores palabras de agradecimiento a Dios y de sometimiento a Su voluntad que las pronunciadas por Muhammad, el Enviado de Dios –Que la paz y las bendiciones de Dios sean con él–, al término de su visita a Taef:

“Me refugio en Ti, Dios mío, contra mi debilidad y mi incapacidad. Tú eres el Señor de los desheredados y Tú eres mi Señor. No me abandones a extraños que me desdeñen, ni a enemigos que me maltraten. Si no soy objeto de tu enojo, nada me preocupa. Tu gracia es la que siempre busco. Me refugio en la luz de Tu Faz, que ilumina las tinieblas. La única que concede el consuelo y la justicia, en esta vida y en el más allá. No hay fuerza ni socorro sin Ti.”

Quisiera aprovechar esta oportunidad para dejar constancia de mi agradecimiento más profundo y emocionado al profesor F. Torralbo Tamaral quien, con paciencia y perseverancia, se entregó en cuerpo y alma a una ardua labor de reconstrucción y corrección

del estilo literario de la mayor parte de esta obra. Así mismo, expresar mi agradecimiento a las siguientes personalidades, que me han apoyado y aconsejado en las distintas etapas de la investigación desarrollada:

Prof. A. Al Aquil,
Prof. Dr. M. Al Hussari,
Prof. Dr. A. Al Totonji,
Prof. Dr. M. Hammad Al Jobani (WAMY),
Prof. M. Kamal Mustafa,

De igual modo, no puedo sino dejar constancia de mi sincero reconocimiento y mi recuerdo más emocionado al malogrado Nizar Al Sabbag, auténtico promotor de toda la obra literaria editada por el Centro Islámico en España.

Por último desearía dedicar esta obra a mis padres, mi esposa y mis hijas Abir, Sara, Nur y Lamis; elevando vivas súplicas al Creador para que les conceda Su Luz, Beneplácito y Misericordia.

*¡Señor! Concédeme a mí y a mis padres tu perdón.
¡Señor! ten misericordia de ellos, tal y como la tuvieron
conmigo, cuando me criaron en mi niñez.*

A. Maher Safi

OBRAS DE CONSULTA

1. El Sagrado Corán
2. Traducciones al castellano del Sagrado Corán
3. Al Sira (Ibn Hicham)
4. Fiqh Al Sira (Al Gazalí)
5. Al Rahiq Al Majtum (Al Mubarakfuri)
6. Hayat Muhammad (Haykal)
7. Al Sira (Ibn Kathir)
8. La vida de Muhammad (Martin Lings)
9. Riad Al Salihin (Al Nauawi)
10. Al Sira Al Nabawia (Al Nadawi)
11. Safuat Al Tafasir
12. Sahih Al Bujari
13. Atlas al Tarij al Islami (Dr. H. Mu'nis)

ACLARACION

En todas las referencias al Creador, Clemente y Misericordioso, me incliné por el término "Dios" con el sincero deseo de acercar el concepto del término árabe "Al'ah" al estimado lector. Sin embargo conviene recordar el versículo coránico que dilucida el citado término:

"Dí: El es Al'ah, el Único. Es el Eterno, el Independiente y el Implorado por todos. Jamás engendró ni fue engendrado y nada ni nadie Le es comparable".

El Sagrado Corán (114:1-4)

X

CAPITULO I

LA CIVILIZACION HUMANA Y LA PENINSULA ARABIGA

Durante mucho tiempo, el verdadero origen y desarrollo de nuestra civilización ha constituido un auténtico enigma, incluso para los científicos de nuestros tiempos modernos.

Los trabajos realizados por los más prestigiosos equipos de arqueólogos en Egipto, Mesopotamia y otros lugares de Oriente Próximo apuntan hacia la posibilidad de que fuera la civilización egipcia, haría ahora más de seis mil años, una de las primeras en encontrar el camino del desarrollo y el progreso.

En este contexto histórico podemos contar con una hipótesis que goza de los más respetables visos de autenticidad, donde la cuna de estas primeras civilizaciones se considera directamente relacionada con la cuenca del Mediterráneo. Esta hipótesis nos habla así mismo, de un Egipto sensiblemente más evolucionado que las que por aquel entonces incipientes civilizaciones de Roma y Grecia.

De todos modos, no cabe la menor duda de que estas civilizaciones, además de la desarrollada en Mesopotamia, alcanzaron un grado de progreso y prosperidad que no dejan de causar, hoy en día, nuestra más asombrada admiración.

A pesar de los fluctuantes vaivenes que cualquier sociedad humana sufre a lo largo de su historia, las creencias religiosas han perma-

necido, sin embargo, como un destacado agente modelador e impulsor de los destinos del mundo. La religión sigue, incluso en la actualidad, desempeñando un papel sumamente importante, pese a la obstinada represión con que nuestra civilización materialista ha intentado, en no pocas ocasiones, marginarla e incluso eliminarla de su presencia activa en la sociedad. En cualquier caso la religión ha conseguido mantener su perseverante marcha al lado de nuestra civilización, a la que en un día no muy lejano, esperamos que vuelva a asimilar en sus auténticas medidas y proporciones.

En este entorno en el que, durante varios miles de años, la civilización ha descansado sobre las bases de una vacilante creencia religiosa, aparecieron tres grandes religiones universales: Egipto conoció al profeta Moisés quién además de ser educado en la propia casa del Faraón fue también instruido por sus sacerdotes. El fundamento del mensaje de Moisés se centraba en la unicidad de Dios. Tiempo más adelante aparecería Jesús en Palestina, Jesús el Nazareno, el hijo de María, quien fue fortificado con el espíritu de la santidad y la palabra de Dios. Después de Jesús, sus discípulos continuaron la predicación del mensaje, enfrentándose del modo más valiente a las persecuciones y el odio más violentos. A pesar de estos duros avatares, el cristianismo se extendió a lo largo y ancho de todo el mundo, siendo el propio emperador de Roma uno de los convertidos a la nueva fe. El Imperio Romano continuaría así su marcha adelante en tanto que el mensaje de Jesús alcanzaba grandes zonas de Egipto, Grecia y Siria. Desde el propio Egipto, este mensaje llegaría también hasta las tierras de Abisinia en donde continuó floreciendo por espacio de varios siglos.

Frente a un cristianismo que había logrado propagarse gracias al poder influyente de Roma, se encontraba el zoroastrismo, una especie de religión seguida en Persia y apoyada por el poder moral de la India y de otros países del Lejano Oriente. Lamentablemente, muy pronto daba comienzo una larga serie de luchas sangrientas entre los seguidores de una y otra religión. Los fundados temores

que ambos bandos sentían hacia las creencias religiosas de sus respectivos adversarios, fue un motivo más que suficiente para avivar las controversias entre ambos imperios. Estas numerosas guerras en que ambos bandos contendieron, no sirvieron para otra cosa sino para agotar de más en más a sus respectivos poderíos, aunque tampoco llegaron, por ello, a un definitivo enfrentamiento religioso. Si bien es cierto que Persia conquistó toda Siria, Egipto e incluso algunas tierras próximas al imperio bizantino, sus reyes, en cambio, nunca se sintieron inclinados a extender el área de su influencia religiosa. Y aún menos les importó convertir a los cristianos. Bien lejos de ello, los conquistadores supieron respetar en todo momento las religiones de los países conquistados, ayudándoles incluso a reconstruir los templos que las guerras habían devastado. Es por ello que los creyentes gozaban de la más amplia libertad para cumplir con sus ritos y deberes religiosos. El único caso, que podemos calificar de verdaderamente excepcional, es aquel conocido en que los persas lograron apoderarse de una figura de la Gran Cruz de Jerusalén, trasladándola posteriormente a tierras de Persia. No obstante, cuando los bizantinos lograron alzarse, más tarde, con la victoria, estos la restituyeron a su antiguo lugar de origen.

Esta situación de lucha se prolongó hasta bien entrado el siglo VI de la Era Cristiana. Veamos que en este ínterin de tiempo fue creciendo de modo bien sensible la rivalidad entre los dos imperios romanos, el de Oriente y el de Occidente.

El relativo poder que aún conservaba Roma, hacía que esta se contemplara, orgullosa, en el recuerdo de su más lejano y poderoso pasado, el de la época dorada de Julio Cesar. Habían sido varios los siglos de un prolongado dominio en todo Occidente... hasta Las Galias y la misma Inglaterra. A pesar de ello, su poder y su gloria comenzaban ya a declinar sensiblemente.

En un plano bien distinto, el poder de Bizancio iba creciendo de más en más. Así, tras la definitiva disolución del poder romano, que

siguió a las invasiones de los vándalos y a la conquista de la propia Roma, Bizancio se convirtió de hecho en el único heredero del vasto Imperio Romano. Resulta por demás obvio que estos acontecimientos marcaron con una influencia decisiva la futura trayectoria del cristianismo.

La gran mayoría de los historiadores coinciden en afirmar que el cristianismo comenzó casi desde sus primeros tiempos a dividirse en sectas. A su vez, cada una de estas sectas fue dando lugar a la aparición de otras tantas facciones que pretendían imponer su particular punto de vista acerca de los principios más fundamentales de la religión.

En ausencia de unos principios comunes que pudieran salvar estas diferencias, las sectas discrepantes se convirtieron en los más serios rivales de sus restantes opositoras. Esta circunstancia y la evidente decadencia moral de algunos de sus más destacados protagonistas, dio lugar a la aparición de ciertos antagonismos, más bien de carácter personal. De esta manera las controversias que dividían a los seguidores de Jesús eran las típicas que suelen afectar a cualquier cultura en su período de disolución o decadencia. Es decir, no eran más que simples disputas verbales nacidas de la atribución de significados esotéricos a algunos de sus términos o conceptos. Esta misma decadencia a que llegó el cristianismo, dando motivo a que se dividiera en múltiples sectas, no afectó significativamente a los fundamentos políticos del Imperio Romano. Más bien el Imperio permaneció fuerte y estrechamente unido, en tanto que las sectas discutían sus diferencias y los concilios eran convocados, de cuando en cuando, para resolverlas. Al menos durante un cierto tiempo ninguna de aquellas sectas tuvo poder suficiente como para lograr un acuerdo común con las restantes. Por su parte el Imperio continuaba otorgando su protección a todas ellas, concediéndoles plena libertad para discutir sus diferencias. Naturalmente, ello sirvió para acrecentar el poder del Emperador sin reducir para nada su prestigio religioso. De hecho, cada secta buscaba afanosamente las sim-

patías e influencias del Emperador prometiéndole tenerlo por su exclusivo patrón y protector. Mientras tanto, una parecida decadencia llegaría a afectar las bases del zoroastrismo. A pesar de que la adoración al fuego seguía dando una apariencia de unidad a las diversas facciones zoroastrianas, la religión y sus propios seguidores estaban realmente divididos en múltiples sectas que luchaban enconadamente entre sí. En otro orden de cosas, y aparentemente insensibles a las controversias suscitadas en torno a las personificaciones divinas y a los significados que subyacían tras ellas, la estructura política del país continuaba dando signos de firmeza. Ciertamente, todas las sectas buscaban la protección del emperador persa, y éste no dudaba en concederles sus tratos de favor con tal de conservar su propio poder.

Pero, ¿cuál era la situación real en la Península Árabe, en todo este contexto general de la zona del Mediterráneo y de Mesopotamia?

Sin duda alguna no podremos afrontar a fondo este trabajo, acerca de Muhammad y su mensaje, el Islam, sin antes adentrarnos en la descripción de aquella época y la especial situación que la rodeaba.

LA MECA Y EL TEMPLO DE LA KA'BA

POSICION GEOGRAFICA DE LA MECA

Aproximadamente a unos 80 km. al este de la orilla del Mar Rojo, se extienden varias cadenas montañosas en dirección norte que, paralelas a la línea que bordea la costa, rodean a una pequeña llanura que queda en su interior, dejándola cercada casi por completo, a no ser por tres pequeñas salidas que la unen con otras tantas importantes vías. La primera de ellas enlaza con la antigua ruta de caravanas en su camino hacia el Yemen. La segunda conecta con

la ruta en dirección hacia Palestina y Siria, en tanto que la tercera, la del Mar Rojo une a esta pequeña llanura con la costa. Estas rutas que probablemente se remontan a varios miles de años atrás—incluso antes de que La Meca fuera construida como una gran urbe—utilizaron con toda seguridad aquel valle como lugar habitual de descanso de las caravanas que por allí transitaban. Con suficiente certeza podemos afirmar que fue Ismael, el hijo de Abraham, quien de modo permanente decidió establecerse en aquel lugar.

Teniendo en cuenta que Ismael fue el primero en hacer de La Meca un núcleo de población permanentemente habitado, la historia de esta ciudad, antes de su llegada, es bastante desconocida. Es por este motivo, que la presencia de Ismael en La Meca exige cuando menos, que resumamos brevemente la historia de su padre Abraham, la paz de Dios sea con él.

Nacido en tierras de Irak, Abraham era hijo de un artesano carpintero, dedicado a la fabricación de imágenes destinadas al culto. Siendo ya Abraham un muchacho y al observar un día cómo su padre se encontraba fabricando una de estas imágenes, le asombró como aquéllas se convertían posteriormente en auténticos objetos de adoración. Aquellas estatuas de madera no representaban para él más que unos simples trozos de madera sin valor alguno. De este modo, Abraham se apresuró a pedir una explicación a su padre. Al parecer no debió ser muy satisfactoria la respuesta que recibió Abraham, ni tampoco la que encontró en sus amigos más próximos. Fue así, como Abraham se decidió a demostrar a sus paisanos el grave error en que se encontraban. Aprovechando que un día se hallaba solo en el interior del templo, Abraham comenzó a destruir cuantas imágenes tenía a su alcance excepto aquella que representaba la deidad principal. Poco tiempo debió pasar para que fuera descubierto este desastre, y Abraham fue así arrestado e interrogado:

«Dijeron: “¡Oh, Abraham! ¿Fuiste tú quien hizo esto con nuestros dioses?”. El dijo: “Más bien fue éste, el

mayor de entre ellos. ¡Preguntádes, pues, si es que son capaces de hablar!”»

El Sagrado Corán (21:62-63)

A partir de este incidente, Abraham comenzó su larga búsqueda del Dios Único y Eterno. La meditación contemplativa fue el medio de conseguirlo. El Sagrado Corán nos detalla aquellos momentos:

«Cuando la noche cerró su oscuridad, vio una estrella y dijo: “¡Este es mi Señor!”. Mas cuando desapareció, dijo: “¡no amo a los que desaparecen!”

Cuando vio la luna que salía dijo: “¡Este es mi Señor!”, pero cuando se ocultó, dijo: “si mi Señor no me guía, ciertamente seré uno de los extraviados”.

Cuando vio el sol que salía, dijo “¡Este es mi Señor, este es mayor!”, pero cuando se puso dijo: “¡Pueblo mío!, soy inocente del culto idólatra que vosotros profesáis. Vuelvo mi rostro como Hanif¹ hacia Quien ha creado los cielos y la tierra. Y en modo alguno soy de los politeístas”.»

El Sagrado Corán (6:76 al 79)

ABRAHAM Y SARA EN EL DESIERTO

El intento de Abraham por salvar a su pueblo del paganismo, lejos de obtener cualquier éxito, constituyó un rotundo fracaso. Su “incalificable” osadía debía recibir un castigo ejemplar, y fue por

¹ *Hanif: creyente en la Unicidad de Dios, siguiendo la pura fe de Abraham.*

ello condenado a morir abrasado en el fuego. En aquella ocasión, Dios lo salvó de una muerte segura, dejando sin efecto aquellas abrasadoras llamas. Años más tarde, Dios volvería a protegerlo, cuando se vio obligado a huir a Palestina en compañía de su esposa Sara; Desde la misma Palestina viajó poco tiempo después hasta Egipto, que por aquel entonces estaba gobernado por los Hiksos o reyes pastores.

Era costumbre de aquellos reyes rodearse de doncellas de gran belleza y Sara era sin duda una mujer de especial belleza. Por ello, y nada más conocerla, el rey decidió tomarla como esposa... Sin embargo un sueño providencial lo llevaba a desistir de su propósito, devolviendo a Sara de nuevo a Abraham, colmándolo además con valiosos regalos, entre los que se encontraba una bonita esclava llamada Agar.

Transcurrían los años y Sara seguía aún esperando la llegada del hijo deseado. Viendo la triste soledad que rodeaba a su amado esposo, Sara le pidió a Abraham que fuera Agar quien le concediera este hijo. Fruto de esta unión nació Ismael... Años más tarde, la misericordia de Dios concedió a Sara el nacimiento de Isaac.

EL VIAJE DE ABRAHAM CON ISMAEL Y AGAR AL VALLE DE LA MECA

La niñez de Ismael se desarrolló rodeada por el inmenso amor y cariño que le dispensaban sus padres... Pero Dios iba a someter de nuevo a Abraham a una prueba especialmente dolorosa. Dios le ordenó trasladar a su esposa Agar y al pequeño Ismael al valle de La Meca.

Abraham no tenía otra elección, su inmensa fe le inclinaba, sin excusa, a cumplir el mandato divino.

De esta manera, Abraham partió acompañado de Agar e Ismael, siguiendo la ruta del sur hasta llegar al valle de La Meca. Después de dejar a ambos con una escasa provisión de agua y víveres, Abraham emprendió de nuevo el camino de regreso para volver junto a Sara.

Por aquel tiempo, el valle de La Meca era, según podemos recordar, un lugar de obligado tránsito para las caravanas que hacían la ruta entre Siria y el Yemen. Sin embargo, este tránsito se realizaba en contadas ocasiones a lo largo del año... Agar e Ismael se encontraban, pues, solos en aquel árido y desértico lugar. Poco a poco, las provisiones comenzaron a escasear... la angustia crecía apresuradamente en el corazón de Agar contemplando la incierta suerte que esperaba a su hijo Ismael. A pesar de todo, el sentimiento de una madre es más fuerte que cualquier circunstancia, por muy adversa que esta sea. Y fue así como Agar comenzó una desesperada carrera en busca del agua con que calmar la sed de su hijo. Una y otra vez, Agar iba y venía, recorriendo el camino entre dos pequeños montículos, los de Safa y Marua. Así hasta siete veces... Cuando, exhausta del agotador esfuerzo, Agar volvió al lado de Ismael, encontró que su hijo estaba entregado a excavar la arena que había bajo sus pies. La sorpresa y el asombro de Agar no tenían límites: el agua salvadora había comenzado a brotar entre los granos de aquella, hasta pocos momentos antes reseca arena... el nombre de Zam-Zam que habría de recibir aquel manantial de vivificadoras aguas, responde al significado de las mismas palabras de Agar "reúnete, reúnete", en su intento de salvar entre sus manos aquella primera agua derramada.

ABRAHAM Y EL SACRIFICIO DE ISMAEL

La historia del sacrificio nos describe a Abraham teniendo un sueño en el que Dios le ordenaba sacrificar a su hijo Ismael. De este modo, y en uno de sus viajes para visitar a Agar y al jovencito Ismael en La Meca, Abraham refirió a su hijo este sueño. Era aún muy de

mañana, cuando Abraham salió con Ismael, dispuestos a cumplir con el mandato divino. El Sagrado Corán nos recuerda este importante episodio:

«Hijo mío, he soñado que te inmolaba. Mira, pues, qué te parece. Dijo: ¡Padre, haz lo que se te ordena! si Dios quiere, me encontrarás que soy de los pacientes. Y cuando ambos se habían entregado a la voluntad de Dios y (Abraham) lo había colocado contra el suelo, le llamamos: ¡Abraham! cumpliste con el sueño y es así como recompensamos a los virtuosos. Ciertamente esta fue la prueba más evidente... y hemos perpetuado su nombre para la posteridad.»

El Sagrado Corán (37:102-108)

A partir de aquel día, el valle de La Meca se vio convertido en un lugar de descanso habitual y de aprovisionamiento del agua tan necesaria con que cubrir los largos e inhóspitos caminos del desierto. Esta circunstancia dio lugar a que algunas tribus se decidieran a instalarse también en las cercanías de este benéfico y prometedor manantial, siendo la tribu de Yurhum la primera en habitar el actual valle de La Meca... Años más tarde, el joven Israel tomaba por esposa a una mujer de esta tribu árabe y de este matrimonio nacerían doce hijos, cuya descendencia habría de configurar, a su vez, otras tantas tribus de La Meca.

LA CONSTRUCCION DE LA KA'BA POR ABRAHAM E ISMAEL

Habían pasado algunos años cuando Abraham regresó de nuevo al valle de La Meca para visitar a su esposa Agar. Su encuentro con Ismael albergaba, sin embargo, un propósito más trascendental. Abraham había recibido de Dios la orden de construir en La Meca,

con la ayuda de su hijo Ismael un lugar de culto, una casa para la adoración de Dios.

La construcción del Templo Sagrado de la Ka'ba por Abraham e Ismael está recogida en el Sagrado Corán.

«Ciertamente, la primera Casa establecida para la gente es la de La Meca, bendecida y una guía para la humanidad. Hay en ella signos evidentes. Es el lugar de Abraham y quien entre en ella gozará de seguridad.»

El Sagrado Corán (3:96-97).

Y en otra cita:

«Y cuando hicimos de la Casa un lugar de reunión para los humanos, donde pudieran sentirse seguros. “Tomad el lugar de Abraham como oratorio.” Asimismo, hemos ordenado a Abraham e Ismael: “Purificad mi casa para los que vienen a hacer, devotamente, la circunvalación, el retiro, la meditación y la postración.”

Y cuando Abraham dijo: “¡Señor mío! Haz de ésta una ciudad segura y provee de frutos a aquellos de sus habitantes que creen en Dios y en el último día”. Dijo: “Y a quienes no crean, les dejaré gozar por breve tiempo. Después, los someteré al castigo del fugo. ¡Que destino más desdichado!”

Y cuando Abraham e Ismael levantaron los cimientos de la Casa, dijeron: “Señor nuestro ¡Acéptalo de nosotros, pues Tú eres Quien todo lo oye, Quien todo lo sabe!”»

El Sagrado Corán (2:125 al 127)

LA EVOLUCION RELIGIOSA EN ARABIA

No obstante las anteriores consideraciones, la propia dinámica del suceso histórico, con sus variadas y complejas alternativas, nos lleva inevitablemente a formularnos algunos interrogantes, que una vez dilucidados pueden ofrecernos la luz necesaria para una más correcta comprensión. Así, entre nosotros, nos preguntamos ¿qué pudo ocurrir para que una vez establecida la Casa Sagrada, como lugar de adoración, se viera más adelante convertida en panteón de culto idólatra, hasta el punto de que poco tiempo antes de que Muhammad entrara triunfante en La Meca, La Ka'ba albergaba no menos de trescientos ídolos, que representaban a otros tantos dioses?, ¿cuáles eran, además, aquellos rituales paganos?, o ¿en qué forma se desarrollaban?, ¿cuándo, en qué época, tuvo lugar esta instauración pagana?. En vano pasaríamos por las páginas de los innumerables textos históricos buscando respuestas a estas preguntas. En el mejor de los casos, es muy posible que en ellos, solo encontremos las más descabelladas fantasías, aquellas que en algún extraño momento, sus peregrinos autores pudieron imaginar. De los pocos datos que nos suministran las fuentes históricas, sabemos que en la península arábiga fueron apareciendo a lo largo de los siglos, diversos profetas que iban llamando a sus propias tribus a la adoración del Dios Único. A bien decir, poca o ninguna importancia debieron dar los árabes a estos mensajes divinos, pues, de uno u otro modo, continuaron entregados a las prácticas de su ancestral culto idólatra. Uno de estos profetas fue Hud que, habiendo sido enviado por Dios a la tribu de los Aad, tampoco encontró el suficiente eco entre sus propios paisanos. Demasiado orgullosos, aquellos tal vez, no pudieron o más bien no supieron renunciar a sus arraigadas tradiciones, suficientemente marcadas por un variado y florido repertorio de prácticas idólatras y supersticiones:

«Dijeron: "Oh Hud, no nos has traído ninguna prueba evidente, y no abandonaremos, por tus palabras, a nuestros dioses. No creemos en ti".»

El Sagrado Corán (11:53)

... Parecida suerte hubieron de correr Saleh y Chuaib con sus respectivos pueblos, Zamud y Madian.

Por lo que respecta a La Meca, podemos decir que durante este prolongado período de tiempo, la Ka'ba fue configurándose como centro neurálgico, acaparador de la mayor atención en lo que concierne a la vida religiosa de aquellas tribus árabes.

El posterior desarrollo y evolución de esta vida religiosa, dio lugar a que en La Meca surgiera otro desarrollo paralelo al anterior, especialmente reflejado en sus aspectos económico y social. De esta manera, y para prestar la atención necesaria al ingente número de peregrinos que concurrían a la Ka'ba, fueron apareciendo gradualmente una serie de cargos, que representaban otras tantas funciones destinadas a cubrir los aspectos organizativos y administrativos de La Meca. Fundamentalmente, estos cargos recibían los nombres de Hiyaba, Siqaya, Rifada, Nadua, Liua y Quiada. El primero de ellos, el de Hiyaba, estaba relacionado con la custodia de las llaves de la Ka'ba, así como la prestación de los servicios requeridos para el mantenimiento general de la misma. El cargo de Siqaya aseguraba, a su vez, el suficiente aprovisionamiento de agua potable como para atender las necesidades de todos aquellos peregrinos. El aprovisionamiento de comida estaba encomendado al cargo de Rifada. La presidencia de las reuniones y asambleas era competencia del cargo de Nadua, en tanto que el cargo de Liua estaba referido a aquel que portaba el estandarte del ejército. Por último, Quiada, desempeñaba la comandancia de este mismo ejército en tiempos de guerra.

Si hemos de situarnos en el marco ambiental, que configuraba La Meca, en el tiempo inmediato posterior a la construcción de la Ka'ba, bien podemos decir que aquella ciudad no representaba en

el mejor de los casos, más que la incipiente agrupación de unas pocas tribus, entre las que cabría destacar las de Amaliqa y Yurhum.

Desde la llegada de Abraham e Ismael al valle de La Meca, y la construcción de la Ka'ba, hubo de transcurrir un considerable período de tiempo hasta que esta primitiva ciudad se viera transformada en un característico centro urbano, pleno de una floreciente y rica vida comercial, que habría de situar a los Yurhum –por espacio de unos veinte siglos– como protagonistas de una indiscutible influencia en el marco de la vida social.

CAPITULO II

LA CASA QURAICHITA

Esta situación, con alguna que otra alternativa de muy escasa consideración, habría de prevalecer a lo largo del tiempo hasta los comienzos de la época de Qusay Ibn Kilab. Líder indiscutible de los Yurhum, Qusay representaba además la rama familiar de la tribu quraichita, a la que estaba entroncado por su descendencia directa de Fihr Ibn Malek, fundador este último, de la casa quraich... En nuestra historia y dado su especial interés, hemos de destacar a Qusai como antecesor directo de Muhammad, correspondiéndole ser su quinto abuelo por esta línea de generación.

LOS DESCENDIENTES DE QUSAY

El reloj cronológico de la historia apunta hacia el año 400 de la Era Cristiana para señalarnos el nacimiento de Qusay. Tiempo más tarde y fruto de su matrimonio con Huba, hija de Hulail –jefe de la tribu Jusa'a–, habrían de nacer Abd Aldar, Abd Manaf y Abd Al Uzá. Llegado a la ancianidad, Qusai designaría al primero de ellos para desempeñar todas las funciones anexas al servicio de la Ka'ba. De este modo, Abd Aldar se vio convertido en el depositario directo de las llaves de la Ka'ba, y asimismo máximo responsable de los cargos de Siqaya, Liua y Rifada, de los que anteriormente ya hemos hablado.

LOS DESCENDIENTES DE ABD MANAF

Con las recomendaciones que le hiciera su padre, Abd Aldar desempeño con probada eficacia las nuevas responsabilidades que se le habían encomendado. No obstante, y a poco después de su muerte comenzaron a surgir los primeros enfrentamientos entre sus propios hijos y los de su hermano Abd Manaf, que también pretendían la administración de la Ka'ba. La rivalidad alcanzó un límite extremo, en el cual había que llegar necesariamente a un entendimiento, pues, por otra parte, los quraichitas también se hallaban divididos por causa de esta misma e inestable situación. De esta manera y tras celebrar varias consultas, ambas facciones llegaron a unos acuerdos, en orden a repartir aquellas funciones del siguiente modo: los hijos de Abd Manaf desempeñarían los cargos de Siqaya y Rifada, en tanto que los Abd Aldar lo harían con los de Hiyaba, Liua y Nadua. A partir de este pacto histórico, ambas partes vivieron en plena concordia, así hasta la llegada del mensaje del Islam, con el cual daría comienzo el culto unitario al Dios Unico, con la consiguiente y definitiva desaparición del culto idólatra.

HACHEM (464 D. C.)

De entre los cuatro hijos de Abd Manaf: Abd Chams, Naufal, Al Muttaleb y Hachem, le correspondió a este último, por razones de su indiscutible prestigio social, asumir las responsabilidades de los cargos de Siqaya y Rifada. Con este motivo, Hachem hizo un llamamiento a los quraichitas, renovando así la invitación que antes les hiciera su abuelo Qusay, para seguir contribuyendo a la provisión de alimentos para los peregrinos.

Gracias al denodado esfuerzo de Hachem, siempre dispuesto a mejorar las atenciones a los peregrinos, ello unido a su proverbial

generosidad para sus convecinos de La Meca, muy poco tiempo hubo de pasar para que este gran hombre se viera convertido en el auténtico líder de la ciudad.

ABUNDANCIA Y PROSPERIDAD EN LA MECA

En esta línea de prosperidad, y además de regular definitivamente la ruta de las caravanas más importantes de La Meca, Hachem inició la expansión del tráfico comercial de La Meca hasta países como Persia, Bizancio, el Yemen y Etiopía, estableciendo para ello dos expediciones anuales. Una, la expedición del verano con destino a Siria, y la otra, dirigida hacia el Yemen, durante el tiempo de invierno. Para llevar a cabo este propósito, Hachem consiguió la firma de varios tratados con los gobernantes de aquellos países o territorios, correspondiéndole a él mismo el honor de hacerlo personalmente, o en alguna que otra ocasión lo fueron sus propios hermanos ocupando este puesto.

Fruto de este rico trasiego comercial fue el que, en poco espacio de tiempo, La Meca se viera convertida en la verdadera capital de toda la península arábiga.

En uno de aquellos viajes comerciales a Siria, ya en el camino de regreso, en Yazreb, Hachem llegaría a conocer a Salma Bint Amr, cuando ésta se encontraba entregada a las labores de supervisión de sus propios negocios. Hachem quedó profundamente admirado por la belleza y noble presencia de aquella mujer... La unión de ambos, una vez casados, iba a durar, sin embargo, poco tiempo. Pocos años más tarde, Salma regresaría a Yazreb para dar a luz el fruto de este feliz matrimonio. Un varón que habría de recibir el nombre de Cheiba. Mientras tanto, su esposo Hachem emprendía su habitual y largo viaje de negocios hacia Siria.

En el transcurso de este viaje, Hachem se sintió repentinamente enfermo en la ciudad de Gaza, en Palestina, cuya tierra hubo de recibir el cuerpo sin vida de este hombre, sin par generoso y prudente, que con admirable temple y sabiduría supo conducir durante muchos años los destinos de los quraichitas.

AL MUTTALEB

Tras la súbita muerte de Hachem, y a pesar de que Abd Chams era el mayor de los hermanos, vino a sucederle en el cargo Al Muttaleb, gracias a la especial estima con que era considerado por los dignatarios quraichitas. ¡Y cómo no habría de serlo! cuando por su gran generosidad y bondad sin límites era conocido con el sobrenombre de "Don Abundancia". La historia así nos lo confirma, al decirnos que La Meca continuó siendo aquella misma ciudad floreciente, en donde la paz y la prosperidad marcaban el paso de cada día.

Después de pasado un tiempo, Al Muttaleb decidió ir al encuentro de su sobrino Cheiba, ya todo un hombrecito, que aún continuaba viviendo en Yazreb, junto a su madre Salma, para traerlo consigo a la Meca. Tío y sobrino regresaron así a la ciudad montados en un camello, lo cual hizo pensar a más de uno de los quraichitas que Cheiba podía ser un esclavo de Al Muttaleb... Las palabras de Al Muttaleb fueron, sin embargo, suficientemente claras: "Este joven que me acompaña no es otro que el hijo de mi hermano Hachem..."

Un dato significativo de esta historia nos dice que Cheiba conservó a partir de aquel mismo día el apodo de Abd Al Muttaleb, consecuencia de aquella confusión inicial, pero que habría de perpetuarse y llegar hasta nuestro relato sin otra variación ¹.

¹ En la lengua árabe, la voz «abd» quiere decir: «siervo o esclavo.»

ABD AL MUTTALEB (497 D.C.)

Transcurridos algunos años, Al Muttaleb decidió recuperar para su sobrino la herencia que Hachem había legado a su muerte. Esta justa pretensión fue inmediatamente rechazada por Naufal, uno de los tíos del joven. La intransigente postura de Naufal motivó que Abd Al Muttaleb solicitara el apoyo de sus tíos maternos de Yazreb, en donde su madre Salma continuaba aún viviendo. La ayuda solicitada por Abd Al Muttaleb no se hizo de esperar. Ochenta jinetes, de entre los mejores de la tribu Jazray, hicieron su aparición en La Meca, dispuestos a defender los legítimos derechos que correspondían al joven Abd Al Muttaleb. Este inesperado despliegue de fuerzas, con el cual no contaba Naufal, logró disuadirlo quien, acto seguido, entregaba a Abd Al Muttaleb todos sus derechos.

Además de recuperar los bienes que su padre le había legado, Abd Al Muttaleb también se hizo cargo de los privilegios de Rifada y Siqaya, una vez llegada la muerte de su tío Al Muttaleb.

La vida de Abd Al Muttaleb discurría rodeada por el respeto y el gran prestigio de que gozaba entre sus conciudadanos de La Meca,... Pero aún así, algo muy importante echaba de menos. En efecto, para aquel duro esfuerzo llevado en solitario, buscando siempre el mejor modo de cumplir con sus compromisos sociales –los de Rifada y Siqaya– Abd Al Muttaleb echaba de menos, sobre todo, algunos hijos más que pudieran ayudarlo en aquellas labores necesarias para la atención de los peregrinos.

Pasaba el tiempo y el agua continuaba escaseando en La Meca. La preocupación de Abd Al Muttaleb se acentuó así más y más. En uno de aquellos días tuvo un sueño: La solemne voz de un ser majestuoso que se le apareció, le aconsejó que fuera a levantar las tierras que ocultaban el olvidado pozo de Zam-Zam. Abd Al Muttaleb, ayudado por su único hijo, Al Harez, emprendió la dura labor de excavar aquel terreno, situado en las inmediaciones de la Ka'ba.

El fruto del gran esfuerzo se vio recompensado con el descubrimiento de dos hermosas gacelas de oro, y algunas valiosas espadas... Los quraichitas que no habían perdido la ocasión de contemplar este importante hallazgo, pretendieron que Abd Al Muttaleb compartiera con ellos el tesoro hallado en tan sensacional descubrimiento. Cualquier medio era válido para aquellos quraichitas: desde la persuasión hasta la más sutil amenaza. Una vieja y ancestral costumbre iba a ser puesta en marcha. En efecto, Abd Al Muttaleb les propuso que aquellas piezas fueran sorteadas, siguiendo la suerte de las flechas adivinatoria ².

Para gran sorpresas de los asistentes, lo quraichitas perdieron aquel sorteo. Sin embargo, la generosidad de Abd Al Muttaleb se hizo patente una vez más, entregando las dos gacelas de oro para que sirviera de ornamento a la Ka'ba, y con las espadas se fabricaría una puerta para la misma.

Aunque Abd Al Muttaleb quiso satisfacer a todos con esta decisión, no por ello dejará de mostrarse profundamente preocupado. Día tras día esta preocupación se vería acrecentada por la falta de unos hijos que puedan defenderlo... Pero ¿A quien recurrir?... Abd Al Muttaleb, pide a Dios esta ayuda que tanto necesita. De nadie más podría esperarla... Con voz entrecortada y lleno de gran emoción, Abd Al Muttaleb implora de la misericordia divina que le conceda diez hijos varones. A cambio, él estaría dispuesto a sacrificar a uno de ellos.

Dios ha querido escuchar la sincera plegaria de Abd Al Muttaleb. Felizmente, uno tras otro, le irían naciendo aquellos diez hijos varones. Sin embargo, la alegría de Abd Al Muttaleb no iba a durar mucho tiempo. La promesa que hizo a Dios deberá cumplirse. Tendrá pues, que sacrificar al hijo prometido... Pero ¿a cuál de ellos?!

² *La suerte de las flechas era una variante de los juegos de azar, utilizada en aquella época.*

La suerte de las flechas adivinatorias será, una vez más, el árbitro implacable que sentencie esta angustiosa elección. Todo ha sido preparado para llevarlo a cabo. En cada una de las flechas se escribirá el nombre de cada uno de los hijos, y acto seguido serán arrojadas hacia el lugar donde se encuentra emplazado el dios Hubal... la que resulte estar más próxima decidirá, inexorablemente, el nombre de la víctima.

La suerte, terrible y fatal ha decidido finalmente que sea Abdulah, el hijo inmolado. No sólo se trata de que es el más pequeño de ellos, sino que es también el más amado por sus padres. Abd Al Muttaleb triste y desesperado, no tiene ya otra opción.

La noticia del sacrificio se extiende como una reguero de pólvora por todos los barrios de La Meca. Los quraichitas se movilizan también, a toda prisa, dispuestos a impedir que se lleve a cabo la consumación del sacrificio anunciado. Firmemente decididos, logran con algunas razones detener la acción de Abd al Muttaleb: "¿Y qué podría hacer para ello?". La voz de un quraichita le responde: "¿Por qué no esperas hasta consultar con la adivina de Yazreb?"...

En la ciudad de Yazreb, les preguntará la adivina: "¿Cuál es vuestra indemnización a cambio de la vida de un hombre?". "Diez camellos", le responden. "Lanzad pues dos flechas. Una con el nombre del joven, y la otra con el título de diez camellos. Si la flecha que se aproxima más a vuestros dios es la del joven, deberéis lanzarlas de nuevo sumando con ellos otros tantos camellos. Así, hasta que vuestro dios se muestre satisfecho"...

El resultado final de esta suerte de las flechas adivinatorias, nos dice que fueron ciento treinta camellos los sacrificados por Abd Al Muttaleb en aquel día. Este abundante sacrificio animal sería repartido, generosamente, entre los más pobres y menesterosos de La Meca... Ni que decir tiene que la alegría de Abd Al Muttaleb y su familia fue, en esta

ocasión, sencillamente, indescriptible. Alegría que fue compartida por todo el pueblo de La Meca al salvar la vida del joven y querido Abdulah...

EL AÑO DEL ELEFANTE

En otro orden de cosas y situándonos en los comienzos del año 570 d.C., podemos contemplar un panorama donde el gran prestigio que gozaba La Meca y su santuario de la Ka'ba había constituido un motivo, más que suficiente, para que otros pueblos se decidieran a construir templos similares, tratando de atraer así la atención de los peregrinos. Uno de aquellos templos fue el que mandó construir Abrahá, por aquel entonces virrey del Negus de Abisinia, en tierras del Yemen. Sin embargo, el tan esperado éxito nunca llegaría a producirse. Los árabes, en número cada vez mayor, continuaban acudiendo a la cita anual de La Meca. Incluso los propios yemenitas no consideraban válida más que la peregrinación a la Ka'ba.

Si el templo erigido por Abrahá resultó ser un puro fracaso, en cambio la conquista de La Meca podría muy bien constituir el mayor de los éxitos. De este modo Abrahá se dispuso a tomar La Meca. Para llevar a cabo su siniestro propósito de destruir la Ka'ba, Abrahá mandó formar un poderoso cuerpo de ejército compuesto por no menos de cuarenta mil soldados, acompañados por varios elefantes que completaban esta expedición.

Cuando el ejército de Abrahá se detuvo ante las puertas de La Meca, los quraichitas se sintieron verdaderamente aterrados. Y si no era suficiente esta temida presencia, el presunto ejército invasor se había apoderado también, entre otros muchos bienes, de unos doscientos camellos del propio Abd Al Muttaleb. Todo parecía perdido... Las colinas circundantes de La Meca iban recibiendo, entre tanto, la desordenada huída de los quraichitas. Abd Al Muttaleb era,

sin embargo, un hombre íntegro, y para nada le atemorizaba la presencia de este descomunal ejército. El tiempo lo iba a ganar dirigiéndose a la Ka'ba, en donde una vez más imploraría a Dios una protección casi imposible, pero que sólo de El esperaba recibir.

En estas circunstancias, Abrahá decidió enviar un emisario a La Meca. Los quraichitas encabezados por Abd Al Muttaleb, debían conocer cuales eran sus verdaderas intenciones: ¡Abrahá no tiene otro propósito que destruir la Ka'ba! Como gran dignatario de La Meca, Abd Al Muttaleb le propuso a aquel emisario mantener una reunión con el propio Abrahá.

El campamento del invasor abisinio estaba situado a unas cuatro millas de La Meca, y Abd Al Muttaleb llegó hasta aquel lugar acompañado de varios jefes principales de la ciudad. La recepción que le dispensó Abrahá no dejaba de ser honorable, e incluso le devolvió asimismo aquellos camellos que antes le había arrebatado... pero su propósito de destruir la Ka'ba era, con todo, irreversible. Tan convencido estaba Abrahá de conseguir su objetivo que incluso rechazó la última propuesta quraichita consistente en entregarle la tercera parte de los bienes de la ciudad. No habiendo, pues, ningún acuerdo final, los quraichitas, profundamente preocupados decidieron regresar de nuevo a La Meca.

La misericordia divina no conoce límites cuando se trata de la plegaria que brota de un corazón sincero. ¡Dios ha oído la plegaria de Abd Al Muttaleb...! En el campamento abisinio que tiene puesto cerco a La Meca se desata, de modo inesperado y sorprendente, una feroz epidemia de viruela. Sus efectos son terribles. Devastadores. A la mañana siguiente, cuando todo estaba ya dispuesto para lanzar el temido ataque sobre La Meca, una inmensa bandada de pájaros, portando sobre sus picos pedruscos de todos los tamaños, comenzaba a descargar una auténtica lluvia de piedras sobre aquellos soldados abisinos. De muy poco o de nada serviría que aquel ejército, en su atropellada huida pretendiera escapar al castigo divino. En muy poco

tiempo quedó trágica e irreversiblemente diezmado. También Abrahá buscaba salvar la vida... En su alocada huída, seguido de cerca por algunos pocos que habían logrado sobrevivir, Abrahá tomaría el camino que lleva hacia San'a, la capital del Yemen. En esta misma ciudad y pocos días después, aparecía el cuerpo sin vida de este mal recordado jefe abisinio.

Este episodio histórico y las trágicas consecuencias sufridas por el ejército abisinio aparecerán años más tarde rememoradas, en el Sagrado Corán:

«¿Acaso no has visto lo que hizo tu Señor con los dueños del elefante?

¿Acaso no confundió sus tretas, y envió contra ellos pájaros en bandadas que les arrojaron piedras de arcilla, que los dejaron como bojas marchitas y comidas?»

El Sagrado Corán (105:1-5)

Como punto final a este episodio, digamos que la trascendencia de este suceso milagroso sirvió, sin duda alguna, para que La Meca cobrara una mayor importancia y prestigio en todo el ámbito de la Península Arábiga.

ABDULAH IBN ABD AL MUTTALEB (546 D.C.)

Tras el fracasado intento de Abrahá para tomar La Meca, y una vez devuelta la normalidad a la vida de la ciudad, Abd Al Muttaleb comenzó a considerar que había llegado el momento oportuno para su hijo Abdulah contrajera matrimonio. La elección de una esposa era más que fundamental para un hombre como

Abdulah que, pese a su juventud, veinticuatro años contaba por entonces, era muy admirado por su madurez, por todos los habitantes de La Meca.

Una mujer, A'mina Bint Wahab, enraizada a una de las familias de más prestigioso linaje, iba a ser esta afortunada esposa que compartiría la vida de Abdulah... Aunque esto fuera desgraciadamente por muy poco tiempo.

Ocho meses después de este feliz matrimonio, y en el camino de regreso de un viaje comercial, Abdulah se detenía en Yazreb para visitar a sus tíos maternos. Pocos días después y víctima de una repentina enfermedad, Abdulah entregaba su último hálito de vida al Creador... Sin que el destino le permitiese conocer al hijo que A'mina llevaba en sus entrañas.

El fruto de este, tan breve como intenso, amor habría de iluminar al mundo entero con la radiante luz de un mensaje divino... Aquel fruto, no era otro que Muhammad, el Profeta y Mensajero de Dios, la paz y las bendiciones de Dios sean con él.

38

CAPITULO III

MUHAMMAD: DESDE SU NACIMIENTO HASTA EL MATRIMONIO CON JADIYA

EL NACIMIENTO DE MUHAMMAD (570 D.C.)

En torno al tiempo que duró el embarazo de A'mina, no cabe resaltar ningún suceso de especial relevancia. Sin embargo, una vez que dio a luz a su hijo, A'mina mandó llamar al abuelo Abd Al Muttaleb, comunicándole la buena nueva. Tomando al recién nacido entre sus brazos, Abd Al Muttaleb se trasladó hacia la Ka'ba, en donde le impuso el nombre de Muhammad. Aunque no del todo desconocido este nombre tampoco era muy familiar entre los árabes de aquella época. A este propósito diría, poco después, Abd Al Muttaleb: "Si impuse a mi nieto el nombre de Muhammad fue con la intención de que fuera alabado por Dios en el cielo y en la tierra por los hombres".

La mayoría absoluta de los historiadores han coincidido en señalar como fecha un 12 de Rabi'Al Aual, correspondiente al 20 de agosto del año 570 d.C., cuando se produjo el nacimiento de Muhammad, y que fue casi un año después de cuando Abrahá –virrey abisinio del Yemen– y su poderoso ejército intentaron llevar a cabo la destrucción de la Ka'ba.

LA NODRIZAS DE MUHAMMAD

Aun sintiéndose la más feliz de las madres, A'mina no pudo superar la profunda amargura que le embargaba desde la muerte de su amado esposo. La tristeza cobraría su tributo secando los pechos que amamantan a su pequeño Muhammad. Habrá que recurrir, pues, y siguiendo la costumbre de las familias privilegiadas de La Meca, a los servicios de una nodriza. Pero A'mina tendría que esperar la llegada de las mujeres beduinas, que ofreciéndose para este servicio lograban encontrar una fuente más segura para sus escasos ingresos. En este compás de espera, le correspondió ser primera nodriza de Muhammad a Zuaiba, una criada de su tío Abu Lahab.

Unos días más tarde, llegaba a La Meca un grupo de mujeres beduinas de la tribu Banu Sa'd. Al parecer, ninguna de ellas se mostraba demasiado atraída con la idea de criar a un niño huérfano. Si esperaban alguna recompensa económica adicional, ésta solía venir casi siempre del padre...

HALIMA: LA NODRIZA DE MUHAMMAD

Cuando todo parecía indicar que el pequeño Muhammad no dispondría de la esperada nodriza, una de aquellas beduinas, tal vez la de aspecto más pobre y marcada por una extrema delgadez, Halima Bint Abu Zuaib de la tribu Bakr, se acercó para hablar con A'mina. Aunque en principio Halima no quería tomar aquel niño huérfano, tampoco tenía otra opción. Su acentuada delgadez le había impedido que otras madres contratasen sus servicios. Después de alejarse unos pasos, Halima le dijo a su esposo: "No me gustaría regresar a nuestra tierra sin haber tenido un niño que amamantar. Creo que deberíamos volver y aceptar al niño huérfano, tal vez Dios nos bendiga por ello"... Imposible describir la alegría de A'mina. Por fin, su pequeño Muhammad tendrá la nodriza que tanto necesitaba.

Poco tiempo había pasado desde el regreso de Halima, llevando a Muhammad hasta aquella tierra de los Banu Sa'd, cuando se hicieron notar las primeras bendiciones. Halima se sentiría, a poco, llena de esperanza, viendo como aumentaba el caudal de leche con que se nutría Muhammad. Más que sorprendida, pudo comprobar también que su ganado engordaba, más y más, como nunca hasta entonces había ocurrido.

Durante dos años, Halima continuó criando y mimando al pequeño huérfano. Muhammad crecía sano y vigoroso, alimentado por el aire purísimo del desierto. Las cariñosas miradas de Halima contemplaban cómo el pequeño correteaba alegremente sin cesar.

...Había llegado el momento del destete, y Halima regresó muy triste a La Meca acompañada del pequeño Muhammad. De ninguna de las maneras quería separarse de aquel huerfanito. Durante todo el tiempo lo había visto crecer día a día, siempre sonriendo entre inocentes juegos. Halima tratará, sin embargo, de convencer a A'mina para que el niño siga creciendo junto a ella, en aquel ambiente sano del desierto, bien lejos del aire impuro que por aquella época se respiraba en La Meca. Pero A'mina, como madre, también sentirá desgarrársele el corazón con la sola idea de verse separada de nuevo de quien es su único y querido hijo. Sin embargo, la sombra de una peligrosa epidemia en La Meca logró, al fin, convencerla, aunque muy triste, de que esta separación era necesaria... De este modo Halima regresó de nuevo al desierto, donde Muhammad continuaría creciendo al amparo del libre y vital contacto con la naturaleza.

UN EPISODIO EN LA NIÑEZ DE MUHAMMAD

Dentro de este período de la vida de Muhammad, y cuando tan sólo contaba cuatro años de edad, destacamos el episodio que a continuación sigue: un día, cuando se encontraba entregado a algu-

no de aquellos juegos en compañía de otros niños, dos seres vestidos de radiante blancura vinieron a interrumpirlos para convertirse en protagonistas de un suceso, tal vez más el insólito y extraordinario de la infancia de Muhammad. Pero, mejor aún, oigamos el relato de uno de estos niños, el hijo de la nodriza Halima, hablando así a sus padres: "Vimos a dos hombres vestidos con ropas muy blancas, que tomaron a mi hermano el quraichita. Luego, lo tumbaron en el suelo y abriéndole el pecho sacaron su corazón. Con sus manos le quitaron un grumo negro del corazón. Y uno de aquellos hombres dijo: esta es la parte que correspondía a Satanás".

Muy sobrecogida, Halima corrió en busca de Muhammad... aún muy pálido, de pie y en gran manera aterrado, el pequeño repetiría la misma historia a Halima.

Acerca de este extraño e insólito suceso, la tradición profética (Hadiz) nos ha transmitido el relato de numerosos testigos que, años más tarde, pudieron comprobar las trazas o marcas de la cicatriz que aún conservaba el Profeta, señal inequívoca de la pureza del corazón que Dios concedió a Muhammad.

MUHAMMAD REGRESA A LA MECA

Los cuatro primeros años de la vida de Muhammad transcurrieron en compañía de los Banu Sa'd, fortaleciendo a la vez su cuerpo con los puros aires del desierto, y a su espíritu con una más acentuada libertad e independencia. En esta tribu debió seguramente aprender la lengua árabe, en su forma más genuina y clásica. Razón por la que Muhammad diría, años más tarde, a sus compañeros: "Yo soy tan árabe como el que más de entre vosotros, pues nací entre los quraichitas y me crié entre los Banu Sa'd".

Estos felices años de la infancia habrían de ejercer, con el tiempo, una influencia sumamente decisiva en la formación del carácter

de Muhammad, plasmando en su personalidad los rasgos inconfundibles de una marcada virilidad, así como de una generosidad sin límites, y de una manera muy especial su amor por aquellas sencillas gentes. La historia nos habrá de referir cómo, después de su matrimonio con Jadiya y con ocasión de una pertinaz sequía, Halima, la entrañable nodriza fue a visitarlo para pedirle ayuda en esta crítica situación... Días más tarde, Halima regresaba junto a su tribu llevando consigo el generoso regalo de un camello cargado de víveres además de cuarenta cabezas de ganado con las que mitigar el hambre de su familia.

Transcurridos estos cuatro años de vida en el desierto, Muhammad regresó definitivamente a La Meca para vivir junto al amor de su madre A'mina, y al cariñoso trato de su abuelo Abd Al Muttaleb. Podemos mencionar a propósito de este último, considerado por entonces dignatario mayor de los quraichitas, que tenía por costumbre sentarse muy próximo a la Ka'ba, rodeado de todos sus hijos, descansando sobre un cojín que de alguna manera marcaba la distinción honorífica de su cargo... El anciano abuelo aprovechaba cualquier ocasión para invitar a su nieto, el pequeño Muhammad, a que se sentara sobre aquel privilegiado asiento, cosa que a nadie más le era permitido hacer.

Como una bendición del cielo, el paso del tiempo acrecentó aún más estos lazos de mutuo amor y simpatía que unían a Muhammad con su venerable abuelo, el anciano Abd Al Muttaleb.

LA ORFANDAD DE MUHAMMAD

Suelen tener las mujeres un sentido de la intuición nada común. En el caso de A'mina podemos decir que esta misma intuición la llevó a realizar un viaje de unos quinientos kms. para visitar la ciudad de Yazreb donde el pequeño Muhammad tendría ocasión de conocer el lugar donde yacían enterrados los restos mortales de su

padre Abdulah. Era también una inmejorable ocasión para que Muhammad conociese esta rama paterna de su familia. Durante este viaje y en la que iba a ser corta estancia en Yazreb, A'mina y Muhammad estuvieron acompañados por Um Aiman, la fiel sirvienta que Abdulah dejó antes de su muerte, para llevar los cuidados de la casa.

Había pasado escasamente un mes cuando llegó el momento de regresar a La Meca... En el camino de vuelta y cuando se encontraban muy próximos a la pequeños localidad de Abua', A'mina se sintió gravemente enferma... Transportada con toda urgencia a una tienda muy cercana, A'mina recibió los cuidados de la fiel Um Aiman. En aquel mismo lugar y tras una dramática lucha con la muerte, A'mina entregaba su vida al Creador. Pero unos minutos antes, eran los últimos, A'mina contemplaba, angustiada, el rostro de Muhammad inundado de copiosas lágrimas. ¡Eran sólo seis años los que contaba el pequeño!... Su tierno corazón habrá de sentirse ahora más triste que nunca. A partir de este momento, Muhammad es doblemente huérfano.

LA MUERTE DE ABD AL MUTTALEB

A pesar de todo el amor y los generosos cuidados con que el anciano Abd Al Muttaleb rodeó la infancia de su nieto, la vivencia de aquella doble orfandad habría de marcar, profunda e indeleblemente, el alma de Muhammad. Y ello hasta el punto de dotarlo de una acusada sensibilidad que le acompañaría para el resto de su vida. De un modo muy especial, todas sus miradas, todos sus sentimientos irían siempre dirigidos al encuentro de los más desvalidos: los huérfanos y las viudas. De aquel imborrable recuerdo habrá de recibir años más tarde, ya siendo Profeta, el reconfortante y fortalecedor consuelo del mensaje divino:

**«¿Acaso no te encontré (Dios) huérfano y te dio
amparo? ¿Acaso no te encontré extraviado y te guió?»**

El Sagrado Corán (93:6 y 7)

Dos años después de la muerte de su madre, y cuando Muhammad apenas contaba ocho años de edad, una nueva pérdida iba a sumirlo en el más profundo de los desconsuelos. Abd Al Muttaleb, el querido y amoroso abuelo, entregaba también su último aliento de vida a Dios... Han bastado tan sólo unos pocos años para que Muhammad se viera convertido en testigo asombrado de la desaparición de sus seres más queridos.

Con la muerte de Abd Al Muttaleb se abría un paréntesis de duda inquietante en La Meca. Efectivamente, entre los que eran sus propios descendientes, ninguno de los Banu Hachem poseía el suficiente carisma como para asumir los cargos, que el prestigioso anciano había venido desempeñando, tanto en la ciudad como en la propia administración de la Ka'ba... Y en aquella Meca eran muchas las miradas expectantes, que aguardaban con impaciencia el desenlace final de esta sucesión.

LA TUTELA DE ABU TALEB

Una última voluntad ha tenido Abd Al Muttaleb en su lecho de muerte... Se trata de la tutela del jovencito Muhammad. Será Abu Taleb, quien se encargue de esta importante misión, además de asumir los cargos de su padre. Esta responsabilidad no recayó, pues, sobre Al Harez, el mayor de los hijos, ni tampoco sobre Al Abbas, el más rico de entre ellos. La elección de Abu Taleb no pudo ser más acertada. En efecto, si bien era cierto que de entre todos los hijos de Abd Al Muttaleb, Abu Taleb era el más pobre, sin embargo, y por su nobleza de carácter y espíritu hospitalario, era el más querido y respetado por los quraichitas.

EL PRIMER VIAJE DE MUHAMMAD A SIRIA

Desde el primer momento Abu Taleb mostró un especial cariño por Muhammad. Según iremos viendo, no serán pocas las ocasiones en que lo trate con una evidente predilección. Con el paso del tiempo, la inteligencia y el buen comportamiento de Muhammad fortalecerían aún más los vínculos de amor que los unía. Todos los cuidados que recibía el joven Muhammad parecían pocos para Abu Taleb. Buena prueba de ello fue que apenas contando con doce años, Muhammad pidió insistentemente a su tío que lo llevara a uno de aquellos viajes comerciales a Siria. Fueron tantos los ruegos, que Abu Taleb acabó accediendo. con relación a este primer viaje de Muhammad a Siria, los biógrafos han relatado su encuentro con el monje nestoriano Bahira en la ciudad de Bosra, situada al sur de Siria, describiéndonos cómo aquel monje reconoció en Muhammad los signos descritos en las profecías, tal y como aparecían en los antiguos textos cristianos. Convencido de esta realidad, Bahira aconsejó a Abu Taleb que no viajara hacia el interior, temiendo que los judíos pudieran ocasionar algún daño al niño al reconocer en él estos signos proféticos. Muy emocionado, Bahira confesó también a Abu Taleb la trascendente misión que Muhammad habría de protagonizar, tiempo más adelante.

Ese fortuito encuentro de Muhammad con el monje Bahira constituye, sin duda, el capítulo más importante de este su primer viaje a Siria...

En este viaje, Muhammad observaría admirado la vasta extensión de aquel desierto sin límite, el resplandor de un cielo incomparable, tachonado de innumerables estrellas, brillando en una atmósfera de puro azul transparente. En el camino, debió pasar por las tierras de Madian, por Wadi Al Qura, y por las florecientes tierras de Zamud. Sus oídos, siempre atentos, debieron escuchar seguramente muchos e interesantes relatos de los árabes y los nómadas del desierto, de sus ciudades y de su historia. En aquellas tierras, Muhammad pudo

también contemplar la hermosura de unos jardines, eternamente verdes, que sobrepasaban en esplendor incluso a los del mismo Taef, muy cerca de su añorada tierra. La visión de estos jardines pudo sin duda, despertar su tierna imaginación, comparando esta fertilidad con aquella sequedad estéril del desierto y las montañas que rodean La Meca.

Siendo verdad que tan solo contaba con doce años, Muhammad albergaba en aquel joven cuerpo un elevado espíritu, dotado de una inteligencia nada común, de una madurez y penetración tales que le permitían captar con el menor detalle todo cuanto sucedía a su alrededor. Más tarde, de todo cuanto había visto u oído, de cuanto había percibido, meditaría serena y profundamente.

En otro orden de cosas, es muy probable que este viaje no proporcionara a Abu Taleb los beneficios que de él esperaba, pues a partir de entonces abandonó cualquier proyecto de viaje comercial, dedicándose más bien, al cuidado de sus hijos con el solo amparo de unos escasos recursos económicos.

Satisfecho con su suerte, Muhammad vivió en la casa de su tío, creciendo como cualquier otro niño de La Meca. Durante la época de los meses sagrados ¹, solía acudir acompañado de sus familiares a las ferias de Ucaz, Mayanna y Zul Mayaz. Allí tendría ocasión de escuchar los poemas más sobresalientes, es decir, los Muz'ahabat ² y los Mu'alaqat ³. La elocuencia de aquellos poetas le llevaría a descubrir el contenido de su lírica sentimental; el orgullo y el noble linaje de sus héroes: sus conquistas, su hospitalidad y su generosidad... Pero, de todo cuanto captaba esta joven conciencia, Muham-

¹ *Período anual de unos 3 o 4 meses en los que celosamente se observa una actitud de no beligerancia.*

² *Poesías elegidas como excelente en su género, y como premio, se escribían con agua de oro.*

³ *Poesías de gran relieve, y como premio se las colocaba en las paredes de Ka'ba.*

mad iba a ser capaz de aprobarlo o rechazarlo, descubriendo el sentido más profundo acerca de su veracidad o falsedad.

LA GUERRA DE FIYAR

La guerra de Fiyar o guerra de profanación nos habla, por su propia etimología, del modo alevoso en que fue violada la tregua de los meses sagrados. Como vimos anteriormente, durante esta época de verdadero privilegio, se celebraban del modo más pacífico una serie de ferias y encuentros literarios, impulsando favorablemente el desarrollo social y comercial de toda la península arábiga. Por otra parte, era también por este tiempo, cuando se solía realizar la peregrinación para rendir culto a los numerosos ídolos que por aquel entonces albergaba la Ka'ba.

Durante estos meses sagrados, el rey de Al Hira –Al Nu'man Ibn Al Munzer– enviaba, como era su costumbre todos los años, una caravana cargada con almizcle a la feria de Ukaz. Esta misma caravana regresaba después con una abundante provisión de pieles y valiosas telas, traídas desde las lejanas tierras del Yemen.

Para guiar la caravana de Al Nu'man, se habían ofrecido, aquel año, dos hombres: Al Barrad Alkinani y Urua Al Hauazini. El primer de ellos, Albarrad, suficientemente conocido por su habitual mala fama no era, pues, hombre de fiar. Fue por esta razón que el rey Al Nu'man se decidió por la elección de Urua, en tanto que rechazaba la oferta de Al Barrad. Seriamente disgustado por esta decisión, Al Barrad siguió tras la ruta de aquella caravana, y apoyado por un grupo de bandoleros acabó finalmente con la vida de Urua, apoderándose, además, de todos los camellos y las valiosas mercancías que transportaban... Como era de esperar, las consecuencias de este incalificable crimen suscitaron profundos sentimientos de venganza entre algunas tribus árabes, y los propios quraichitas iban a verse también implicados en este mismo destino, como dueños y respon-

sables de la seguridad en aquel territorio, testigo de tan vil asesinato.

Durante cuatro años consecutivos, los quraichitas se enfrentaron a los Hauazen, sin llegar a ningún resultado concreto. Un tanto cansados y otro tanto convencidos de este inútil esfuerzo, ambos bandos abandonaron las armas, llegando a un acuerdo para restablecer la paz.

Aunque entre los propios historiadores no hay acuerdo unánime acerca del cometido que Muhammad pudo desempeñar en esta guerra, son muchos los que coinciden en afirmar que estuvo preferentemente dedicado a recoger las flechas que caían dentro del campamento quraichita, entregándolas después a sus tíos para utilizarlas de nuevo contra sus enemigos. En cambio, han sido muy pocos los analistas que han sostenido que Muhammad hubiera participado en la lucha disparando flechas como uno más de sus propios compañeros. De todos modos y respecto a la edad que por aquel entonces contaba Muhammad, la opinión más generalizada lo sitúa alrededor de los dieciséis años, al comienzo de la contienda, y muy próximo a los veintiuno, una vez concluida la misma.

EL PACTO POR LA BONDAD O ALIANZA DE FUDUL

Una vez finalizada esta guerra de Fuyar, tan inútil como costosa, los quraichitas comenzaron a comprender que la verdadera causa de su debilidad y consecuente pérdida de prestigio, que venían padeciendo desde la muerte de Hachem y Abd Al Muttaleb, eran debidas fundamentalmente al desacuerdo y a la división interna que fatalmente imperaba entre ellos. Si en otro tiempo fueron los indiscutibles líderes de la península, ahora desprestigiados, habrían de sufrir toda suerte de amenazas y provocaciones por parte de algunas tribus que, oportunistas, trataban de arrebatarles su ya escaso y debilitado poder.

Para salir al paso de esta situación, Al Zubair Ibn Abd Al Muttaleb convocó a los Banu Hachem, los Banu Zuhra y los Banu Taím. La reunión, que tuvo lugar en la casa de Abdula Ibn Yud'an, constituyó un rotundo éxito. Sin ninguna excepción, todos los asistentes pactaron, anteponiéndose a Dios como testigo, que en lo sucesivo lucharían siempre unidos al lado de cualquiera que pudiera ser víctima de la injusticia. La presencia del propio Muhammad, aprobando todo cuanto en él se acordó, le llevaría a decir tiempo más tarde, siendo ya profeta: "Asistí al Pacto de Fudul acompañado de mis tíos. Y puedo asegurar que fue tan valioso para mí, que ni por la fortuna más grande lo hubiera cambiado. Y si me convocan a uno similar en el Islam, también lo aprobaría".

Su participación activa en aquel pacto, nos muestra de modo inequívoco, el auténtico criterio de Muhammad cuando sólo contaba veintún años de edad. Este mismo criterio fue mantenido constantemente a lo largo de toda su vida, enarbolando la bandera de la justicia, siempre en defensa de los más débiles, los desvalidos y los oprimidos.

El alma abierta de Muhammad estuvo siempre orientada hacia una firme voluntad de aprender, de descubrir y conocer. Si durante su infancia se vio necesariamente privado de seguir unos estudios, que eran privilegio exclusivo de los más ricos, la elevada grandeza de su espíritu le impulsó hacia la búsqueda del conocimiento y la sabiduría, como signo evidente de aquel que realmente está guiado por la verdad. La única y constante preocupación de Muhammad fue la de descubrir, día a día, la esencia subyacente en cualquier aspecto de la vida, en la perfección de su propio significado interno. Esta permanente línea de acción habría de repercutir necesariamente en la formación de su conducta, tan viril como honesta. De ello nos da buena razón el hecho de que, entre sus propios conciudadanos de La Meca, fuera conocido con el sobrenombre de "Al Amin", es decir El Leal, El Verídico.

MUHAMMAD: EL PASTOR

La ocupación de Muhammad como pastor durante estos primeros años de su juventud, cuidando los rebaños de su propia familia y los de algunos de sus vecinos, le proporcionó un abundante tiempo para dedicarlo a la reflexión y la contemplación. Tiempo más tarde, cuando Muhammad recordaba aquella época de pastor, solía decir con satisfacción: "Dios no ha enviado un Profeta que no fuera pastor. Moisés fue pastor y David también lo fue. A mí me distinguió con el signo de la profecía cuando aún apacentaba el rebaño de mi familia en Ayiad".

Agraciado con una inteligencia y una sensibilidad verdaderamente excepcionales, Muhammad debió seguramente encontrar el mejor incentivo para el pensamiento y la meditación, en aquellos puros y dilatados horizontes, donde en la grandeza de su noche, la mirada se siente herida con el deslumbrante resplandor de las estrellas. En este marco de singular belleza, Muhammad debió penetrar en la misteriosa llamada de aquellos cielos, buscando explicación a todas las manifestaciones que la naturaleza mostraba a su alrededor. Y llevado por esta misma profundidad, su pensamiento le haría comprender que el mundo que percibía no estaba totalmente separado de su propio mundo interno. Así debieron ser también sus reflexiones acerca de la perfecta ordenación de los cuerpos celestes, tan sabiamente dispuestos, siguiendo un orden preciso en el cual cada uno de ellos recorre, inexorablemente su propia órbita.

Esta misma elevación de pensamiento impide, por cierto, que cualquier ser humano pueda mantener, al mismo tiempo, alguna preocupación por las cambiantes situaciones mundanas o por las pasiones que, frecuentemente, arrastran a los mortales.

Una más extensa evidencia en relación con este tema, podemos encontrarla en los relatos que el propio Muhammad haría tiempo más tarde, acerca de este primer período de su vida. Así en uno de

estos episodios, se nos describe cómo al pasar junto a la puerta de una casa donde, bulliciosamente, se celebraba el festejo de una boda, Muhammad se detuvo para escuchar la música que hasta él llegaba... pasados unos momentos, el cansancio de un largo día de trabajo y su ya conocido desinterés por este tipo de ambientes, lo dejaron profundamente dormido.

En realidad y acerca de cuanto hemos hablado anteriormente, esta actitud de Muhammad no debería sorprendernos demasiado. Un parecido ejemplo podemos encontrarlo también en las vidas de algunos hombres, que entregados a la vida espiritual, mostraron un mismo desinterés, una profunda indiferencia por aquello que, para la gran mayoría de los hombres, constituye una fuente de irresistible atracción. Y es que la propia actividad reflexiva del pensamiento humano no necesita, ni poco ni mucho, de la riqueza o del placer mundano.

Por otra parte, dedicarse a apacentar ganado no suele proporcionar, en el mejor de los casos, una especial fuente de ingresos o bienestar. Realmente no era ninguna de estas cosas lo que podría atraer al joven Muhammad. Sus propias palabras constituyen evidentemente el mejor de los ejemplos: "Somos de la gente que no come hasta sentir hambre. Y cuando comemos, nunca lo hacemos para saciarnos".

Aquellos que sólo persiguen la riqueza y ponen todo su esfuerzo para alcanzarla, están satisfaciendo unas pasiones que jamás anheló Muhammad. Su fuente de mayor deleite consistía en reflexionar acerca de la belleza del Universo. En responder a su irresistible atractivo, verdadera fuente de inspiración, que sólo los más puros han podido percibir. Este y no otro fue el cotidiano alimento de Muhammad, desde que tan sólo era un niño. Y también fue éste su mayor consuelo cuando la vida comenzó a probarlo con las inolvidables y penosas desapariciones de sus seres más queridos.

Si tanto los placeres espirituales como los meramente intelectuales están libres de otras servidumbres, y si su búsqueda no exige de una especial riqueza, en cambio, sí requieren del suficiente tesón y perseverancia para orientar la mirada hacia el propio mundo interior, penetrando así en la misma esencia del ser humano. Es por ello que si incluso Muhammad no hubiera sido llamado para realizar una misión profética, su alma tampoco le habría permitido jamás desperdiciar el tiempo o la energía en la vana búsqueda de la riqueza material.

EL MATRIMONIO CON JADIYA

Según hemos visto anteriormente, el tío de Muhammad, Abu Taleb era más bien pobre, y con muchas bocas que mantener. Se hacía pues necesario encontrar un trabajo par su sobrino Muhammad que, a ser posible, estuviera mejor gratificado que el de pastor.

Fue precisamente por aquellos días cuando Abu Taleb tuvo conocimiento de que Jadiya, hija de Juailed, estaba contratando varios hombres quraichitas, para que trabajaran en su caravana comercial. Jadiya era una mujer muy respetada en La Meca. Disfrutaba de un reconocido prestigio, además de una considerable fortuna. Jadiya necesitaba contratar aquellos expertos hombres para que llevaran a cabo las transacciones comerciales de sus mercancías, compensándolos, a cambio, con una parte de los beneficios que habían obtenido.

Jadiya, que pertenecía a la tribu de los Banu Asad, había estado anteriormente casada con un hombre de gran riqueza, de la tribu de los Majzum. Viuda ahora, Jadiya se había constituido en dueña de una estimable fortuna, razón por la que su padre la ayudaba en la administración de sus negocios. Dedicada por entero a estos trabajos, Jadiya venía rechazando sistemáticamente las proposiciones matrimoniales que le habían formulado varios nobles quraichitas,

pensando que, tal vez, era su riqueza lo que realmente buscaban en ella.

Cuando Abu Taleb tuvo noticias de que Jadiya estaba ultimando los preparativos de una caravana con destino a Siria, llamó a su sobrino Muhammad que por aquel entonces tenía veinticinco años de edad diciéndole: “Como bien sabes soy un hombre que carece de bienes o fortuna. Ciertamente, estamos pasando unos tiempos difíciles. ¿Te gustaría que hablase con Jadiya para que te contrate en su caravana, que pronto marchará a Siria?” Muhammad no dudó un solo instante: “querido tío, que sea lo que mejor te parezca”... Más tarde y tras escuchar la petición de Abu Taleb, Jadiya le respondió cariñosamente: “Si me lo hubieras pedido para un extraño también te lo habría concedido. ¿Cómo dudaría pues en contratar a un familiar tan querido?”

Durante este viaje a tierras de Siria, Muhammad estuvo acompañado por un criado de Jadiya llamado Maisara. En su recorrido, la caravana atravesó las localidades de Wadi Al Qura, Madian y Zamud, así como otros lugares que Muhammad había conocido tiempo atrás, junto a su tío Abu Taleb, en aquel viaje cuando tan sólo contaba doce años. La contemplación de estos paisajes debió evocar seguramente en Muhammad el recuerdo inolvidable de unas vivencias que ahora habían de ser aún más profundas.

Una valoración acerca del éxito comercial de este viaje, nos lleva obligadamente a afirmar que el esfuerzo y la lealtad de Muhammad fueron factores decisivos, para que Jadiya obtuviera de esta caravana unos valiosos beneficios. También nos cabe destacar, cómo la gentileza y bondad de su carácter supieron ganarse la admiración y más profunda estima del criado Maisara. De ello nos da razón, que una vez finalizado este viaje y poco antes de que la caravana hiciera su entrada en La Meca, Maisara decía a Muhammad: “Date prisa, para que Jadiya conozca cuanto antes el éxito de tu viaje; ella sabrá recompensarte”.

La buena presencia de Muhammad y sus correctos modales lograron que Jadiya se sintiera, desde un principio, gratamente impresionada. Muhammad comenzó a relatarle los pormenores de aquel feliz viaje. Todo el interés y la atención de Jadiya estaban centrados en no perder ni un solo detalle de las palabras del joven Muhammad.... Poco después, Jadiya recibía a Maisara. Los elogios de aquel fiel sirviente, hablándole a Jadiya acerca del trato gentil de Muhammad y su inquebrantable lealtad, consiguieron desbordar aquella primera e inmejorable impresión que Muhammad le había causado.

Si bien recordamos, Jadiya venía rechazando desde tiempo atrás, una tras otra, las proposiciones matrimoniales de algunos de los principales dignatarios de La Meca. Jadiya tenía por aquel entonces, una edad muy próxima a los treinta y ocho años. Ninguna de estas dos circunstancias, su rechazo sistemático por aquellos pretendientes, ni tampoco su edad, fueron obstáculo para que Jadiya, a partir de aquel mismo momento, sintiera vibrar en su corazón la llama del más puro amor por Muhammad. Pero... ¿Cómo decírselo? Al cabo de varios días, Jadiya se decidió por llamar a su amiga Nufaisa, y después de confesarle sus sentimientos por Muhammad, no dudó en pedirle que fuera ella misma quien se encargara de proponerle el deseado matrimonio.

La prudencia, la gran habilidad de Nufaisa se hacen patentes a través del diálogo que mantendría con Muhammad: "Hay algún motivo que te impida casarte?" Muhammad: "Mis medios son bien escasos..." Nufaisa: "¿Y qué pensarías si te lo propusiera una mujer, que además de honorable es también bella y rica?". Muhammad: "Pero, ¿quién puede ser esa mujer?" Nufaisa: "Esa mujer es... Jadiya". Digamos que con las restantes palabras de este interesante diálogo concluía, felizmente, la no menos emocionada aceptación de Muhammad para contraer este matrimonio.

56

CAPITULO IV

DESDE EL MATRIMONIO HASTA LAS PRIMERAS REVELACIONES

Siguiendo la costumbre de aquel tiempo y aunque contaba con escasos recursos económicos, Muhammad ofreció a Jadiya una dote matrimonial consistente en una veintena de jóvenes camellos. De esta manera Muhammad quiso demostrar su generosidad y el amor que también sentía por Jadiya.

UNA BREVE DESCRIPCION DE MUHAMMAD

Si hemos de describir como era Muhammad, podemos decir que su estatura era más bien mediana, ni alta ni baja. La tez de su rostro era de un tono claro. Sus ojos, intensamente negros, muy abiertos y protegidos por largas pestañas. La nariz aguileña. Sus dientes muy blancos y bien espaciados. La cara armónica y de forma redondeada. Sus cabellos, además de negros eran muy largos. La frente ancha y despejada. Abundantemente densa y negra era su barba. El cuello, largo y hermoso. Anchas espaldas. Sus manos y pies eran más bien grandes. Todos concuerdan al decirnos que cuando caminaba lo hacía con paso firme y decidido. Su semblante irradiaba siempre un aire de profunda serenidad. Tras su abierta y reflexiva mirada podía adivinarse la carismática personalidad de quien está llamado a ser indiscutible líder de hombres.

LOS HIJOS DE MUHAMMAD

Los años iban pasando, entretanto que Muhammad continuaba participando en la vida social de La Meca, al mismo tiempo que dirigía los negocios familiares, encontrando en Jadiya no sólo a la infatigable compañera sino también a la esposa más cariñosa que había de ofrecerle, además de su abnegado amor y sacrificio, el más preciado de los regalos. Dos hijos varones: Al Qasem y Abdulah, y cuatro hijas: Zainab, Ruqaia, Um Kulzum y Fátima. Aunque es bien poco lo que se sabe de Al Qasem y Abdulah, salvo que murieron siendo aún muy niños, la historia habrá de mostrarnos cómo las cuatro hijas sobrevivirán, afortunadamente, compensando a sus apenados padres con un fiel y constante amor, además de unos cariñosos nietos que llenarían de ternura la casa de Muhammad.

Indudablemente, la pérdida de los dos pequeños supuso para Jadiya un sufrimiento imborrable para el resto de su vida, y con toda seguridad Muhammad debió compartir con ella aquellos momentos de tanta tristeza y desazón. No sería difícil imaginarnos el dolor que embargaba en aquellos días a ambos esposos.

Más tarde, Muhammad recibió de Jadiya el regalo de un niño esclavo llamado Zaid Ibn Hariza. Sin embargo, los sentimientos de Muhammad eran incompatibles con esta idea de la esclavitud. Fue así cómo tras conceder la libertad a Zaid, le adoptó como a un hijo propio. Es por ello que Zaid fue conocido a partir de aquel momento, como Zaid Ibn Muhammad. Con el paso del tiempo habremos de ver cómo aquel jovencito llegaría a convertirse en uno de los más leales y queridos compañeros de Muhammad.

En este orden de cosas, no podemos dejar de mencionar cómo Muhammad hubo de padecer otro y aún más intenso dolor con la pérdida de Ibrahim, su tercer hijo varón, ya en plena época islámica.

En cuanto a las hijas, Muhammad tuvo una especial atención para que fueran educadas en los valores positivos de la tradición árabe, y sobre todo prestándoles sus valiosos consejos a la hora del matrimonio. De este modo Zainab, la mayor de las hijas, se casó con Abu Al'Ass Ibn Al Rabi', un sobrino de Jadiya y muy conocido por su rectitud y buenos éxitos en los negocios, mientras que Ruqaia y Um Kulzum iban a casarse respectivamente con Utba y Utaiba, ambos hijos de Abu Lahab, tío paterno de Muhammad. Estas dos anunciadas bodas no llegaron a realizarse ya que con la llegada del Islam, Abu Lahab ordenó a sus dos hijos la anulación del compromiso.

Sería Uzman Ibn Affan quién, años más tarde, tomara por esposa a Ruqaia, y a la muerte de ésta, en Yazreb (Medina), se casaba con Um Kulzum.

Respecto a Fátima, aún muy niña por aquella época, no llegó a casarse con su propio primo, Alí hasta la emigración de la familia a Yazreb.

Ayudado por un matrimonio que complementaba el linaje de su honorable ascendencia, la vida cotidiana de Muhammad discurría pacíficamente, querido y respetado en toda La Meca. Aunque el matrimonio con Jadiya vino a elevar su prestigio social, no por ello decreció aquella humildad que tanto le caracterizaba. Y en este sentido, jamás volvía la espalda a quien lo solicitaba, sin importarle para nada su condición social. Bajo ninguna circunstancia despreció a nadie. Muhammad no se conformaba con solo escuchar, sino que además entregaba totalmente su corazón. Siempre se encontraba dispuesto a prestar su ayuda. Solía hablar más bien poco. Escuchaba aún más. Sólo simpatizaba con las conversaciones serias. Y sin embargo, en alguna ocasión, también compartiría alguna que otra broma. Cuando rompía su silencio era siempre para decir la verdad. Su franca y amplia sonrisa permitía, en no pocas ocasiones, contemplar la nivea blancura de sus dientes, muy regulares. Sin embar-

go, era también muy fácil reconocer su enojo. Un leve sudor emergía entonces a través del amplio espacio que enmarcaban sus abiertas cejas. Y aunque esto se producía en muy raras ocasiones, su gesto venía entonces a resaltar, aún más, su elevada grandeza.

De todos modos, su franqueza y lealtad no conocían límites. Amaba profundamente hacer el bien. Era especialmente cariñoso y hospitalario. Dotado de una voluntad indomable, cuando se decidía a actuar, era en extremo constante. No conocía, pues, cosa alguna como pudieran serlo la duda o la vacilación. Todos cuantos le trataban quedaban profundamente admirados por estas extraordinarias cualidades. Podíamos muy bien resumir cuanto hemos dicho, afirmando que todos lo querían, distinguiéndole siempre con el mejor de los tratos y la mayor consideración.

LA RECONSTRUCCION DE LA KA'BA

La nueva situación de Muhammad, después de su matrimonio con Jadiya, vino a colocarlo en una inmejorable posición para participar activamente en la vida social de La Meca. Habían transcurrido varios años del matrimonio y los mequenses se encontraban, por entonces, muy atareados con las labores de una nueva reconstrucción de la Ka'ba, a causa de una repentina inundación que estremeció severamente la base de sus cimientos.

También, por aquellos mismos días, y de modo ocasional, un barco procedente de Egipto encallaba frente a la costa de Yedda, situada a poco más de setenta kms. de la distancia que media a La Meca. El propietario de la embarcación siniestrada, un tal Pacomius, era un rico constructor y experto asimismo en el arte de la carpintería. Los quraichitas iban a ser advertidos muy pronto de su providencial presencia. Después de salir a su encuentro decidieron contratar sus servicios. Sería pues el propio Pacomius quien, a partir de

aquel mismo día, colaborara con ellos en las labores más delicadas de la reconstrucción de la Ka'ba.

COMIENZO DE LOS TRABAJOS

Si bien es cierto que los trabajos de demolición y reconstrucción de las cuatro fachadas principales correspondían, como deber, a los cuatro clanes por entonces imperantes en La Meca, ninguno de ellos se mostraba, sin embargo, definitivamente dispuesto a iniciarlos, temiendo ser objeto de algún castigo especial por parte de los dioses.

Pese a tantos y tan malos augurios, fue Al Walid Ibn Al Muguira quien inició los primeros trabajos de demolición, no sin antes encomendarse a aquellos mismos y mudos dioses. Sería en vano describir la expectación de todos aquellos que esperaban ver como se produciría el castigo anunciado...

Llegó la mañana siguiente y tampoco se había desencadenado el temido castigo. Todos los quraichitas decidieron, entonces, unirse a Al Walid. Como uno más entre ellos, allí estaba también Muhammad, llevando piedras de un lado para otro. Gracias al tesón desplegado, las obras de demolición concluían pocos días después. La inesperada aparición de una capa de hermosas piedras verdes serviría como cimiento definitivo de la nueva reconstrucción. Y para el acabado final del templo se emplearían unos sólidos y magníficos bloques de granito azul, traídos de allá en las vecinas montañas.

Habían terminado los trabajos y por fin, llegó también el tan anhelado momento de colocar la célebre y tradicional Piedra Negra. Pero... ¿A quién habría de corresponder un honor tan elevado y especialmente codiciado por todas las tribus? De sobra era conocido que los principales dignatarios de La Meca pretendían convertirse en protagonistas del histórico acontecimiento y no dudarían en pelear entre sí, si fuera necesario.

Nuestro lector puede juzgar, a través de este relato, la enorme y trascendental importancia que, para cualquiera de aquellos qurai-chitas suponía el verse convertido en protagonista de su propia historia. La situación era, pues, extremadamente tensa.

El rumbo, un tanto desproporcionado, que estaban tomando los acontecimientos movió a que Abu Umayya Ibn Al Muguira recurriera a su reconocido prestigio e influencia en La Meca. Abu Umayya habló así a sus conciudadanos: «Escuchadme, quiero proponeros una solución: Que aceptemos como arbitro de esta situación a la primera persona que entre en el recinto de la Ka'ba». La propuesta de Abu Umayya fue aceptada por unanimidad. Pocos momentos después, un hombre joven y querido por todos, hacía su aparición en el lugar señalado. Este hombre no era otro que Muhammad. Como si de una sola voz se tratara, todos clamaron al unísono: «¡Ahí llega el Amin! (El Leal, El Verídico). De él aceptaremos el arbitraje».

Una vez conocido el acuerdo de sus conciudadanos, Muhammad guardó silencio durante unos momentos. Después les habló así: «Traedme una túnica». Tomando la túnica entre sus brazos, Muhammad la extendió suavemente sobre el suelo. Acto seguido colocó sobre ella la Piedra Negra, diciendo: «Que los jefes de cada tribu levanten los bordes de la túnica». Las palabras de Muhammad parecían una orden, y los quraichitas llevaron, felizmente, su idea a cabo... Una vez transportada hasta el punto asignado, Muhammad depositó la Piedra en el interior de una hornacina, en el mismo lugar donde actualmente se encuentra ubicada.

EL DEBILITAMIENTO DE LA AUTORIDAD EN LA MECA Y SUS CONSECUENCIAS

Las frecuentes y airadas disputas entre las diversas tribus y el último suceso que hemos comentado, salvado en última instancia gracias al recurso final del arbitraje de Muhammad, nos indican

entre otros, la grave crisis de poder y autoridad que por aquellos días sufría La Meca. A esta crisis vendría a sumarse la larvada y al mismo tiempo enconada lucha, que enfrentaba entre sí a los Banu Hachem y Banú Umayya. En efecto, cada uno de ellos pretendía alzarse con el caudillaje que dejara vacante la muerte de Abd Al Muttaleb. Esta disolución del poder público habría de perjudicar, más temprano o más tarde a todos, a no ser por la especial consideración de que gozaba la Casa Sagrada entre los árabes, manteniendo aún por ella un cierto grado de devoción y reverencia.

De cualquier modo, un signo bien visible de aquella atmósfera de disolución nos viene ofrecido por el considerable auge de algunas corrientes pseudo-liberales que permitían a los más atrevidos proclamar cualquier clase de opiniones, excepción hecha de aquellas que criticaban abierta y públicamente el culto idólatra.

Aunque pudiera parecernos paradójico, este estado de cosas iba generando una marcada actitud de indiferencia hacia la práctica idólatra, especialmente entre el sector más joven de la población. Y ello, más bien a pesar de la generación de sus mayores, que de una manera más aparente que real continuaban aún respetándolo, a causa de los muchos intereses puestos en juego. Los quraichitas intentaban, a toda costa, salvaguardar arcaicas costumbres y antiguas tradiciones, con el propósito de conservar la estabilización de una situación, de por sí precaria, pero que al menos impidiera un mayor grado de deterioro en la vida pública de La Meca. Había, pues, la encubierta necesidad de mantener a cualquier precio aquella situación...

Sin embargo, en un horizonte no muy lejano, comenzaba ya a despuntar la primera luz de un mensaje divino, el Islam, que de una vez por todas, iba a extender sus liberadores rayos sobre toda la humanidad, haciendo desaparecer de ella las oscuras tinieblas de su ignorancia multisecular.

EL RETIRO ESPIRITUAL

En el transcurso de estos últimos años, encontramos a Muhammad entregado a la meditación, absorto en la serena contemplación de la vida que, día a día, desfilaba ante sus ojos.

Pero aún así, Muhammad está dotado de un alma exquisitamente sensible. Es por ello que no se siente definitivamente tranquilo. Cuando mira a su alrededor encuentra a un mundo sumido en el más profundo extravío. Un espíritu como el suyo necesitaba encontrar, como nadie, la respuesta a tanta inquietud espiritual.

Esta actitud de Muhammad no era nada extraña, pues era costumbre por aquel tiempo, que los árabes más piadosos dedicaran una cierta época del año al retiro contemplativo y la meditación. Para este fin, solían elegir un lugar suficientemente distanciado de la ciudad en donde, olvidados de sus habituales ocupaciones, el silencio y el contacto con la naturaleza les permitiera entregarse, sin otro obstáculo, a aquellas prácticas espirituales.

Era precisamente en estas disciplinas donde Muhammad encontraba el mejor medio para satisfacer sus anhelos de búsqueda espiritual. La soledad como inseparable compañera le ayudaría, fundamentalmente, a seguir el libre curso de su pensamiento, lejos de cualquier preocupación o motivación humana.

Allá en la cima del monte Hira', situado a unas tres millas al norte de La Meca, Muhammad había descubierto una gruta, cuyo silencio absoluto y su considerable distanciamiento de La Meca la convertían en un lugar idóneo para el retiro. En ella solía pasar Muhammad, cada año, todo el mes de Ramadán. Por todo alimento, se contentaba con disponer de unas pocas provisiones, las imprescindibles, que le eran llevadas por alguna persona, muy de tarde en tarde, en tanto que él continuaba entregado a la meditación espiritual. Era tal su devoción que, con frecuencia, solía olvidarse de

cuanto le rodeaba, pues ciertamente su incansable búsqueda respondía a un anhelo muy profundo de encontrar la Verdad.

EL COMIENZO DE LA REVELACION: LAILAT ALQADR (LA NOCHE DE LA PREDESTINACION O DEL PODER)

Una noche, la del veintiuno de Ramadán, correspondiente al diez de agosto del año 610, Muhammad recibía por vez primera la visita del Arcángel Gabriel. El Arcángel, dirigiéndose a Muhammad, le habló con estas palabras, que más bien parecían un mandato: "¡Lee!". Sorprendido y angustiado, Muhammad le respondió: "No sé leer". El Arcángel le repitió una vez más aquella orden, al mismo tiempo que lo abrazaba fuertemente: "¡Lee!" Muhammad volvió a responder: "¡No sé leer!" El Arcángel Gabriel insistió:

«¡Lee en el nombre de tu Señor, Quien ha creado todo. Ha creado al hombre de un coágulo! ¡Lee! Pues tu Señor es el más generoso. El es Quien ha enseñado el uso de la pluma. Ha enseñado al hombre lo que no sabía.»

El Sagrado Corán (96:1 al 5)

Obedeciendo la orden del Arcángel, Muhammad comenzó a recitar estos versículos ... Versículos que quedarán grabados para siempre en su corazón y que jamás podrá olvidar.

Muhammad salió aterrado de la gruta, y aproximadamente a medio camino de la bajada del monte Hira', volvió a escuchar la voz del Arcángel. Por unos instantes, Muhammad detuvo sus pasos... Sobrecogido, dirigió sus miradas hacia el cielo... Allí estaba el Arcángel de nuevo, ocupando toda la amplitud del horizonte. Adonde quiera que miraba Muhammad, allí estaba también la presencia del Arcángel Gabriel. Era inútil correr o escapar.

Pasmado por todo cuanto había ocurrido, Muhammad logró finalmente llegar a su casa: “¡Arropadme... Arropadme!” dijo al entrar. Su desencajado rostro aún reflejaba el intenso pavor que había debido soportar.

Viéndolo en este estado, Jadiya se quedó seriamente asustada... Tal era el aspecto de su marido, que Jadiya se apresuró para abrazarlo fuertemente, y como si de una madre se tratara, comenzó a prodigarle los primeros cuidados.

Nunca hasta ahora, desde que iniciara su retiro a aquella gruta, había visto a su marido en tan lamentable estado. Jadiya pudo fácilmente apreciar el estremecimiento que sacudía a todo su cuerpo. Así que arropó a Muhammad cuidadosamente con una manta. Cuando parecía más calmado, dirigió una implorante mirada a su esposa, diciéndole: “¡Oh, Jadiya! ¿que me ha sucedido?”

Un tanto atropellado, le contó entonces todo lo que había visto, a la vez que le expresaba sus temores de estar poseído, o haberse trastornado.

Amante y compasiva, Jadiya continuaba siendo la misma; aquella que siempre ha permanecido vigilante y protectora de cuanto pudiera ocurrir a su marido. Llena de dulzura y fortaleza, le tranquilizó diciéndole: “Oh, mi querido Muhammad, no te preocupes y sé fuerte. Dios nunca abandona a quien como tú, sincero y veraz, ayuda a su prójimo y defiende a los más desvalidos”.

Las tiernas y cariñosas palabras de Jadiya lograron tranquilizar a Muhammad, que exhausto y después de dirigirle una agradecida mirada, se quedó profundamente dormido.

Cuando despierte de este sueño, reparador y renovador, una vida sublime, plena de belleza y sacrificios le estará esperando. Una vida totalmente entregada a la Verdad y al servicio de Dios, en pro de la salvación de toda la humanidad.

CAPITULO V

DESDE EL PRINCIPIO DE LA REVELACION HASTA LA EMIGRACION DE LOS PRIMEROS MUSULMANES A ABISINIA

UARAQA Y JADIYA

Jadiya marchó en seguida a la casa de su primo Uaraqqa Ibn Naul fal quien, anteriormente, había abrazado la genuina fe de Abraham, dispuesta a contarle todo cuanto le había sucedido a Muhammad. Después de escucharla con la mayor atención, Uaraqqa le habló así: "¡Santísimo!... ¡Santísimo!... Por el Dueño del alma de Uaraqqa. ¡Oh Jadiya!, si es así como me lo cuentas, quien habló a Muhammad debió ser el mismo arcángel Gabriel, que antes habló también a Moisés. Sin duda alguna, Muhammad será el Profeta que guíe a esta nación. Dile, pues, que se mantenga firme". Tras este breve y emocionado encuentro, Jadiya regresó a su casa encontrando que Muhammad estaba aún profundamente dormido. Una vez más su mirada recorrió, fija y amorosamente, el semblante de Muhammad... llena de una serena esperanza.

Días más tarde, y cuando Muhammad se encontraba dormido, Jadiya se acercó hasta él sobrecogida. Muhammad respiraba fuerte y entrecortadamente. El sudor manaba ampliamente de su frente. En aquel preciso momento, Muhammad abrió sus ojos al escuchar las palabras del Arcángel Gabriel:

«Ob tú, arrebujaado en tu manto! ¡Levántate a rezar toda la noche, ó un poco menos. La mitad de la misma, quitando un poco, o añadiendo algo más, y recita el Corán de un modo claro!

Pues, vamos a revelarte palabras de gran peso.

Entrada la noche, la oración es más valiosa y más correctas son las palabras.

Durante el día tienes, ciertamente, prolongadas ocupaciones».

El Sagrado Corán (73:1-7)

UARAQA Y MUHAMMAD

Días más tarde, Muhammad se desplazó a la Ka'ba para cumplir con el rito de la circunvalación al recinto sagrado. En el trayecto se encontró con Uaraqa Ibn Naufal, el primo de Jadya, quien le preguntó sobre lo ocurrido en la gruta. Muhammad comenzó a describirle como sucedió todo aquello. Uaraqa, emocionado, volvió a repetir lo que ya había dicho antes: "Por Dios, juro que tú eres el Profeta de esta nación. El Arcángel que antes descendió sobre Moisés es quién ha venido ahora a tí. Pero tu pueblo te perseguirá y te desterrará. Si Dios me concede vida para ver ese día, cuenta con que seguramente te daré todo mi respaldo. Y Dios sabe que así lo haré". Al concluir estas palabras y momentos antes de despedirse, Uaraqa se aproximó al Profeta, besando su frente en señal de respeto. Muhammad no tardaría en darse cuenta del gran cariño y la fidelidad que por él sentía Uaraqa, y también de la enorme responsabilidad que ahora recaía sobre sus hombros. El prudente aviso de Uaraqa, advirtiéndole de las graves dificultades con que había de enfrentarse, venía a confirmarlo en sus preocupaciones acerca de la actitud que podrían tomar los quraichitas. Sin embargo, ¿cómo podría concebir este enfrentamiento con los quraichitas, que eran

su propio pueblo y entre ellos se encontraban sus parientes más cercanos?

LAS REVELACIONES DISMINUYEN

Las revelaciones que orientaban la misión de Muhammad comenzaron a disminuir sensiblemente, hasta el punto de que el Arcángel Gabriel no apareció durante algún tiempo. Este prolongado silencio llevó a que Muhammad se sintiera sumido en una profunda y angustiosa soledad. “¿Acaso el Señor me ha abandonado?” se preguntaba. Apesadumbrado y un tanto temeroso, Muhammad regresó de nuevo a la gruta del Monte Hira'. Con todas las fuerzas de su corazón comenzó a orar intensamente a Dios, buscando el sosiego y la paz que tanto necesitaba... Sobre estos momentos que Muhammad vivió con la más desesperada de las angustias, se ha llegado a decir que hubo una ocasión en la que pensó arrojar desde la cumbre del monte Hira', conocido también por el Monte Abu Qubais... Tal vez, en esta penosa situación, llegaría a preguntarse: ¿qué podía esperar ya de esta vida? En aquellos críticos momentos, cuando en lo más íntimo de su ser se sentía profundamente desgarrado, Muhammad recibió por fin la tan esperada revelación. La palabra de Dios se hacía en ella más clara y tranquilizante que nunca:

***«Juro por la mañana! ¡Por la noche cuando extiende su oscuridad! Tu Señor no te ha abandonado ni desdeñado. La vida en el Más Allá será mejor para ti que la vida presente.
Tu Señor te concederá Sus dones y te sentirás complacido.»***

El Sagrado Corán (93:1-5)

LA LLAMADA A LA UNICA VERDAD

¡Cuán grande es la majestuosidad de Dios y cuanto sosiego procura al espíritu humano, llevando la alegría a su corazón!... Los temores de Muhammad se habían por fin desvanecido y de su rostro irradiaba ahora una sonrisa de plena satisfacción interna. Sus labios se movían incesantemente, musitando alabanzas llenas de agradecimiento y devoción al Creador. También, las dudas y preocupaciones de Jadiya se habían disipado. De esta forma, no había ya lugar para la desesperación o el suicidio. Todo lo contrario, a partir de este mismo momento, el alba de una nueva vida comenzaba a florecer para Muhammad. En lo sucesivo, su vida vendrá marcada por una permanente y generosa entrega. La de llamar a todos los seres humanos al camino del Dios Unico.

“Sólo a Dios misericordioso –dirá en su mensaje– deberán entregarse todas las criaturas. Y únicamente ante El inclinarán sus frentes.” Esta era la profunda verdad que con toda certeza iluminaba el alma de Muhammad, y fuente asimismo de la energía que necesitaba para afrontar una tan difícil como gloriosa misión. En efecto, el auténtico sentido de la Unicidad de Dios no podía ser más evidente para Muhammad. Los anteriores versículos le recordaban su propia orfandad, siendo aún muy niño. Por aquel entonces, Dios le procuró la tutela de su abuelo Abd Al Muttaleb... Tampoco podía olvidar cómo a pesar de su pobreza, Dios le allanó el camino de su matrimonio con la acomodada Jadiya... Pero, sobre todo, Muhammad era consciente de la gracia con que Dios le había distinguido como Profeta y portador de Su Mensaje.

Durante todo este tiempo sólo una persona ha tenido acceso a la revelación de Dios a Muhammad. Esta persona era Jadiya. Nadie más lo sabe. Ni siquiera los más allegados de entre sus familiares y amigos más queridos. Hasta que reciba la orden expresa de Dios, Muhammad no podrá transmitir el Mensaje Divino, pues el mensaje como tal sólo pertenece a Dios, y únicamente El puede autorizar su

transmisión... Hubieron así de transcurrir varias semanas hasta que le fueron revelados los siguientes versículos:

**«Ob tú!, el envuelto en un manto ¡Levántate y advierte! Y ensalza a tu Señor.
¡Tu ropa ¡purificala! ¡Y evita la idolatría!»**

El Sagrado Corán (74:1-5)

Muy débil aún por el impacto de esta reciente revelación y a pesar de los ruegos de Jadiya para que guardara reposo, Muhammad se incorporó diciéndole: "Ha terminado ya el tiempo de mi descanso en esta vida. El Arcángel Gabriel me ha ordenado que comience la prédica, llamando a todos al camino de Dios. Pero... ¿A quién hablar, y quién me podía escuchar?".

Resulta muy natural que fuera Jadiya la primera persona en creer en Muhammad. Efectivamente, durante muchos años Jadiya lo había conocido como una persona verdaderamente ejemplar, sobretudo en cuanto a veracidad, fidelidad y compasión. Fue también ella quién durante los retiros de estos últimos años siguió más de cerca su continua preocupación por la búsqueda de la verdad. De una verdad única, a la que Muhammad se entregó con todas las fuerzas de su mente y su corazón. Jadiya conocía también su firme rechazo al cúmulo de supersticiones e idolatría, en que estaba sumido su pueblo, sin olvidarse de los más torpes y crueles sacrificios practicados en honor de aquellos mudos ídolos, incapaces de hacer ningún bien o mal, pero a los que las gentes veneraban sin provecho real para sus almas...

LOS PRIMEROS MUSULMANES

Habíamos mencionado que, entregándose a la llamada de Dios, Jadiya se convirtió en la primera persona que abrazaba el Islam. A

continuación lo hizo el jovencito Alí, hijo de Abu Taleb, quien vivía en la casa del Profeta a causa de la dificultosa situación económica por la que pasaba Abu Taleb, el tío de Muhammad. Esta cuestión había sido tratada anteriormente por Muhammad con su tío Al Abbas —el mejor acomodado entre los Banu Hachem—, diciéndole: “Como bien sabes, tu hermano Abu Taleb tiene una familia muy numerosa, viviendo en la mayor pobreza. He venido a proponerte que, juntos, intentemos aligerar su pesada carga...”.

Sin ningún reparo por su parte, Al Abbas tomó a Ya'far bajo su cuidado, en tanto que Muhammad acogía bajo su protección al pequeño Alí, quien crecería como un hijo más junto a las dos hijas más pequeñas del Profeta.

En cuanto a Zaid Ibn Hariza la cuestión fue de otro modo. Zaid era un niño esclavo que había sido comprado tiempo atrás por Jadiya y posteriormente liberado por Muhammad, dándole la opción de marchar con sus padres o bien vivir como un hijo más en la propia casa del Profeta. Zaid se decidió por esta última alternativa y fue así como conoció la nueva fe, convirtiéndose en la tercera persona que abrazaba el Islam.

Sin duda alguna, Abu Bakr fue la cuarta y más importante persona, en estos primeros tiempos del Islam. Abu Bakr era ciertamente el amigo más íntimo del Profeta, y suficientemente conocido en toda la Meca por su probada sabiduría y madurez. Su propia nobleza de carácter le impedía conducirse del modo egoísta e inhumano, tan propio de sus compañeros mercaderes. El entusiasmo con que abrazó el Islam lo llevó muy pronto a divulgar entre sus más directos amigos y allegados la esencia de esta fe: La creencia en el Dios Único y en Su Profeta Muhammad. Muchos de los que le oían hablar, con tan firme convicción, le pidieron entrevistarse con el Profeta. De este modo, el número de los musulmanes iba creciendo, aunque guardando todavía una natural discreción en mostrar abiertamente su nueva fe.

Entre este grupo de primeros musulmanes, podemos destacar a hombres como Uzman Ibn Affan, Abdel Rahman Ibn Auf, Talha Ibn Ubaidulah, Sa'd Ibn Abu Uaqas y Alzubair Ibn Al Awam, todos ellos personajes jóvenes y de gran relieve en la vida social de La Meca.

Durante esta primera época, los versículos coránicos revelados se caracterizaban por poseer un breve texto y el ritmo muy suave, con un contenido en el que se afirmaba constantemente el concepto de la Unidad de Dios, Su suprema majestuosidad, Su infinita misericordia, describiendo tanto el Paraíso como el Infierno, de un modo tan claro como si realmente estuviera al alcance de la mano. Y cómo no, invitando siempre a los creyentes a la práctica de las obras más nobles y piadosas.

Pocas semanas más tarde fue revelado el versículo coránico que establece la práctica de la oración:

***«Ten paciencia! ¡La promesa de Dios es verídica!
Pide perdón por tus faltas y celebra al anochecer y
al alba las alabanzas a tu Señor.»***

El Sagrado Corán (40:55)

También por aquellos días el Arcángel Gabriel mostró a Muhammad el modo de realizar la ablución así como la forma de practicar la oración.

El anterior versículo indicaba claramente el deber de practicar dos oraciones diarias. La primera, antes de la salida del Sol. La segunda, después de la puesta del mismo.

MUSULMANES Y QURAICHITAS

En muy pocos meses, el número de musulmanes había aumentado considerablemente. En efecto, eran ya algo más de

veinte, entre hombres y mujeres, los creyentes que formaban esta incipiente familia musulmana. Mientras tanto, aquellos que aún conservaban la adoración por los viejos ídolos en La Meca, estaban pendientes, sobre todo, de la nueva noticia. Ya no era ningún secreto para nadie. En cualquier rincón de la ciudad no se hablaba de otra cosa que no fuera acerca de Muhammad y su mensaje. Sólo los más inflexibles, los más duros de corazón, permanecían hasta ahora indiferentes. Pensaban que la causa de Muhammad no iría, probablemente, más allá de lo que antes ocurriera con otras parecidas. Que pasado un tiempo “aquellos nuevos conversos” volverían a la religión de sus antepasados... Olvidaban, sin embargo, que la fe sincera está dotada de un poder invencible y que finalmente la verdad había de abrirse paso para prevalecer en un futuro no muy lejano.

EL ISLAM SALE A LA LUZ PUBLICA

Desde el comienzo de la revelación han transcurrido ya tres años. Este tiempo constituyó una etapa, muy fundamental, para el desarrollo y la divulgación del Islam. En efecto, la revelación coránica continuaba aportando nuevos materiales para la edificación de la estructura que caracteriza la personalidad musulmana, dotándola así de los cimientos más sólidos, capaces de afrontar las nuevas etapas, verdaderamente difíciles, que en plazo muy breve iban a tener lugar.

La primera de dichas etapas dió comienzo con la revelación de los siguientes versículos coránicos, en los cuales Dios ordenaba al Profeta que proclamara abiertamente a su pueblo la nueva fe del Islam:

***«Y no invoques a otros dioses junto a Dios, pues estarías entre los atormentados.
¡Amonesta a tus parientes más próximos.
Y sé benévolo con los creyentes que te siguen!»***

El Sagrado Corán (26:213-215)

Muhammad inició esta nueva etapa pública hablando, en primer término, a sus familiares. Con este propósito, un día los invitó a comer en su casa, y de este modo pudo reunirse con todos ellos. Durante la comida, les habló del Islam, llamándolos a la obediencia del Dios Único y Soberano. Sin embargo, Abu Lahab, su propio tío, interrumpió bruscamente el discurso, pidiendo a los demás asistentes que abandonaran la reunión. A pesar de lo desagradable de este incidente, Muhammad mantuvo la calma... Pasados unos días, el Profeta volvió a invitarlos para que le escucharan de nuevo. En esta ocasión les dijo: "No sé de ningún hombre, en toda la historia de Arabia, que haya intentado servir a su pueblo, mejor que como yo deseo hacerlo ahora. Os he traído lo mejor para esta vida y también para la Otra. Mi Señor me ha ordenado que os llame para creer en El, Dios Único y Soberano, sin asociarle otros copartícipes. Es la elección entre el Paraíso o el Infierno. Y ahora... ¿quién de vosotros me apoyará en esta causa?" El espacio de unos largos momentos de silencio fue cortado repentinamente por la voz de su tío Abu Taleb: "Nada puede sernos más agradable como ayudarte, aceptando tu consejo y creyendo en tus palabras. Aquí tienes a toda la familia reunida. Yo soy uno más entre ellos. Personalmente, yo te apoyaré y defenderé... Pero el corazón no me obedece para separarme de la religión de mis padres". Al oír estas palabras, Abu Lahab reaccionó violentamente: "Sin duda alguna, este es el peor mal que podía habernos ocurrido... ¡Pararlo, pues, antes de que pueda convencer a los demás". Pero Abu Taleb le replicó: "Le defenderemos incluso con nuestras propias vidas".

LLAMANDO DESDE AL SAFA

La anterior conversación mantenida entre Muhammad y sus familiares proporcionó al Profeta la convicción de que podía contar, seguramente, con la ayuda de su tío Abu Taleb.

Muhammad dirigió, entonces, su misión pública llamando a su pueblo a la adoración del Dios Único, Creador de todo y de todos... Pero una adoración sincera, basada en la pureza de la fe. De este modo, Muhammad aprovechaba cualquier ocasión para exhortarles, anunciándoles continuamente que, para gozar de la misericordia de Dios, era necesario que practicasen las buenas obras, acogiendo tanto al pobre como al desvalido, entregándoles generosamente cuanto necesitaran. Y ante todo deberían rechazar la adoración de los ídolos que habían tomado como dioses, y abandonar sus vicios e inmoralidades, como son la usura y el apropiamiento indebido de lo que pertenece a los huérfanos.

De esta manera, Muhammad iba llamando a hombres, cuyas mentes y corazones estaban aún endurecidos como las mismas piedras de que estaban fabricados aquellos ídolos que adoraban. Su llamada era por igual para todas las gentes, invitándolas a reflexionar acerca del cielo y la tierra, y de todo cuanto está comprendido entre ambos, cuya creación pertenece únicamente a Dios. A percibir todo cuanto de sublime y solemne existe en ellos. A comprender las leyes que los gobiernan. Muhammad llamaba también a los hombres a elevar su espiritualidad, mediante la plegaria al Único y Todopoderoso, abandonando todo cuanto pudiera ser mezquino e indigno. A tratar cariñosamente al hermano extraviado, ayudándole a encontrar la orientación correcta. A ser justos y caritativos con los huérfanos, con los más débiles, con los oprimidos y con los necesitados... Sí, y con toda seguridad, era todo esto para lo que Dios había enviado a Muhammad, con la misión de llamar a todos los humanos.

Sin embargo, la realidad era bien distinta. Aquellas obstinadas almas y sus duros corazones estaban aún seriamente atrapados en la idolatría y en las burdas supersticiones de sus antepasados. En torno a este culto idólatra se había construido todo un aparato de frías y egoístas relaciones comerciales, que daban a la Meca su conocida eminencia y centralismo como único lugar de peregrinación.

Con esta situación, ¿abandonarían los mequenses la religión de sus antepasados, exponiéndose a perder, no solo el prestigio, sino lo que era todavía más importante, aquella considerable fuente de ingresos que les reportaba la práctica del culto idólatra? Y en el caso de que tal renuncia fuera posible, ¿cómo podrían liberar sus corazones de la desenfrenada búsqueda de los más groseros placeres?, ¿cómo podrían, en fin, elevarse por encima de la mera satisfacción material de sus degradantes pasiones?

Con su voz profética, Muhammad llamaba incesantemente a todos los hombres y mujeres, a que se elevaran por encima de sus despreciables pasiones y de aquel torpe y cruel culto idólatra. Más, ¿qué podría ocurrir si ellos, sordos a su mensaje, rehusaran creerle? ¿Qué podría hacer entonces Muhammad?

Pocos días después Muhammad, subía al montículo de Al Safa —muy próximo al recinto de la Ka'ba— para hacer su primera llamada a los quraichitas. Una multitud de hombres y mujeres, procedentes de todas las tribus comenzó a perfilarse en el horizonte. La convocatoria de Muhammad parecía tener, en principio, todas las señales de un abrumador éxito.

El Profeta dirige sus primeras palabras con una voz muy fuerte y emocionada: “Decidme, ¡oh quraichitas!, ¿me creeríais si os dijera que estoy viendo una caballería enemiga dispuesta a atacarnos al otro lado de la montaña?” “Te creeríamos, pues sabemos que nunca nos has mentado”, le responden muchas voces. Muhammad: “pues si es así, escuchadme todos. Dios me envía a vosotros para advertiros de los tormentos de la otra vida. Buscad pues vuestra salvación. No os he traído ningún beneficio para esta vida o la otra, a menos que vuestros corazones declaren que no hay otra divinidad, excepto Dios Único”.

Una vez más Abu Lahab, enfurecido, se levantó de entre toda aquella multitud, gritando: “¡Desgraciado eres tú en este día...! ¿Y para esto

nos has reunido?”. Muhammad miró durante unos momentos a su tío, viendo como este se alejaba despectivamente, con el mayor de los desaires.

Los siguientes versículos fueron revelados poco tiempo después de este triste episodio:

**«Que perezcan las dos manos de Abu Lahab!
¡Que perezca él mismo!
De nada le servirán su riqueza y lo que ha alcan-
zado.
Pues él arderá en un fuego flameante.»**

El Sagrado Corán (111:1-3)

Ni el rencor de Abu Lahab, ni aún el más severo antagonismo de los quraichitas fueron suficientes para impedir la propagación del mensaje del Islam entre el pueblo de La Meca. En efecto, con el paso del tiempo, nuevos quraichitas abrazarían entusiasmados la fe musulmana, y en especial aquellos más inclinados hacia la vida espiritual, que se mantenían alejados del mundillo de los negocios u otros de parecido carácter materialista.

Por otra parte, nadie ignoraba cómo, y a pesar del afortunado matrimonio de Muhammad con Jadiya, esta privilegiada situación jamás influyó en lo más mínimo en su proverbial comportamiento de hombre humilde y generoso, modelo ejemplar de lealtad con los más débiles y oprimidos, con los más desheredados por la fortuna, todo ello en contraste con las circunstancias que imperaban por aquel entonces. Los siguientes versículos coránicos nos describen, con toda exactitud, aquella situación y el entusiasmo desmesurado de la gente por la vida material:

**«El afán de aumentar vuestras riquezas os distrae,
hasta el momento en que descendéis en las tumbas.»**

***¡No es así! ¡Pronto sabréis!
¡Ciertamente no es así, ¡pronto sabréis!
¡Ah, si lo supierais a ciencia cierta!
¡Veréis el Infierno!
Lo veréis con toda certeza.
En ese día, seréis interrogados sobre los placeres
de este mundo.»***

El Sagrado Corán (102:1-8)

Ciertamente, el Islam era un mensaje auténticamente liberador, y como tal mensaje de procedencia divina acabaría, finalmente, salvando a muchos de aquellos hombres de la esclavitud que impone la adoración a unos falsos dioses, echando por tierra una larga cadena de irracionalidad levantada muchos siglos antes, impidiendo así al hombre la relación directa con su Creador. A partir de ahora ninguno de aquellos dioses, se llamaran Hubal, Al-Lat, Al-Uza, o bien el Fuego, el Sol o los Astros, podían interponerse obstaculizando el encuentro directo y real del hombre con Dios. Sólo el propio hombre es responsable tanto de sus buenas como de sus malas obras. En lo sucesivo no habrá más mediadores entre Dios y el hombre, salvo las propias obras. En esta tierra, corresponderá a la Conciencia humana ser el auténtico juez de sus propias acciones. Y de las intenciones que acompañan a estas acciones, solamente lo será Dios en el día del Juicio Final. Realmente, ¿podía haber algo más puro y liberador que este mensaje, al cual estaba llamando ahora Muhammad a todos los hombres? ¿Podríamos decir lo mismo de las intenciones de Abu Lahab y sus secuaces, extraviados en los oscuros senderos de la superstición, del más frío egoísmo... y de la esclavitud, a fin de cuentas?

LOS POETAS QURAICHITAS

Entre los quraichitas, idólatras y materialistas, los Abu Lahab y Abu Sufian no podían admitir que un mensaje tan humano y pro-

fundamente espiritual como el de Muhammad, viniera a representar para ellos la más seria de las amenazas con que hasta ahora se habían enfrentado. Así, en un principio, comenzaron a ridiculizar el contenido de su mensaje, atacándolo con toda suerte de sátiras y duras invectivas. Con este propósito, solían inducir a algunos de entre sus más conocidos poetas, para que fueran los encargados de realizarlas. En este mismo orden de cosas, llegarían también a promover otro tipo mas sutil de provocaciones, desafiando a Muhammad para que realizase algún milagro, al igual que antes lo había hecho Jesús o Moisés, y así no era raro oírles preguntar:

—“Oh Muhammad, ¿porqué no haces que los montes de Al Safa y Marua se conviertan en oro?”

—“¿Podrías hacer que este libro, del que tanto hablas, nos viniera del cielo ya escrito?”

—“¿Por qué no haces aparecer al Angel Gabriel delante de nosotros, para que nos hable como a tí te ha hablado?”.

—“¿Por qué no resucitas a los muertos y quitas de en medio esas montañas, que encierran y aprisionan a nuestra ciudad de La Meca?”.

—“¿Por qué no haces brotar una fuente que tenga el agua más dulce que la de Zam-Zam, si sabes que tanto la necesita tu pueblo?”.

Incansable y provocador, aquel pueblo incrédulo no cesaba de pedirle a Muhammad, estos y aún más extravagantes milagros. Tampoco era infrecuente oírles decir, con la mayor de las sornas: “Oh Muhammad, ¿porqué no te informa tu Dios de los precios del mercado de mañana, beneficiándonos a todos, en nuestros negocios?”. Estas preguntas, y otras aún más mordaces, serían finalmente respondidas, de una vez por todas, en los sucesivos mensajes que Dios Altísimo iba revelando al Profeta:

«Di: No dispongo de beneficio o perjuicio para mí mismo, sin la voluntad de Dios. Y si yo conociera lo desconocido abundaría en bienes y no me alcanzaría daño alguno. Sin embargo, sólo soy un amonestador y un portador de buenas nuevas para las gentes que creen.»

El Sagrado Corán (7:188)

En realidad, si Muhammad era un profeta, un enviado de Dios, encargado de transmitir Su Mensaje, ¿qué razón asistía a aquel grupo de incrédulos para exigirle cosas que la razón más elemental rechaza, en tanto que Muhammad sólo les pedía aceptar lo que cualquier sano juicio recomienda?

¿Cómo se atrevían, pues, a exigirle que hiciera lo que moralmente era inaceptable, mientras que él solo los estaba llamando a practicar la bondad y a ser realmente virtuosos?

¿Con qué razón le pedían que realizara milagros, cuando la revelación coránica que venía recibiendo, única guía correcta hacia la verdad, suponía en sí el milagro más constante y eterno?

¿Cómo podían los quraichitas pedirle que probara su misión profética con milagros que ellos pudieran comprobar, cuando sus llamados dioses permanecían mudos y fríos, carentes del más mínimo poder que les permitiera hacer bien ni mal alguno?

En definitiva, ¿Cómo podían exigir al Profeta, la paz y las bendiciones de Dios sean con él, que probara su misión con milagros, cuando ellos adoraban dioses de piedra y madera, a los que nunca les pidieron probar su supuesta divinidad?... Verdaderamente, deberían haberlo hecho. Y con toda seguridad. se habrían convencido de la falsedad de aquellos dioses que, más bien inmóviles

y muertos, eran incapaces de proteger a nadie con su inexistente poder.

LA CRITICA DE MUHAMMAD A LOS IDOLOS

Si Muhammad había guardado hasta entonces un más que prudente silencio, a partir de aquellas descaradas provocaciones, tomó la decisión de salir al paso de estos ataques. Y lo hizo del modo más directo. Muhammad criticó abiertamente la idolatría de los quraichitas, recordándoles que sus ídolos no eran más que meros trozos de piedra o madera.

Naturalmente, esta censura desató, en toda la Meca, las iras más vivas de los quraichitas. Para ellos, este era, sin duda, el daño más grave que Muhammad podía causarles. De la noche a la mañana, Muhammad se había convertido en una figura amenazante que exigía una solución inmediata. Y si hasta entonces no le habían tomado realmente en serio, sin embargo, algo urgente había que hacer cuando de un modo tan directo estaba atacando a sus dioses. Había pues que tomar una firme resolución que fuera más allá de lo que pudiera suponer una mera censura a este "ridículo provocador". Se hacía necesario luchar con cualquier arma, ya que si Muhammad lograba convertir con éxito a los quraichitas, convenciéndolos de que rechazaran el antiguo culto, ¿qué quedaría en pie de la Meca, tanto de su influencia como de su prestigio religioso? Estas y otras parecidas cavilaciones resultaban para los líderes quraichitas tan insufribles como odiosas.

Aunque Abu Taleb no se había unido a la nueva fe, sí en cambio seguía protegiendo activamente a Muhammad, hasta el punto de que no resultaba difícil adivinar en él un decidido propósito de luchar en su defensa. Fue por esta razón que algunos nobles quraichitas, conducidos por Abu Sufian Ibn Harb, fueron a entrevistarse con Abu Taleb, hablándole con este tono decidido: "Oh Abu Taleb,

tu sobrino viene blasfemando sin cesar contra nuestros más queridos ideales. Incluso ha llegado a ridiculizar a nuestros padres por sus creencias. ¡Nuestra fe, a la que viene atacando, es también la tuya! ¡Detenlo pronto o deja de protegerlo! Y si no te sientes capaz de hacerlo, ¿porqué no dejas que seamos nosotros quienes nos encarguemos de él?... Abu Taleb había adivinado, inmediatamente, sus maliciosas intenciones. En esta ocasión les respondería desenfadadamente, tratando de quitar así importancia al asunto.

A pesar de estas advertencias, Muhammad continuó incansable en su misión de prédica, y fruto de esta noble labor fue que el número de los creyentes aumentaba sin cesar. Los quraichitas se sentían verdaderamente alarmados por este creciente auge y, una vez más, decidieron conspirar contra Muhammad.

Faltaban escasos meses para que diera comienzo la temporada de la peregrinación, y la situación se había tornado especialmente grave... ¿qué podrían decir los quraichitas a aquellos peregrinos si, de alguna manera, llegaban a conocer algo de Muhammad y su mensaje?

Con el propósito de solventar esta más que espinosa cuestión, los quraichitas decidieron celebrar una reunión en la casa de Al Walid Ibn Al Muguira, uno de los más prestigiosos líderes de La Meca. Tras cambiar unas primeras impresiones, Al Walid tomaba la palabra diciendo a los presentes: “Ante todo, unificad vuestros criterios. Es necesario que no aparezca entre vosotros ningún resquicio de diferencias. Y aún menos, que os desmintáis unos a otros. De otro modo, ¿qué podréis decir a los peregrinos?

—“He pensado —dijo uno de los líderes— que podríamos decir que Muhammad es un sacerdote”.

—Al Walid: “Nadie lo creería. Lo que dice Muhammad en nada se parece a aquellos cánticos rimados de los sacerdotes”.

—“Diremos entonces que es un pobre loco”.

—Al Walid: “Decidme, ¿y en qué se parece Muhammad a un loco?... De sobra sabemos lo que es la locura y Muhammad no tiene ninguno de esos síntomas, ni tan siquiera la apariencia”.

—...“Bien, podremos decir que es un poeta”.

—Al Walid: “Todos los presentes conocemos la poesía y también la prosa. Incluso, hasta sus más variadas formas métricas. Sin embargo, lo que dice Muhammad no es ninguna clase de poesía”.

—... “¿Y si decimos que es un brujo?”

—Al Walid: “Menos aún nos harían caso. Todo el mundo conoce lo que es la brujería, pero Muhammad jamás hizo rituales mágicos propios de brujos”.

Entonces, “¿qué podremos decir a la gente?”

Al Walid quedó pensativo unos momentos. Después diría: “Pienso que de todo cuanto hemos hablado, lo mejor es que digamos que es un brujo, cuya brujería consiste precisamente en sus propias palabras, y que de este modo trata de dividir a la familia y a todo el pueblo”...

Días más tarde, el Profeta recibía la revelación de los versículos que siguen, en relación con Al Walid:

***«Déjame solo con quien He creado solitario, y le
agracié con inmensa fortuna, con hijos presentes y
concediéndole fácil acceso a la abundancia.
Con todo ello, ¿acaso pretende que aún le conceda
más?»***

¡De ningún modo! pues él fue obstinadamente hostil a nuestros signos.

Le dejaré extenuado, como si estuviera subiendo con sobrecarga.

El reflexionó y meditó.

Pero, ¡Que maldito fue por esta meditación!

¡Sí, Que maldito fue por esta meditación!

Luego, él contempló, y frunció el entrecejo, mostrando su enojo, luego volvió la espalda, lleno de altivez y dijo:

¡Esto no es sino magia imitada!»

El Sagrado Corán (74:11-24)

El desarrollo de los acontecimientos ha caminado más aprisa, aún, que toda la sagacidad previsor de los quraichitas. En efecto, las ferias culturales donde anualmente se dan cita los más refinados e imaginativos poetas habrán de comenzar dentro de muy poco tiempo, y de esta manera, Muhammad tendrá la oportunidad de dirigirse a sus visitantes y participantes, hablándoles del Islam y su mensaje. Sin embargo, la maquinaria diabólica de los quraichitas se había puesto ya en marcha situando algún que otro siniestro personaje, dispuesto siempre a utilizar la mordaz crítica "oportuna", para hacer fracasar así la labor del Profeta.

Si bien es cierto que los quraichitas utilizaron, en contra de Muhammad, todos los medios a su alcance, tampoco es menos cierto que aquellos visitantes regresaron a sus respectivas tribus, una vez finalizadas estas ferias, hablando de la existencia de un profeta y de un nuevo mensaje.

Ante este fracaso tan estrepitoso, los quraichitas rehicieron una vez más sus planes, dispuestos a poner en marcha otro tipo de estrategia más eficaz.

Con este propósito, volvieron de nuevo a la casa de Abu Taleb, llevando consigo esta vez a Umara, hijo de Al Walid Ibn Al Mugira. Desplegando la más sutil de las astucias, le propusieron a Abu Taleb la adopción del joven Umara, a cambio de entregarles a Muhammad... Abu Taleb saldría al paso de sus aviesas intenciones rechazando enérgicamente esta maniobra: "no entiendo como podéis pedirme que yo os entregue a mi sobrino para que acabéis con él, a cambio de que yo tome al joven Umara para alimentarlo".

Como a pesar de estas advertencias Muhammad continuaba proclamando abiertamente el Islam, los quraichitas se entrevistaron una vez más con Abu Taleb diciéndole: "Oh Abu Taleb, tú sabes que entre nosotros eres considerado como un anciano honorable. También es cierto que en varias ocasiones te hemos pedido que impidas el modo agresivo con que viene actuando tu sobrino Muhammad, y sin embargo no lo has hecho hasta ahora. Pues bien, te juramos que en lo sucesivo, no consentiremos que Muhammad siga mancillando así la memoria de nuestros antepasados ni que tampoco continúe desprestigiando nuestras creencias, atacando tan hostilmente a nuestros dioses. Si no le detienes de una vez para siempre, tendremos que luchar necesariamente contra él, y también contra ti..., así hasta que alguna de las dos partes perezca definitivamente en esta empresa".

Esta amenaza de los quraichitas no podía ser más grave ni más contundente. Indisponerse a sus propósitos —pensó Abu Taleb— supondría enfrentarse abiertamente a ellos. De este modo, eran muchos los riesgos que habría que correr. Por otra parte, y si es verdad que no se encontraba del todo decidido a abrazar la fe de su sobrino, tampoco se veía animado como para traicionarlo... En estas circunstancias, reflexionó, ¿qué podría hacer y qué alternativa tomar?

Seramente preocupado, Abu Taleb llamó a Muhammad contándole lo que había sucedido, y tras unos momentos de tenso silencio le dijo: "Sálvate y sálvame. Salvémonos los dos. Muhammad, no

hagas que yo lleve una carga tan pesada, que mis años no me permiten ya soportar”.

LA POSTURA HISTORICA

Al escuchar estas palabras, Muhammad permaneció inmóvil y pensativo. Fueron estos unos momentos en los cuales daba la impresión de que el curso de su propia vida se hubiera detenido. Para Muhammad, cualquier decisión que pudiera adoptar estaba llamada a ser fundamentalmente decisiva para el futuro de toda la humanidad. Y así, en este prolongado silencio, posiblemente debió pensar: ¿Debería el mundo seguir debatiéndose necesariamente entre la miseria y la esclavitud?... ¿O que aquel decadente paganismo continuara ejerciendo su inexorable influencia, del modo más cruel e irracional? ¿O más bien debería ser él quien, decidida y valientemente, levantara su voz proclamando a todos la Verdad esencial de su mensaje, hablándoles sin reserva del Dios Unico, iluminándolos así con la única luz verdadera, capaz de liberar para siempre sus mentes y corazones de la esclavitud y la superstición?

Allí, frente a Muhammad estaba su tío Abu Taleb, hondamente amargado con la dura oposición de los quraichitas, sin saber qué partido tomar, si ayudar a su sobrino o abandonarlo. Sin embargo, le era imposible compartir esta última postura.

Por otra parte, estaban también los musulmanes, pocos aún en número y muy débiles en sus fuerzas, incapaces de afrontar o resistir una lucha abierta frente a una mayoría tan poderosa como la que de hecho poseían los quraichitas. Realmente, Muhammad no tenía a nadie que le pudiera prestar el apoyo necesario en esta situación tan cruel como desesperada. Solamente la Verdad que venía proclamando, de la cual era su único defensor, podía consolarle en esta penosa aflicción. Solo quedaban en pie su inmovible fe en el Creador y su no menos profunda convicción acerca de la verdad de

cuanto hablaba. Era sobre esta misma verdad donde firmemente se mantenía apoyada toda su fuerza. Por ello, en su corazón o en su pensamiento, no cabía ya una causa más noble que la de morir fiel a los ideales que proclamaba, antes que traicionarlos o vacilar en su defensa.

Luminosamente transformado por una inusitada fuerza que sentía emanar ahora desde lo más profundo de su convicción, Muhammad se volvió hacia su tío para decirle: "Oh tío querido, juro por el Dios Todopoderoso que si alguien pusiera el Sol en mi mano derecha y la Luna en mi mano izquierda, tratando de que yo abandonara esta noble causa, jamás lo haría a no ser que fuera Dios mismo quien me lo pidiera. De no ser así, preferiría morir entregando mi último aliento por ella".

¡Cuán grande es la verdad, y cuán sublime es la fe cuando esta es sincera! Estas firmes palabras de Muhammad hicieron que el anciano Abu Taleb sintiera vibrar lo más hondo de su ser. Era ahora él quien, conmovido por la inquebrantable voluntad de su sobrino, no lograba arrancar una sola palabra a su estremecida garganta. Durante unos momentos que fueron eternos para Abu Taleb, pudo experimentar en toda su alma la duda que aún le asaltaba: si enfrentarse a las violentas amenazas y enemistad de los quraichitas, o luchar decididamente al lado de la causa que defendía Muhammad. Finalmente, contó más el corazón y, abrazándose enternecido a Muhammad, le dijo: "Continúa adelante, sobrino mío. Haz lo que deseas hacer, y cuenta con que jamás te abandonaré".

ABU TALEB CUMPLE SU PROMESA

Sin pérdida de tiempo, Abu Taleb se reunió con sus familiares, los Banu Hachem y Banu Al Muttaleb, para hablarles de su decisión, así como de la intención de Muhammad de continuar adelante con el mensaje, pese a las reiteradas presiones y amenazas de

Abu Sufian, Abu Yahl y otros influyentes quraichitas. Tras recordar a los presentes la honorable posición de Muhammad en el seno de la familia, Abu Taleb les pidió que le otorgaran también su ayuda y protección. Esta petición fue aceptada por todos los familiares, a excepción de Abu Lahab ¹, quien una vez más declaró su abierta oposición al Profeta.

COMIENZO DE LA PERSECUCION QURAICHITA

Los meses iban transcurriendo y los mercaderes de La Meca comenzaron a intuir el grave peligro que, para sus intereses, representaba el mensaje de Muhammad. Movidos en gran parte por las sutiles astucias de sus dignatarios, muy pronto iniciaron sus presiones contra los musulmanes, utilizando para ello las prácticas más horribles de una cruel persecución.

Si hubiéramos de señalar algunos ejemplos de aquellas torturas que sufrieron los primeros musulmanes, bien pueden servirnos estas que describimos a continuación:

— En el caso de Uzman Ibn Affan, fue expuesto durante largas horas a la acción asfixiante del humo de una hoguera, tras ser envuelto en una estera, por sus propios familiares.

— De Mus'ab Ibn Umair sabemos que fue sometido también por su propia familia, a un prolongado encierro en varias ocasiones, sin ninguna comida ni agua que beber.

— En cuanto a Bilal, un esclavo abisinio de Umayy Ibn Jalaf, sufrió pacientemente en varias ocasiones la tortura de su dueño, quien después de tumbarlo sobre la abrasadora arena, depositaba una gigantesca piedra sobre su pecho. A las palabras de su tortura-

¹ *Abu Lahab: apodo utilizado para Al Hakam Ibn Abd Al Muttaleb.*

dor: "No volverás a levantarte hasta que mueras o dejes de creer en Muhammad", Bilal respondía heroicamente, una y otra vez: "¡Hay un sólo Dios! ¡No hay más que un sólo Dios!"... La presencia inesperada de Abu Bakr, un día por aquel lugar, fue decisiva para la suerte de Bilal. Después de dirigirse a su dueño, Abu Bakr le propuso la compra del esclavo. En este caso, el precio de la libertad de Bilal fueron, siete monedas de plata.

— Otro ejemplo, si cabe más representativo de una mayor crueldad, fue el que padeció la familia de Yaser, compuesta por el propio Yaser, su esposa Sumaya y Ammar, el hijo de ambos. Como esclavos de los Banu Majzum y a causa de su inquebrantable fe, fueron sometidos a múltiples torturas por parte de los quraichitas, dirigidas por el no menos sanguinario Abu Yahl. El lugar del tormento, las afueras de La Meca. Precisamente, en aquellas horas en que el sol, ardiente y abrasador, se convierte en una de las armas más perfectas para la tortura. Tras varios días de continuo suplicio, el primero en encontrar la muerte fue el propio Yaser... Poco después lo fue Sumaya, al ser mortalmente herida por la lanza de Abu Yahl. En cuanto al joven Ammar, éste lograría salvar la vida. Si bajo el suplicio doloroso pudieron sus torturadores arrancarle algunas palabras en contra de sus auténticas creencias, las que más tarde habría de arrepentirse profundamente, la revelación de Dios vendría poco tiempo después mostrando su enseñanza verdaderamente misericordiosa y humanitaria:

«Quien reniegue de su fe en Dios –sintiendo gozo por ello, y no aquel que sufra la coacción, mientras su corazón permanezca sosegado en la fe–, sobre él recaerá la ira de Dios y tendrá un terrible castigo.»

El Sagrado Corán (16:106)

En esta exposición, no podemos olvidar la generosa entrega de Abu Bakr, quien con su fortuna personal logró la libertad de no pocos musulmanes, arrancándolos de la esclavitud y la tortura.

En el caso del Profeta, ni siquiera la protección de los Banu Hachem y Banu Al Muttaleb fue suficiente para evitar que sufriera también todo tipo de malos tratos y humillantes vejaciones. Un día podían serlo algunos siniestros quraichitas, arrojándole piedras, o bien vertiendo sobre su cabeza restos de vísceras o excrementos de animales, sobre todo, en aquellos momentos en que se encontraba orando en las inmediaciones de la Ka'ba. Otro día podía serlo Um Yamil, la esposa de Abu Lahab, arrojando desperdicios y basuras al paso de Muhammad ó bien en la puerta de su casa. En estos casos, el Profeta dolorido y paciente, se limitaría a exclamar: "¡Qué clase de buena vecindad es esta!".

Este tipo de humillaciones, que solían ser muy frecuentes en aquellos difíciles días, no descartaba otras, si cabe aún más graves, tales como la de levantar las más grandes calumnias, siempre dirigidas a degradar la buena fama y el honor de los musulmanes.

Pero a pesar de lo innoble de estos abyectos comportamientos de los quraichitas, estas duras pruebas sólo sirvieron para reafirmar aún más la fe de los creyentes musulmanes, aleccionados en todo momento por el propio Muhammad.

El presente período de la vida del profeta Muhammad –la paz y las bendiciones de Dios sean con él– constituye uno de los capítulos más nobles y relevantes que puede conocer la historia de la humanidad. Sin duda alguna, podemos afirmar que tanto el Profeta como sus compañeros jamás codiciaron cosa alguna como pudieran serlo la fama o la riqueza, el poder o la gloria. Su único ideal consistió en una permanente y generosa entrega al servicio de la verdad.

Muhammad pedía incesantemente a Dios la vuelta de aquellos incrédulos al recto camino, y su liberación del vil yugo que ferozmente les había impuesto un cruel paganismo, expresado sobre todo en la inmoralidad de sus costumbres y la continua servidumbre a toda clase de bajas pasiones.

Fue precisamente por causa de estos sublimes y espirituales objetivos, por los que Muhammad hubo de sufrir la más violenta de las persecuciones. Los poetas lo insultaban, los quraichitas conspiraban sin cesar a sus espaldas. Tampoco dudaban en apedrear su propia casa. Las amenazas a sus parientes y seguidores eran continuas, y en más de una ocasión estuvieron a punto de matarlo en el propio recinto de la Ka'ba.

A pesar de todo y en la misma medida con que más arreciaba la furia de su perseguidores, Muhammad mostraba entonces una mayor paciencia y firmeza con los elevados propósitos de su sagrada misión. Los creyentes mantenían en alto el fervor de su indeclinable fe, constantemente animados por el ejemplo de Muhammad, sin renunciar jamás a esta que era la más honorable de las causas.

Los grandes sacrificios eran concebidos como algo muy normal, incluso la propia muerte era contemplada como una digna alternativa a la que no había que rehuir.

Requiere un serio esfuerzo por nuestra parte concebir la fortaleza implícita en la grandeza de aquella fe, así como el elevado grado de compromiso que aquellos heroicos creyentes habían adquirido, precisamente en unos momentos tan difíciles en los que el mensaje no había sido aún revelado en toda su extensión y trascendencia. Sin duda alguna, la fortaleza espiritual y el buen carácter de Muhammad, unidos al alto grado de integridad que tan peculiarmente solía imprimir a sus principios, así como la profunda convicción que en todo momento le animaba, fueron los factores más

decisivos para mantener el abnegado nivel de entrega y sacrificio, que continuamente mostraban los primeros compañeros de su reciente comunidad.

Gracias a esta incesante labor, Muhammad consiguió que aquellos creyentes musulmanes tomaran una clara conciencia de que las buenas obras constituyen el mejor camino hacia la felicidad. Que los hombres deberían, un día, ser recompensados por sus obras, cuando el designio divino señale definitivamente el cumplimiento de sus obligaciones en este mundo. Será entonces cuando inexcusablemente, cada alma recibirá su premio:

«Quién quiera que haga una buena obra por insignificante que sea, será bien recompensado por ello, y quien quiera que haga una obra inspirada en el mal, por pequeña que esta sea, será castigado en su consecuencia.»

El Sagrado Corán (99:7-8)

LA PRIMERA EMIGRACION A ABISINIA. 5.º AÑO DEL ISLAM

La dura y sistemática persecución de los quraichitas llevó a que en, muy poco tiempo, se viera incrementado el número de las víctimas musulmanas. El Profeta se encontraba seriamente preocupado, y durante aquellos días, una sola idea tuvo presente en su pensamiento: Tenía que buscar, urgentemente, el medio de salvar a sus compañeros.

La ayuda de Dios, en este caso, tampoco se hizo esperar. La revelación recogida por aquellos mismos días en la Sura “la cueva” era un claro indicador para la solución a esta dramática situación:

«Recuerda cuando os bayáis apartado de ellos y de lo que, en lugar de Dios, adoran. ¡Refugiaos en la cueva! Vuestro Señor extenderá Su misericordia sobre vosotros, y dispondrá estos asuntos de la mejor manera.»

El Sagrado Corán (18:16)

Asimismo y unos días más tarde, fue revelado el siguiente versículo:

«...Para quienes practican el bien en este mundo habrá una recompensa Y ¡la tierra de Dios es inmensa !...»

El Sagrado Corán (39:10)

Gracias a las anteriores revelaciones, el Profeta tenía ya una idea clara: la salvación de sus compañeros había de pasar, necesariamente, por la emigración a un lugar más seguro. En este sentido, las noticias que había recibido acerca del Negus, rey cristiano de Abisinia, eran inmejorables: Se trata de un verdadero creyente que gobernaba a su pueblo con toda justicia y bondad.

El valor del tiempo en este tipo de situaciones es inestimable y de este modo, el Profeta convocó, discretamente, a dieciséis de sus compañeros: doce hombres y cuatro mujeres. Después de darles los últimos consejos y las consignas más útiles, los despidió muy emocionado... Fue así como este reducido grupo de creyentes encabezado por Uzman Ibn Affan y Ruqaia, la propia hija del Profeta, emprendió la marcha, aprovechando la oscuridad de la noche, para salir sigilosamente de La Meca. Algún tiempo más tarde alcanzaban el Puerto de Chu'aiba, en donde tomaron dos embarcaciones que habrían de transportarlos hasta las tierras de Abisinia.

EL NEGUS Y LOS EMISARIOS QURAICHITAS

Para el historiador que se ocupa de la trayectoria seguida por Muhammad, le es de todo punto necesario cuestionarse una pregunta que se revela como esencialmente significativa, en relación con aquella primera emigración musulmana a Abisinia –preparada y auspiciada por el propio Muhammad–, en el sentido de si dicha emigración respondió, simplemente, a una mera huida de las iras quraichitas. O bien, si tras ella y al parecer sin otra trascendencia, pudieron de hecho existir otros motivos aún hoy desconocidos, como bien podrían serlo la búsqueda de una más elaborada estrategia, mediante la cual Muhammad intentaba alcanzar objetivos de una mayor envergadura. Preguntas como estas se nos muestran especialmente relevantes, máxime cuando consideramos la historia del Profeta en su amplia totalidad, arrojando así una mayor luz sobre aquella otra faceta relacionada con su singular clarividencia de hombre de Estado, independientemente de su otra más fundamental como Enviado de Dios. Por todo ello, Muhammad se nos revela como un hombre excepcional, dotado de un sentido previsor realmente incomparable. La verdadera magnitud de este suceso se ve aumentada, además, por el hecho de que los quraichitas, seriamente irritados por el éxodo de los musulmanes a Abisinia, habían decidido enviar una delegación al Negus, con el propósito de conseguir la extradición de aquellos, más que emigrantes, “evadidos” de La Meca.

El hecho de que tanto el pueblo abisinio como su propio rey, el Negus, fueran cristianos, descartaba en principio para los quraichitas el peligro de que estos pudieran acabar adhiriéndose al mensaje que venía proclamando Muhammad. Sin embargo, las primeras noticias que tuvieron acerca de la favorable acogida que el propio Negus había dispensado a los musulmanes, hicieron despertar sus fundados temores, pensando que un día no muy lejano, aquellos evadidos podrían regresar a La Meca, acrecentados en número y

poderío, con el decidido ánimo de tomarse el desquite a su desfavorable situación actual.

Para salir al paso de sus inquietantes temores, los quraichitas decidieron enviar al Negus a dos de sus mejores embajadores –Amr Ibn Al'Ass y Abdulah Ibn Abu Rabi'a–, que precedidos por una importante comitiva agasajaron pomposamente al Negus y a su patriarca, ofreciéndoles una abundante lista de valiosos y atractivos regalos. Y todo ello con un solo propósito: lograr la extradición de aquellos refugiados musulmanes y devolverlos a La Meca.

En la entrevista que ambos mantuvieron con el Negus, Amr Ibn Al A'ass comenzó su intervención diciendo: “¡Oh, gran Negus! Hemos tenido noticia de que un grupo de desaprensivos de nuestro pueblo ha recibido refugio en tu tierra. Ellos han renegado de la religión de sus antepasados. Por otra parte, sabemos que tampoco tienen la intención de abrazar la vuestra. Siguen a una religión nueva, desconocida. Una religión que ellos mismos han inventado... La nobleza que hoy gobierna La Meca, a la que pertenecen sus padres y sus familias, nos ha enviado hasta aquí para pedirnos que nos concedáis regresar con ellos. Nuestras autoridades son, por supuesto, los mejores jueces para arbitrar sobre las discrepancias con que ellos se nos enfrentan”.

Con esta hábil maniobra, los emisarios quraichitas estuvieron a punto de conseguir la aprobación del Patriarca. A pesar de ello, el Negus se negó a tomar ninguna decisión, hasta que él mismo tuviera la oportunidad de escuchar directamente a aquellos refugiados, acerca de sus propias razones. Poco después, el Negus mandaba llamar al grupo de refugiados musulmanes: “Decidme, ¿cuál es esa nueva religión que ha dado lugar a la división de vuestro pueblo, y de la que también he oído decir que es diferente a la mía y a las otras conocidas?”

Para responder a las preguntas del Negus, Ya'far Ibn Abu Taleb tomó la palabra y dijo: "¡Oh Rey bondadoso, debes saber que en nuestra tierra nos encontrábamos sumergidos en la más profunda ignorancia, adorando ídolos y cometiendo las acciones más abominables. No se respetaba a nadie, ni se ayudaba al necesitado. Los más fuertes no dudaban en abusar de los más débiles. Hasta que un buen día, Dios nos envió un Profeta, un hombre salido de nuestro propio pueblo, cuyo linaje y honorabilidad son conocidos por todos. El ha venido a enseñarnos a que sólo adoremos al Dios Unico, a que rechacemos el culto idólatra que veníamos dando a las piedras o a los dioses de nuestros antepasados. Nos ha ordenado también que hablemos siempre la verdad, y que permanezcamos fieles a nuestras promesas y obligaciones. Que ayudemos a nuestro prójimo, y seamos bondadosos con nuestros vecinos. Que nos abstengamos de fornicar, y que jamás nos mostremos desleales prestando falsos testimonios. Nos ha prohibido derramar la sangre de nuestros semejantes o cometer actos inmorales. El Profeta también nos ha enseñado que nunca busquemos el lucro en los bienes de los huérfanos, y que no calumniemos jamás a las mujeres. Pero sobre todo, el Profeta nos ha enseñado que sólo adoremos al Dios Unico y que no le asociemos ningún copartípe. El Profeta nos ha enseñado también a que cumplamos con nuestras oraciones diarias, y que observemos el ayuno y paguemos el Zakat ², purificando así nuestras propiedades y riquezas. Es por ello que hemos creído en él y en el mensaje que nos transmite, el de un verdadero enviado de Dios. Sin embargo, han sido nuestros propios compatriotas quienes han intentado separarnos de él, los mismos que después nos han perseguido y violentado, haciéndonos sufrir las más terribles torturas, para que acabemos volviendo al paganismo idólatra de nuestros antepasados. Y ha sido por causa de estas humillaciones que nuestro Profeta nos ordenó venir un día a vuestro país, donde nos

² *Zakat: Deber de todo musulmán ordenado por Dios en el Sagrado Corán, de contribuir a la hacienda musulmana, con un determinado porcentaje del valor acumulado de sus bienes, con el fin de cubrir las necesidades sociales más apremiantes.*

aseguró que jamás habían de faltarnos vuestra justicia y noble protección”.

El Negus, que había venido escuchando a Ya'far con el más prudente de los silencios, se mostró muy interesado por sus palabras...:

“¿Podrías mostrarme alguna parte de esa revelación que tu Profeta dice haber recibido de Dios?”

Asintiendo a la petición del Negus, Ya'far comenzó a recitar la Sura de María:

«Y recuerda a María en el Libro, cuando se alejó de su familia a un lugar del este (de Jerusalén) para meditar, y tendió un velo para ocultarse de ellos.

Le enviamos Nuestro Espíritu, y éste tomó ante ella la forma de un ser humano perfecto.

Dijo ella: “Me refugio contra ti, en el Misericordioso. Si es que temes a Dios”.»

Dijo él: “¡Yo soy el enviado de tu Señor para concederte un niño puro”.

Dijo ella: “¿Cómo puedo tener un niño, si ningún hombre me ha tocado, ni soy mujer disoluta!”.

Dijo él: “¡Así será! Tu Señor dice: Es cosa fácil para Mí. Haremos de él un signo para la gente y una muestra de Nuestra misericordia. Es asunto decidido”.

Ella quedó encinta y se retiró a un lugar apartado.

Cuando los dolores del parto la empujaron hacia el tronco de la palmera, dijo ella: ¡Ojalá hubiera muerto antes de esto y fuera completamente olvidada!

Debajo de la palmera una voz la llamó: "¡No te aflijas! Tu Señor ha puesto un arroyo bajo tus pies.

Sacude hacia ti el tronco de la palmera, y esta hará caer sobre ti dátiles frescos, maduros.

Come, pues, bebe y consuélate. Y si ves a algún mortal, di: "He hecho voto de silencio al Misericordioso. No hablaré hoy, pues, con nadie".

Ella fue a casa de su familia llevándolo (al niño) en sus brazos. Dijeron: "¡María!, ¡has hecho algo extraño!

¡Oh, hermana de Aaron! Tu padre no era hombre de mal, ni tu madre una mujer disoluta".

Pero ella lo señaló (al niño). Dijeron: ¿Cómo vamos a hablar a un niño, que aún está en la cuna?"

Dijo él (Jesús): "Soy el siervo de Dios. El me ha dado la Escritura y ha hecho de mí un profeta.

Ha querido que yo sea bendito donde quiera que me balle, y me ha prescrito, mientras viva, la oración y la caridad.

Y que sea bondadoso con mi madre. No me ha hecho violento ni desgraciado.

Y la paz fue conmigo el día en que nací, el día en que muera y el día en que sea resucitado a la vida”.

Tal es Jesús, el hijo de María, para decir la verdad, de la que ellos dudan.»

El Sagrado Corán (19:16-34)

LA RESPUESTA DEL NEGUS

Una vez que Ya'far concluyó la recitación de estos versículos, los patriarcas que acompañaban al Negus se sintieron gratamente conmovidos. No les cabía la menor duda de que estos versículos eran la evidencia de lo que ya conocían por el propio evangelio: “Los versículos que has recitado deben haber brotado de la misma fuente de la cual nos habló nuestro señor Jesucristo”... La reacción del Negus fue si cabe aún más emocionada: “Lo que acabas de decir y lo que fue revelado a Moisés proceden de una misma y única Luz. Sabed que las puertas de mi reino están abiertas para vosotros, y que jamás concederé la extradición que vuestros enemigos me piden”.

De esa manera, aquel grupo de primeros emigrados musulmanes llegó a encontrar en tierras de Abisinia la protección tan necesaria que buscaban, conservando siempre la esperanza en Dios de alcanzar una situación más favorable que les permitiera regresar muy pronto a La Meca..

CAPITULO VI

DOS NUEVOS MUSULMANES: HAMSA IBN ABD AL MUTTALEB Y UMAR IBN AL JATTAB

En la Meca, mientras tanto, la guerra desatada por Abu Sufian y sus secuaces había comenzado. Su primer objetivo era buscar toda clase de presiones sobre los familiares de Muhammad para que dejaran de apoyarle. Sin embargo, la prudente actitud del Profeta y sus compañeros sirvió para mantenerse en la promesa de garantizar a los musulmanes la protección que formalmente les habían ofrecido.

Un día, cuando el Profeta volvía de regreso a su casa, se encontró con Abu Yahl. Sin ningún motivo, Abu Yahl aprovechó la ocasión para insultarle. Muhammad, muy sereno, guardó silencio. Pero, al parecer, esto no acababa de gustar a Abu Yahl, quien finalmente se atrevió a verter sobre la cabeza del Profeta el estómago de un camello, aún manchado de sangre y excrementos... Una vez más el Profeta ha sido profundamente humillado.

A pesar del prudente silencio que ha mantenido Muhammad, este incidente iba a ser muy pronto conocido por Hamsa, tío del Profeta, quien por aquel entonces aún mantenía fidelidad al culto idólatra de La Meca. Dotado de una incomparable fortaleza física, Hamsa solía dedicar gran parte de su tiempo libre al ejercicio de la caza. Al regreso de sus cacerías, Hamsa solía —como acción de gracia— circunvalar el recinto de la Ka'ba. Y fue allí donde le informa-

ron aquel día de cuanto le había sucedido a su sobrino con Abu Yahl. Presa de la más profunda cólera y tal y como aún se encontraba armado de su reciente cacería, Hamsa salió al encuentro del abominable agresor, no tardando en encontrarlo junto a las inmediaciones del templo. Alzando su poderosa voz, Hamsa lo desafió abiertamente: "Escucha, Abu Yahl, alimaña traidora, demuestra ahora, cara o cara que eres realmente un hombre" Abu Yahl, sorprendido por este inesperado reto, no tenía ninguna escapatoria. El certero golpe que Hamsa le propinó con el arco había abierto una ensangrentada brecha en su cabeza. Acto seguido, Hamsa se dirigió a la asombrada multitud que lo contemplaba diciéndoles: "Como acabáis de ver, mi sobrino Muhammad no se encuentra solo. Quiero aprovechar este momento para deciros que a partir de hoy podéis considerarme como un musulmán más...".

UTBA IBN RABI'A: PORTAVOZ DE LOS QURAICHITAS

El reciente testimonio de Hamsa, abrazando públicamente el Islam, supuso un grave motivo de preocupación para los dignatarios quraichitas, que día a día, contemplaban como el curso de los acontecimientos iba perfilando un horizonte cada vez más oscuro para sus pretensiones... La negociación con los musulmanes se hacía, pues, de todo punto urgente y necesaria... ¿Y quién mejor que Utba Ibn Rabi'a para llevar a cabo esta negociación?

En el curso de la entrevista con Muhammad, Utba utilizaría todos los recursos de su reconocida locuacidad: "Oh Muhammad, tú sabes que entre nosotros gozas de una excelente reputación, y que todos reconocemos la nobleza de tu linaje. Sin embargo, tu mensaje ha provocado una situación muy comprometida para nuestro pueblo. Has logrado dividirlo definitivamente. Pero aún así deseamos salvar esta situación. Escúchame pues con toda atención, ya que he sido encargado de traerte varias propuestas, y esperamos que alguna de ellas sea de tu agrado. Si con el conflicto que has originado pretendes obtener

la riqueza, nosotros estamos dispuestos a entregarte todos los bienes que puedas desear. Si deseas alcanzar fama o poder, serás nuestro jefe sin dudar. Incluso, si lo que te propones es que te convirtamos en nuestro rey, tampoco nos opondremos. Y si lo que deseas es curarte de tus visiones, nosotros pondremos a tu disposición los mejores médicos...».

Después de haber escuchado pacientemente estas viles proposiciones de los quraichitas, el Profeta sólo tenía una respuesta para ellos; Comienza a recitar los primeros versículos de la Sura "Al Sayda" o "la Postración":

«A. L. M. la revelación del Libro, sin duda alguna, procede del Señor del Universo.

O ¿acaso dicen ellos: él lo ha inventado? ¡No! Es la Verdad que proviene de tu Señor, para que adviertas a un pueblo al que no ha llegado amonestador alguno antes de ti. Quizás así pueda ser bien guiado.»

El Sagrado Corán (32:1-3)

Aunque Utba se encontraba muy sorprendido por esta respuesta, sin embargo, siguió escuchando con la mayor atención la recitación de Muhammad. Bastaron muy pocos momentos para que Utba se diera cuenta de que, frente a él, tenía a un hombre totalmente desprovisto de cualquier ambición material, de cualquier pretensión de honor o fama mundana. Tampoco era el visionario que él había pensado. Realmente, tenía ante él un hombre auténtico, que con toda integridad estaba, expresando su profundo anhelo de llevar el bien a todo su pueblo, contestándole con unos argumentos tan humanos y sublimes como jamás había escuchado.

En el camino de regreso, Utba no dejaba de pensar acerca de todo cuanto había visto u oído. Especialmente, en la arrebatadora elocuencia y gran humanidad de Muhammad.

Pero no era este el caso de los quraichitas, quienes a la lógica preocupación por el giro adverso que iban tomando los acontecimientos, venía ahora a sumarse la nueva actitud del propio Utba, proponiéndoles que dejaran en paz a Muhammad, ya que si él lograba convencer al resto de las tribus árabes, ello habría de redundar en un mayor prestigio y autoridad para los propios quraichitas... y en el caso de que fracasara, Muhammad encontraría la muerte a manos de aquellas mismas tribus.

A pesar de este sabio consejo de Utba, los quraichitas decidieron reanudar de nuevo las hostilidades contra Muhammad y sus compañeros, intensificando aún más sus provocaciones, y el desarrollo de los acontecimientos fue adquiriendo día a día un cariz cada vez más dramático para los musulmanes.

En efecto, los quraichitas volvieron a intensificar su persecución hasta el punto de que en más de una ocasión, intentaron acabar con la propia vida del Profeta. Solo la providencia de Dios pudo evitar que aquellos propósitos criminales llegaran a consumarse. Ni que decir tiene que los protagonistas de estos intentos fallidos eran de sobra conocidos: Uqba Ibn Abu Mu'it, Utaiba Ibn Abu Lahab... y, por supuesto, Abu Yahl.

Por aquel entonces, Umar Ibn Al Jattab era otro de los más enconados adversarios que tenían los musulmanes. Con una edad próxima a los 30 años, Umar estaba dotado de una fortaleza que hasta los más fuertes podrían envidiar. Muy temperamental, era capaz de vivir las pasiones más intensas. Sin embargo, su manera de ser, noble y servicial le había permitido granjearse el afecto de su familia y el respeto de toda La Meca...

Como un quraichita más, Umar se sentía profundamente herido en su orgullo por el hecho de que un rey y un país extranjeros hubieran acogido a los “evadidos” de La Meca. Por su propio carácter, Umar no era hombre que supiera soportar este agravio... También él estaba decidido a acabar con la vida del Profeta... Umar no podía soportar la idea de ver a su pueblo tan dividido a causa de esta nueva religión.

Cierto día, Umar tuvo conocimiento de que Muhammad había ido a reunirse con sus compañeros en una de las casas más apartadas del barrio de Safa. La casa en cuestión era la de Al Arqam, en donde el Profeta impartía sus enseñanzas. Entre los asistentes, allí estaban Hamsa, Alí y el propio Abu Bakr. Para Umar este era el momento que tanto esperaba. No lo duda, y espada en mano se dirige al lugar señalado...

En el camino, Umar se encuentra con Nua'im Ibn Abdulah quien, tras conocer sus intenciones, le pregunta: “Pero de verdad, Umar, ¿crees tú que los familiares y compañeros de Muhammad te dejarían salir vivo de allí?”.

—Umar: “Me parece que estas hablando como un renegado más”.

—Nua'im: “Pues yo te contaré algo que aún no sabes... ¡Tu propia hermana Fátima y su marido son también musulmanes!. ¿Porqué no vuelves a casa y lo piensas mejor?”.

Imposible describir la reacción de Umar. No como el viento, sino como un ciclón Umar emprendió el camino de regreso, dirigiéndose directamente a la casa de su hermana. Apenas sin llamar a la puerta, Umar irrumpió repentinamente en la habitación donde Fátima y su esposo Sa'id Ibn Abdulah se encontraban acompañados por Jabbab Ibn Al Aratt, que en aquellos momentos estaba enseñándoles la recitación de unos versículos del Corán.

—Umar: “¿Qué significan estos canturreos?”

—Fátima: "... No era nada".

—Umar: "¿Y que quiere decir eso que me han contado de que habéis renegado de nuestra religión".

—Sa'id: "¿Y si la verdad no se encuentra en tu religión?"

La reacción de Umar no pudo ser más rápida ni más violenta. Antes de que pudiera pensarlo, Sa'id aparecía derribado por el suelo tras recibir un fuerte golpe en su rostro. La suerte de Fátima no fue mejor, al salir en defensa de su marido. La ira de Umar, con un nuevo golpe había logrado alcanzar también el rostro de Fátima, dejándolo ensangrentado.

Recuperados de su asombro, Fátima y Sa'id, acabaron por perder el miedo, diciéndole a Umar: "Así son las cosas, Umar. La verdad no se encuentra en tu religión. Créenos, no te tenemos ya ningún miedo. Pues sí, es cierto. Somos musulmanes y puedes hacer con nosotros lo que quieras".

LA REACCION DE UMAR

Fuertemente impresionando por la heroica actitud de ambos esposos, Umar miró fijamente hacia el rostro de su hermana, que se encontraba ahora cubierto de copiosas lágrimas... El corazón de Umar sintió un vivo estremecimiento. Invaso por una oleada de compasión y profundo arrepentimiento, Umar comenzó a recapacitar: ¿Me dejáis leer la hoja que estabais recitando?".

«TAHA

***No te hemos revelado el Corán para que seas
deventurado.***

Sino como recordatorio para aquel que teme (a Dios).

Como revelación venida de Quten ha creado la tierra y los altos cielos.

El Compasivo se ha instalado en el Trono.

Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra, y lo que está entre ellos y bajo tierra.

Y aunque pronuncies las palabras en voz alta, El conoce lo secreto y lo más recóndito.

¡Dios!, ¡No hay otro dios que ÉL! Suyos son los nombres más hermosos».

El Sagrado Corán (20:1-8)

A medida que iba leyendo estos versículos coránicos, el semblante de Umar fue adquiriendo un nuevo aire de ternura. Las lágrimas de arrepentimiento inundaron sus ojos y muy emocionado dijo: “¡Cuánta belleza hay en estas palabras y cuán sublime es su mensaje... Quiero ver a Muhammad ahora mismo!”

Cuando Umar abandonó la casa de su hermana, su corazón se había despertado de un profundo letargo. Con el alma impregnada de una nueva y más pura sensibilidad, dispuesto con la mayor firmeza a abrazar la fe del Islam.

Con esta misma serenidad de ánimo, Umar marchó de nuevo hacia la casa de Al Arqam, en donde Muhammad se encontraba aún reunido con sus compañeros: “¡Oh Umar! –le diría el Profeta al verlo– ¿no es hora ya de que abandones esa clase de vida que vienes llevando?... ¡Dios mío, haz que su corazón se abra a Tu

mensaje!” Con la voz entrecortada por la emoción, Umar se dirigió al Profeta: “Oh enviado de Dios, sé testigo de mis palabras: Declaro que no hay más dios que el Dios Único y que tú eres Su enviado”. Como si de una sola voz se tratara, todos los musulmanes se levantaron aclamando: “¡Dios es el Supremo!”. “Dios es el Supremo!”.

EL REGRESO DE ABISINIA

En otro orden de cosas, nuestros refugiados musulmanes habían vivido sus primeros cinco meses de exilio en Abisinia. Durante este tiempo, bien corto por cierto, tuvieron que sufrir, sin embargo, los tristes días de una revuelta interna dirigida contra el Negus, amenazando seriamente su propia situación de refugiados.

Estos desagradables incidentes en Abisinia coincidieron con la llegada de una noticia reconfortante: En La Meca, Hamsa y Umar acababan de abrazar el Islam. Por otra parte, el rumor infundado acerca de un hipotético cese de las hostilidades quraichitas fue decisivo para que –unido a las consideraciones anteriores– una parte de aquel grupo de refugiados se decidiera por el regreso a La Meca.

Era el último mes de aquel mismo año, V de la época del Islam, cuando algunos refugiados musulmanes volvían a La Meca... Pero allí habrían de comprobar, impotentes, que la situación era muy distinta de aquel rumor que habían recibido. En efecto, los quraichitas no cedían en sus presiones, ni cesaban en su hostigamiento contra los musulmanes.

De este modo, y en el transcurso de poco menos de cinco meses, la vida social en La Meca, según hemos visto, se encontraba fuertemente sacudida por los acontecimientos. El hecho de que dos hombres de la talla de Hamsa y Umar se hubieran unido a las filas musulmanas, no era sino un serio aviso para los quraichitas. Aque-

llos dos valientes hombres no tenían miedo a nada ni a nadie. Y buena prueba de ello es que fueron los verdaderos artífices de la idea de desafiar abiertamente a los quraichitas, llevando a sus compañeros hacia el recinto de la Ka'ba para celebrar públicamente sus oraciones.

Con todo ello, otro factor vino a incrementar los temores de los quraichitas: Los Banu Hachem y Banu Al Muttaleb –familiares de Muhammad– se reunieron de nuevo a petición de Abu Taleb y se comprometieron solidariamente, como si se tratase de un solo hombre, en la defensa a ultranza de Muhammad. Ante estas eventualidades, los quraichitas necesitaban plantearse de nuevo la postura a seguir contra Muhammad y sus compañeros.

Los meses iban transcurriendo y todas las presiones y violencias desencadenadas contra Muhammad –la paz sea con él– habían fracasado. Fue entonces cuando Abu Sufian pensó que había llegado el momento decisivo, inaplazable, de aplicar una medida drástica que acabara definitivamente con el Islam y todos sus seguidores. Esta vez, los musulmanes serían sometidos a un total bloqueo, hasta llevarlos a su propia extinción. La diabólica idea de Abu Sufian, ni que decir tiene, fue recibida con el mayor de los entusiasmos por la gran mayoría de los dignatarios quraichitas. El documento que daría origen a este bloqueo, redactado por Baguid Ibn Amer, fue colocado como señal de un mayor compromiso y veneración, en el interior de La Ka'ba. Los términos de su contenido son los que resumimos a continuación:

– *Queda prohibido cualquier tipo de trato comercial con los Banu Hachem y Ban Al Muttaleb.*

– *Queda prohibida la celebración de matrimonios con cualquier miembro de los dos clanes.*

– *Se impone a los bloqueados una severa marginación social: No se permitirá a nadie dirigirles la palabra, ni invitarlos a entrar en sus casas. Además, se les impedirá contactar con las gentes que lleguen a La Meca.*

A cambio, una sola condición impusieron los quraichitas para abolir este boicot: La entrega de Muhammad.

A pesar de estas extremas medidas, los Banu Hachem y Banu Al Muttaleb –excepción hecha de Abu Lahab– pusieron en práctica su pacto. Los lazos de sangre eran ahora más fuertes que nunca y, sin dudarlo abandonaron sus hogares, trasladándose a vivir al barrio de Abu Taleb, un lugar surcado por pequeños barrancos.

Los quraichitas establecieron un férreo asedio alrededor de este barrio, tratando de impedir así, que tanto Muhammad como sus familiares y seguidores pudieran ser abastecidos. Sólo durante la conocida temporada de los meses sagrados, los musulmanes experimentaban un ligero alivio a esta angustiosa situación. Era ésta su única oportunidad para adquirir algunos alimentos. Pero los quraichitas tampoco estaban dispuestos a permitirles tal posibilidad, ya que pujando por los precios de las mercancías llegadas de las afueras de La Meca, obligaban a que los bloqueados abonaran fuertes sumas para comprar los alimentos más básicos... En poco tiempo, las fortunas de Jadiya y Abu Bakr se redujeron, más bien, a casi nada.

Durante el tiempo de este boicot –casi completo– que duraría tres largos años, Muhammad y sus seguidores tuvieron que soportar el hambre y los efectos de un cruel aislamiento. Y ello hasta el punto de verse obligados a comer las hojas de los escasos arbustos que encontraban en aquel lugar, masticando incluso algún trozo de piel, con el vano propósito de mitigar tan terrible hambre. En más de una ocasión, los gemidos de los niños, reclamando cualquier clase de alimento, sobrepasaron los límites de aquellos inhóspitos parajes.

... A pesar del severo control ejercido por los quraichitas, algún que otro amigo intentaría romper este bloqueo, llevando sigilosamente a los sitiados algunas provisiones. Y es que, afortunadamente, no todos los hombres eran tan crueles como Abu Yahl o Abu Lahab.

Uno de aquellos moderados y compasivos quraichitas fue Hicham Ibn Amr. Con su camello cargado de abundantes víveres, solía aprovechar la entrada de la noche para burlar audazmente el férreo cerco de los quraichitas. Una vez cerca del barrio y tras soltar antes las riendas del animal, lo golpeaba suavemente en los costados para provocar su rápida carrera... Muy poco después, y entre el mayor de los júbilos, el animal y su valiosa carga eran recibidos por el grupo de asediados.

Otro magnífico ejemplo de esta humanitaria conducta lo encontramos en Hakim Ibn Hicham, sobrino de Jadiya. Sin embargo, en uno de sus intentos para franquear el asedio, Hakim fue interceptado por Abu Yahl, quien saliéndole al paso le prohibió acercarse hasta las proximidades del barrio... La oportuna intervención de Abu Al Bajtari salvaría esta situación y, felizmente, un saco lleno de trigo llegaba a su destino.

En otro orden de cosas, Abu Taleb seguía angustiado por la suerte que podía correr la vida de su sobrino. Y así, no cesaba en tomar cualquier medida para protegerlo, ordenando a Muhammad que cambiara frecuentemente el lugar de su lecho para despistar aún más a sus posibles asesinos.

Con toda esta desesperada situación, y a pesar de los graves riesgos que comportaba aquella continua y creciente amenaza, Muhammad jamás olvidó el cumplimiento de su deber de transmitir, incansable, la palabra de Dios a las gentes. Así fue como aprovechaba la época favorable de los meses sagrados, para salir en compañía de algún musulmán al encuentro de los peregrinos, exponiéndoles el mensaje del Islam e invitándolos a abrazarlo.

Desde el mes de Muharram del séptimo año –del comienzo de la revelación–, hasta el mismo mes del décimo año, Muhammad, sus familiares y todos los musulmanes resistieron heroicamente aquel terrible boicot. Sin embargo, los designios de Dios preparaban un final, más bien milagroso. Un buen día, Hicham Ibn Amr –aquella persona prudente y pacífica– se planteó esta injusta e insostenible situación. Muy pronto se le unirían otros cuatro hombres: Zuhair Ibn Umayya, Almut'em Ibn Adi, Abu Al Bajtari Ibn Hicham y Zum'a Ibn Alasuad. Este pequeño grupo acordaría exigir a los quraichitas la abolición del boicot y la inmediata destrucción de su vergonzoso documento. A la mañana siguiente se acercaron hasta las proximidades de la Ka'ba formulando su petición a los dignatarios de La Meca. Al oír las palabras de este grupo, Abu Yahl les replicó irritado: “¡Esto no es más que una vil conjura, que habéis preparado en la oscuridad de la noche...!”.

Pero la sorpresa estaba aún por llegar. En uno de los rincones del recinto se encontraba sentado Abu Taleb, quien al escuchar aquella discusión se acercó a los principales de La Meca, diciéndoles: “¡Escuchadme!, Muhammad dice que el pliego depositado en el interior de la Ka'ba ha sido ya carcomido por las termitas. Si mi sobrino dice la verdad, deberéis acabar con este bloqueo. Y sin no es cierto lo que él dice, seré yo mismo quien os lo entregue”.

Sin mayor dificultad, la propuesta de Abu Taleb fue aceptada... Momentos más tarde, los quraichitas se dirigieron al interior de la Ka'ba, franqueando su puerta... Efectivamente, allí estaban los restos de aquel documento. Las termitas no habían dejado más que un pequeño trozo con la expresión inicial: “En tu nombre, oh Señor...”

Con este final que podemos calificar de verdaderamente milagroso, y una vez levantado este bloqueo, los musulmanes pudieron recuperar sus libertades, aunque no por ello hubieron de cesar las hostilidades de los quraichitas, que, ahora se sentían vencidos y humillados.

CAPITULO VII

LAS MUERTES DE ABU TALEB Y JADIYA

Apenas habían transcurrido seis meses desde la abolición del bloqueo, cuando dos nuevos y tristes sucesos iban a marcar profundamente la vida de Muhammad –la paz sea con él–. El primero de ellos llegó con la muerte del octogenario Abu Taleb, quien durante cuarenta y dos años había sido para el profeta, además de tutor, su más leal amigo y generoso protector... Unas semanas después, Dios volvía a someterlo a una nueva prueba, si cabe aún más dolorosa: la muerte de Jadiya, su fiel y amada esposa.

Cuando los quraichitas supieron que la vida del anciano Abu Taleb estaba llegando a su fin, temieron que la responsabilidad de sus cargos y el mando de los Banu Hachem pudieran ser asumidos por su hermano Hamsa, de sobra conocido por su mayor dureza y decisión. En este mismo sentido, Abu Taleb recibió la visita de varios jefes quraichitas, que le expresaron así su preocupación: “Abu Taleb, siempre hemos sentido por ti un profundo respeto, y apreciamos tu sabiduría y tus consejos. Antes de que nos abandonen para siempre, hemos venido a rogarte que medies entre tu sobrino Muhammad y nosotros. Hazle comprender que nos deje vivir tranquilos con nuestra religión. Nosotros te prometemos formalmente que, a cambio, respetaremos también la suya”.

Muhammad –la paz sea con él– había sido informado de esta reunión, y para entrevistarse con los quraichitas acudió a la casa de Abu

Taleb. Aunque conocía bien sus intenciones, no por ello dejó de escucharlos con la mayor atención. Momentos más tarde, Muhammad intervino diciéndoles: “Con una sola palabra que pronunciéis seréis honrados por todos los árabes y las demás naciones seguirán vuestro ejemplo”.

—Abu Yahl: “Pero, ¿cuál es esta palabra?...”

—Muhammad: “Que ofrezcáis vuestro testimonio de que no hay otro dios que el Dios Unico, abandonando todos vuestros ídolos y deidades”.

La reacción de los líderes quraichitas no pudo ser más desafortunada: “¿Pretendes acaso convertir a todos los dioses en uno solo? Tus pretensiones son francamente asombrosas”.

Llegados a este punto del diálogo, y convencidos de la inutilidad de continuar adelante, los quraichitas comentaron entre sí: “Este hombre no quiere ceder a ninguna de nuestras peticiones. Marchémonos pues, y sigamos con la religión de nuestros antepasados”.

Los versículos 4 al 7 de la Sura 38, nos recuerdan perfectamente este episodio:

«... Se asombraron de que les llegara un amonestador salido de entre ellos. Y los incrédulos dijeron: “Este es un mago mentiroso! ¿Acaso pretende reducir todos los dioses a un solo Dios? ¿Esto es algo verdaderamente asombroso!”

Sus dignatarios salieron diciendo: ¡Esto es algo premeditado! Marchaos y perseverad en vuestros dioses.

No hemos oído que ocurriera tal cosa de la última religión. Esto no es más que una pura invención».

Con un resultado tan poco satisfactorio, los quraichitas abandonaron esta que parecía ser una prometedora entrevista... Unos días después se extinguía definitivamente la vida de Abu Taleb. Con su desaparición comenzaba para los musulmanes de La Meca una nueva etapa, si cabe aún más hostil y grave que las anteriores.

Semanas más tarde, se produjo la segunda gran pérdida: Con la muerte de Jadiya, desaparecía para Muhammad la que fuera su inseparable compañera y más leal consejera. Aquella que en los momentos más difíciles de su vida supo animarlo con el cariño más constante y el amor más profundo. El corazón de Muhammad guardará, hasta el último momento de su vida, el imborrable recuerdo de Jadiya y los veinticinco años de aquel feliz matrimonio. ¡Cuán profundamente debieron afectar a Muhammad las desapariciones de Abu Taleb y Jadiya! Seguramente su corazón debió desgarrarse con los ayes más profundos, sumergiéndolo en el más lacerante de los dolores. De esta profunda amargura sólo Dios podía consolarlo:

«Por la mañana!

¡Por la noche, cuando extiende su oscuridad!

Tu Señor no te ha abandonado, ni desdeñado.

La otra vida es mejor para ti que la vida presente.

Tu Señor te concederá Sus dones y te sentirás complacido.

¿Acaso no te encontró huérfano y te dió amparo?

¿Acaso no te encontró extraviado y te guió?

¿Acaso no te encontró pobre y te enriqueció?

Así, pues, no maltrates al huérfano,

ni rechaces a quien busca ayuda.

Y la gracia de tu Señor ¡Proclámala!»

El Sagrado Corán (93:1-11)

SE ACRECIENTA LA HOSTILIDAD DE LOS QURAICHITAS

Poco tiempo había transcurrido desde la muerte de estos dos seres tan queridos, cuando los quraichitas desataron una nueva oleada de violencia contra Muhammad. Así, una mañana cuando el Profeta se dirigía hacia su casa fue repentinamente atacado por uno de aquellos energúmenos quraichitas, quien después de golpearle brutalmente, le arrojó un montón de tierra sobre su cabeza. Muhammad, triste y dolorido, llegaría a duras penas a su casa. Al contemplar el estado lastimoso que presentaba su padre, Fátima corrió apresurada para dedicarle los primeros cuidados, al tiempo que irrumpía en un llanto incontenible.

De sobra es conocido el dolor que puede causarnos el llanto de nuestros hijos. Pero aún es más doloroso cuando contemplamos las lágrimas en nuestras propias hijas. Sin embargo, siendo el más cariñoso de los padres, Muhammad se sentía ahora mas cerca de Dios y con una fe inquebrantable en su respaldo. Dirigiéndose a Fátima con palabras llenas de ternura la consoló diciéndole: "No llores, hija mía, pues Dios protegerá a tu padre".

Bien podemos afirmar que con tantos y tan dolorosos sucesos, aquel décimo año del Islam, el año 619 d.C.se convirtió para Muhammad en el "año de la tristeza".

VIAJE A TAEF

CHAUAL DEL 10.º AÑO-JUNIO 619 D.C

En medio de tanta pena y abandono, Muhammad decidió emprender un viaje a pie a la ciudad de Taef, a unas sesenta millas de La Meca, esperando encontrar en la tribu de Zaquif un eco más favorable y un apoyo más decidido a su labor profética.

Durante diez largos días, Muhammad mantuvo un continuo diálogo con las gentes de Taef, invitándolas hacia el camino del Islam. Sin embargo, de poco le hubieron de servir tanta entrega y tantos esfuerzos, pues el resultado no pudo ser más triste ni más desolador... Ni uno sólo siquiera de los Banu Zaquif mostró disposición alguna para abrazar el Islam. Y no satisfechos con esta rotunda negativa, mandaron a que algunos de sus niños y criados insultaran cruelmente al Profeta, llegando incluso a apedrearlo y perseguirlo hasta las afueras de Taef.

Con varias heridas en las piernas, Muhammad buscó un refugio más seguro junto a la tapia de un huerto, que era propiedad de Utba y Chaiba –ambos hijos de Rabi'a– situado a unas tres millas de la ciudad.

A duras penas, Muhammad logró por fin incorporarse... Sin hogar alguno que lo cobije ni mortal que lo proteja, el Profeta elevó sus manos al cielo, buscando en la divina providencia la ayuda que tanto necesitaba:

«Me refugio en ti Dios mío, contra mi debilidad y mi incapacidad. Tú eres el Señor de los desheredados. No me abandones a extraños que me desdeñen, ni a enemigos que me maltraten. Si no soy objeto de tu enojo, nada me preocupa. Tu gracia es la que siempre busco. Me refugio en la luz de Tu Faz, que ilumina las tinieblas. La única que concede el consuelo y la justicia en esta vida y en el Más Allá. No hay fuerza ni socorro sin Ti.»

ADDAS, EL CRIADO CRISTIANO

Al otro lado de la tapia, Utba y Chaiba habían escuchado la sentida plegaria de Muhammad. conmovidos por la espiritual belleza que emanaba de sus palabras y el lastimoso estado en que se encontraba, decidieron enviarle a su criado, el cristiano Addas, para

atenderlo. Antes de tomar las uvas que Addas le había ofrecido, Muhammad pronunció: Bismilah "En el nombre de Dios". Al escuchar estas palabras, Addas se sintió muy extrañado: "¡Por Dios! Nunca oí este dicho a la gente de esta tierra". Muhammad le preguntó entonces por su religión y su patria. "Soy cristiano, nacido en Nínive", le respondió Addas. ¿Eres entonces de la ciudad del virtuoso Jonás, el hijo de Mateo?... "¿Qué sabes tú de Jonás?", le preguntó Addas. "Jonás y yo somos hermanos –dijo Muhammad–, él fue un verdadero Profeta de Dios, como yo también lo soy"... No pudiendo contener su alegría, Addas se inclinó hacia el Profeta y le besó la cabeza, las manos y los pies.

Aunque Utha y Chaiba debieron sentirse muy emocionados con este sincero y abierto diálogo, protagonizado por dos verdaderos creyentes, el temor de que Addas pudiera abrazar el Islam les llevó a hablarle con este tono de advertencia: "No te dejes convencer por este hombre, pues tu fe, sin duda, es mejor que la suya". Pero Addas, armado de valentía, respondió: "No, mi señor. La fe de este hombre es la mejor sobre la tierra".

MUHAMMAD EXPONE SU MENSAJE A OTRAS TRIBUS

DHUL QUIT'DA DEL 10.º AÑO-JULIO 619 D.C.

Cuando los quraichitas supieron de este último fracaso de Muhammad, en su intento de ganarse el apoyo de la tribu Zaquif, buscaron, una vez más, el modo de atemorizarlo con nuevas y más graves amenazas que le hicieran desistir en su tenaz empeño de propagar la misericordiosa fe del Islam. Pero, a pesar de su desesperado intento, los quraichitas se vieron, de nuevo, impotentes para impedir que Muhammad continuara adelante en su prédica, desconociendo qué cosa pudieran ser la desmoralización ni el desfallecimiento.

En este orden de cosas, uno de los más acérrimos adversarios de Muhammad era, sin duda, su propio tío Abd Al Uzza –hijo de Abd Al Muttaleb, y más conocido por Abu Lahab–, quien de modo incansable utilizaba los medios más indignos y malvados para desprestigiarlo con sus repetidas burlas y desprecios. Desoyendo valientemente la fuente de estos viles ataques, el Profeta –la paz sea con él– decidió buscar nuevos contactos con otras tribus, entre ellas los Banu Amer de Kindah y los Banu Kalb, pensando que posiblemente, podría encontrar en ellas un sólido y más efectivo apoyo.

Pero, una vez más y al modo como antes había ocurrido con los Banu Zaquif, el Profeta no encontró entre estas tribus la respuesta favorable a su llamamiento, teniendo que sufrir, además, toda suerte de sátiras e insultos.

En cuanto a los Banu Amer, cuyos lideres eran más ambiciosos que otros, le propusieron a Muhammad algo muy singular: Que los reconociera como líderes indiscutibles de toda Arabia, en el caso de que, con su apoyo, obtuviera el triunfo. Pero la respuesta de Muhammad fue muy clara y tajante: “Este designio solo pertenece a Dios. Dios concede Su poder y Su gloria a quien El quiere...”.

De esta manera, y orientado por estos pequeños ejemplos, nuestro querido lector habrá podido, seguramente, comprobar el grado de incredulidad de aquel pueblo, además del enorme esfuerzo que Muhammad tuvo que desplegar, día a día, para difundir el Mensaje Divino. Durante esta incansable labor, la misericordia de Dios irá cubriendo a Muhammad con la necesaria paciencia, además de las gloriosas páginas que, más adelante, iremos contemplando...

120

CAPITULO VIII

EL VIAJE NOCTURNO: AL ISARA'

Dios Altísimo dice en el Sagrado Corán:

«Gloria a Quien hizo viajar de noche a Su siervo, desde la Mezquita Sagrada a la Mezquita Lejana, cuyos alrededores hemos bendecido, para mostrarle parte de Nuestros signos. Ciertamente, El es Quien lo oye todo, lo ve todo.»

El Sagrado Corán (17:1)

Hemos querido iniciar el relato de este capítulo, citando el versículo coránico de primera referencia al histórico suceso del viaje nocturno, que por su indiscutible naturaleza de fenómeno milagroso, constituye una de las pruebas más significativas en la vida de Muhammad.

En este sentido, nos cabe recordar que los fenómenos milagrosos aparecen descritos, generalmente, como una acción sobrenatural que rompe, de modo inexorable, el «status quo» reinante en las normas conocidas en la tierra o en los cielos, aunque raramente y en muy contadas ocasiones, estos fenómenos llegan a sobrepasar los límites contemplados en el marco de ambos entornos, al mismo tiempo, o sea el marco conjunto de los cielos y la tierra. En el viaje nocturno de Muhammad –AL ISRA'– confluyen sin duda alguna

ambas situaciones, al ser trasladado en primer término hasta Jerusalén, y después en su ascenso por los cielos.

De acuerdo con la mayoría de los historiadores, fue una noche del mes de Muharram del décimo primer año de la época del Islam (correspondiente al mes de Agosto 621 d.C.), cuando el Arcángel Gabriel llegó a La Meca, acompañado por un reducido grupo de ángeles, en busca de Muhammad.

En aquella noche de dulce silencio y profunda tranquilidad, todas las criaturas de Dios se habían entregado al descanso, bajo las atentas miradas de las deslumbrantes estrellas esparcidas por el cielo de La Meca.

El Profeta había sido invitado a cenar, ese día, en la casa de su prima Um Hani, hermana de Alí... Al igual que su madre y varios de sus hermanos, Um Hani había abrazado el Islam bastante tiempo atrás. Sin embargo, Hubaya, el marido de Um Hani, aún no pertenecía al grupo de los creyentes, a pesar del profundo respeto que sentía por Muhammad y la tolerancia con que contemplaba la nueva fe de su mujer y sus hijos. La propia Um Hani nos relata a continuación sus recuerdos acerca de este episodio que nos ocupa: "Aquella noche y después de que el Profeta acabara con nosotros la oración de Ichá, se marchó para acostarse... Al día siguiente y antes de la salida del Sol, nos despertó con el propósito de celebrar juntos la oración de la madrugada. Después de la oración me dijo: "Ya viste cómo hice aquí mismo la oración de Ichá con vosotros, luego me fui a Jerusalén donde hice una plegaria. Y ahora, cómo puedes ver, acabo de hacer con vosotros la oración de madrugada". Al llegar a este punto –prosigue Um Hani– le dije: "Oh Profeta de Dios, no refieras esto a la gente, pues te desmentirían y te humillarían". Pero él me respondió: "¡Por Dios, que se lo contaré...!"

Antes de partir hacia Jerusalén, el Arcángel Gabriel abrió el pecho de Muhammad, lavando su corazón con el agua bendita de

Zam- Zam. Acto seguido, le hizo montar en Al Buraq –una montura con alas–, cuya zancada alcanzaba hasta donde podía llegar su vista.

De este modo, comenzó el viaje de Muhammad hasta Jerusalén, con un singular punto de partida: Al Hiyr, o sea en el lugar de la tumba de Ismael, en el mismo recinto de La Ka'ba, acompañado siempre por el Arcángel, sin que éste último se adelantara o se retrasara, siguiendo constantemente el vertiginoso ritmo de las alas de Al Buraq. Al llegar a la Mezquita Lejana (Jerusalén), el Profeta celebró una breve oración, para ser trasladado más tarde por el propio Arcángel Gabriel, en un ascenso sin precedentes (Al Mi'ray) hacia el cielo. En su continuo ascenso, Muhammad tuvo ocasión de conocer y saludar a otros enviados de Dios, y prosiguió su viaje hasta alcanzar un lugar tan elevado, que nadie jamás había podido contemplar, situándose en los mismos umbrales de la Divina Presencia, La Fuente de la Luz Eterna.

En esta Majestuosa Presencia, Dios le reveló a Muhammad cuanto quiso y le ordenó, además, la observación y el cumplimiento de cinco oraciones diarias. Una vez finalizado este sublime encuentro, el Profeta inició el descenso hacia Jerusalén, reuniéndose allí con todos los profetas para celebrar una oración colectiva dirigida por él mismo. Más tarde, Muhammad volvió a montar en Al Buraq emprendiendo el camino de regreso a la Meca para llegar a la casa de Um Hani antes de la salida del sol.

En este camino de vuelta, el Profeta pudo observar el paso de las caravanas comerciales que transitaban por la ruta, contemplando también algunos detalles que habrían de convertirse, al día siguiente, en pruebas irrefutables de su milagroso viaje.

De ningún modo, Muhammad podía ocultar la noticia de este viaje... No tenía autoridad para ello... Y por este motivo, no tardó en dar a conocer la noticia a los quraichitas. Sin embargo, la reac-

ción incrédula de los mequenses iba subiendo de tono conforme fueron conociendo los pormenores relatados por el Profeta acerca de este extraordinario suceso. En pocas horas, las burlas y los insultos comenzaron a prodigarse en la boca de todos sus adversarios, mientras que los desmentidos constituyeron la postura mayoritaria de aquel pueblo. Ante este panorama y armado con la mayor paciencia y tranquilidad, Muhammad les fue informando de sus observaciones acerca de las propias caravanas quraichitas: Sus rutas y horas de llegada, los detalles de cuanto llevaban. Incluso, les habló de un camello que se había extraviado de una de aquellas caravanas y del lugar donde podían encontrarlo. Efectivamente, no fueron pocos los detalles y observaciones que los quraichitas pudieron comprobar en el curso de aquel histórico día... Sin embargo, y a pesar de tantas evidencias, los mequenses no quisieron aceptar el relato de Muhammad. Y no satisfechos aún con sus mordaces críticas, recurrieron a Abu Bakr para comentarle, irónicamente, las palabras de Muhammad. Abu Bakr, con toda serenidad, les respondió: "Si fue esto lo que dijo, entonces es cierto". A partir de aquel día, Abu Bakr sería conocido entre todos los musulmanes con el sobrenombre que el Profeta le puso, "Al Sid-diq" o el confirmador de la Verdad.

Lamentablemente, y en esta línea de incredulidad quraichita, varios musulmanes mostraron su extrañeza ante el relato de Muhammad, renunciando a su fe tras sucumbir a la fuerte presión de los quraichitas y ante la magnitud del hecho.

Pero, mientras se multiplicaban las reacciones en toda la Meca, el Profeta se reunió con sus compañeros para ofrecerles otros detalles relacionados con su ascenso por el cielo, describiendo para ellos imágenes del Paraíso y del Infierno así como de los profetas que encontró durante su viaje, además de comunicarles la orden de Dios para el cumplimiento de las oraciones.

En este grandioso episodio de la vida de Muhammad nos llaman poderosamente la atención varios aspectos que, sin duda alguna, merecen un análisis que, aunque breve, puede resultar sumamente interesante:

1.— Como es conocido, este viaje del Profeta tuvo lugar después de las muertes de dos seres muy queridos, su tío Abu Taleb y su esposa Jadiya y, tiempo después del regreso de aquella penosa visita a Taef, durante el cual el Arcángel Gabriel se presentó ante Muhammad para ofrecerle dos alternativas: Que eligiera entre la total destrucción de los incrédulos de su pueblo, o la de pedir perdón a Dios por ellos. Muhammad eligió la alternativa del perdón y le dijo al Arcángel: “Pongo toda mi esperanza en Dios para que haga salir, de entre ellos, una descendencia creyente”.

Con estos sentimientos de profunda devoción y sublime misericordia, rodeados por aquellas circunstancias de desolación y tristeza, se produjo este inesperado acontecimiento que alejó a Muhammad del mundo de los humanos, desprendiéndole de las leyes y normas que rigen su entorno y su existencia, para adentrarse en los inimaginables y misteriosos horizontes sin fin dispuestos por el Creador.

Que duda cabe, pues, que Quien hizo al Profeta atravesar aquellas grandes distancias —que requerían, por aquel entonces, casi dos meses de viaje a camello— elevándole más tarde hacia el cielo, es el Único que podía ayudarle y proveerle, en todo momento, del respaldo tan necesario en su ingente tarea de guiar a toda la humanidad hacia el sendero de Dios. De este modo, el viaje de Muhammad no se puede contemplar como un mero desplazamiento físico, pues la realidad apunta hacia otras evidencias.

Este viaje constituye, más bien, un acto de homenaje para honrar la propia persona de Muhammad, así como la confirmación anunciada, tanto al cielo como a la tierra, acerca del verdadero y

preferencial lugar que Muhammad ocupa en toda la cadena profética universal.

2.— En cuanto a la acción del Arcángel Gabriel, abriendo el pecho a Muhammad, la contemplamos como una posible preparación corporal para disponerlo físicamente de cara a la siguiente etapa, atravesando la inmensidad del cosmos. Dicho de otro modo, el Creador ordenaría este cambio en la naturaleza del Profeta, adecuándola para que pudiera aproximarse a los umbrales de la Luz Eterna de Dios.

3.— Como digno de especial aclaración, nos parece sumamente importante ofrecer algún comentario acerca de Al Buraq. Este nombre deriva del término árabe Barq, que significa relámpago, cuyas propiedades son de sobra conocidas por todos.

De aquí entonces, puede explicarse la utilización de este término para describir —mediante el fenómeno eléctrico del relámpago— la enorme velocidad desarrollada por esta montura... Recordemos que "...Su zancada alcanzaba la distancia hasta donde puede divisarse con la vista..."

Por ello, este detalle no tendría nada de extraño si lo analizamos tal como fue. Pues, Al Buraq no era otra cosa que una criatura más de Dios... Un signo, entre muchos, de Su infinito y divino poderío.

¿Acaso no concedió Dios a Moisés el poder para convertir una vara en serpiente que acabó devorando a las otras serpientes de los magos del faraón?

Y antes de Moisés, ¿no fue enviado también el viento, por voluntad divina, para estar a disposición de Salomón?

Y después de Moisés, ¿no concedió Dios a Jesús el poder de resucitar a los muertos?

En este mismo orden de cosas, la palabra ISRA' es utilizada en el Sagrado Corán para nombrar el viaje nocturno. Siendo así, este término incluye también algunas acepciones como la de atravesar o difundirse sin obstáculos. Ello nos puede ofrecer una idea de la extraordinaria velocidad alcanzada por Al Buraq.

4.— Hay otra pregunta que merece una especial consideración. ¿Por qué fue precisamente Jerusalén, el punto de parada en este viaje? A este respecto, nos remiten las siguientes aclaraciones:

a) El mensaje divino revelado a Muhammad no supone ninguna desconexión con los anteriores mensajes que tuvieron lugar, como centro geográfico, en las tierras de Jerusalén. Desde esta consideración, hemos de recordar la condición *sine quanon* del credo musulmán de aceptar y creer firmemente en la esencia de estos mensajes divinos, ya que el sendero de Dios es único e invariable.

b) El templo de Jerusalén fue, por espacio de varios años, la dirección hacia donde los musulmanes dirigían sus oraciones diarias. En este contexto, el cambio posterior de esta orientación hacia la Mezquita Sagrada de la Meca no suponía, en absoluto, restar importancia alguna a la propia Jerusalén. Y buena prueba de ello fue este viaje milagroso de Muhammad, erigiéndose Jerusalén en punto cardinal del ascenso hacia el cielo, además de ser el lugar elegido por Dios para que el Profeta celebrara la oración colectiva con los demás profetas.

c) La última cuestión, referida al encuentro de Muhammad con los profetas, nos plantea algo muy significativo: El reconocimiento de los anteriores profetas al mensaje del Islam y al propio Muhammad como el último enviado de Dios, adquiriendo así un compromiso como consecuencia de dicho reconocimiento. Todo ello dentro del marco de este auténtico homenaje universal al Profeta Muhammad.

A este respecto, el texto coránico insiste de un modo muy particular:

«Y cuando Dios tomó de los profetas el compromiso de cuanto os concedió como Escritura y Sabiduría, luego os llegó un Enviado confirmando lo que

habéis tenido. ¡Creed en él y auxiliadle! Dijo: ¿Estáis dispuestos a aceptar mi compromiso con esa condición? Respondieron: Estamos dispuestos. Dijo: Entonces, ¡sed testigos! Yo también, con vosotros, soy testigo.»

El Sagrado Corán (3:81)

Por todo cuanto hemos considerado anteriormente nos preguntamos, ¿no constituye todo ello una clara indicación para los demás creyentes de aceptar y seguir el mensaje del Islam?

d) Por último, queremos destacar el lugar honorífico alcanzado por Muhammad, en este viaje nocturno, llegando hasta los umbrales de la Presencia Divina, así como la revelación directa que Dios Altísimo le hizo. Este último aspecto está recogido también en el Sagrado Corán:

«Reveló a Su Siervo cuanto quiso. Y no ha mentado el corazón en lo que vio.»

El Sagrado Corán (53:10-11)

«No se desvió la mirada y no erró. Vio, ciertamente, parte de los signos tan magníficos de su Señor.»

El Sagrado Corán (53:17-18)

Finalmente, nos queda por indicar que el establecimiento de cinco oraciones diarias a los musulmanes, cuya recompensa la multiplicó Dios hasta diez veces, nos señala la gran importancia de la oración, al constituirse en auténtico nexo entre el creyente y su Creador, recordando constantemente a los seres humanos la relación directa que disfrutaban con su Señor. Una relación que se convierte en una vía de permanente y sublime comunicación entre el cielo y la tierra, a lo largo de toda la existencia y para toda la humanidad.

CAPITULO IX

LOS DOS COMPROMISOS DE AL AQABA

Según hemos visto anteriormente, una vez conocido el episodio del viaje nocturno del Profeta, los quraichitas disponían ahora de una nueva arma, si cabe más eficaz, para desprestigiar la figura de Muhammad. Incluso, intentaron aprovecharse de los primeros momentos de debilidad de un minúsculo grupo de musulmanes para sembrar la duda entre la población.

Por otra parte, si bien recordamos, la esperanza del Profeta para incorporar a otras tribus, como los de Zaquif o Kinda, se había visto un tanto malograda por la egoísta postura de algunos de sus dirigentes.

Ante esta situación, Muhammad presintió que, en un futuro no muy lejano, los quraichitas podían acrecentar su presión para conseguir el aislamiento o la marginación total de los musulmanes. La penosa experiencia del bloqueo estaba aún muy presente. Tratando de salir al paso de esta posible situación, el Profeta decidió aprovechar la temporada de la peregrinación, de aquel décimo primer año del Islam, para ir al encuentro de los grupos de peregrinos procedentes de todos los rincones de la península arábiga. Fruto del enorme esfuerzo desarrollado por el Profeta en tan pocos días, nos encontramos con que no fueron pocos los hombres que abrazaron el Islam en esta ocasión. Entre estos nuevos musulmanes, destacamos a Sued Ibn Saamet, conocido poeta de Yazreb que gozaba de

una honorable posición en aquella ciudad, así como al joven Iyas Ibn Múaz. Poco tiempo después, ambos, tomarían la vanguardia para introducir el Islam en Yazreb. En este orden de cosas, no podemos olvidar a hombres como Abu Dhar Al Guifari, Tufail Al Dausi o Dimad Al Azadi, que jugarían un papel muy importante años más tarde, en la prédica del Islam.

Sin duda alguna, Yazreb estuvo destinada desde un primer momento a servir de asiento y cuna al naciente Islam. Pero, ¿cuáles eran la vida social y organización política que, por aquel entonces, predominaban en la ciudad? Una breve pero concreta exposición nos hace situar a dos tribus, Al Aus y Al Jazray, permanentemente enfrentadas a causa de antiguas rencillas y la disputa por el poder. Además, había que contar con la presencia de una importante comunidad judía que, poco a poco y a causa del debilitamiento de estas tribus, llegaría a tomar una influencia decisiva, sobre todo en el aspecto económico de aquella ciudad. En efecto, si bien los judíos nunca participaron, directamente, en las sangrientas luchas protagonizadas por los Aus y Jazray, sin embargo sí fueron, en todo momento, el elemento activador de aquellas disputas. Más aún, esta comunidad judía, llegada a Yazreb en el curso de varias emigraciones, lograría con el tiempo erigirse en dueña única de los barrios y comercios, donde tenían su habitual asentamiento.

Este breve perfil, que acabamos de ofrecer, nos permite en cierto modo aclarar cual era la situación real en Yazreb a la llegada de los primeros musulmanes.

Desafortunadamente, Sued Ibn Saamet y el joven Iyas fallecieron, uno tras otro, al poco tiempo de su regreso de La Meca. Sin embargo, sus pérdidas fueron compensadas por la incorporación de un reducido grupo de seis jóvenes de Yazreb, que informados por Sued e Iyas de la existencia de Muhammad y su mensaje monoteísta, decidieron viajar a La Meca con el doble propósito de cumplir con la peregrinación y entrevistarse con el Profeta.

Para evitar posibles represalias de los quraichitas, este encuentro se celebraría con la más absoluta discrección. Durante aquella reunión, Muhammad dio comienzo a su intervención con una recitación del Sagrado Corán, y tras exponerles los fundamentos del mensaje islámico, los invitó a abrazar esta nueva fe. Las palabras de Muhammad iluminaron los corazones de estos jóvenes quienes, acto seguido, decidieron adherirse al Islam, ofreciendo su sincero testimonio ante el Profeta.

Antes de concluir la entrevista, uno de ellos comentó a Muhammad: "Oh Profeta de Dios, bien conoces la discordia que reina entre nuestro pueblo. Tenemos puesta nuestra esperanza en Dios, para que seas tú el hombre que nos traiga la paz que tanto anhelamos".

Después de este satisfactorio encuentro, el Profeta despidió muy cariñosamente aquel grupo de nuevos musulmanes compuesto por As'ad Ibn Zurara, Aon Ibn Al Harez, Rafe Ibn Malek, Qutba Ibn Amer Na'bi, Uqba Ibn Amer y Yaber Ibn Abdulah, miembros todos de la tribu Al Jazray, quienes días más tarde, y una vez que regresaron a Yazreb, dieron comienzo a una extensa y ardua labor de divulgación del Islam. Los frutos de su intenso trabajo no se hicieron de esperar... Un año después, y en la misma temporada de la peregrinación, el Profeta recibía en Al Aqaba, a poca distancia de La Meca, la embajada de los nuevos musulmanes de Yazreb. En esta ocasión, el grupo estaba compuesto por doce hombres que iban a formalizar ante el propio Muhammad el que posteriormente sería conocido como Primer Compromiso de Al Aqaba.

Los términos de este compromiso expuesto por el Profeta, aunque breves, eran suficientemente precisos:

"Vuestro compromiso consiste en la adoración a Dios Unico sin asociarle copartícipe alguno".

“Os comprometéis a no robar ni fornicar. A respetar la vida de vuestros hijos, y a no levantar nunca falsos testimonios”.

“Os comprometéis también a acatar mis órdenes en aquellos incuestionables valores de la bondad, la honorabilidad y la rectitud”.

“Quienes de vosotros cumpla con este compromiso, su recompensa le vendrá de Dios. Y quien cometa alguna falta, y por ella fuese castigado en esta vida, este castigo le servirá de expiación. Pero si esta falta no fuese en su momento desvelada, corresponderá a Dios juzgarla. Y Dios le concederá o no Su perdón, según Su voluntad”.

La respuesta de aquel grupo de creyentes fue unánime: “¡Oh enviado de Dios, así es como lo aceptamos!”.

Una vez finalizado este acto, y al cabo de la temporada de la peregrinación, el Profeta decidió enviar, acompañando a este grupo, al que sería su primer emisario en Yazreb, Mus'ab Ibn Umayr, con el propósito de instruir a los musulmanes en las directrices fundamentales del Islam.

EL JOVEN MUS'AB EN YAZREB

Si recordamos cuanto se dijo acerca de que Yazreb estaba llamada a ser asiento y cuna de la fe islámica, los frutos de la labor desarrollada por Mus'ab vienen a darnos la razón cuando contemplamos cómo, en poco más de seis meses, el número de los testimonios de nuevos musulmanes se había multiplicado.

Así, y si hubiéramos de referir alguno de los episodios más notables de aquella fructífera labor, necesariamente nos veríamos obligados a citar la memorable página, en la que Mus'ab y su compa-

ñero As'ad Ibn Zurara decidieron adentrarse en uno de los barrios de la ciudad –Banu Zafar– para exponer, directamente, a sus habitantes el mensaje del Islam. Sin embargo, la noticia de esta inesperada visita fue conocida por dos de los dignatarios más principales de este barrio: Usaid Ibn Hudair y Sa'd Ibn Mu'az, este último primo de Ibn Zurara.

“Me han hablado –dijo Sa'd a Usaid– de una persona que vendrá hoy acompañada por mi primo As'ad, para hablar a la gente de no sé que nueva religión. ¿Por qué no los echas tú, ya que a mi me sería violento hacerlo con mi primo...?”

Después de ir al encuentro de los dos “intrusos”, Usaid les hablaría con este tono amenazador: “¿Qué buscáis en el barrio?.. Si queréis seguir conservando vuestras vidas, mejor será que os larguéis cuanto antes...”. Armado de la mayor serenidad, Mus'ab le respondió: “¿Por qué no nos sentamos y escuchas algunas palabras? Si te satisface algo, lo aceptas. En caso contrario, no te molestaremos más”. Ante esta amable invitación, Usaid no pudo negarse a conceder esta oportunidad de diálogo: “Tus palabras me parecen del todo justas”.

Mus'ab retomó la palabra explicándole, aunque brevemente, los conceptos básicos del Islam. A continuación le habló también del Profeta y su vida, finalizando con una hermosa recitación del Corán... “Ciertamente, esto es lo más excelso y hermoso que he oído jamás”, dijo Usaid. El Islam, en aquellos momentos, acababa de ganar un miembro más. Horas más tarde y de un modo muy parecido, Sa'd Ibn Muaz abrazaba también la fe del Islam.

Aquella tarde fue especialmente gloriosa para Mus'ab, viendo como la mayoría de los habitantes del barrio seguían emocionados el ejemplo de sus dos dignatarios.

Transcurridos estos primeros seis meses, en los que Mus'ab y sus compañeros alcanzaban un éxito tras otro, el ya importante número de miembros con que contaba esta joven comunidad llevó a que Mus'ab pensara en la conveniencia de efectuar un viaje a La Meca, para informar directamente al Profeta de la inmejorable situación en Yazreb.

El regreso de Mus'ab fue recibido con la mayor alegría por el Profeta y sus compañeros. Muy entusiasmados, fueron escuchando la larga exposición de Mus'ab, explicándoles estas buenas nuevas de su éxito en Yazreb. Mus'ab anunció también al Profeta que, serían muy numerosos los musulmanes de Yazreb que vendrían a visitarle en la próxima temporada de peregrinación.

EL SEGUNDO COMPROMISO DE AL AQABA

En el transcurso del décimo tercer año del Islam (Junio del año 622), setenta y cinco musulmanes de Yazreb –entre ellos dos mujeres– acudieron a La Meca aprovechando la cita anual de la peregrinación. Su verdadero propósito no era otro que entrevistarse con Muhammad. Una vez más, Al Aqaba fue el lugar elegido para celebrar aquel secreto encuentro, siguiendo los propios deseos del Profeta.

Muhammad, que ya había meditado profundamente en la posibilidad de emigrar con sus compañeros a Yazreb, llegó a este encuentro acompañado por su tío, Al Abbas. El propio Al Abbas se dirigió, en primer término, a los musulmanes de Yazreb, diciéndoles: “Ya conocéis el lugar que Muhammad ocupa entre nosotros, y también el incondicional apoyo que sus familiares venimos prestándole... Pero él desea estar con vosotros. Si podéis cumplir con lo que le habéis prometido, proporcionándole la protección frente a sus adversarios, ese es vuestro compromiso. Si no es así, mejor será que le dejéis vivir entre su gente”.

A este sincero planteamiento de Al Abbas, Ka'b Ibn Malek respondió: "Ahora que hemos escuchado atentamente tus palabras, también nos gustaría escuchar al Profeta". Y dirigiéndose a Muhammad prosiguió: "Háblanos, oh enviado de Dios, y pide para ti y para tu Señor cuanto deseas de nosotros". Después de recitar varios versículos del Corán, el Profeta se dirigió a todos los presentes con estas palabras:

"Vuestro compromiso está en que me escuchéis y me obedezcáis siempre que os sea posible. En que contribuyáis con vuestros bienes en la riqueza y en la pobreza. A que establezcáis la rectitud y la bondad entre vosotros. A que impidáis todo lo que os ha sido declarado ilícito. A que defendáis la causa de Dios sin guardar temor alguno en vuestros corazones. A que me apoyéis y defendáis, tal como defendéis a vuestras esposas y vuestros hijos. Cumpliendo así, tendréis el paraíso como recompensa".

A estas solemnes palabras del Profeta respondió Al Baraa Ibn Ma'rur: "¡Oh enviado de Dios!, así es como aceptamos este compromiso, y juramos que somos el pueblo que buscas". Otro de los presentes se dirigió después al Profeta diciéndole: "¡Oh enviado de Dios! Ya conoces la clase de relación que tenemos con los judíos. Y quisiéramos terminar con aquella situación. Pero también nos preguntamos... si después de que Dios te conceda la victoria, ¿volverías junto a tu pueblo de La Meca?... "Vosotros sois mi pueblo y yo soy uno más entre vosotros", fueron las palabras del Profeta.

No obstante el ambiente favorable con que venía discurriendo la entrevista, varios asistentes tomaron la palabra para explicar a sus compañeros el alcance real, la grave responsabilidad que suponía este compromiso. En realidad, aceptándolo, no sólo habrían de enfrentarse a los quraichitas de La Meca, sino también a todas las tribus árabes de la Península, además de sufrir una más que segura presión de los judíos de Yazreb. Y todo ello unido al riesgo de unas imprevisibles consecuencias...

Con todas estas advertencias, los participantes en esta secreta reunión se levantaron unánimes para estrechar las manos del Profeta en señal de aceptación, al mismo tiempo que las dos mujeres le expresaban, verbalmente, esta misma y firme adhesión.

A continuación, el Profeta solicitó a los congregados que eligieran doce representantes encargados de asumir la responsabilidad del cumplimiento de sus nuevas obligaciones. Los representantes elegidos, en esta ocasión, fueron: As'ad Ibn Zurara, Sa'd Ibn Rabi, Abdulah Ibn Rawaha, Rafe Ibn Malek, Al Baraa Ibn Ma'rur, Abdulah Ibn Amer, Ubada Ibn Al Samet, Sa'd Ibn Ubada, Almunzer Ibn Amer, Usaid Ibn Hudair, Sa'd Ibn Jaizama y Rufa'a Ibn Abdul Munzer.

Este segundo compromiso es conocido, históricamente, con el nombre de "El gran compromiso de Al Aqaba".

A pesar del sigilo desplegado por los musulmanes para mantener en secreto este encuentro, un quraichita había descubierto la presencia de los reunidos, cuando casualmente transitaba por aquel lugar: "¡Oh quraichitas! Muhammad y los suyos están conspirando contra vosotros". Los gritos desesperados de aquel hombre, intentando advertir a los quraichitas de La Meca, pusieron en guardia a los musulmanes: "¡Oh enviado de Dios! ¡Estamos dispuestos a luchar!" exclamó uno de los musulmanes allí presentes... Conservando la calma, el Profeta se dirigió a sus compañeros, diciéndoles: "Hasta ahora no hemos recibido la orden de Dios para luchar. Regresad, pues, a vuestras tiendas".

En las primeras horas de la mañana siguiente, un rumor insistente circulaba por toda La Meca. ¡Muhammad acaba de concertar un pacto con los de Yazreb! La noticia no podía ser más alarmante para los quraichitas. Sin ningún tiempo que perder, necesitaban salir urgentemente al encuentro de aquella expedición de peregrinos

para exigirles, cuando menos, una explicación sobre la veracidad de aquel rumor.

Mientras los musulmanes de Yazreb guardaban un hermético silencio, el resto de sus compatriotas juraban, una y otra vez, no saber nada acerca del supuesto pacto. El desconcierto de los quraichitas era total. No sabían, realmente, a qué atenerse.

Al día siguiente, los musulmanes de Yazreb abandonaban las cercanías de La Meca para emprender el camino de regreso a sus tierras. Mientras tanto, los quraichitas habían logrado reunir las suficientes pruebas que ponían al descubierto el compromiso concertado por Muhammad... Cualquiera de sus dudas se habían, por fin, disipado.

A partir de este momento los quraichitas tenían una sola preocupación. La de acabar cuanto antes con aquel grupo de conspiradores. En consecuencia, la medida tampoco se hizo de esperar. Horas más tarde, un grupo de jinetes armados salía en persecución de los musulmanes. Pero aún con todo, el resultado de este intento no pudo ser más infructuoso... Había transcurrido ya demasiado tiempo como para darles alcance, y tan solo lograron apresar a Sa'd Ibn Ubada, que había quedado rezagado del resto de sus compañeros. Atado a sus caballerías, el cuerpo de Sa'd fue arrastrado por los jinetes quraichitas hasta La Meca, donde fue cruelmente torturado. La providencial intervención de un antiguo amigo —Yubair Ibn Adí—, pudo poner fin a estas torturas, consiguiendo poco después la liberación de Sa'd.

138

CAPITULO X

CONSECUENCIAS HISTORICAS DEL GRAN COMPROMISO “LA EMIGRACION”

El último y reciente gran compromiso de Al Aqaba vino a aportar un nuevo y determinante aspecto a la situación de los musulmanes de La Meca, haciéndoles concebir alguna luz de esperanza.

Por otra parte, los quraichitas, que conocían como nadie la fortaleza espiritual de Muhammad, entregado tenazmente durante toda su vida al servicio de Dios, se dieron cuenta de que se encontraban ahora frente a una situación límite. En realidad, ¿quién podría asegurarles el curso que habían de tomar los nuevos acontecimientos, máxime cuando los Aus y Jazray de Yazreb se habían unido, casi en su mayor parte, a la causa de Muhammad? La situación, pues, no podía ser más preocupante. Cualquier decisión que, en lo sucesivo, pudieran adoptar contra los musulmanes de La Meca podría verse convertida, automáticamente, en un asunto de vida o muerte, ya que ello provocaría una más que segura respuesta de los musulmanes de Yazreb. Pero aún así, los quraichitas no podían quedarse cruzados de brazos. Necesariamente, tenían que tomar una medida que fuera tan urgente como eficaz... El primer objetivo era, sin duda, acabar cuanto antes con aquel compromiso. Y en este sentido, ninguna medida podía ser más eficaz como la de lograr el aislamiento total de Muhammad.

Mientras tanto, Muhammad reflexionaba profundamente sobre estas nuevas perspectivas, considerando aquel compromiso como una puerta providencial que Dios le había abierto para superar los escollos que los quraichitas le habían interpuesto sistemáticamente, a lo largo de trece años, para impedir la propagación del Islam. Para salir adelante, esta nueva situación requería de Muhammad las mayores dosis de sabiduría y prudencia, aprovechando al máximo cualquier margen de maniobra que las circunstancias, o los errores de los quraichitas, le permitiesen.

De esta manera, el Profeta tomó la decisión de que sus compañeros emigraran a Yazreb, cuidando fundamentalmente dos aspectos. Uno, que la emigración se realizara guardando la mayor discreción y que los emigrantes (Muhayirun) abandonaran todo cuanto poseían en La Meca; el otro, que la salida se hiciera en grupos muy reducidos, aprovechando la oscuridad de la noche o bien tomando distintas direcciones, sustrayéndose así a cualquier reacción violenta por parte de los quraichitas.

... El éxodo musulmán había ya comenzado. Atrás quedaban las familias, o las pequeñas propiedades, conseguidas a lo largo de muchos años de esfuerzo y no pocos sacrificios. Atrás quedaban también los seres queridos y, sobre todo, la no menos dolorosa separación de la patria que un día los viera nacer... Sin embargo, un solo anhelo reinaba en el corazón de aquellos musulmanes: llegar cuanto antes a Yazreb para reunirse con sus hermanos y vivir su fe en paz y libertad.

Habían transcurrido varios días, desde el comienzo de este éxodo, cuando los quraichitas descubrieron el alcance real de la nueva estrategia desplegada por Muhammad. El establecimiento de guardias fronterizas y algún que otro elemento de control, dirigidos eficazmente a detener aquella "evasión", fueron puestos de inmediato en marcha. De este modo, una larga lista de detenciones, malos tratos y torturas fueron los primeros resultados. Sin embargo,

y a pesar de tan severas medidas, los quraichitas se vieron impotentes para detener este flujo emigratorio, que en pocos meses había de lograr su último objetivo.

Aunque en un primer momento, los quraichitas creyeron mantener controlada la revuelta situación de La Meca, su verdadera obsesión estaba centrada, sobre todo, en la idea de impedir una posible emigración de Muhammad a Yazreb. Sinceramente, sus temores no dejaban de tener un cierto fundamento, si consideramos que la llegada a Yazreb de un elevado número de "Muhayirun" la había convertido en una ciudad que contaba ahora con una importante comunidad musulmana.

Con esta nueva circunstancia, lo que realmente alarmaba a los quraichitas no era que Yazreb pudiera aceptar a Muhammad y su indiscutible liderazgo, sino más bien verla convertida en un foco de permanente amenaza para La Meca, desde donde los musulmanes pudieran llevar a cabo también un efectivo bloqueo de la ruta comercial de Siria. Pero con todo, la decisión de mantener a Muhammad retenido en La Meca tampoco parecía ser viable, ya que esto podía acarrear la intervención de los de Yazreb, tratando de salvar así la vida de su Profeta.

En este barajar de continuas soluciones, los quraichitas concluyeron en no encontrar otra alternativa que la de dar muerte a Muhammad.. No obstante, y de llevar adelante sus propósitos criminales con la intervención de una sola persona, necesariamente, tendrían que contar también con la esperada reacción de los Banu Hachem y Banu Al Muttaleb que, con toda seguridad, intentarían vengar su muerte. Y de esta manera, la guerra civil que tanto temían no tardaría en asolar el ámbito de toda La Meca, produciéndose así una situación, si cabe aún, más peligrosa que la que trataban de prevenir.

El modo más desconcertante, pues, para llevar a cabo la eliminación de Muhammad –decidieron– consistiría en que participaran en su muerte once jefes de las tribus mas principales de la Meca y sus alrededores. De esta manera, los Banu Hachem y Banu Al Mutaleb no se atreverían a declarar la guerra a tantas tribus. Aquellos once jefes no eran otros que:

- | | |
|-----------------------|----------------------------|
| — Abu Yahl Ibn Hicham | — Al Hakam Ibn Abu Al A'as |
| — Uqba Ibn Abu Muitt | — Al Nadr Ibn Al Harez |
| — Umaya Ibn Jalaf | — Zum'a Ibn Al Aswad |
| — Tu'aima Ibn A'dí | — Abu Lahab |
| — Ubay Ibn Jalaf | — Nabih Ibn Al Hayay |
| — Munbeh Ibn Al Hayay | |

El plan criminal estaba ya trazado. Los ejecutores elegidos... La metodología también. Y... ¿con qué mejor aliado podían contar los quraichitas que con la cómplice oscuridad de la noche? Todo nos haría pensar que el plan era perfecto y seguro... Y, sin embargo, una vez más, la providencia de Dios iba a intervenir salvando la vida del Profeta, desbaratando así unos planes tan premeditadamente calculados.

A la mañana siguiente, el Profeta fue avisado oportunamente de los pormenores de esta conspiración. Acto seguido, se dirigió a la casa de Abu Bakr para comentarle la histórica decisión: la emigración de ambos tendría lugar en la noche de aquel mismo día. Ya en la tarde, el Profeta daba sus últimas consignas a Alí, encargándole que ocupara durante la noche el lugar en su lecho, haciendo creer así a sus enemigos que aún permanecía allí. Más tarde, Alí se uniría al profeta en Yazreb, una vez que hubiera devuelto a sus respectivos propietarios cuantos objetos de valor le habían confiado a Muhammad, algunos habitantes de La Meca.

A la caída de la noche, la casa del Profeta fue rodeada por la estrecha vigilancia de los once hombres elegidos. Aunque muy

seguros en su decisión, todos esperaban la llegada de la hora convenida. La situación no ofrecía, pues, ninguna sospecha, ya que la presunta víctima “dormía profundamente”, como era de costumbre.

Había llegado el momento señalado. Los asaltantes irrumpieron repentinamente, espadas en mano, en el interior de la casa. En estos dramáticos momentos, Alí se incorporó de la cama... La desagradable sorpresa no podía ser más chocante para los quraichitas. Invadidos por la ira, le gritaron: ¿Dónde está Muhammad?... Conservando la calma, Alí respondió: “No sé nada de él...”.

Ahora todo eran prisas para localizar el paradero de Muhammad. Idas y venidas, pesquisas e interrogatorios se sucedían sin cesar. La rabia y la desesperación de los quraichitas estaba alcanzando sus últimos límites. Si Muhammad no aparecía en La Meca, la búsqueda debía continuar en el camino hacia Yazreb...

Mientras tanto, habían transcurrido ya varias horas, sumamente preciosas, en las que el Profeta, acompañado por Abu Bakr, había tomado, no la dirección hacia Yazreb, sino más bien la opuesta hacia el Yemen, posibilidad esta que los quraichitas difícilmente podían imaginar. Era la noche del 27 de Safar del décimo cuarto año del Islam, correspondiente al 12 de Septiembre del 622.

El Profeta, sin duda, había previsto con antelación a su salida cual quiera de los más mínimos detalles relacionados con este arriesgado viaje, tratando así de que los quraichitas agotaran sus esfuerzos en una búsqueda imposible. El lugar elegido para pasar inadvertidos estos primeros días, fue una gruta situada en las cercanías de la cima del monte Zaur, a unas cinco millas al sur de La Meca. Durante este tiempo, y aprovechando siempre la oscuridad de la noche, era Abdulah, el hijo de Abu Bakr, quien les proporcionaba cualquier tipo de información relacionada con los movimientos de sus perseguidores. En tanto que Asmaa –hija también de Abu Bakr– se encargaba de proveerlos con los víveres más necesarios.

Durante el día, era el criado Amer quién tomaba la responsabilidad de borrar cualquier huella de ambos, haciendo pasar su ganado por aquellos parajes.

La infructuosa búsqueda había llegado a su tercer día consecutivo y los quraichitas seguían más empeñados que nunca en localizar el paradero de Muhammad. El cierre de todos los accesos de La Meca y la recompensa de cien camellos por cada uno de aquellos dos “evadidos”, vivos o muertos, fueron las nuevas medidas. Y si la improbable dirección hacia el sur aún no había sido explorada, también habría que hacerlo... Había que agotar, pues, todas las posibilidades.

Con este propósito, los quraichitas organizaron una expedición compuesta por numerosos jinetes, hombres de a pie y algunos de los más expertos rastreadores. Muchos de ellos acariciaban la idea de obtener aquella succulenta recompensa.

... El minucioso e intenso rastreo los había conducido, por fin, hasta las mismas proximidades del monte Zaur, y el encuentro con un pastor que apacentaba su ganado les llevó a preguntarle: “¿Viste alguien por aquí?”. El pastor les respondió: “Yo no, pero mirad en aquella gruta”. Muhammad y Abu Bakr pudieron oír también aquellas palabras. Fueron momentos de gran tensión. Mientras Abu Bakr miraba angustiado al Profeta, este le decía: “¡Tranquilízate Abu Bakr... Dios está con nosotros!” “¿Qué suerte pueden correr dos personas, cuando Dios está con ellos?...”

Al acercarse a la gruta, una nueva sorpresa aguardaba aún a los quraichitas: Un árbol crecido en pocas horas, una tupida red de araña que cubría totalmente el acceso, y un nido de pájaros silvestres, entre ambos, fueron pruebas más que suficientes, en aquella providencial ocasión, para que los quraichitas se convencieran de la imposibilidad de que alguien pudiera haberse adentrado en la gruta.

Este estrepitoso fracaso sembró el desaliento en la expedición quraichita. El cese de la persecución y el consiguiente regreso de aquellos hombres a La Meca fueron muy pronto conocidos por Abdulah Ibn Uraiquet, un experto guía contratado anteriormente por Abu Bakr para conducir a los dos emigrados, a través de caminos poco habituales, hasta Yazreb.

Después de salir al encuentro de Muhammad y Abu Bakr, en la noche del lunes, 1^{er} día de Rabi' Al Aual, primer año de la Hégira 16-9-622 D.C., Ibn Uraiquet los encaminó, durante algún tiempo, en aquella misma dirección sur. Siguiendo la estrategia convenida, esta ruta fue modificada poco más tarde, dirigiéndose hacia el oeste. Poco antes de llegar a la costa, Ibn Uraiquet tomó un camino que, muy raramente frecuentado, habría de llevarlos hasta su último destino.

A pesar de esta hábil maniobra de Ibn Uraiquet, los problemas no habían aún terminado. Al día siguiente, nuestros tres hombres fueron avistados, de modo fortuito, por un viajero que iba de camino hacia La Meca. Allí en la ciudad, aquel hombre comentaría el incidente con Suraqa Ibn Malek... Pero, dejemos que sea el propio Suraqa quien nos relate este episodio: «...Estaba reunido con mis amigos aquella mañana, cuando pasó un viajero y nos dijo: “He visto a tres hombres cerca de la costa y tengo la impresión de que eran Muhammad y sus compañeros”. Al oír sus palabras, yo le repliqué con disimulo: “No es así. Lo que seguramente has visto son los hombres que hemos enviado para explorar”, —¡la recompensa quraichita era demasiado atractiva para un hombre como Suraqa!— Para no levantar ninguna sospecha, esperé unos momentos y después me fui a casa, y le pedí a mi criada que preparase la yegua y la llevara a las afueras de la ciudad... Más tarde, y con mucha discreción, subí a mi montura surcando a gran velocidad las arenas del desierto. Pocas horas tardé para divisar a Muhammad y sus dos acompañantes pero, por alguna razón que no acertaba a comprender, mi yegua era incapaz de levantar sus patas que, inexplicable-

mente, se habían incrustado en la arena. En vano fueron mis intentos de espolearla y llegué a convencerme de que era imposible atraparlos. Entonces comencé a llamarlos, prometiéndoles que no les haría ningún daño. Cuando oyeron mis voces se detuvieron. De pronto mi yegua se levantó y pude aproximarme hasta ellos, ofreciéndoles mi ayuda y los víveres que llevaba. Pero Muhammad solo me pidió que no revelara su paradero, y efectivamente así lo hice. En el camino de vuelta a La Meca me encontré con un grupo de jinetes que había salido también con el propósito de atraparlos. Yo los paré entonces diciéndoles: "No sigáis más. Ya hice vuestro trabajo. Por aquí no hay nadie"..."

Durante siete largos días, el Profeta y sus dos compañeros recorrieron los áridos y ardientes caminos del desierto hasta alcanzar finalmente los parajes de la tribu Banu Sahm, donde fueron recibidos con vivas muestras de alegría por su jefe, Abu Buraida. Por fin, habían desaparecido todos los temores. Muhammad y Abu Bakr se encontraban ya en tierras amigas.

En la mañana del lunes veintitrés de septiembre del año 622, el Profeta llegaba a la localidad de Qubá, situada a unas escasas millas de Yazreb. Después de tomar un breve descanso, Muhammad estableció en esta misma localidad la que iba a ser primera mezquita del Islam. También, en el transcurso de aquellos días y tras un largo viaje a pie llegaba Alí, después de cumplir con las últimas consignas que el Profeta le dio al despedirse en la Meca.

Trasladando a nuestro lector a un nuevo escenario, la ciudad de Yazreb aguardaba impaciente la llegada de Muhammad y sus compañeros. Hacía ya varios días que los musulmanes habían recibido la noticia de su partida de La Meca. Todos conocían, sin embargo, los graves riesgos y dificultades que el Profeta debería superar para que se produjera el feliz encuentro.

Por fin, amanecía el día soñado. Era el viernes veintisiete de septiembre del 622, cuando el Profeta hizo su histórica entrada en la ciudad de Yazreb, rodeado por un gran número de sus compañeros, y cómo no... por los dignatarios de Banu Al Nayar, tíos maternos de su padre... Después de celebrar la oración comunitaria del viernes, en el barrio de Banu Salem, la ciudad entera estallaba en una explosión de cánticos de alegría. Las incesantes alabanzas a Dios pudieron ser escuchadas en un horizonte sin fin. Las musicales voces de los niños entonaban, una y otra vez, esta inolvidable canción:

Resplandece la luna llena a través de las colinas del adiós. Es deber nuestro celebrar alabanzas, siempre que alguien invite al camino de Dios.

Oh Enviado de Dios, has traído órdenes que cumpliremos.

Con tu llegada honraste Medina, bienvenido seas, el mejor de los enviados.

A partir de aquel mismo día, **Yazreb** tomaría el nombre de **Madinat Rasul Allah**, "*Ciudad del Enviado de Dios*". Nombre que conservará hasta la actualidad, y que será conocido como **Medina** en la lengua española.

Con el relato de estos inmemorables y felices acontecimientos hemos llegado al término de una histórica e inolvidable etapa del Islam y de la vida del Profeta, que durante más de trece años se vio caracterizada por incontables sacrificios, no exentos en ocasiones de los más difíciles riesgos, que sólo una decidida fe en Dios podía superar.

198

CAPITULO XI

LOS PRIMEROS COMIENZOS EN MEDINA

Por lo que hemos podido ver en nuestro capítulo anterior, el Profeta fue recibido de modo multitudinario por la población de Medina. No obstante, conviene tener en cuenta que esta ciudad no era aún musulmana en su totalidad, y por tanto las motivaciones de unos y otros con aquella entusiasta acogida eran bien distintas. En efecto, los musulmanes quisieron demostrar así su natural alegría por la llegada del Profeta, que había logrado salvar su vida de la creciente y cada vez más peligrosa persecución de los quraichitas. La presencia de Muhammad en Medina suponía para ellos el comienzo de una nueva etapa, plena de las más fundadas esperanzas para aumentar el asentamiento y posterior desarrollo de esta incipiente sociedad islámica. Por otra parte, los idólatras querían conocer de cerca “aquel Profeta” del que tanto habían oído hablar, de su mensaje monoteísta así como de su paciencia y valentía, haciendo frente durante trece largos años al omnímodo poder de sus adversarios de La Meca... Pero, sobre todo querían conocer al hombre que, en poco más de un año, había logrado la adhesión incondicional de los musulmanes de Medina, plasmada en aquella histórica declaración del Gran Compromiso de Al Aqaba. Por último, la comunidad judía pretendía con su presencia, aunque sólo aparentemente, no levantar ninguna sospecha acerca de su natural hostilidad hacia “aquel árabe”, disponiendo así del suficiente tiempo para conseguir dos objetivos muy fundamentales. El primero de ellos, estudiar de cerca la personalidad del Profeta y la posterior

evolución de los acontecimientos. El segundo, aún más importante, ganarse el afecto de los musulmanes y las simpatías de Muhammad, de cara a conseguir una posible alianza contra los cristianos de Siria y Palestina, quienes, desterrando tiempo atrás a los judíos, habían sido la causa de su obligada emigración a Medina.

Volviendo al mismo escenario del vibrante recibimiento dispensado a Muhammad, nos encontramos con que fueron muchos los musulmanes que compitieron para tomar las riendas de su camello, como señal de un claro deseo de invitar al Profeta, como huésped de honor, en sus propias casas. Pero el Profeta, una y otra vez, declinaba amablemente estas invitaciones: "... Dejad al camello, él sabe a donde ha de ir". Caminando con las riendas sueltas, el camello acabó sentándose, finalmente, en una amplia explanada. Cuando el Profeta preguntó por el propietario de aquellos terrenos, uno de los compañeros respondió: "Son de Sahl y Suhail, dos hermanos huérfanos". Acto seguido, Muhammad le propuso al tutor de ambos huérfanos la compra de estos terrenos, por más que un generoso precio, fundando en aquel mismo lugar la que sería primera mezquita de Medina, y adosada a la misma se levantaría, también, la propia casa del Profeta.

Si hemos de tomar en cuenta que no hubo un solo musulmán que no participara en la construcción de estas dos edificaciones, animados constantemente por el propio ejemplo del Profeta, trabajando como uno más entre ellos, el escaso tiempo de unas pocas semanas fue más que suficiente para acabar con dichas obras. Como un dato a añadir, podemos destacar que el Profeta vivió en la casa de Abu Ayub, mientras duraron estos trabajos.

Las dimensiones de aquella primera mezquita del Islam en Medina, orientada por aquel entonces hacia Jerusalén, disponían de una planta rectangular, casi cuadrada, con unos cien brazos de longitud y un poco menos de anchura. Esta sencilla edificación constaba de dos partes perfectamente diferenciadas. La primera de

ellas, un amplio patio abierto a la luz, en tanto que la otra, cubierta, contaba además con un lugar destinado a dar acogida a los musulmanes que ocasionalmente llegaban a la ciudad, que recibirá el nombre de Al Suffa.

La vida cotidiana en Medina había comenzado a tomar el pulso de una actividad casi normal, y la construcción de la mezquita vino a aportar un elemento sumamente decisivo, cara al futuro desarrollo de aquella sociedad. Ciertamente, como auténtica piedra angular de cualquier sociedad musulmana, la mezquita además de cumplir con su primordial función de lugar destinado al culto, es también el ámbito donde todos sus miembros reciben la necesaria instrucción en las enseñanzas del Islam, convirtiéndose así en punto de convergencia y resolución de todas las cuestiones, más o menos complejas, relacionadas con la propia construcción social.

Durante aquellos días, vemos al Profeta meditando profundamente acerca de su anterior etapa en La Meca, de cuando los musulmanes estaban privados de cualquier derecho o libertad. Pero su preocupación estaba centrada, sobre todo, ahora en dotar a esta joven sociedad de las garantías suficientes que permitieran el disfrute de unas amplias libertades. Y, qué duda cabe que el ejercicio de estas anheladas libertades debía pasar, necesariamente, por la construcción de una auténtica paz social. Según habremos de ver, la empresa no era nada fácil... Sin tiempo que perder, Muhammad dio comienzo al estudio de la compleja realidad social de Medina, ayudado por un grupo de consejeros encabezados por Abu Bakr y Umar. Las conclusiones finales de este análisis apuntaban hacia la necesidad de elaborar unas nuevas relaciones entre musulmanes, idólatras y judíos; es decir, los tres grupos mayoritarios de la sociedad de Medina. Fue así cómo al cabo de varias semanas de intensos debates y reflexiones se llegó a la redacción de un texto final, que posteriormente fue presentado por el Profeta a toda la sociedad.

Los términos de aquel histórico documento fueron en esencia, los siguientes:

1.- *Todos los musulmanes de Medina constituyen una sola y solidaria comunidad.*

2.- *Los musulmanes que emigraron de La Meca –Muhayirun– seguirán respetando sus propios y anteriores compromisos, y prestarán su apoyo a los más débiles de entre ellos, dentro del marco de la legalidad y la justicia. Del mismo modo actuarán todas las tribus de los Ansar (musulmanes naturales de Medina durante la época del Profeta).*

3.- *Todos los creyentes se comprometen a ayudar económicamente a quien necesitado, y por causa de ser autor de una muerte o accidente no intencionado, tuviera la obligación de abonar una indemnización.*

4.- *Que los creyentes temerosos de Dios se muestren auténticamente solidarios ante cualquier clase de agresión, injusticia o corrupción.*

5.- *Todos los creyentes harán frente común contra cualquier infractor, aunque se tratara de sus propios hijos.*

6.- *Ningún creyente dará muerte a otro creyente.*

7.- *Ningún creyente prestará ayuda a un idólatra en contra de otro creyente.*

8.- *Todos los creyentes tienen la misma potestad ante Dios para conceder cualquier tipo de protección, aval o garantía.*

9.- *Quien de entre los judíos se adhiera a este documento gozará de nuestro apoyo y disfrutará de nuestros mismos derechos, siempre que por ello no se cometa injusticia alguna*

10.— *La paz para las creyentes es una sola e indivisible paz.. Ningún creyente buscará la paz por separado (después de un combate por la causa de Dios), si no lo es de mutuo acuerdo y en igualdad de condiciones con los demás creyentes.*

11.— *Todos los creyentes se prestarán entre sí la ayuda necesaria, en el caso de pérdidas humanas por la causa de Dios.*

12.— *Ningún idólatra podrá ofrecer protección a los quraichitas o a cualquiera de sus bienes.*

13.— *Quién, con premeditación, diera muerte a un creyente, responderá con su propia vida, a menos que compense satisfactoriamente a los familiares de la víctima. En este caso, todos los creyentes se constituirán en garantes de dicho cumplimiento.*

14.— *No es legal que ningún creyente preste su apoyo o protección a quien fomente la discordia o la división en la Sociedad. Aquel que lo hiciera, no solo perderá sus derechos (al intercambio comercial y a los propiamente emanados de su mayoría de edad) sino que tendrá también la maldición de Dios en el día de la Resurrección.*

15.— *Cualquiera que fuese el grado de discrepancia entre los creyentes de Medina, será resuelto por Dios y su Profeta Muhammad.*

Con esta sabiduría, el Profeta concluyó lo que bien podemos conceputar como un auténtico acuerdo de solidaridad y hermandad, sobre el que habría de cimentarse la tan anhelada paz social en Medina. Pero, sin duda alguna, la aplicación de este histórico documento político precisaba también del asentamiento de una sólida moral, a la cual Muhammad dedicaría una gran parte de su tiempo.

A modo de ejemplo, ofrecemos a nuestro querido lector algunas pinceladas de las enseñanzas que el Profeta prodigaba, constantemente, a sus compañeros:

“El verdadero musulmán es aquél de quien los demás están a salvo de su mano y de su lengua”.

“Sed misericordiosos con los que están en la tierra y así alcanzaréis la misericordia de Quien está en el cielo”.

“Los creyentes constituyen una sólida edificación.. Son solidarios entre sí”.

“La caridad acaba con los pecados, tal como lo hace el agua con el fuego”.

“No es creyente aquel que duerme saciado, mientras su vecino se encuentra hambriento”.

Estas sublimes enseñanzas fueron el complemento de las continuas revelaciones coránicas de esta nueva etapa de Medina, caracterizadas en especial por estar dirigidas hacia la edificación y el desarrollo de la vida política y social de la ciudad.

Podemos destacar también que en el transcurso de estas semanas tuvo lugar el casamiento de Muhammad con A'icha, la hija de Abu Bakr, encontrando el Profeta en esta joven esposa el cariño que no acababa de recuperar tras la muerte de Jadiya.

ACTITUD EJEMPLAR DEL PROFETA

La verdadera piedra angular sobre la que Muhammad edificó la civilización musulmana, descansa no sólo en las enseñanzas del Corán, sino también en la ejemplaridad de su propia conducta. El

conjunto de toda esta enseñanza, tanto teórica como práctica, desarrollada a lo largo de más de veintitrés años, recibe el nombre de Sunna o Tradición Profética. Este conjunto de valores y normas constituye la segunda fuente de la legislación islámica. A este respecto nos gustaría reseñar algunos ejemplos que pueden ilustrarnos la profunda humanidad que caracterizó al Profeta a lo largo de su vida.

Si bien es cierto que Muhammad fue Profeta y Mensajero de Dios, su natural modestia le llevó siempre a rehusar cualquier trato de privilegio ó distinción. Así, era muy frecuente oírle decir a sus compañeros: "No me alabéis como los cristianos alaban a Jesús, el hijo de María. Yo no soy más que un siervo de Dios. Llamádmme, pues, el siervo y enviado de Dios". Y si con ocasión de su entrada en algún lugar veía que sus compañeros se levantaban, en señal de respeto, entonces les decía: "No os levantéis como suelen hacerlo los persas con sus jefes, despertando así su vanidad". También, en aquellos momentos en que se reunía con sus compañeros, tenía por costumbre sentarse en el lugar vacante, al lado del último que le había precedido en la llegada. Estos ejemplos nos explican la dificultad que tuvo, en más de una ocasión, alguna delegación extranjera para reconocer su presencia. Muhammad se comportaba en todo momento como uno más de entre sus compañeros. Sonreía constantemente, e incluso bromeaba con ellos alguna que otra vez, compartiendo sus propias preocupaciones. Bien podemos decir que los musulmanes encontraron siempre en él una mano amiga, dispuesta a resolver sus problemas. Pero, era, sin duda, con los niños cuando su trato adquiría una bondad y una ternura especiales. Participaba en sus juegos y solía ofrecerles algún regalo que despertaba aún más sus alegres sonrisas. Y cuando los tomaba entre sus brazos, era muy frecuente que él mismo los llevara a montar sobre su propio camello. De esta manera, no debe extrañarnos que la inocencia infantil protagonizara alguna que otra inesperada escena, como aquella cuando el Profeta se encontraba rezando y sus propios nietos fueron a subirse sobre sus espaldas...

Esta constante ejemplaridad del Profeta se veía reflejada sobre todo en el ámbito de su propia vida familiar. Su trato hogareño estaba marcado por el profundo respeto que guardaba hacia todos. Incapaz de exigir algo que pudiera hacer él mismo, no era ninguna sorpresa para nadie verlo lavar su ropa en alguna ocasión, o bien arreglando su propio calzado.

Podemos afirmar, sin caer en ningún tipo de error, que la lealtad y gratitud de Muhammad no conocían límites. Así, cuando una delegación del Negus de Abisinia visitó Medina para entrevistarse con el Profeta, fue el propio Muhammad quien asumió la tarea de velar por todos los cuidados y servicios que aquellos delegados necesitaban. A las palabras de uno de sus compañeros, sugiriéndole que lo dejara al cuidado de estas atenciones, el Profeta le respondió: "Nunca podré olvidar el trato hospitalario que ellos dispensaron a nuestros compañeros, cuando emigraron a Abisinia. Y es por ello que quiero agradecerélos personalmente y con toda generosidad".

¡Qué hermosa lección la de Muhammad, mostrando a su compañero cómo el espíritu de lealtad y agradecimiento deben presidir en todo momento la vida de un musulmán!. ¿Y qué mejor resumen podríamos ofrecer acerca del perfil humano de Muhammad, quién sería primerísima figura de la historia, como lo es el testimonio de sus propias palabras?: "El conocimiento es todo mi capital. La razón es la base de mi religión. El amor, mi punto de partida. El cariño, mi único vehículo. Las alabanzas a Dios son mi mejor compañía. La confianza es mi tesoro. La ciencia, mi arma. La paciencia es mi túnica. La satisfacción es mi ganancia. La pobreza es mi orgullo. La devoción es la llama de mi vida. La certeza en la fe es mi fuerza. La veracidad es mi aliada. La obediencia a Dios es mi linaje. El esfuerzo constante es mi educación y la oración es mi plenitud".

Poco tiempo hubo de pasar para que estas sublimes enseñanzas comenzaran a dar sus primeros y benéficos frutos. En efecto,

la natural inclinación del corazón humano para admirar estas bellas cualidades y su afán permanente para descubrir la Verdad, fueron los elementos más decisivos para que en el transcurso de unos meses, gran parte de la población de Medina abrazara la fe del Islam.

Era pues más que evidente que el Islam, en poco menos de un año desde la emigración del Profeta a Medina, se había transformado en la primera fuerza social de la ciudad y sus aledaños. De este modo, la estructura político-social que el Islam iba imprimiendo, día a día, a las diferentes actividades cotidianas era también muy notable. En este sentido, podemos destacar dos importantes factores que, por su propia naturaleza, iban a impregnar aún más la vida social, con una marcada espiritualidad y auténtica solidaridad.

El primero de ellos fue el establecimiento del ayuno como tercer pilar del Islam. Los versículos coránicos revelados a este respecto indicaban claramente que el ayuno, como tal, no suponía ninguna innovación —en su fundamento— respecto de su observancia en las anteriores religiones monoteístas, sino más bien la confirmación y continuidad de este mismo precepto, aunque con la indicación de unas normas precisas acerca del tiempo —durante el mes de Ramadán— y el modo de realizarlo.

«Oh creyentes! Os ha sido prescrito el ayuno, al igual que se prescribió a los que os precedieron. Quizá, así, temáis a Dios.»

El Sagrado Corán (2:183)

En cuanto al segundo factor, el Zakat o cuarto pilar del Islam, podemos decir que fue legislado mediante la revelación coránica, en donde sus versículos nos recuerdan con frecuencia la capital importancia socio-económica del mismo. Realmente, el Zakat constituye un sistema fiscal único en su género: La recaudación de

un determinado porcentaje de la riqueza acumulada durante el transcurso del año es destinada a cubrir, esencialmente, las necesidades de los estratos sociales más desfavorecidos. Por otra parte, el Zakat supone un auténtico estímulo para la inversión, además de un método muy práctico para la redistribución de la riqueza en la sociedad:

«No adoreis sino a Dios! Tratad con bondad a vuestros padres, a los parientes, los huérfanos y los menesterosos; responded al prójimo con dulzura, observad la oración y pagad el Zakat.»

El Sagrado Corán (2:83)

ACOSO QURAICHLTA Y DIALOGO INTER-RELIGIOSO

En otro orden de cosas, las noticias que llegaban de La Meca continuaban siendo alarmantes, verdaderamente angustiosas y de unas gravísimas consecuencias para el futuro inmediato del Islam. En aquellos días, los quraichitas habían decidido la confiscación de todos los bienes de los musulmanes que habían emigrado. A un mismo tiempo, intensificaron las torturas y malos tratos a los que aún quedaban retenidos en La Meca, amenazando además con invadir la ciudad de Medina, con el firme propósito de exterminar a la población musulmana.

A pesar de estas noticias tan preocupantes, el Profeta, haciendo gala de su constante e infinita fe en Dios, continuó adelante en su permanente tarea de revolucionar la estructura administrativa de la ciudad, transformándola en una modernísima administración. Añádase a este esfuerzo, una permanente dedicación para enseñar a sus compañeros la legislación islámica y la profundización en sus normas, guiado día a día por las incesantes revelaciones coránicas que orientaban cada uno de sus pasos y decisiones.

Estas complejas tareas no le impidieron al Profeta llevar a cabo un proceso de diálogo interreligioso, iniciándolo primero con la comunidad judía de Medina, y posteriormente desarrollado con la participación de una delegación cristiana de Nayran –una zona del Yemen– invitada con este mismo propósito por el Profeta. Esta delegación cristiana estaba compuesta por unas sesenta personalidades representativas de la vida social y religiosa de aquella región.

Después de que el congreso comenzara sus trabajos con la exposición de cada uno de los credos presentes, y con el fin de respetar la seriedad de aquel primer diálogo, el Profeta pidió a los asistentes su firme compromiso con las conclusiones del mismo, asumiendo todas y cada una de sus consecuencias... Las reacciones de cristianos y judíos no se hicieron esperar. Los primeros, tras retirarse a deliberar, comunicaban poco después su intención de abandonar los debates al no aceptar la condición de este compromiso. Pese a esta decisión, los cristianos no dejaron de expresar su admiración por la legislación islámica, pidiéndole al Profeta que enviara junto a ellos a una persona versada para solventar algunas cuestiones que ellos eran incapaces de resolver. En esta ocasión fue Abu Ubaida Ibn Al Yarrah la persona designada.

En cuanto a los judíos, podemos decir que su reacción fue aún más tajante: Rechazando la idea del reconocimiento de Jesús como Profeta, negaron en consecuencia cualquier origen divino del evangelio. Respecto a Muhammad, los judíos expresaron claramente sus dudas acerca de las pruebas de su mensaje: “Sería una prueba irrefutable para nosotros que Muhammad fuera a vivir a Jerusalén, como lo hicieron los demás profetas...”

Unas semanas después, era el mes de Cha'ban del 2.º año de la Hegira, Febrero del 624, la revelación coránica llevaba una nueva y transcendental orden a los musulmanes:

«Ciertamente, vemos cómo vuelves tu rostro hacia el cielo sin cesar. Te orientaremos, pues, en una dirección que te satisfaga. Así que vuelve tu rostro hacia la Sagrada Mezquita. Y dondequiera que estéis, volved vuestros rostros hacia ella. Aquellos que han recibido la Escritura saben que esto es La Verdad que procede de su Señor. Dios no ignora lo que hacen.»

El Sagrado Corán (2:144)

Durante aquellos días, el nerviosismo de los judíos se puso de manifiesto. Varios rabinos se entrevistaron con Muhammad, proponiéndole que si él mantenía la dirección de las oraciones orientada hacia Jerusalén, los judíos estarían dispuestos —en consecuencia— a seguirle, abrazando el Islam. En relación con estas pretensiones de los rabinos, la revelación de los siguientes versículos coránicos fue precisa y terminante:

«Los necios de entre la gente dirán: “¿Qué es lo que les hizo cambiar la dirección hacia la que se orientaban?”. Di: El este y el oeste pertenecen a Dios. El guía a quien quiere hacia el sendero correcto.

Y así, hemos hecho de vosotros una comunidad moderada, para que seáis testigos de las gentes y para que el Enviado sea testigo de vosotros. No habríamos establecido la dirección hacia la que antes te orientabas sino para distinguir a quien seguía al Enviado de quien le daba la espalda...»

El Sagrado Corán (2:142-143)

A pesar de esta situación, el Profeta seguía buscando el entendimiento con los judíos. Sin embargo, ellos le insistieron en que tal enten-

dimiento debía pasar necesariamente por una alianza, común, entre ambos, contra los cristianos. Esta proposición fue rechazada también por el Profeta, ya que no tenía intención alguna de combatir a nadie.

El panorama comenzó a ser preocupante para los judíos, al comprobar cómo la mayoría de los habitantes de Medina y sus alrededores se habían integrado en la comunidad musulmana. Pero, para ellos la sorpresa más desagradable se produjo cuando varias familias judías comenzaron su propio desfile para adherirse al Islam. La gota que había de colmar este vaso fue, sin duda alguna, la declaración del rabino Abdulah Ibn Salam, quien después de entrevistarse varias veces con Muhammad, debatiendo con él toda clase de preguntas y cuestiones, acabó prestando su testimonio como nuevo musulmán en presencia del Profeta, pidiéndole mantener en secreto aquellas conversaciones.

El episodio que relatamos a continuación no tiene ningún desperdicio:

Después de manifestar su testimonio ante el Profeta, el Rabino Abdulah Ibn Salam se dirigió a su casa con la intención de explicar a su familia los fundamentos del Islam y los motivos que le habían llevado a abrazarlo, pidiéndoles que siguieran su propio ejemplo. Así fue cómo en aquel día, todos los miembros de su familia aceptaron, con alegría y satisfacción, integrarse en el Islam. No obstante, y por temor a verse convertido en objeto de las severas críticas de los demás rabinos, Ibn Salam rogó al Profeta que los reuniera para conocer públicamente el parecer que ellos guardaban acerca de él. La respuesta de los rabinos, ante la pregunta formulada por el Profeta, fue unánime: "Sin duda alguna, Ibn Salam es nuestro señor y el mejor de entre nosotros. Es nuestro principal rabino y quien mejor conoce nuestra religión."

— Muhammad: "¿Y qué diríais si Ibn Salam abrazara el Islam?"

— Los rabinos: "¡Que Dios le libre de ello!"

En aquel momento, Ibn Salam, que había permanecido hasta entonces oculto, irrumpió entre ellos diciendo: "Doy testimonio de que no hay otro dios que el Dios Unico, y que Muhammad es Su enviado"...

La reacción de los rabinos judíos, en esta ocasión, fue especialmente violenta, gritando a Ibn Salam: "Tú eres el peor de entre nosotros y así lo fue también tu padre".

Esta escena con los judíos supuso para Muhammad el sabor amargo de una experiencia desagradable. No obstante, el Profeta no quería ignorar a esta importante minoría de la ciudad. La paz social que él precisaba para desarrollar la misión, que Dios le había encomendado era también muy necesaria para la buena convivencia de todos los habitantes de Medina. En este orden de cosas, y para contrarrestar el irritado ánimo de los judíos, Muhammad concretó con ellos un tratado cuyos puntos más relevantes fueron los siguientes:

- 1.- *Los judíos constituyen con los creyentes una sola sociedad.*
- 2.- *Los judíos gozaran de libertad religiosa, al igual que los musulmanes.*
- 3.- *Los judíos administrarán su propia hacienda, y así lo harán también los musulmanes.*
- 4.- *Judíos y musulmanes se constituyen en aliados contra quien declare la guerra a los firmantes de este tratado.*
- 5.- *Ambas partes se prestarán, mutuamente, los buenos consejos y las buenas obras.*

6.- No se considerará como violación propia la infracción cometida por algún aliado de cualquiera de las dos partes firmantes.

7.- Ambas partes prestarán su apoyo ilimitado a quien sufra cualquier clase de injusticia.

8.- En caso de lucha, los judíos apoyarán a los creyentes.

9.- No habrá ningún comercio con los quraichitas, ni con cualquiera de sus aliados

10.- Ambas partes forman una sola alianza contra cualquier posible invasor de la ciudad y cada parte se hará responsable de la seguridad y defensa de la zona donde habita.

11.- A partir de la firma de este tratado no se dará protección a ningún criminal.

12.- Cualquier diferencia entre los firmantes de este tratado, de la que se teman sus consecuencias, será sometida a Dios y Su Profeta.

UN VERSICULO HISTORICO

En aquel ambiente de creciente evolución fue revelado el versículo:

«Se otorga el permiso (de combatir) a quienes fueron agredidos. Porque han sido injustamente tratados. Y ciertamente, Dios es capaz de respaldarlos.»

El Sagrado Corán (22:39)

Este versículo ha sido considerado por los exégetas como el primer permiso que Dios concedió a los musulmanes, para que en caso de una agresión, pudieran utilizar sus armas en defensa propia.

Con la revelación del versículo antes citado llegamos a los mediados del segundo año de la Hégira.

CAPITULO XII

EN BUSCA DE LA ANHELADA SEGURIDAD

Hemos mencionado con anterioridad, cómo los quraichitas decidieron intensificar sus medidas represivas contra los musulmanes aún retenidos en La Meca, procediendo además a la confiscación total de los bienes de aquellos que consiguieron emigrar hasta Medina.

En cuanto al bloqueo económico impuesto a Medina, las primeras medidas de los quraichitas fueron destinadas a prohibir la compra de los productos procedentes de los musulmanes, manteniendo no obstante el intercambio comercial con los judíos y los idólatras que aún no habían abrazado el Islam. Con el paso del tiempo, este bloqueo se hizo cada vez más intenso al sumarse al mismo otras tribus, impulsadas fundamentalmente por la influencia político-religiosa de los quraichitas, además de sus presiones económicas. Más tarde y con la entrada de la mayoría de los idólatras de Medina en el Islam, la situación económica de la ciudad se había convertido en algo más que preocupante. Algunos productos básicos comenzaban a escasear a la vez que, día a día, aumentaba el número de los refugiados llegados a la ciudad.

No satisfechos aún con este bloqueo económico, al que los musulmanes resistieron con una paciencia admirable, los quraichitas iniciaron una campaña de amenazas que habría de culminar con la llegada a Medina de un mensaje, cuyo contenido era una auténtica

declaración de guerra: "...No seáis presuntuosos, creyendo que al escapar de la Meca habéis logrado ponerlos a salvo de nuestro alcance. Muy pronto estaremos en Medina, y allí acabaremos con todos vosotros".

El temor a que esta amenaza pudiera llevarse a cabo de modo imprevisto fue motivo más que suficiente para que los musulmanes no se separasen de sus armas, disponiendo alrededor de la casa del Profeta unos turnos de guardia durante la noche, en previsión de cualquier intento de asesinato. Pero fue también en estos mismos días cuando tuvo lugar la revelación del siguiente versículo:

«Es Dios quien te mantendrá protegido de la gente.»

El Sagrado Corán (5:67)

Con la clara indicación expresada en este versículo, el Profeta anuló de inmediato la guardia, diciendo a sus compañeros: "Volved a vuestras casas, pues Dios me ha concedido Su protección".

En otro orden de cosas y como bien sabe nuestro querido lector, cualquier persona podía disfrutar del libre acceso al templo de la Ka'ba, gozando así mismo de las atenciones que los quraichitas tenían la obligación de ofrecer. Sin embargo, los idólatras de La Meca no parecían dispuestos a que los musulmanes de Medina pudieran disfrutar de este derecho.

Esta intransigente actitud de los quraichitas dió lugar al incidente que se produjo con la llegada de Sa'd Ibn Mu'az a la Meca, con la intención de visitar la Ka'ba en compañía de Umayy Ibn Jalaf. Abu Yahl detuvo el paso de ambos visitantes en la misma entrada del sagrado recinto, diciéndole a Mu'az: "Con esta visita te estás exponiendo a una muerte segura, ya que vosotros habéis dado cobijo a

nuestros renegados... Y si no fuera porque vienes acompañado de Umayya, jamás habrías vuelto sano y salvo con tu familia”.

A esta serie de graves incidentes y presiones, una nueva amenaza vino a oscurecer, aún más, el horizonte social de la propia Medina. Los judíos habían desencadenado una nueva campaña de provocaciones, haciendo caso omiso a los compromisos adquiridos en el último tratado.

Uno de sus pretendidos objetivos era reavivar las viejas y olvidadas rencillas entre los Aus y Jazray. Con este propósito comenzaron a recordarles, a unos y a otros, sus pasadas valentías, evocando incesantemente los nombres de los héroes caídos en aquellas luchas fratricidas. Las viejas heridas estaban a punto de abrirse de nuevo, y la tensión entre ambas tribus crecía por momentos. Sin embargo, la sabia y oportuna intervención del Profeta, una vez más, consiguió apaciguar los exaltados ánimos de ambas partes, recordándoles su fraternal relación islámica. ¡Las emocionadas palabras de Muhammad habían encontrado eco en lo más profundo de sus corazones! Las copiosas lágrimas de arrepentimiento y los abrazos entre los hombres de estas dos tribus pusieron la nota final al desenlace de este triste episodio.

Si las provocaciones judías no habían alcanzado, en esta ocasión, su pretendido objetivo, necesariamente deberían adoptar otra estrategia que fuera más directa y eficaz. En este sentido, el incidente que relatamos a continuación, protagonizado por el judío Finhas, nos parece de por sí elocuente. Finhas, burlándose públicamente de los versículos relacionados con la prohibición de la usura en el Islam, le dijo a Abu Bakr: “¿Cómo es que Dios os prohíbe la usura, tal como pretende tu paisano, mientras que a nosotros nos la permite? Además... ¿cómo podrías explicar vuestro versículo que dice: Aquel que ofrezca a Dios un préstamo bondadoso, le será devuelto muy multiplicado?... ¿Acaso Dios es pobre?” Ante esta satírica provocación, Abu Bakr no pudo mantener por más tiempo su

paciencia, propinando una bofetada a Finhas. Aprovechando esta oportunidad, Finhas marchó al encuentro del Profeta para exigirle justicia. Sin pérdida de tiempo Muhammad reclamó la presencia de Abu Bakr, pidiéndole una explicación... Sin embargo, Finhas rechazó integralmente la versión de Abu Bakr, negándose a reconocer sus propias provocaciones.

El desarrollo de este episodio está relacionado con la revelación del versículo siguiente:

«Ciertamente, Dios ha oído las palabras de quienes dijeron. "Dios es pobre y nosotros somos ricos". Tomaremos nota de lo que han dicho y de que han matado a los profetas sin justificación. Y diremos: Probad el castigo del fuego.»

El Sagrado Corán (3:181)

A pesar de esta advertencia coránica, los judíos no cesaron en sus provocaciones. Ahora tenían que probar suerte con el propio Profeta. Guiados por estas intenciones, varios rabinos se entrevistaron con Muhammad, planteándole: "Ya conoces nuestra autoridad y la estima que nos tiene nuestra gente. Y bien sabes que si nos decidimos a seguirte, ellos lo harán también. Pero, resulta que tenemos un pleito con algunos de ellos... Así que les pediremos que nos sometamos todos a tu criterio de justicia. De este modo, no tendrás más que pronunciar un veredicto favorable a nosotros y conseguirás nuestra adhesión a tu mensaje".

La hábil astucia de aquel grupo de rabinos fue puesta, una vez más, al descubierto por la revelación coránica, manifestando con evidente claridad que la legislación islámica jamás admitirá ser objeto de ningún tipo de presiones o maniobras encubiertas:

«Debes juzgar entre ellos según lo que Dios te ha revelado. No sigas sus pasiones y guardate de sus seducciones, desviándote de algo que Dios te reveló. Y si rebusan, debes saber que Dios quiere castigarlos por algunos de sus pecados. Muchos hombres son, ciertamente, perversos.»

El Sagrado Corán (5:49)

Los judíos habían agotado ya, casi al completo, cualquier posibilidad de provocación en Medina. Sus miradas estaban dirigidas ahora hacia La Meca, en donde necesitaban contactar con los qurai-chitas, que nunca habían dejado de conspirar contra Muhammad. Había llegado, pues, el momento de coordinar ambas acciones. Pero, aún así, y para que este engranaje fuera perfecto, necesitaban del concurso de Abdulah Ibn Ubay, un personaje que no podían ignorar... Pero, ¿quién era Abdulah Ibn Ubay? Si retrocedemos en el tiempo, solo dos años atrás, cuando tuvo lugar el Gran Compromiso de Aqaba, encontramos a un Ibn Ubay que por aquel entonces estaba a punto de ser coronado rey de Medina. Indiscutible líder de los Jazray, Ibn Ubay había logrado alzarse con un vasto poderío e influencia, gracias a una fortaleza física envidiable, y una capacidad nada común para salir airoso en cuantas empresas había participado. Si a esto añadimos la inmensa riqueza que nuestro personaje había logrado acumular, estamos ya en disposición de comprender la importancia que tanto los judíos como los quraichitas concedían a su posible colaboración. Unos y otros querían aprovechar el punto más flaco de Ibn Ubay: ¡Su desbordada avidez por el poder! Aquel poder, perdido un día con la llegada del Islam a Medina, y que nunca más volvería a recuperar.

Muhammad se encontraba ante una difícil situación. Si por un lado tenía el deber de desarticular cualquier conspiración dirigida contra su joven sociedad, también albergaba ciertas esperanzas de

que el tiempo y un trato más que generoso pudieran liberar algún día a Ibn Ubay de estos vanidosos residuos idólatras.

Para hacer frente a estas conspiraciones el Profeta decidió poner en marcha dos líneas fundamentales de acción. La primera concertando algunos tratados de amistad y defensa mutua con varias tribus árabes. Y una segunda, intensificando la labor de las patrullas fuera de Medina. A este respecto cabe decir, que la actividad de estas patrullas dió comienzo a partir del séptimo mes de la llegada del Profeta a Medina. El papel desempeñado por tales patrullas consistía en cubrir dos claros objetivos: Uno, de reconocimiento e información, y el otro, aún más importante, de disuasión a cuantas tribus estaban bajo la influencia quraichita. Una cronología de estas patrullas nos situará, perfectamente, en el marco de aquellas circunstancias:

— Marzo del año 623: Una patrulla compuesta por treinta musulmanes, de los Muhayirun, comandada por Hamsa Ibn Abd Al Mutaleb, alcanzaba la localidad de Saif Al Bahr del mar Rojo cercana a Yanbo'. Allí se encontraron con una caravana quraichita, compuesta por trescientos hombres, y encabezada por Abu Yahl Ibn Hicham. La intervención de Maydi Ibn Amer, amigo de ambos contendientes, evitó en última instancia el posible enfrentamiento armado. Podemos reseñar que el estandarte blanco, distintivo de la formación musulmana, era portado por Quinas Ibn Hussain.

— Abril del año 623: El Profeta envía a Ubaida Ibn Al Hariz, encabezando una patrulla de sesenta jinetes de entre los Muhayirun. Al llegar al valle de Rabeg, esta expedición se encontró con una formación militar quraichita de doscientos hombres, al mando de Abu Sufian. En esta ocasión tampoco habría lucha, aunque dos hombres, Al Miqdad Ibn Amer y Utba Ibn Gazuan, musulmanes de los retenidos en La Meca, aprovecharon esta oportunidad para unirse a las filas musulmanas.

— Mayo del año 623: Muhammad envía a una reducida formación de veinte jinetes, encabezada por Sa'd Ibn Abu Waqás, con el propósito de intimidar las caravanas comerciales quraichitas. Esta expedición alcanzaría la localidad de Al Jarar, sin otras consecuencias dignas de mencionar.

— Agosto del año 623: El propio Profeta encabeza una formación de setenta Muhayirun, para intimidar a una caravana comercial quraichita en la ruta de Abua'. Después de alcanzar la localidad de Waddan los musulmanes regresaron a Medina, sin novedad alguna. En el transcurso de los quince días que duró aquella expedición, Muhammad firmó un tratado con la tribu de Damra, cuyo texto transcribimos a continuación: "Este es un documento concedido por Muhammad, el enviado de Dios, a la tribu de Damra, garantizándoles sus vidas y sus bienes. Así mismo, tendrán todo el apoyo que necesiten en contra de sus agresores, a menos que luchen contra la religión de Dios. A cambio, prestarán su apoyo al Profeta cuando él lo solicite».

— Septiembre del año 623: Kares Ibn Yaber, al mando de una formación armada quraichita realiza una invasión en las cercanías de Medina, apropiándose de un considerable número de piezas de ganado.

Si tenemos en cuenta que el propósito de los musulmanes con estas patrullas no era otro que hacer llegar a los quraichitas un mensaje implícito, para que devolvieran los bienes confiscados en La Meca, esta última acción quraichita vino a romper cualquier esperanza de entendimiento pacífico en este sentido. Los musulmanes en consecuencia no disponían ya de otra salida que la de pasar a la acción, yendo al encuentro de las caravanas comerciales quraichitas, tratando de recuperar alguna parte de sus bienes confiscados.

— Diciembre del año 623: Muhammad encabeza una formación de Muhayirun, compuesta por unos ciento cincuenta hombres, con

el objetivo de cortar el paso a una caravana quraichita. Una vez alcanzada la localidad de Zal'achira, en la ruta costera hacia Siria, los musulmanes pudieron comprobar que la caravana en cuestión había pasado por aquel lugar con varios días de antelación.

Después de emprender el regreso a Medina, el Profeta aprovecharía su paso por la tribu de Banu Mudlech para firmar con ellos un tratado similar al pactado con la tribu Damra.

— Enero del año 624: El Profeta envía una patrulla compuesta por 12 hombres, bajo el mando de Abdulah Ibn Yahech. El objetivo de esta patrulla era meramente de reconocimiento e información. Sin embargo, unos días después, esta patrulla detectó el paso de una caravana comercial quraichita en la localidad de Najla, situada entre Taef y La Meca, a más de trescientos kilómetros de Medina. Era el último día del mes de Rayab, y el carácter sagrado de este mes prohibía terminantemente cualquier derramamiento de sangre. Sin embargo, el jefe de esta patrulla decidió finalmente atacar a la caravana, causando la muerte del quraichita Amr Ibn Al Hadrami, y llevando además a dos prisioneros que fueron conducidos hasta Medina, junto a la caravana confiscada... Al conocer lo sucedido, el Profeta no pudo contener su contrariedad: "Os di instrucciones precisas de no entrar en combate...". Los demás musulmanes criticaron también, con especial dureza, aquella violación del mes sagrado.

Aprovechando este incidente, los quraichitas desataron una feroz campaña para desprestigiar a los musulmanes en toda la Península Arábiga. A esta acción desestabilizadora se sumaron también los judíos de Medina y las tribus aliadas de los quraichitas. Fue en estos días cuando tuvo lugar la revelación del siguiente versículo coránico, zanjando de una vez para siempre aquella cuestión y estableciendo de modo inequívoco la opinión islámica acerca de la misma:

«Te preguntan acerca de combatir en el mes sagrado. Di: combatir en ese mes es (ofensa) grave. Pero, el apartar del camino de Dios negándole, y de la Mezquita Sagrada, y el expulsar de ella a sus habitantes es aún más grave para Dios...»

El Sagrado Corán (2:217)

No obstante la aclaración recibida en esta revelación, el Profeta decidió compensar a los familiares de las víctimas con una indemnización, además de poner en libertad a los dos prisioneros. Uno de ellos regresaría a La Meca, en tanto que el otro, Al Hakam abrazaba el Islam, quedándose a vivir en Medina.

A modo de resumen y según hemos podido ver en la exposición de esta breve cronología podemos de ello deducir que los musulmanes no utilizaron nunca la fuerza, hasta que se produjo la incursión quraichita a Medina bajo el mando de Kares Ibn Yaber. Y nos cabe reseñar así mismo que los intentos de disuadir a los quraichitas y sus aliados fue una respuesta a las conspiraciones y amenazas que permanentemente se maquinaban en la Meca, contra Muhammad y sus seguidores.

174

CAPITULO XIII

LA GRAN BATALLA DE BADR

A nadie se le escapa la preocupación y la gran tensión suscitadas en La Meca tras la muerte de Amr Ibn Al Hadrami. De todos modos, y como consecuencia de los últimos sucesos, podemos afirmar que los quraichitas se encontraban, ahora, más nerviosos que nunca...

La muerte de Amr, no suponía para La Meca la mera pérdida de uno de sus miembros, sino más bien que los quraichitas debían entender, a través de aquellos incidentes ya citados, que la reclamación de los musulmanes respecto a sus bienes confiscados y también en relación con su legítimo derecho de visitar el recinto sagrado de la Ka'ba no era una simple amenaza vociferada por un grupo de pobres refugiados. El hecho de que los musulmanes hubieran cubierto, con sus patrullas, distancias superiores a los trescientos kilómetros, atacando en pleno día a las caravanas comerciales no era, de ninguna manera, un reclamo publicitario... Sin embargo, la arrogancia quraichita no estaba dispuesta a reconocer los derechos de los musulmanes, dando así su brazo a torcer.

En este mismo orden de cosas, podemos ofrecer algunos detalles acerca de la patrulla musulmana que en diciembre del 623 salió hacia la localidad de Zal'achira, dispuesta a interceptar el paso de una caravana comercial. Si bien recordamos, la caravana quraichita estuvo en aquella ocasión bajo el mando de Abu Sufian, sin duda alguna uno de los líderes más prestigiosos y astutos con que conta-

ba La Meca. Además de su reconocida habilidad, Abu Sufian gozaba de las impresionantes dotes que caracterizan a un excepcional político y estratega.

Estas magníficas cualidades fueron aprovechadas, en todo momento, por Abu Sufian quien, desplegando una serie de medidas preventivas a lo largo de la ruta hacia Siria, pudo poner a salvo aquella caravana adelantándose a la posible intercepción de la patrulla musulmana en la localidad de Zal'achira.

Dos meses más tarde, Muhammad estaba esperando el regreso de esta caravana procedente de Siria. Anticipándose a los acontecimientos, el Profeta decidió enviar a dos expertos exploradores, hacia el norte, para obtener la información que necesitaba. Los dos jinetes elegidos para esta misión fueron Talha Ibn Ubaidulah y Sa'id Ibn Zaid.

Una vez en la localidad de Al Haura, los dos jinetes lograron avistar la presencia de su objetivo. Allí permanecieron el tiempo necesario para estudiar los pormenores relacionados con la caravana, y acto seguido emprendieron el regreso a Medina para informar al Profeta. En efecto, más de mil camellos transportaban los productos adquiridos en Siria, donde los mercaderes de La Meca habían invertido más de cincuenta mil monedas de oro. La escolta, nada despreciable, estaba compuesta por unos cuarenta hombres. Definitivamente, aquel objetivo suponía la mejor oportunidad para infligir un duro golpe, tanto político como económico, a los quraichitas.

El Profeta expuso la situación a sus compañeros, dejándoles la libre elección de participar en la patrulla que habría de interceptar la citada caravana.

Sin ninguna preparación especial para aquella que iba a ser histórica y decisiva batalla de Badr, la expedición musulmana estuvo compuesta, en esta ocasión, por tan sólo trescientos catorce hom-

bres, ochenta y tres de los cuales eran Muhayirun y doscientos treinta y uno de los Ansar. Esta formación contaba además con dos jinetes: Al Zubair Ibn Al Awam, que estaría a cargo del flanco derecho, y Al Miqdad Ibn Al Asuad, en el flanco izquierdo. El estandarte de los Muhayirun fue portado por Alí Ibn Abu Taleb, mientras que Sa'd Ibn Mu'az hacía lo mismo con el estandarte de los Ansar.

Después de que el Profeta asignara a Ibn Um Maktum la responsabilidad de dirigir las oraciones y la administración de los asuntos de la ciudad, los musulmanes emprendieron la marcha tomando la ruta principal que lleva hacia La Meca. Una vez alcanzada la localidad de Al Rauha, Muhammad decidió abandonar la ruta principal para tomar otra vía secundaria que habría de conducirlos finalmente hasta el valle de Badr. Como medida complementaria, el Profeta decidió enviar una avanzadilla formada por dos exploradores, para obtener cualquier información acerca del paso de la caravana que comandaba Abu Sufian.

En este sentido, podemos indicar que Abu Sufian había dispuesto también, a lo largo de toda la ruta, unas patrullas en alerta permanente, dedicadas exclusivamente a reunir los datos más precisos acerca de los movimientos de Muhammad. De este modo, Abu Sufian pudo conocer con todo detalle el considerable despliegue militar que había organizado el Profeta. Ya en las cercanías de Badr, Abu Sufian decidió multiplicar el número de las patrullas destinadas a la observación. Pero no satisfecho aún con estas excepcionales medidas, se decidió por explorar personalmente esta localidad... Su fina perspicacia habría de ser decisiva, una vez más, para averiguar el último paradero de la expedición musulmana, así como el lugar previsto por Muhammad para llevar a cabo el temido encuentro. Para superar este inminente peligro, Abu Sufian puso en marcha dos decisiones de vital importancia. La primera, y más urgente, enviando un emisario a La Meca para alertar a los quraichitas acerca del peligro de un ataque directo de los musulmanes, pidiendo a un mismo tiempo la rápida intervención de sus hombres. La segun-

da decisión, fue la de cambiar el rumbo previsto de la caravana, tomando la dirección hacia la ruta costera. Gracias a esta hábil estrategia, la caravana lograría ponerse finalmente a salvo, ya que las últimas informaciones sobre la formación musulmana, apuntaban decididamente, hacia el paso de la misma en dirección al valle de Badr.

El emisario de Abu Sufian, Damdam Ibn Amr, tardó pocas horas en alcanzar La Meca. Con el ánimo de impresionar aún más a los quraichitas, y tras haber rasgado intencionadamente sus vestiduras, comenzó a gritar: “¡Socorro, socorro... Que desastre, vuestra caravana esta siendo atacada por Muhammad!” La alarma no tardó en cundir por todos los rincones de La Meca. En muy escaso tiempo, los líderes quraichitas acordaron la organización de un poderoso ejército integrado por la casi totalidad de las tribus, excepción hecha de los Banu Adi. La financiación del ejército corría a cargo de nueve ricos dignatarios de La Meca.

Más de mil trescientos hombres, apoyados por unos cien jinetes, fueron puestos bajo el mando directo de Abu Yahl. Poco antes de efectuar la salida, el propio Abu Yahl manifestaba sus temores ante un posible ataque a traición de los Banu Bakr, los rivales más firmes de la Meca en aquel territorio, aprovechando esta oportunidad del enfrentamiento quraichita con Muhammad. Sin embargo, la intervención de Suraqa Ibn Malek lograría disipar los temores de Abu Yahl: “Como jefe de los Banu Quinana, os garantizo que mis familiares los Banu Bakr, no atacarán a vuestro ejército”.

De este modo, el numeroso y bien armado ejército de La Meca emprendió a toda velocidad su trepidante marcha hacia Badr. Tras cruzar el valle de Asfan y una vez alcanzada la localidad de Al Yahfa, los quraichitas recibieron un nuevo mensaje de Abu Sufian: “Vuestros hombres y vuestros bienes están a salvo. Regresad, pues, a La Meca”. Con esta tranquilizadora noticia, un numeroso grupo de quraichitas se mostró partidario del regreso, argumentando que la

caravana había logrado ponerse a salvo. Sin embargo, la obstinada actitud de Abu Yahl fue decisiva para continuar adelante en el camino hacia Badr: "¡Por Dios que llegaremos hasta Badr!, y allí celebraremos este acontecimiento durante tres días. Todos los árabes sabrán de nuestra expedición y de nuestro poderío. De este modo, siempre nos respetarán".

A pesar de estas palabras, Al Ajnas Ibn Churaiq insistió en la conveniencia de desistir de aquella demostración de fuerza, pidiendo como jefe de la tribu Banu Zuhra, el regreso inmediato a La Meca. Fue así como unos trescientos hombres de esta tribu se retiraron de la expedición quraichita. Incluso, los Banu Hachem, familiares de Muhammad, quisieron también regresar, pero Abu Yahl se mostró más tajante con ellos: "¡De ningún modo podréis abandonarnos hasta que hayamos regresado todos!"

Compuesto definitivamente por unos mil hombres, el ejército quraichita prosiguió su marcha hasta alcanzar las inmediaciones del valle de Badr.

UNA DIFÍCIL SITUACIÓN PARA LOS MUSULMANES

La información que Muhammad había recibido acerca de la decisión quraichita, manteniendo su avance hacia Badr así como el desvío de la caravana de Abu Sufian hacia la ruta costera, situó a los musulmanes ante una difícil alternativa. En efecto, si por una parte, los musulmanes se inclinaban por mantener la persecución a la caravana, sus posibilidades de darle alcance eran mínimas; y si optaban por el regreso a Medina, ello supondría necesariamente la pérdida del prestigio adquirido en los últimos meses. A esto habría que añadir el riesgo más que probable de que los quraichitas se decidieran por atacar, más tarde o más temprano, la propia ciudad de Medina.

Al descartar las dos anteriores alternativas, otra posibilidad quedaba aún por contemplar: el enfrentamiento armado con los qurai-chitas. Más, ¿cómo afrontar esta empresa, teniendo en cuenta que los musulmanes no se habían preparado para una batalla de tal envergadura?

En estas circunstancias y ante los cambios imprevistos de los acontecimientos, el Profeta decidió convocar con toda urgencia la consulta necesaria para adoptar las medidas más oportunas. En cuanto a la opinión de los Muhayirun, podríamos resumirla en las palabras de Al Miqdad Ibn Amr: «Oh, enviado de Dios, continúa adelante con lo que Dios te ha mostrado. Estamos contigo y nunca te diremos aquello que los judíos dijeron a Moisés “Vete con tu Señor y combatid, mientras aguardamos aquí tu regreso”. Nosotros te decimos, en cambio, ¡adelante con la lucha!, pues combatiremos a tu lado». El Profeta, —que se mostró contento con las alentadoras palabras de los Muhayirun—, estaba especialmente interesado en oír la opinión de los Ansar, ya que si por un lado constituían el grueso de aquella modesta e improvisada formación militar, por otra parte su compromiso en Al Aqaba no contemplaba la posibilidad de un enfrentamiento armado fuera de la zona de Medina.

El Profeta insistió: “Compañeros, ofrecedme vuestra opinión”. Sa'd Ibn Mu'az, el portaestandarte de los Ansar, se dió cuenta de lo que había querido decir con estas palabras e inmediatamente respondió: “Oh, enviado de Dios, he querido entender que te referías a nosotros”. El Profeta asintió afirmativamente. Fue entonces cuando Sa'd retomó la palabra, diciendo: “Hemos creído en ti y te ofrecemos el testimonio de nuestra fe, atestiguando que lo que nos has traído es la Verdad. En prueba de ello, te hemos ofrecido nuestros pactos y compromisos, siguiéndote y obedeciéndote. Oh enviado de Dios, sigue adelante en tu objetivo y si quieres que atravesemos el mar contigo, así lo haremos todos. No tenemos ningún miedo a enfrentarnos mañana con el enemigo. Resistiremos en el combate y nos mantendremos firmes en la lucha. Esperamos de Dios que

nuestras acciones alegren tu corazón. Así, pues, llévanos contigo y con la bendición de Dios". En estos momentos, el semblante de Muhammad se iluminó con una alegre y profunda emoción. Esperanzado por cuanto había acabado de oír, el Profeta dió la orden de continuar adelante la marcha.

Antes de llegar a las cercanías de Badr, la formación musulmana pasaría por la pequeña localidad de Al Dya, para alcanzar uno de los pasos norteños del valle. Ya en aquel lugar, Muhammad avanzó acompañado por Abu Bakr, para inspeccionar personalmente la situación sobre el propio terreno. El encuentro ocasional con un viejo beduino brindó a Muhammad la oportunidad de conocer con una mayor precisión las posiciones del ejército de La Meca.

Una vez localizado el campamento quraichita, el Profeta regresó rápidamente junto a sus compañeros ordenando, poco después, la formación de otra avanzadilla con el propósito de conocer más a fondo algunos detalles acerca de sus adversarios. Los tres hombres elegidos para llevar a cabo esta misión, del grupo de los Muhayirun, lograron adentrarse en el campamento enemigo, al amparo de la oscuridad de la noche, apresando allí mismo a dos hombres, que más tarde serían interrogados por el propio Muhammad. El Profeta estaba interesado, sobre todo, en conocer el número de sus adversarios, así como los jefes y dignatarios que encabezaban aquel ejército. Por las palabras de los dos prisioneros, Muhammad pudo deducir que el número oscilaba entre unos novecientos a mil hombres. Después de saber que la mayoría de los principales de La Meca se encontraban presentes en la expedición quraichita, dijo a sus compañeros: "Ahí tenéis a La Meca, que envió a sus hombres más predilectos para combatirnos".

A la tarde del día siguiente, los musulmanes habían alcanzado uno de los primeros manantiales de Badr, donde el Profeta comenzó a dar las primeras instrucciones para instalar el campamento. Sin embargo, Al Hubab Ibn Al Munzer se acercó al Profeta, preguntán-

dole: "¿Acaso es Dios quien escogió este lugar para nosotros, o más bien se trata de una estrategia?" El Profeta le respondió: "No, más bien es lo último". Como experto en la materia, Al Hubab dijo entonces al Profeta: "Este lugar no me parece el mejor sitio. Deberíamos avanzar hasta el manantial más próximo a las posiciones de nuestro enemigo. Allí construiremos un embalse, al mismo tiempo que destruiremos todos los pozos que puedan estar a su alcance. De esta forma, nosotros dispondremos del agua necesaria y ellos no".

Sin pérdida de tiempo, el plan de Al Hubab fue puesto en marcha por el Profeta al caer la noche. Mientras tanto, un grupo de musulmanes llevaba a cabo la construcción de un improvisado puesto de mando, desde donde el Profeta podía observar la evolución de los acontecimientos en el campo de batalla. En esta ocasión, fue designado un grupo de jóvenes Ansar bajo el mando de Sa'd Ibn Mu'az, para dar guardia personal al Profeta en aquel puesto de mando situado en una de las colinas orientales del valle. Como última medida a tomar, el Profeta emprendió una vuelta por el campamento, mirando con toda esperanza la caída de una ligera lluvia, a la par que observaba el sosegado sueño que envolvía a sus compañeros. Aquella noche era la del viernes, 17 de Ramadán del segundo año de la Hégira, correspondiente al 15 de Marzo del 624.

DIVISIONES EN EL EJERCITO DE LA MECA

Eran las primeras horas de la mañana siguiente cuando los efectivos quraichitas hicieron su entrada en el valle de Badr. Nada más descubrir que sus pozos habían sido destruidos, un grupo de ellos avanzó decidido hacia el embalse improvisado por los musulmanes, con la intención de beber. El Profeta, dió orden, en aquellos instantes, de no impedirles el acceso al agua ya que aún no se había producido el enfrentamiento. Mientras tanto, un jinete quraichita realizaba varias vueltas alrededor del campamento musulmán para cono-

cer sus preparativos... Poco después, el ejército de La Meca disponía de la suficiente información, al conocer el número y la firmeza de sus adversarios. Fue entonces cuando Utba Ibn Rabi'a, un principal de La Meca, se dirigió al ejército: "¡Oh, quraichitas, nada conseguiremos con este enfrentamiento, pues si incluso vencemos, más de uno llorará la muerte de nuestros propios familiares que luchan en el bando de Muhammad. Así, pues, dejemos esto y volvamos a La Meca". Pero la soberbia de Abu Yahl no conocía límites: "¡Jamás retrocederemos! Lo que ha dicho Utba no es otra cosa que su miedo a que matemos a su propio hijo, que se encuentra con Muhammad". Acto seguido, el propio Abu Yahl reclamaba la presencia de Amer Ibn Al Hadrami, diciéndole: "Esta es tu oportunidad para tomar la revancha. Así, pues, corre y pídele a la gente venganza por la muerte de tu hermano Amr".

Impulsado por las palabras de Abu Yahl, Amer utilizó todos los recursos de su reconocida y emotiva elocuencia para exaltar aún más los ánimos de los quraichitas. Sus inflamados gritos y sus llantos consiguieron, finalmente, desbancar la prudencia moderada de Utba Ibn Rabi'a. Presas de un contagio general, todos los quraichitas se sentían, en aquellos instantes, como un sólo hombre, dominados por un siniestro ánimo: ¡acabar con los musulmanes!. El enfrentamiento era ya una realidad ineludible.

Al observar los primeros movimientos del avance quraichita, Muhammad se dirigió a Dios implorándole: "¡Dios mío. Aquí están los quraichitas con su orgullo y su soberbia. Vienen a desafiarte, desmintiendo a Tu enviado. ¡Oh, Dios mío, concédeme la ayuda que me prometiste!..."

Momentos después, el Profeta comenzó a organizar las filas musulmanes, ayudándose de una pequeña vara para ordenarlas... Pero, la sorpresa acababa de saltar. Un musulmán, Sauad Ibn Gazia, que había sido tocado por la vara de Muhammad, dió un grito, reclamándole al Profeta: "¡Me has hecho daño y quiero desquitar-

me!”. La reacción de Muhammad, pocos momentos antes de librarse esta primera y decisiva batalla de Badr, fue asombrosa para propios y extraños. Descubriendo su vientre, Muhammad puso la vara en las manos de Sauad, diciéndole: “¡Toma y desquítate...!” Ante las atónitas miradas de sus compañeros, Sauad se abrazó al Profeta besándolo una y otra vez: “Oh enviado de Dios, al abrazarte querría que esto fuera lo último que hiciera en mi vida...”

Tras esta emotiva acción de Sauad, el Profeta dió las últimas instrucciones a sus compañeros: “¡Cuando los quraichitas intensifiquen sus ataques, lanzad vuestras flechas. Pero no desenfundéis vuestras espadas hasta que estén muy cerca de vosotros”. Al terminar estas palabras, Muhammad se dirigió a su puesto de mando acompañado de Abu Bakr.

Entretanto en el bando quraichita, el orgulloso Abu Yahl pedía a sus dioses “una buena entrada” para aquel día. El siguiente versículo coránico nos recuerda aquella ocasión:

«Si lo que buscábais era la buena entrada, ¡allí la tenéis! Pero si desistís, eso será, mejor para vosotros. Y si reanudáis (la lucha), la reanudaremos también. De nada os servirán vuestros secuaces, por numerosos que sean. ¡Dios está con los creyentes.»

El Sagrado Corán (8:19)

LA HORA CERO

Las primeras escaramuzas del combate dieron comienzo cuando un jinete quraichita, Al Asuad Ibn Abdel Asad, se lanzó a toda carrera hacia el embalse musulmán con el decidido propósito de destruirlo... Pero la espada de Hamsa fue, sin embargo, más rápida, y

Al Asuad caía, poco después, tendido por tierra, dejando allí su vida como la primera pérdida de los quraichitas.

La fulminante muerte de Al Asuad fue un auténtico revulsivo para que tres de los mejores espadachines de La Meca –Utba y Chaiba, ambos hijos de Rabi'a, además de Al Walid, hijo del primero– desafiaran a los musulmanes para mantener un duelo individual con ellos. Para hacer frente a este reto, tres jóvenes de los Ansar dieron paso al frente. Eran Auf y Mu'az, ambos hijos de Al Harez además de Abdulah Ibn Rawaha.

...Los quraichitas les preguntaron entonces:

—“¿Quiénes sois vosotros?”. “Somos de los Ansar”, respondieron.

—“Nobles y valientes sois, pero no queremos enfrentarnos a vosotros. Queremos que salgan nuestros primos”, replicaron los quraichitas.

Atendiendo a esta petición, el Profeta designó a tres Muhayirun: Ubaida Ibn Al Harez, Hamsa Ibn Abd Al Muttaleb y Alí Ibn Abu Taleb. Pocos minutos fueron suficientes para que estos valientes musulmanes dejaran sin vida los cuerpos de sus tres contrincantes quraichitas...

El desenlace de este encuentro, a tres bandas, no podía ser más desastroso para el ejército de La Meca. El resentimiento de los quraichitas se tornó, en aquellos instantes, insostenible. Y a una ligera señal de Abu Yahl, se desencadenaron las primeras oleadas de furiosos ataques contra los musulmanes.

En aquellos momentos, los musulmanes no cesaban de implorar a Dios pidiéndole que les infundiera ánimo. Y como una sólida

muralla resistieron la feroz investida del ataque quraichita aclamando continuamente: "Unico, Unico, Dios es el Unico".

La dureza de la batalla aumentaba por momentos y la intensidad de los enfrentamientos crecía a medida que avanzaba la mañana. Al mediodía, las pérdidas quraichitas se contaban ya por decenas... Mientras tanto, el Profeta multiplicaba sus oraciones y ruego a Dios. Cuando los ataques alcanzaron su punto más álgido, Muhammad volvió a implorar la ayuda de Dios: "¡Dios mío, que se haga realidad tu promesa!. ¡Dios mío, si hoy nos derrotan, jamás serás adorado en estas tierras! ¡Dios mío... Dios mío, concédenos tu ayuda prometida!".

El Sagrado Corán nos recuerda así aquellos angustiosos momentos y el sentido verdadero de la lucha:

***«para hacer patente la Verdad y suprimir lo falso,
a despecho de los criminales.»***

El Sagrado Corán (8:8).

La moral de los musulmanes era sencillamente férrea, casi invencible. Fortalecida aún más al escuchar la voz de Muhammad, recitándoles este versículo del Sagrado Corán:

«La derrota les alcanzará y darán la vuelta para escapar.»

El Sagrado Corán (54:45).

Abu Bakr, que estuvo toda la mañana al lado del Profeta observando el desarrollo de la batalla, desde aquel improvisado puesto de mando, no dejaba de dirigir su atenta mirada hacia Muhammad. No obstante, y en unos momentos, el semblante de Abu Bakr se tornó tenso y angustioso. El Profeta parecía haber quedado profundamente dormido. Muy preocupado, Abu Bakr se inclinó rápidamente hacia el

Profeta, quien al abrir sus ojos en estos instantes, le dijo con una amplia sonrisa: "¡Albricias, Oh Abu Bakr... aquí viene la ayuda de Dios!"

Fue en este momento cuando Muhammad dió la definitiva orden para que los musulmanes se lanzaran a un contraataque generalizado, sin tregua alguna: "¡Adelante, levantaos en busca de un Paraíso más amplio que la tierra y todos los cielos!". Una vez iniciado el ataque musulmán, el Profeta abandonó su puesto de mando para unirse a sus compañeros, en pleno campo de batalla.

Al oír estas inolvidables y alentadoras palabras del Profeta, Umair Ibn Al Hamam, dejó caer, de entre sus manos unos dátiles que estaba comiendo y dijo: "¡No serán estos dátiles los que me impidan alcanzar el Paraíso". Fue de este modo como Umair regresó a toda prisa al campo de batalla, continuando su heroica lucha, hasta caer como uno de los catorce mártires de Badr.

La contraofensiva musulmana comenzó, muy pronto, a dar los resultados esperados... Parecía que nada ni nadie podía detenerla... Las pérdidas de La Meca se multiplicaban sin cesar y, de este modo, comenzaron a vislumbrarse también los primeros rayos de una gran victoria.

Después de la batalla, todos los combatientes musulmanes no dejaban de comentar, con gran asombro, la increíble facilidad con que remataban o apresaban a sus adversarios. Parecía como si los soldados quraichitas cayeran mortalmente heridos por una mano invisible.

ABU YAH, RESISTENCIA Y FIN

Abu Yahl, comandante de las fuerzas quraichitas, no podía dar crédito a lo que veían sus asombrados ojos... ¿Cómo era posible que sus soldados, que triplicaban en número a sus adversarios, pudieran

mostrar aquellas graves fisuras en sus filas?... ¿Y cómo eran concebibles tantas bajas?... A pesar de todo, Abu Yahl no dejaba de lanzar, una y otra vez, sus terroríficos gritos: “¡Resistiremos y los derrotaremos! Jamás volveremos a La Meca, hasta llevarlos encadenados. Así sabrán las consecuencias de sus fechorías”.

Era ya demasiado tarde. Las defensas quraichitas estaban derrumbándose ante una ofensiva muy bien llevada por los musulmanes y, magistralmente dirigida por Muhammad.

Mientras tanto, dos jóvenes Ansar se acercaron a Abderrahman Ibn Auf, uno de los Muhayirun, preguntándole: “¿Quién es Abu Yahl”. –“¿Y para qué queréis saberlo?”–, replicó. –“Han sido tan innumerables los crímenes que ha cometido con nuestros hermanos de La Meca, que estamos deseando darle su merecido”. –“¡Pues mirad, ahí le tenéis!”–, les indicó Abderrahman Ibn Auf, señalando el lugar donde se encontraba Abu Yahl.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos jóvenes Ansar espadas en mano, se lanzaron con deslumbrante velocidad hacia la posición donde se encontraba Abu Yahl, dejándole mortalmente herido. La noticia de la muerte de Abu Yahl fue muy pronto conocida por todos los musulmanes, que no cesaban de aclamar la muerte del verdugo. Mientras tanto el Profeta exclamaba: “¡Murió el déspota de La Meca...!”

CONSUMACION DE LA DERROTA

Con la muerte de Abu Yahl comenzaba a fraguarse la que iba a ser una contundente derrota de los quraichitas. Aunque sus soldados buscaron la retirada de cualquier forma posible, los musulmanes dispusieron un esquema eficaz de persecución, haciendo aún más difíciles sus intentos de huida. Y consecuencia de esta tenaz presión, a lo largo de todo el frente, fue que un buen número de quraichitas per-

dieron sus vidas, y otros tantos fueron reducidos a la condición de prisioneros.

Entre el grupo de prisioneros se encontraba Umayya Ibn Jalaf. Si bien recordamos, Umayya fue uno de los peores verdugos durante la primera época de los musulmanes en La Meca. Sus persecuciones y métodos cruelmente refinados para aplicar las torturas, son de sobra conocidos. En esta ocasión, Umayya fue apresado por Abderrahman Ibn Auf. Pero el mundo es a veces muy pequeño... En aquellos precisos momentos, el abisinio Bilal había reconocido la presencia de su verdugo. Sin dudarlo, Bilal se abalanzó furiosamente contra Umayya, dispuesto a acabar allí mismo con su vida. Aunque Abderrahman luchó con todas sus fuerzas para evitar esta muerte, Bilal encolerizado, comenzó a llamar a sus compañeros, gritando: “¡Aquí está Umayya, aquí está Umayya Ibn Jalaf, el cabecilla criminal!”. De poco hubo de servir el desesperado intento de Abderrahman, que lanzó a Umayya al suelo, tratando de cubrirlo con su propio cuerpo... Las espadas de los compañeros que habían acudido a la llamada de Bilal, alcanzaron mortalmente a Umayya, no sin antes herir al propio Abderrahman.

En otro orden de cosas, podemos destacar que el Profeta había dado instrucciones a sus compañeros para que evitaran la muerte de Abu Al Bajtari, como un trato de favor a su postura bondadosa durante el bloqueo a los musulmanes en La Meca. Sin embargo, el destino quiso que Al Bajtari y otro amigo quraichita fueran asediados por un grupo de musulmanes: “El Profeta nos ha prohibido matarte”. “Sí –dijo Al Bajtari– pero... ¿que pasará con mi amigo?”. “Seguiremos combatiendo contra él”, le respondieron. “Si es así –dijo Al Bajtari– yo también estaré a su lado”. A pesar de la clara advertencia de los musulmanes, la lucha se reanudó, decidiendo que Al Bajtari y su amigo encontraran juntos la muerte, en aquel mismo día.

Estas instrucciones del Profeta, concediendo un trato de favor especial a algunos quraichitas, fueron aplicadas así mismo a los Banu Hachem, y ello por dos cruciales motivos. El primero, porque durante largos años defendieron al Profeta y a los musulmanes en La Meca, y en segundo lugar porque fueron obligados a participar en la batalla, contra su propia voluntad.

En las últimas horas de la tarde, la batalla tocaba su fin. De este modo, la derrota quraichita que no tenía precedentes, daba lugar a la primera victoria militar en la historia del Islam.

En esta gran batalla de Badr, los musulmanes perdieron a catorce de sus más queridos compañeros: ocho de ellos Ansar, y otros seis Muhayirun. El volumen de las bajas quraichitas habla por sí solo de tan tamaña derrota: setenta muertos y otros tantos prisioneros, en donde la gran mayoría de ellos eran jefes y dignatarios de La Meca.

Una vez concluída la contienda, el Profeta se aproximó hasta los muertos quraichitas, diciéndoles: "Fuísteis la peor tribu para con vuestro Profeta. Vosotros me desmentisteis, mientras los demás creyeron en mí. Vosotros me negásteis cualquier apoyo, y ellos me prestaron su ayuda. Vosotros me obligásteis al destierro y ellos me dieron refugio".

El Profeta se dirigió, poco después, hacia el lugar donde yacían los cuerpos sin vida de sus compañeros, llamando a cada uno de ellos por su nombre y los nombres de sus padres, y les habló así: "¿Estáis contentos de haber obedecido a Dios y a Su Profeta? Nosotros hemos hallado que la promesa de Dios se hizo realidad. ¿Y vosotros?...¿la habéis encontrado así también?". En aquellos emotivos momentos, Umar se acercó al Profeta, preguntándole con cierto asombro: "Oh, enviado de Dios, ¿si no son más que cuerpos sin vida!". Muhammad le respondió: "¡Por Dios, vosotros no sois capaces de escuchar mejor mis palabras que cualquiera de ellos!"

Tras unos momentos de solemne silencio, el Profeta miró con ternura el semblante entristecido de Abu Hudaifa, hijo de Utba Ibn Rabi'a, –uno de los primeros muertos quraichitas de Badr: “¡Qué grande es tu tristeza, Abu Hudaifa!”. “Oh Profeta de Dios, –dijo Hudaifa– no estoy apenado por la propia muerte de mi padre. ¡Pero había albergado tantas esperanzas de que su bondad y su sabiduría lo llevaran al camino del Islam...!. Y estoy triste porque no fue así”.

LA MECA CONOCE LA NOTICIA DE LA DERROTA

Los quraichitas que lograron escapar con vida del campo de batalla fueron a buscar refugio en algunos de los valles y colinas del camino hacia La Meca. El miedo y el terror habían sacudido sus entrañas. Pero aún así, la prueba más difícil estaba aún por llegar... ¿Cómo entrarían en La Meca?. ¿Y que podían decir de este desastre a sus familiares y amigos? ¡Cuanta deshonra y cuanto dolor! Al día siguiente, Haysuman Al Jusa'y fue el primero en decidirse a entrar en La Meca. Una vez allí, fue rodeado por algunos quraichitas, preguntándole por lo sucedido. Al Jusa'y comenzó a dar una larga lista de los muertos quraichitas. La noticia parecía tan inverosímil que nadie se atrevía a creer que pudiera haber algo de cierto en las palabras de aquel hombre... ¡Imposible concebir semejante derrota! En aquel momento, Safuan Ibn Umaya se aproximó a un joven para decirle: “Este hombre no está en sus cabales. Pregúntale por la suerte que yo he corrido. Al Haysuman respondió al joven: “Sin duda alguna, Safuan debe estar entre vosotros. Pero, en cambio, yo presencié las muertes de su padre y su hermano”... Como un auténtico reguero de pólvora, la noticia de la derrota en Badr cundió en muy pocos minutos a lo largo y ancho de toda La Meca.

A este respecto, el relato que nos cuenta Abu Rafe constituye, sin duda alguna, el más vivo y fiel reflejo de aquella dramática situación: “... Yo era un criado de Al Abbas (tío del Profeta). Y aunque los dos habíamos abrazado el Islam, lo manteníamos en secre-

to. Por eso, cuando aquel día nos llegó la gran noticia del triunfo musulmán, no podíamos contener nuestra alegría. Pero en aquellos momentos vino Abu Lahab y se sentó cerca de mí, al mismo tiempo que llegaba uno de los derrotados. "Ven y siéntate junto a nosotros —le dijo Abu Lahab—. Cuéntanos lo que ha pasado con nuestra gente". "Han matado a nuestros hombres, —dijo— como han querido. Pero la verdad es que nos hemos enfrentado también a unos jinetes vestidos de blanco, que de ningún modo pudimos resistirlos". Al no poderme contener —intervino Abu Rafe—, exclamé: "¡Por Dios, esos jinetes debieron ser los ángeles!" Al oír mis palabras, Abu Lahab, más furioso que nunca, comenzó a golpearme hasta que me derribó por el suelo. En ese instante apareció la mujer de Al Abbas, gritándole: "¡Te aprovechas de su debilidad porque su amo está ausente!". Y sin mediar más palabras, tomó un palo y le golpeó fuertemente en la cabeza. Siete días después de este incidente, Abu Lahab moría víctima de una corta pero grave enfermedad. Y con él murió también uno de los personajes que más daño hizo al Profeta.

Estos pequeños botones de muestra creemos que son, de por sí, suficientes para describirnos el ambiente de malestar y derrotismo que reinaba por aquellos días en La Meca. Y con ello podemos también explicarnos el porqué de la prohibición de llorar a los muertos, impuesta por sus jefes.

MEDINA RECIBE LA NOTICIA DE LA VICTORIA

Los musulmanes de Medina vivieron durante estos días, unos difíciles y angustiosos momentos, pensando en la suerte que podían haber corrido el Profeta y sus compañeros. Los rumores difundidos por judíos e idólatras hablaban de una descomunal derrota musulmana en Badr, en la cual había muerto también el propio Muhammad. Podemos añadir a esto que algunos judíos, que avistaron en las afueras de Medina a un musulmán montando el camello de Muhammad, llegaron a decir que esta era la prueba irrefutable

de la muerte del Profeta... Pero, esta ansiedad de los musulmanes iba a desaparecer muy pronto. En efecto, el Profeta había enviado a Zaid Ibn Hariza y Abdulah Ibn Rawaha para que llevaran, cuanto antes, a Medina la noticia de la victoria musulmana. Los dos jinetes, que habían tomado diferentes rutas, llegaron casi a un mismo tiempo a la ciudad, en donde fueron inmediatamente rodeados por la multitud que escuchaba entusiasmada la gran noticia. En pocos momentos, toda Medina estallaba con la incontenible alegría de los musulmanes... Hombres, mujeres y niños elevaban emocionados continuas alabanzas a Dios, y muchos comenzaron sus preparativos para recibir al Profeta. Otros, más impacientes, montaron en sus caballos para salir al encuentro de sus héroes...

Esta alegría de los musulmanes por la victoria se vio ensombrecida, sin embargo, con un suceso especialmente doloroso. Aquella mañana había muerto Ruqaya, la hija del Profeta, y su entierro constituyó la nota triste del glorioso acontecimiento.

En cuanto a los judíos, podemos decir que su reacción al conocer esta noticia fue muy distinta. Guardando un silencio muy significativo, se retiraron a sus casas, no sin antes comentar sus dudas sobre la veracidad de aquella historia.

Volviendo con la expedición musulmana y antes de que esta emprendiera el camino de regreso a Medina, los musulmanes tenían aún una cuestión por resolver: ¿Qué pasaría ahora con los bienes confiscados a los quraichitas en el campo de batalla? La disparidad de criterios que fueron planteados para solventar este tema eran consecuencia de la carencia de una legislación coránica en este sentido. De este modo, el Profeta optó por no tomar ninguna decisión en aquel momento. Al día siguiente fue revelado el siguiente versículo coránico exponiendo las normas precisas para resolver esta nueva situación:

«Te preguntan acerca de la distribución de los trofeos de guerra. Di: "Ello pertenece a Dios y al enviado..."»

El Sagrado Corán (8:1)

Con estas directrices, Muhammad dispuso la distribución justa y equitativa de aquellos bienes entre los combatientes musulmanes, reservando la quinta parte de los mismos para que fueran utilizados de acuerdo con su propio criterio.

Después de permanecer tres días en Badr, la expedición musulmana regresó a Medina, haciendo su triunfal entrada en la ciudad, encabezada por el propio Profeta.

Entre las consecuencias de esta victoria, podemos destacar que la mayoría de los idólatras que aún quedaban en Medina, entre ellos el mismo Abdulah Ibn Ubay, presentaron en los días sucesivos al Profeta —aunque fuera aparentemente— su testimonio de fe, abrazando el Islam.

En otro orden de cosas, aún quedaba por resolver la situación de los prisioneros de Badr: ¿Qué medidas se iban a tomar al respecto? En este caso, la legislación coránica dejaba la puerta abierta a dos alternativas:

«...y cuando los bayáis sometido, entonces hacedlos prisioneros. Luego devolvedles la libertad como acto de gracia o mediante rescate...»

El Sagrado Corán (47:4)

O sea, la puesta en libertad, o bien la exigencia de un rescate. Sin embargo, el Profeta adoptó una nueva solución, en la misma línea de la segunda alternativa, para aquellos prisioneros cuyos

familiares no disponían de medios para pagar el rescate: A cambio de su libertad, cada uno de ellos enseñaría a leer y escribir a diez niños musulmanes.

Durante los días de cautiverio, Muhammad cuidó de modo muy especial que todos los prisioneros recibieran un buen trato humano, tanto en la alimentación como en la vestimenta o lugares de dormir. Entre los primeros beneficiados del perdón que Muhammad concedió, podemos citar a Al Muttaleb Ibn Hanatab, Sayfi Ibn Abu Rufa'a y Abu A'za Al Yumahi. Este fue, sin duda alguna, un factor muy decisivo para que muchos de ellos abrazaran el Islam, quedándose a vivir definitivamente en Medina.

En cuanto al yerno del Profeta, Abu Al A'as, éste pudo conseguir su libertad gracias a la intervención de su esposa Zainab, la hija de Muhammad, que al tener conocimiento acerca del cautiverio de su marido, envió rápidamente y desde la Meca el rescate señalado.

En aquel rescate, sin embargo, se encontraba un medallón de oro que se lo había regalado su madre, la inolvidable Jadiya, con ocasión de su boda. El Profeta, al contemplar este medallón, se quedó muy emocionado, pues le trajo el recuerdo de su amada y malograda esposa. Fue entonces cuando pidió a sus compañeros el permiso de poner en libertad a Abu Al A'as, al tiempo que le devolvía así mismo aquel medallón.

Pocas semanas después y con la liberación posterior de los últimos prisioneros, como una medida más de gracia, el Profeta quiso ofrecer otra gran lección acerca del Islam y de la esencia tan humanitaria de su mensaje, para toda la Península Arábiga.

Por último, recordemos que la alegría de los musulmanes por esta victoria se vio completada con la institución de la primera fiesta en el Islam: La fiesta de l'id Al Fitr, que se celebra en el primer día de Chawal, una vez concluido el ayuno durante el mes de Ramadán.

De igual modo y en aquellos días, se estableció el pago de Zakat al Fitr, cuyo fin social no es otro que el de ser distribuido integralmente entre los pobres antes del día de la citada fiesta. De este modo, los estratos sociales menos afortunados podrán afrontar los gastos extraordinarios que toda fiesta conlleva.

CAPÍTULO XIV

ENTRE BADR Y UHOD

Como ya vimos anteriormente, las noticias del desastre de Badr fueron recibidas en La Meca, además de con profunda consternación, con una mezcla de incredulidad y amarga sorpresa. Si en un primer momento, los quraichitas dudaron en llevar a cabo alguna acción efectiva, su desbordado odio los impulsaba ahora a urdir las más viles maquinaciones contra Muhammad y sus compañeros. Nada para ellos era tan urgente como vengar la muerte de sus caídos.

De este modo, y apenas transcurridas tres semanas desde Badr, nos encontramos con Umair Ibn Wahab —uno de los más acérrimos enemigos de los musulmanes en la Meca— cuyo odio hacia Muhammad se veía ahora muy acrecentado tras la captura de su hijo, Wahab, durante la reciente batalla.

Así fue que, cierto día, Umair se reunió con Safuan Ibn Umayya, quien a su vez había perdido a su padre y a su propio hermano en Badr.

En el Hiyr, dentro del recinto sagrado de la Ka'ba, ambos mantuvieron la siguiente y singular conversación:

– Safuan: “Ciertamente ¿Qué clase de placer nos queda en esta vida, después de lo ocurrido y con la pérdida de nuestros seres más queridos?”

– Umair: “Con toda certeza, no has dicho sino la pura verdad. Y, si no fuera por las deudas que me abrumen y por los hijos tan pequeños que tengo, me hubiera puesto ahora mismo en marcha, con el único propósito de llegar, cuanto antes, a Medina y acabar allí mismo con la vida de Muhammad. No olvides que cuento con un argumento de peso para poder entrar allí... Mi hijo se encuentra preso en sus manos.”

– Safuan: “Si estás decidido, cuenta con mi ayuda. Pierde cuidado, pues en este caso estoy dispuesto a pagar todas tus deudas... Y, en cuanto a tus hijos, te prometo que jamás les faltará nada, pues vendrán a vivir con los míos.”

– Umair: “¡Cuan noble es tu postura! Tan sólo te pido ahora que guardes en secreto cuanto hemos hablado...”

Muy pocas horas después, Umair partía sigilosamente de la Meca montando su veloz yegua. Su espada, bien guardada, llevaba en su filo un veneno mortal. La rapidez de su marcha le permitió alcanzar la ciudad de Medina al día siguiente.

Pero, y una vez en Medina, Umar Ibn Al Jattab se dio cuenta de la sospechosa presencia del quraichita Umair y, por ello, se apresuró a informar al Profeta quien, acto seguido, dio sus instrucciones para que se le concediera a Umair el permiso de comparecer ante su presencia.

Poco tiempo después, Umair entró y saludó a los asistentes diciendo: “Buenos días”.

Muhammad le respondió sonriendo: "Has de saber que Dios nos enseñó un saludo mucho más bonito y digno. Es el saludo de paz..." A continuación le preguntó: "¡Oh Umair! ¿Qué es lo que te hizo venir hasta aquí?"

– Umair: "Pues he venido por el prisionero, a quien espero que le hayáis tratado bien."

– Muhammad: "Y ¿qué me cuentas de la espada que llevas guardada?"

– Umair: "¡Malditas espadas! ¿Acaso nos han servido de algo?"

– Muhammad: "Dime la verdad, ¿a qué has venido en realidad?"

Umair: "Ya lo he explicado... No tengo otro propósito que el de rescatar a mi hijo".

– Muhammad: "¡No es así! Más bien, te has reunido en el Hiyr con Safuan Ibn Umayya, en donde habéis recordado vuestras pérdidas. Además, cuando le hablaste de tus deudas y tus hijos y que eran el único obstáculo para que puedas partir de la Meca y matar a Muhammad, Safuan te prometió encargarse de pagar tus deudas y de cuidar a tus pequeños... Pero, será Dios quien te impida matarme..."

Las palabras del Profeta, sencillas, firmes pero llenas de serenidad y ternura, eran irresistibles; y, Umair –en pocos segundos– se rindió ante la evidencia:

– "Doy mi testimonio de que eres el Enviado de Dios... ¡Oh Enviado de Dios! Siempre he desmentido lo que nos transmitías acerca de la revelación celestial; pero es que nadie sabía nada sobre mi reunión y conversación con Safuan... Nadie que no fuera Dios

podría habértelo desvelado... En estos momentos, doy las gracias a Dios por haberme concedido la guía hacia el sendero del Islam!”.

El Profeta, visiblemente emocionado, dirigió estas palabras a sus compañeros: “Enseñadle el Islam y la recitación del Corán a vuestro nuevo hermano. Asimismo, poned a su hijo en libertad...”

Días mas tarde, Umair regresaba a la Meca acompañado por su hijo, y allí comenzaba su propia lucha por difundir la doctrina del Islam... Su éxito sería tan notable que, en pocos meses, muchos habitantes de la Meca abrazaban esta fe, con devoción, sinceridad y entusiasmo...

Volviendo al escenario de los acontecimientos en Medina, y aunque la mayor parte de la población había acogido favorablemente la victoria musulmana, los irritados judíos no compartían, sin embargo, tan popular éxito. Temerosos de la creciente influencia de Muhammad, tampoco acertaban a comprender cómo, en menos de dos años, un emigrado de La Meca había logrado granjearse el afecto y el respeto de toda la población, convirtiéndose así en su primera autoridad. La hostilidad judía no era nada reciente. Efectivamente, ya antes de Badr habían venido protagonizando toda suerte de provocaciones. Y ello hasta el punto que, de no haber sido por los acuerdos pactados en el convenio de Medina, muy probablemente habrían desencadenado una guerra abierta contra los seguidores de Muhammad. Por otra parte, cabe reseñar que algunas pequeñas facciones marginales, incapaces de aceptar o regirse por algo que no fueran sus libertinas costumbres, no tardaron en divulgar una insidiosa campaña, bien repleta de las más pérfidas calumnias, destinadas a socavar el prestigio y la honradez de toda la población musulmana.

En este estado de cosas, el campo de la subversión en Medina se manifestaba abiertamente con toda suerte de provocaciones y enfrentamientos, que de uno u otro modo, venían a denotar un

carácter más político que religioso. Con otras palabras, además del propio contenido del mensaje de Muhammad, se combatía su arrolladora influencia y su cada vez más ascendente poder político. Tras estas ocultas conspiraciones se buscaba, afanosamente, el modo más efectivo de eliminarlo, cualquiera que fuese el medio. No obstante, estos siniestros planes iban a ser conocidos por el propio Muhammad, informado en todo momento de cuanto ocurría en la ciudad.

La impresión global de esta tensa situación nos lleva a perfilar una población —la de Medina— fundamentalmente escindida en dos bandos, judíos y musulmanes, entre sí enfrentados y dominados por un recelo y animosidad crecientes, a la espera del momento inminente de una confrontación real.

Es de notar, asimismo, que si en un principio los musulmanes se sintieron un tanto inermes ante la posibilidad de un inesperado ataque por parte de sus rivales quraichitas, en cambio ahora y tras la espectacular victoria en Badr, con una moral elevada al máximo, los musulmanes no dudarían en dar la réplica adecuada a los agitadores en la ciudad de Medina.

TEMORES Y AGRESIONES DE LOS JUDIOS

Los judíos se sentían verdaderamente sobrecogidos por el desarrollo de los últimos acontecimientos. Pero aún así, y a pesar de los consejos de algunos de sus rabinos y advertencias de los musulmanes, tampoco abandonaron su reiterada hostilidad. Más bien, prefirieron dirigir sus provocaciones contra los más débiles, es decir, las mujeres y los niños, incapaces de cualquier clase de defensa efectiva. Como botón de muestra, sirvanos de ejemplo la grave provocación de la que fue objeto una mujer musulmana, que procedente del desierto, había venido hasta el mercado de la ciudad, buscando algún artesano que pudiera remodelarle unas joyas recibidas de sus

antepasados, y muy queridas para ella. Digamos también que este mercado, en donde trabajaba gran número de onfebres, estaba instalado en el conocido y prestigioso barrio judío de los Banu Qainuqa'. La mujer musulmana acabó deteniéndose, finalmente, ante una tienda de propietarios judíos. Apenas había intercambiado algunas palabras, cuando uno de ellos, le ordenó con socarrona ironía, que se desprendiera del velo que llevaba puesto. Tras la lógica negativa de la mujer musulmana, los judíos una vez más volvieron a insistir en sus propósitos, pero en esta ocasión con una cierta actitud amenazante. Uno de los más audaces encontró, entretanto, el medio de colocarse a espaldas de la mujer, sujetando el borde de su vestido, de tal modo que cuando ella intentó incorporarse, una parte de su cuerpo quedó al descubierto. Atraído por los gritos desesperados de la mujer, un musulmán que transitaba ocasionalmente por aquel lugar, se enfrentó decidido al grupo de provocadores, reprimiéndoles su vill conducta. Muy lejos de sentirse disuadidos, los judíos rodearon al espontáneo y valiente defensor estrechándolo en un cerco cada vez más reducido, donde finalmente fue alcanzado de muerte por el acero de las armas asesinas.

Este nuevo y sangriento episodio, vino a exacerbar aún más la tensión existente entre las poblaciones musulmana y judía. Saliendo al paso de esta delicada situación, Muhammad se dirigió a los líderes judíos, llamándolos a que respetaran el convenio de paz y buena vecindad suscrito por ambos, advirtiéndoles que en el caso de no cesar en sus provocaciones, acabarían por sufrir también la misma suerte que habían corrido los quraichitas.

Los judíos, haciendo caso omiso a esta seria advertencia del Profeta, le respondieron con toda arrogancia, buscando el modo de ridiculizarlo: "¡Oh Muhammad!, hasta ahora sólo has luchado contra gente inexperta, pero si nos decidimos a levantar nuestras armas pronto sabrás que somos los mejores!"

Frente a este último reto, descaradamente desafiante, los musulmanes no disponían ya de otra alternativa que no fuera el inevitable enfrentamiento.

EL ASEDIO A LOS BANU QAINUQA

15 DE CHAUAL 2.º AÑO DE LA HEGIRA (9 ABRIL 624)

Por espacio de quince días consecutivos, los judíos de Banu Qainuqa' fueron sometidos al asedio musulmán, impidiéndoles así cualquier movimiento fuera de los límites de sus propios barrios. Exhaustos y debilitados, no tuvieron finalmente otra alternativa que la de rendirse. Después de deliberar previamente con los principales jefes musulmanes, Muhammad decidió que los Banu Qainuqa' abandonaran Medina. En esta salida podrían acompañarlos sus mujeres y sus hijos, con la sola condición de que entregaran antes sus propias armas.

Una vez fuera de Medina, los Banu Qainuqa' se encaminaron hacia Wadi Al Qura, en donde vivieron algún tiempo, continuando después su marcha en dirección norte, hasta alcanzar Adri'at (actualmente en Jordania), lugar finalmente elegido por la mayoría para instalarse definitivamente.

La expulsión de los Banu Qainuqa' debilitó considerablemente la influencia del poder judío en la ciudad de Medina, ya que un elevado número de ellos, que se consideraban medinenses, vivían en Jaibar y en Wadi Al-Qura, localidades considerablemente apartadas de la propia Medina. Esta decisión política de Muhammad y su verdadero alcance nos revelan con toda claridad las destacadas facultades previsoras del Profeta, por las importantes consecuencias que este episodio iba a tener de cara al futuro.

EL INCIDENTE DE AL-SAWIQ

Con la expulsión de los Banu Qainuqa', la población de Medina recobró el gesto de una ciudad tranquila y pacífica. Mientras tanto, en La Meca, apenas habían transcurrido dos meses del doloroso recuerdo de Badr cuando Abu Sufian trató de dar un golpe de efecto para recuperar el prestigio de los quraichitas. Abu Sufian buscaba, ante todo, impresionar de un modo favorable a todos los árabes de la Península, haciéndoles creer que los quraichitas eran todavía lo suficientemente capaces y fuertes como para dar una réplica adecuada a Muhammad y sus compañeros. Para llevar a cabo sus propósitos, Abu Sufian decidió emprender una acción militar contra los musulmanes... A toda prisa y con el mayor de los sigilos, fueron reclutados unos doscientos hombres de la Meca, que el propio Abu Sufian se encargaría de conducir hacia Medina. Ya en sus proximidades y al amparo de la noche, esta formación atacó por sorpresa al pequeño poblado de Al-Uraid, causando allí la muerte de dos musulmanes. Tras destruir sus viviendas y alguna de las plantaciones más cercanas, los quraichitas se dieron apresuradamente a la fuga temiendo ser alcanzados por los hombres del Profeta. Para aligerar aún más la huída, los hombres de la Meca no dudaron en desprenderse de las provisiones que llevaban consigo. La noticia de esta incursión fue conocida, muy pronto, por Muhammad, disponiendo inmediatamente la formación de una patrulla para salir al encuentro de los agresores. A pesar del minucioso rastreo realizado por este grupo de musulmanes, que alcanzó las proximidades de Qarqarat al Kudr, los quraichitas lograron escapar finalmente hasta la Meca.

En el camino de regreso, la patrulla musulmana pudo recoger los sacos de "sawiq" –una variedad de cereales cocidos que daría nombre a este incidente– que Abu Sufian y sus secuaces habían abandonado en su desesperada huída. De este modo la intentona de Abu Sufian, a todas luces frustrada, y bien lejos de recuperar el

prestigio perdido fue una deshonra, si cabe aún mayor, que venía a oscurecer el horizonte de sus ambiciosos proyectos.

AMENAZA A LA RUTA COSTERA

La noticia del reciente golpe fallido de Abu Sufian se difundió con toda rapidez entre las tribus árabes. Entre éstas, las tribus más distantes procuraban ahora evitar el enfrentamiento con los musulmanes, en tanto que las más cercanas se mostraban muy preocupadas por el fortalecimiento de Muhammad en la zona. Esta preocupación era con todo lógica, ya que el comercio global de la región tenía, necesariamente, que pasar por el único camino transitable hacia el Norte, es decir, el de la ruta costera de Palestina y Siria. Hay que destacar también que, durante este tiempo Muhammad había logrado importantes alianzas con las tribus más próximas a Medina, y con ello el dominio de esta ruta, tan especialmente vital para el comercio de la Península. Con esta nueva circunstancia se planteaba, para estas tribus, el espinoso problema de encontrar nuevas rutas, ya que de otra manera, no podrían subsistir en sus secas y áridas tierras.

Esta situación tan real como angustiosa, suscitó entre los jefes de las tribus la tentación de lanzar un ataque por sorpresa a Medina. Sin embargo, sus cobardes planes bélicos fueron detectados a tiempo por Muhammad, quien con inusitada rapidez reunió un considerable contingente de hombres para salirles al encuentro en el valle de Qarqarat Al-Kudr, tratando de evitar así una peligrosa aproximación a Medina. No obstante, los musulmanes lograron tan solo encontrar las huellas de los camellos de esta expedición enemiga.

Dadas las circunstancias, Muhammad quiso eludir cualquier riesgo innecesario. Para ello, ordenó que un equipo de exploradores se internara en la parte superior del valle. En la espera del regreso de sus hombres, Muhammad tuvo oportunidad de conocer a un joven

pastor llamado Yasar, quien le informó del paso del contingente enemigo por el tramo superior del valle, precisamente por el lugar donde él había sospechado. Acto seguido, el Profeta encabezaba la formación musulmana hacia el punto señalado.

Al avistar la presencia del ejército musulmán, el reducido grupo de guerreros enemigos que custodiaban los camellos, se dió a la desbandada. De este modo y sin ningún tipo de enfrentamiento, los musulmanes consiguieron confiscar no menos de quinientos camellos.

Poco tiempo después, las tribus de Za'labah y Muharib decidieron reagruparse en las inmediaciones de Du-Amarra, con el deliberado propósito de atacar por sorpresa a los musulmanes. Tan pronto como tuvo noticia de este nuevo movimiento, Muhammad envió una expedición de cuatrocientos hombres que, una vez más habrían de encontrarse sin oponente real. Sin embargo, una nueva amenaza —esta vez a cargo de los Banú Sulaim de Bahran— iba a poner en peligro la ciudad de Medina. En esta ocasión y con sólo unos trescientos hombres, Muhammad salió a su encuentro. A una cierta distancia, aproximadamente la que media de una día de marcha desde Bahran, el Profeta se encontró con un hombre de los Banú Sulaim, quien le informó de la retirada de la expedición de su tribu al percatarse de la presencia del ejército musulmán. De acuerdo con el resultado de estos últimos incidentes, podemos afirmar que el respeto de la mayoría de las tribus hacia los musulmanes, en toda la zona, era algo más que evidente.

LA RUTA DE IRAK A SIRIA

Retomando el curso de los acontecimientos que han venido sucediéndose en La Meca, a partir del bloqueo impuesto por los musulmanes a la ruta comercial costera, los quraichitas se sentían angustiados buscando el modo de resolver esta amenazante situa-

ción. Querían evitar, ante todo, nuevos fracasos en sus enfrentamientos con Muhammad, así como el derrumbe total de sus ya mermaidas actividades económicas, amén de la cada vez más reducida influencia que venían padeciendo en su relación con las restantes tribus árabes. En un intento de salir al paso de esta caótica situación, Safwan Ibn Umayya -hombre destacado de La Meca- decidió reunirse con otros líderes para estudiar una solución con respecto al problema de la ruta comercial. En esta reunión, Al Aswad Ibn Abd Al Muttaleb sugirió, a los presentes, la alternativa de la ruta de Irak, proponiéndoles además a Furat Ibn Haiyan como guía explorador de la caravana.

Así fue, como en pocos días se preparó la primera caravana quraichita que iba a tomar la ruta de Irak.

Aunque esta caravana salió de La Meca con discreción bajo las órdenes de Safwan Ibn Umayya, la noticia de la nueva ruta fue conocida muy pronto en Medina. El Profeta organizó entonces la formación de una expedición integrada por unos cien jinetes, dispuestos a interceptar el paso de los quraichitas. El encuentro de la formación musulmana -al mando de Zaid Ibn Hariza- con la caravana quraichita tuvo lugar en las inmediaciones de Al-Qardah. En esta ocasión no se produjo ningún enfrentamiento entre ambos bandos, ya que los quraichitas decidieron abandonar a toda prisa la caravana, dejando atrás cuanto llevaban consigo. Esta ganancia fue llevada a Medina para ser distribuida entre los musulmanes, de acuerdo con las normas de la legislación islámica.

La especial trascendencia de estos últimos sucesos nos permite que a estas alturas, podamos interrogarnos acerca de si Muhammad pudo suponer en algún momento que, merced a estos últimos éxitos, podía vivir realmente confiado, ignorando así el peligro que representaban sus contrincantes de La Meca, remitiendo en cuenta su incommovible fe en la providencia divina que sería suficiente para

LOS QURAICHITAS EMPRENDEN LA MARCHA CONTRA MEDINA

Antes de emprender la marcha, eran los últimos días de Ramadán 3.^{er} año de la Hégira, 2.^a semana de marzo del 625, los quraichitas dispusieron sus últimos preparativos para el inminente enfrentamiento con los musulmanes. En medio del clamor popular más exaltado, un poderoso ejército compuesto por tres divisiones—unos tres mil hombres— inició su desfile en dirección a Medina. Este ejército, equipado con abundante armamento, unos doscientos jinetes y tres mil camellos, contaba además con setecientos escudos y armaduras.

Animadas por este ambiente de revancha, y pese a la resistencia de los principales de la Meca, un grupo de quince mujeres quraichitas decidió acompañar al ejército, con la intención de alentarlo con su presencia, y ser testigos de la anhelada venganza ante los propios musulmanes.

Mientras tanto, Al Abbas Ibn Abel Al Muttaleb, tío del Profeta, observaba atentamente estos movimientos, estudiando los pormenores de la expedición quraichita. Sin pérdida de tiempo, Al Abbas envió un emisario, de la tribu Guifar, para informar urgentemente a su sobrino del numeroso contingente quraichita que, imparable, avanzaba hacia Medina.

Volviendo con el ejército quraichita, y a su paso por Al-Abua', lugar donde yacía enterrada Almina, la madre del Profeta, algunos soldados poseídos por las más aviesas intenciones, propusieron excavar la tumba para profanar sus restos. Pero la rápida intervención de los jefes que comandaban la expedición, pudo evitar que en esta ocasión se llevara a cabo tal atropello, temiendo que los musulmanes de Medina pudieran ejercer, a su vez, parecidas represalias con los suyos. Tras este lamentable incidente, los quraichitas prosiguieron su marcha hasta alcanzar la localidad de Al-Aqiq.

donde decidieron acampar al pie del monte Uhod, próximo a tan sólo cinco millas de Medina.

EL MENSAJE DE AL ABBAS AL PROFETA

Cuando el emisario de Al Abbas llegó a Medina, fue informado allí de la salida del Profeta en dirección a Quba'. De este modo, continuó su viaje hasta esta localidad, donde encontró a Muhammad en la mezquita, haciéndole entrega del mensaje de su tío. Una vez conocido el contenido del mensaje, que fue leído por Ubay Ibn Ka'b, Muhammad le pidió a éste último que guardara el más riguroso secreto acerca del mismo.

Ya de regreso en Medina, el Profeta se dirigió a la casa de Sa'd Ibn Al Rabi', informándole de esta grave situación. Después de estudiar con Sa'd varias alternativas, Muhammad le pidió que mantuviera también la más absoluta discreción. Sin embargo, el secreto fue divulgado poco más tarde por la propia esposa de Sa'd que, atenta, había escuchado la conversación de los dos hombres. Tratando de anticiparse a los acontecimientos, Muhammad encargó a los dos hijos de Fadala, Anás y Mu'nis, que salieran para observar el avance del ejército quraichita. Los dos jóvenes no tardaron en comprobar la peligrosa aproximación del enemigo a Medina, cuyo ganado se encontraba pastando tranquilamente en las plantaciones más cercanas a la ciudad. Pocas horas más tarde, Salama Ibn Abu Salamah informaba del avance de la caballería quraichita, esta vez más próxima a Medina. Sin pérdida de tiempo, Muhammad se reunió con sus hombres de confianza, previniéndoles del inminente peligro, al mismo tiempo que disponía la colocación de grupos especiales de guardia en los enclaves más estratégicos de la ciudad.

Al día siguiente, el Profeta convocó muy de mañana a toda la población de Medina con el propósito de realizar una consulta

pública sobre esta situación, y decidir los medios disponibles para contener eficazmente el ataque del enemigo quraichita.

OPINIONES SOBRE LA DEFENSA DE MEDINA

En su alocución, el Profeta sugirió la imperiosa necesidad de que los musulmanes se concentraran en la ciudad para fortalecer sus posiciones y mantener alejados a los quraichitas. En el supuesto de que el enemigo se decidiera a atacar, los musulmanes mantendrían una posición defensiva y, conociendo su propio terreno, estarían en mejores condiciones para rechazar al enemigo. Abdulah Ibn Ubay se mostró de acuerdo con el Profeta y añadió: "Oh Profeta de Dios, hemos combatido siempre a nuestros enemigos dentro de la ciudad, poniendo a salvo a nuestras mujeres y niños en las azoteas de las casas. Así, cuando el enemigo avanzaba, nuestras mujeres y nuestros niños les arrojaban piedras, mientras nos enfrentábamos a ellos en las calles con nuestras armas. De esta manera, nuestra ciudad jamás fue violada".

Al escuchar las palabras de Abdulah Ibn Ubay, los más destacados compañeros del Profeta se pronunciaron a favor de este planteamiento. Sin embargo, los más jóvenes, que no habían participado en Badr, y otros que estaban convencidos de que el poder musulmán era invencible, se mostraron partidarios de enfrentarse al enemigo en campo abierto, como demostración de su valentía y arrojo. Uno de ellos dijo: "No podría soportar la idea de ver como los quraichitas regresan a La Meca diciendo que consiguieron bloquear a Muhammad y sus compañeros en sus propias casas, pues semejante comentario incitaría a los quraichitas a cometer nuevas agresiones".

La mayoría de los que intervinieron en aquel debate exaltaron el valor y el martirio, conmoviendo a los musulmanes allí presentes, profundamente entusiasmados con la sola idea de luchar por la

causa de Dios. Todas las miradas estaban puestas ahora en Muhammad, con los corazones henchidos de fe en Dios y plenamente confiados en la victoria sobre sus agresores. Ninguna otra idea podría desviarlos de su firme resolución de salir al encuentro de los qurai-chitas fuera de Medina. Muhammad no se mostró muy de acuerdo con este parecer, intuyendo tal vez lo peor. Sin embargo, y respetando la mayoría del acuerdo, aceptó finalmente una decisión que él mismo nunca habría adoptado. En efecto, las consultas y decisiones de la mayoría, fueron siempre su modo de actuar y único sistema de gobierno.

DISCIPLINA Y CONSULTA MUTUA

6 DE CHAUAL DEL 3.^{ER} AÑO DE LA HEGIRA
(21 DE MARZO DEL 625)

El Profeta dirigió la oración colectiva de aquel viernes, exhortando a la comunidad sobre dos aspectos fundamentales de cara al inminente combate: una firme paciencia, además de la cuidadosa preparación militar... Terminada la oración, Muhammad regresó a su casa acompañado por Abu Bakr y Umar, que le ayudaron a colocarse la malla protectora. Mientras tanto, un numeroso grupo de musulmanes esperaba afuera exponiendo, cada uno, sus propias razones acerca de la decisión tomada. Usaid Ibn Hudair y Sa'd Ibn Mu'az, que habían defendido la opinión de permanecer en Medina, tomaron entonces la palabra para decir a sus compañeros: "Vuestro acuerdo ha hecho cambiar al Profeta de opinión, en contra de su propia voluntad. ¿No creéis que deberíamos seguir todos su guía, obedeciéndole?". En aquellos momentos, un sentimiento de culpabilidad invadió a la mayoría de los presentes, arrepintiéndose de haber tomado el acuerdo de luchar fuera de Medina. Cuando Muhammad salió de su casa, vestido ya con el atuendo de combate, todos se aproximaron hasta él para expresarle que no había sido su intención contradecirle, y que estaban dispuestos a aceptar su criterio, cualesquiera que fueran las condiciones del mismo. Muhammad

les contestó: "Antes os aconsejé una alternativa que habéis rechazado. Pero un Profeta no puede abandonar su armadura una vez puesta, hasta que Dios dicte sentencia entre él y sus enemigos... Obedecedme de ahora en adelante y la victoria será vuestra si hacéis acopio de firme paciencia". Tras estas últimas palabras, el Profeta dispuso la formación del ejército, compuesto por tres batallones:

— El batallón de los Muhayirun: cuyo estandarte fue entregado a Mus'ab Ibn Umair.

— El batallón de los Aus (Ansar), cuyo estandarte fue portado por Usaid Ibn Hudair.

— Y el batallón de los Jazray (Ansar), portando su estandarte Al Hubab Ibn Al Munzer.

De este modo, más de mil hombres, entre ellos ciento cincuenta jinetes fueron congregados para el duro encuentro que habrían de librar contra los quraichitas.

LA MARCHA DE LOS MUSULMANES

Una vez finalizados los preparativos, Muhammad se dirigió hacia Uhod encabezando la marcha de la expedición. La primera parada del ejército musulmán tuvo lugar en la localidad de Al-Chaiján, encontrándose allí con una formación militar bien armada de judíos que había salido de Medina para apoyar a los musulmanes. Sin embargo, el Profeta declinó la aceptación de esta ayuda, explicando que aquellos judíos no habían abrazado aún la fe del Islam. En otro orden de cosas, los hombres de Abdulah Ibn Ubay, que formaban parte del ejército musulmán, comenzaron a murmurar que Muhammad había ofendido gravemente a su jefe al no optar por su opinión de permanecer en Medina. En la madrugada del día siguiente, los

musulmanes avanzaron en dirección hacia las posiciones enemigas. Pero, una vez que fueron avistadas las tropas quraichitas, Ibn Ubay decidió aprovechar este momento para sembrar la discordia y el derrotismo entre los musulmanes, además de anunciar el regreso a Medina con más de trescientos de sus propios seguidores, alegando: "No sé para qué nos arrojamos al suicidio, cuando Muhammad no ha querido escucharnos". Incluso, otras dos tribus manifestaron sus dudas y comenzaron sus propios preparativos para retirarse, pero sus respectivos jefes pudieron convencerles a tiempo y controlar rápidamente este amago de desobediencia, superando con éxito esta inesperada situación. De este modo, los creyentes que permanecieron fieles al Profeta no sumaban ya más de setecientos hombres. Y con este reducido número, los musulmanes debían enfrentarse a los tres mil soldados con que contaban los quraichitas.

ORDENANDO LA FORMACION PARA EL COMBATE.

Era aún muy de mañana cuando las fuerzas musulmanas alcanzaron Uhud. Una vez en el valle, Muhammad dispuso la formación de sus compañeros en filas, situando a cincuenta arqueros en el flanco de la montaña, en previsión de que el enemigo pudiera sorprenderlos por la retaguardia. El Profeta encargó también a los arqueros que protegieran este sector sin descuidarlo ni un sólo momento, ordenándoles que no abandonaran sus puestos bajo ningún pretexto aunque los musulmanes entraran victoriosamente en el campo enemigo o cayeran allí mismo en sus manos. En el caso de que se produjera una carga de la caballería quraichita, los arqueros se encargarían de repelerla con sus flechas. Muhammad ordenó, además, que nadie iniciara el combate hasta que él mismo diera la señal. Sólo los arqueros podían responder al enemigo sin orden previa, y ello en el caso de que éste atacara por sorpresa, evitando así una peligrosa aproximación hacia la formación musulmana.

Siguiendo las consignas de Abu Sufian, jefe supremo del ejército de la Meca, los quraichitas dispusieron también la formación de sus fuerzas en filas, situando a cien jinetes en cada ala. El ala derecha bajo el mando de Jaled Ibn Al-Walid y la izquierda dirigida por Ikrimah Ibn Abu Yahl. En aquellos momentos previos al combate, las mujeres quraichitas corrían de un lado para otro entre las líneas de los soldados haciendo sonar sus tambores, al mismo tiempo que encabezadas por Hind, hija de Utbah y mujer de Abu Sufian, cantaban:

*«Adelante, ¡Hijos de Abd Al-Dár!
Adelante, ¡Guardianes de la tierra!
¡Exterminad a vuestros enemigos!
¡Avanzad y os abrazaremos!
¡Avanzad sin deteneros
y las alfombras a vuestro paso extenderemos!
¡Retroceded y os odiaremos!
¡Retroceded y nunca más os miraremos!»*

ABU DUYANAH Y SU PAÑUELO DE LA MUERTE

Después de estas últimas medidas, ambos contendientes avanzaron sus respectivas alineaciones para entrar en combate, al mismo tiempo que los jefes no cesaban de infundir ánimos a sus hombres: Los quraichitas recordando a sus caídos en Badr, clamando una pronta venganza, mientras que los musulmanes entonaban alabanzas recordando a Dios y la promesa de Su victoria. En estos momentos de gran devoción, Muhammad levantó su espada invitando a sus compañeros a tomarla, siempre que alguno fuera capaz de hacerlo dignamente. Este gesto del Profeta significaba que aquel que estuviera dispuesto a hacerlo debería demostrar el mayor arrojo y valentía en el combate. Finalmente, Abu Duyana se dirigió al Profeta preguntándole: “¿Y cuál es tu consigna, oh enviado de Dios?”. El Profeta respondió: “Que no dejes de golpear con ella al

enemigo hasta que se rompa". Abu Duyana era un hombre valiente que solía llevar una cinta de color rojo cuando, en ocasiones como esta, quería manifestar su compromiso de luchar hasta la muerte. Con la espada del Profeta entre sus manos, Abu Duyana comenzó a bailar entre dos filas de soldados, como era su costumbre antes de entrar en combate. Ante este gesto de jactancia, el Profeta comentó: "Esto no sería del agrado de Dios si no fuera en el combate".

LOS COMIENZOS DE LA BATALLA

SABADO, 7 DE CHAUAL 3.^{ER}

AÑO DE LA HEGIRA (22 DE MARZO 625).

Retrocediendo con nuestro lector en el tiempo, unos meses antes de esta batalla de Uhod, podemos señalar que uno de los jefes de la tribu Al Aus –Abu Amer Ibn Saifi–, resentido por la creciente influencia del Islam en Medina, se había desplazado a La Meca con el propósito de unirse a los quraichitas en contra de Muhammad. Ibn Saifi llegó con el ejército quraichita hasta Uhod, acompañado por un grupo de quince hombres además de varios esclavos, afirmando arrogantemente que él podía conseguir que sus familiares abandonaran las filas musulmanas, convenciéndolos para que lucharan junto a él en el bando quraichita. Momentos antes del inicio del combate, Ibn Saifi intentó materializar sus presuntuosas intenciones llamando a sus familiares en el bando musulmán a la rebeldía. No obstante y como única respuesta, Ibn Saifi recibió el desprecio más rotundo de ellos por esta tan vil conducta. Humillado por esta inesperada reacción, Ibn Saifi se lanzó desesperadamente contra las posiciones musulmanas, dando así comienzo el combate.

Inmediatamente y por el ala izquierda, Ikrimah Ibn Abu Yahl intentó la penetración en las líneas musulmanas apoyado por una compañía de esclavos. En este primer intento los quraichitas fueron recibidos con una lluvia de piedras que les obligó a retirarse. En este momento

Hamsa lanzó su grito de guerra: "¡Morid!, ¡Morid!" abalanzándose impetuosamente sobre el grueso de las líneas quraichitas. Mientras tanto, Talha Ibn Abu Talha, portaestandarte de La Meca se adelantaba al encuentro de los musulmanes, desafiándolos a entrar en duelo. Al reconocerlo, Al Zubair le salió rápidamente al paso. El choque entre ambos se decidió en un abrir y cerrar de ojos al descargar Al Zubair un golpe certeramente mortal en el cuerpo de Talha. El Profeta y los musulmanes exclamaron entusiasmados: "¡Dios es el Supremo!" ... "¡Dios es el Supremo!" En otra línea del campo, se podía distinguir fácilmente a Abu Duyanah que avanzaba con la frente envuelta con la "cinta de la muerte", como él solía llamarla, acabando con todos los contrincantes que le salían al paso. Un poco más tarde y al darse cuenta de que un compañero estaba siendo atacado por un quraichita, Abu Duyanah decidió ir en su ayuda. Más, al aproximarse descubrió con sorpresa que se trataba de una mujer. Era Hind, la hija de Uthah... El noble Abu Duyana se retiró inmediatamente para evitar que la espada del Profeta pudiera convertirse en el arma que diese muerte a una mujer.

EL MARTIRIO DE HAMSA

Respondiendo a estas primeras acciones individuales de los musulmanes, la formación quraichita adelantó rápidamente sus posiciones iniciándose así la confrontación total entre estas dos fuerzas tan desiguales. Mientras el ejército más numeroso estaba poseído por el resentimiento y un arrollador impulso de venganza, los musulmanes se sentían impulsados por su inquebrantable fe en Dios y la voluntad de defender sus hogares y sus libertades. Los que anhelaban la venganza, además de sobrepasar en número y capacidad ofensiva a los musulmanes, se encontraban incesantemente animados con los gritos y los aplausos de sus mujeres, prometiéndoles las más preciadas recompensas si vengaban la muerte de sus familiares caídos en Badr.

Volviendo con Hamsa, podemos recordar ahora que fue él quien dió muerte a Utbah, padre de Hind, en la batalla de Badr. Fiel a su reputación, Hamsa continuó siendo aquel bravo y noble combatiente en esta batalla de Uhod. Su espada parecía invencible después de causar la fulminante muerte de varios principales de la Meca, entre ellos: Artat Ibn Abd Churahbil y Siba' Ibn Abd AL Uzza. Sin embargo, la venganza de Hind estaba también próxima... Hind había prometido una fabulosa fortuna a Wahchí, esclavo abisinio de Yubair, si lograba acabar con la vida de Hamsa. También, el propio Yubair, cuyo tío había muerto en Badr, le concedería la libertad inmediata si tenía éxito en esta misión.

El relato que ofrecemos a continuación fue contado por el propio Wahchí después de la batalla: "Aquel día, salí con los demás dispuesto a utilizar mi jabalina al estilo propio de los abisinios. Era así difícil que no diera en el blanco elegido. Durante la batalla, miré a mi alrededor buscando a Hamsa. Al poco tiempo, logré avistarlo inmerso en el fragor del combate. Su figura destacaba con la misma claridad que un camello negro en la manada, derribando con su espada a todo el que se le ponía por delante. Entonces, alcé enérgicamente mi jabalina asegurándome que estaba bien equilibrada y la lancé con toda mi fuerza contra Hamsa, atravesándole el cuerpo de parte a parte. Cuando lo ví caer, dejé que mi jabalina permaneciera en su cuerpo hasta que le llegó la muerte. Después, me acerqué hasta él para arrancarle la jabalina. Mi misión había terminado, y de este modo regresé al campamento para no entrar más en combate. Al volver a La Meca, Yubair me concedió la libertad prometida".

A pesar de la dolorosa pérdida de Hamsa y la inferioridad numérica de los musulmanes, las proezas de Abu Duyana y sus compañeros ponían de manifiesto la alta moral que animaba a los musulmanes. Los soldados quraichitas huían despavoridos, desapareciendo el valor y, poco a poco, todo el heroísmo que les había hecho famosos en toda Arabia. Ante el imparable acoso de los musulmanes, los portaestandarte de La Meca iban cayendo uno tras otro,

hasta el punto de que en el transcurso de las primeras horas del combate, la bandera quraichita cambió de mano hasta once veces.

LA VICTORIA MUSULMANA EN LA MAÑANA DE UHOD

Sin duda alguna, podemos considerar como un auténtico milagro la victoria que los musulmanes alcanzaron aquella mañana. Este éxito corresponde, en gran parte, a la acertada estrategia desplegada por Muhammad, situando a los arqueros en las laderas de la montaña, desde donde podían alcanzar a la caballería enemiga antes de que ésta descargara sus ataques sobre las filas musulmanas. Si bien es cierto que el buen criterio de Muhammad queda fuera de toda duda, en cambio no resulta fácilmente concebible el hecho de que tan sólo setecientos musulmanes se lanzaran al ataque contra una fuerza enemiga, cuatro veces superior a la suya, a menos que sus heroicos esfuerzos se vieran además guiados por una indeclinable fe en el triunfo de su justa causa. Quienquiera que esté firmemente convencido de su lucha por la causa de la verdad, jamás retrocederá ante la superioridad de cualquier obstáculo, por muy grande que éste pueda parecer, y su voluntad nunca se resquebrajaría aunque todas las fuerzas del mal se aliaran en contra suya.

Ya lo hemos dicho antes: La fe sincera en Dios Misericordioso es el poder más sublime que un creyente puede disponer. Y como tal, es invencible. Sin embargo y en honor a la propia verdad, cabe decir también que el proceder de un reducido grupo de musulmanes no fue todo lo correcto que cabía esperar en aquella ocasión. En este sentido, cuando los musulmanes concentraron sus esfuerzos en perseguir a los quraichitas, tratando de alejarlos del campo de batalla, algunos de ellos quedaron atrás, distrayéndose en la búsqueda de una fácil ganancia, olvidando lamentablemente su deber de continuar la persecución del enemigo derrotado.

En cuanto a la conducta de los arqueros, que habían recibido de Muhammad la expresa orden de no abandonar sus puestos en la ladera de la montaña bajo ningún pretexto, y una vez que observaron el desorden de las tropas quraichitas en su huida, dejando atrás armas y escudos, la mayoría de ellos hizo caso omiso a las instrucciones del Profeta, dejando desguarnecida una posición que, poco más tarde, iba a ser decisiva en cuanto al resultado final de esta batalla.

Sin pensárselo mucho, los arqueros comenzaron su precipitado descenso hacia la llanura para alzarse con los escudos de los qurai-chitas; mientras tanto, su jefe Abdulah Ibn Yubair reiteraba una desesperada y enérgica llamada a sus compañeros —sin demasiado éxito— para que observaran la orden del Profeta. Con todo, fueron tan solo diez hombres los que permanecieron firmes en sus puestos. Esta nueva situación brindó a Jaled Ibn Al Walid, jefe de la caballería de La Meca, la mejor oportunidad para iniciar un rápido ataque hacia este lado de la montaña. En poco tiempo y sin grandes dificultades, Jaled fue eliminando los pocos arqueros que aún se hallaban en sus puestos, a pesar de la última y heroica resistencia que estos presentaron. Momentos después, Jaled daba aviso a las tropas quraichitas para que se reagruparan de nuevo con el propósito de lanzar el último y definitivo contra ataque. Con la toma de esta posición estratégica, Jaled no dejó de atacar, pero ahora, desde la propia retaguardia musulmana.

Este inesperado ataque quraichita dio un vuelco completo a los acontecimientos, dejando a los musulmanes entre la espada y la pared. De este modo la victoria inicial comenzaba a desvanecer al perder la formación musulmana toda unidad y cohesión entre sus filas. En estas circunstancias, los musulmanes abandonaron el botín que habían tomado, y empuñando de nuevo sus armas, se aprestaron decididos a una desesperada defensa. Pero aún así, los qurai-chitas se habían cobrado ya el duro tributo de muchas vidas de los musulmanes combatientes.

Eran unos momentos en los cuales era tan grande el desorden entre los musulmanes, que cabe pensar en la posibilidad de que más de uno resultara herido por las armas de sus propios compañeros.

Pero el caos alcanzó su grado más elevado, cuando alguien gritó que Muhammad había caído muerto. Fue entonces cuando la moral de los musulmanes cayó por los suelos, viéndose obligados a luchar desordenada y atropelladamente, pero a bien decir, sin ningún objetivo concreto.

El rumor de la muerte del Profeta dió nuevos ánimos a los quraichitas para que redoblaran sus ataques con un inusitado vigor. Cada uno de ellos buscaba a Muhammad dispuesto a rematarle para tener, de este modo, el orgullo de haber contribuido a la total destrucción del Islam. Mientras tanto, los musulmanes que aún permanecían cerca del Profeta, formaron un círculo a su alrededor, protegiéndolo con todas las fuerzas a su alcance. Su fe había renacido de nuevo y todos se mostraban ansiosos por morir en defensa de Muhammad.

En estos dramáticos momentos, una de las piedras lanzadas por los quraichitas había alcanzado a Muhammad, hiriéndole en la cara y quebrándole un diente, al mismo tiempo que caía a tierra. Tan grande fue el impacto que le incrustó en la propia herida dos eslabones de su malla protectora. El Profeta, en vano, intentó permanecer firme tras el escudo humano formado por sus compañeros, cayendo de nuevo a tierra. Alí Ibn Abu Taleb, acudió entonces a su encuentro, y ayudado por Talha Ibn Ubaidulah lograron incorporar al Profeta. Sin pérdida de tiempo este pequeño grupo inició la retirada hacia la montaña de Uhod, rechazando a duras penas el insistente acoso de sus perseguidores.

En aquellos precisos instantes y avistados del serio peligro que corría el Profeta, otro grupo de musulmanes se unió en su defensa,

consolidando así una barrera totalmente impenetrable que impedía cualquier infiltración. Una mujer, Umm Amara Al-Ansariya, que había permanecido desde el principio en el campo de batalla sirviendo agua a los combatientes musulmanes, se dió cuenta de la situación, y por ello abandonó a toda prisa su jarro de agua, incorporándose al grupo, que en estos difíciles momentos intentaba salvar a toda costa la vida del Profeta. Umm Amara no dudó en tomar un arco, y disparando varias flechas logró cubrir perfectamente la retirada de Muhammad hasta caer finalmente herida. Fue entonces, cuando Abu Dujana se situó delante del Profeta, como auténtico escudo humano, exponiendo su vida a la densa lluvia de flechas que lanzaban los quraichitas, al mismo tiempo que Sa'd Ibn Abu Waqqas disparaba las flechas que el propio Muhammad le iba entregando.

Situados a cierta distancia de este grupo, Abu Bakr y Umar se dirigieron a la montaña completamente desolados, creyendo que Muhammad había muerto. En el camino se encontraron con Anas Ibn Al-Nadr, quien les preguntó porqué habían abandonado la batalla. Abu Bakr y Umar le respondieron que el Enviado de Dios había muerto... Sin que apenas pudieran terminar de hablar, Anas les replicó: "¿Y qué valor tienen ahora vuestras vidas?. Si Muhammad ha muerto, volvamos a la lucha para morir tal como él lo hizo". Dándose media vuelta, Anas cargó de nuevo contra el enemigo, luchando valientemente hasta caer mortalmente herido. Al término de la batalla, el cuerpo de Anas mostraba no menos de setenta heridas. Nadie pudo reconocerlo... Únicamente su hermana pudo identificarlo por la marcada cicatriz que llevaba en uno de sus dedos.

LA RETIRADA DEL PROFETA

Los quraichitas recibieron con muestras de gran regocijo la supuesta muerte de Muhammad. El propio Abu Sufian comenzó la búsqueda incansable de su cuerpo por todo el campo de batalla.

Mientras tanto, los musulmanes más próximos a Muhammad no desmintieron la noticia de su muerte, pensando que de este modo podían impedir un nuevo ataque quraichita contra el Profeta. Pero, Ka'b Ibn Malek que se había dado cuenta que el Profeta aún permanecía vivo, comenzó a gritar con gran entusiasmo: "¡Oh creyentes, alegraos. El Enviado de Dios está aún vivo entre nosotros!" Muhammad le pidió entonces que guardase silencio. Sin embargo, los gritos de Ka'b produjeron una cierta desorientación entre los quraichitas. Gran parte de ellos no le creyeron, considerándolo sus palabras como una hábil estratagema para animar a los musulmanes a combatir de nuevo. En vano, pudieron los quraichitas constatar si Muhammad había muerto realmente.

Reforzando el círculo protector dispuesto alrededor del Profeta, los compañeros de Muhammad emprendieron la dificultosa caminata de ascenso por la montaña, encabezados ahora por Abu Bakr, Umar y Alí Ibn Abu Taleb. Una vez que consiguieron alcanzar la entrada del valle por el lado opuesto, Alí llenó su escudo de agua con el propósito de lavar las heridas que Muhammad había sufrido en su rostro al tiempo que Abu Ubaidah Ibn Al-Yarrah lograba extraer los dos eslabones que aún permanecían incrustados en las heridas del Profeta. Entre tanto, en el campo de batalla, Jaled Ibn Al Walid continuaba persiguiendo a los musulmanes que habían quedado rezagados en la ladera de la montaña, apoyado por una pequeña fuerza de caballería quraichita. Esta tenaz persecución, sin embargo, fue eficazmente rechazada por los compañeros de Muhammad, que pudieron proseguir la retirada con todo éxito.

MUTILACION DE LOS MUERTOS MUSULMANES

Los quraichitas estaban como enloquecidos con la victoria alcanzada, considerando que la venganza de Badr se había llevado a cabo cumplidamente. El propio Abu Sufian, lleno de orgullo dijo: "Hoy nos hemos desquitado del día de Badr y el próximo año estaremos allí otra vez". Pero, no era este el caso de su esposa Hind, la hija de

Utbah, que no se sentía muy satisfecha con esta victoria, ni aún siquiera con la muerte de Hamsa. Acompañada por un nutrido grupo de mujeres, Hind se dirigió al campo de batalla dispuesta a mutilar con toda saña los cuerpos de los musulmanes muertos; formando una especie de sangrientos y macabros collares y pulseras con las narices y orejas cortadas. Presa del odio más abominable, Hind abrió el vientre de Hamsa y, sacando su hígado y su corazón, comenzó a masticarlos. Esta salvaje conducta de Hind llevó a que Abu Sufian la denunciara públicamente ante uno de los musulmanes allí presentes: "Los cuerpos de vuestros muertos han sido ferozmente mutilados, pero juro que nunca di mi aprobación para que se cometieran semejantes atrocidades, aunque ello tampoco me disgusta".

LORANDO LA MUERTE DE HAMSA

Los quraichitas emprendieron el camino de regreso a La Meca una vez que enterraron a sus treinta y siete muertos. Poco después, los musulmanes decidieron volver al campo de batalla para dar sepultura a los suyos, mientras que Muhammad buscaba el cuerpo de su tío Hamsa.

Al descubrir tan salvaje mutilación, el Profeta lloró desconsoladamente y juró que jamás permitiría que se volvieran a suceder tales crímenes. En relación con este episodio tendría lugar la siguiente revelación coránica:

«Cuando tengáis que castigar, hacedlo en la misma medida en que habéis sido agredidos. Pero si os abstenéis mostrando paciencia, esto será mejor para vosotros. ¡Ten, pues, paciencia! Tu paciencia proviene solo de Dios. Y no te entristezcas por ellos ni te angusties por sus intrigas.»

El Sagrado Corán (16: 126-127)

Después de esta revelación, el Profeta de Dios, revestido con el espíritu del perdón y la paciencia, dictó una de las más firmes condenas contra cualquier clase de mutilación.

Volviendo al escenario del campo de batalla, el cuerpo de Hamsa fue enterrado en el mismo lugar en que había caído muerto. La plegaria mortuoria fue dirigida por Muhammad, asistiendo a la misma Safiyah la propia hermana de Hamsa como testigo excepcional. Finalmente, el Profeta ordenó el enterramiento de los setenta musulmanes muertos en el combate, rezando otras setenta oraciones fúnebres, pues decía: "cada creyente merece su propia oración". Una vez de regreso hacia Medina, los musulmanes se sentían profundamente entristecidos por esta derrota, cuando prácticamente habían tenido la victoria al alcance de sus manos. Lo que pudo haber sido un éxito total, se había convertido en una evidente humillación. En estos momentos de inmensa desolación, todos comprendieron que la desobediencia de los arqueros y el incumplimiento de las instrucciones del Profeta, fueron los factores decisivos que llevaron a este triste y lamentable giro en los acontecimientos.

NECESIDAD DE RECUPERAR EL PRESTIGIO PERDIDO

Durante el camino hacia Al Rauhá, algunos líderes quraichitas propusieron el regreso a Medina con al ánimo de invadir la ciudad y acabar definitivamente con Muhammad y sus compañeros. Pero Abu Sufian, más cauto, salió al paso de estas atrevidas pretensiones, alegando que Muhammad podía disponer de más efectivos que el día anterior y que además había que tener en cuenta también el cansancio que había hecho mella en las filas del ejército quraichita.

En aquellos momentos, el Profeta meditaba profundamente sobre las graves consecuencias que esta derrota podía suponer para el futuro del Islam. Entretanto, en Medina, judíos, idólatras e hipócritas se mostraban sumamente contentos con la noticia de esta

derrota musulmana. Probablemente, el poder musulmán, que en Medina había llegado a ser tan importante, se encontraba ahora al borde del más claro desprestigio.

En esta situación, si el fracaso de Uhod podía suponer un juicio casi definitivo sobre el prestigio musulmán, el destino de Muhammad y sus compañeros quedaría fácilmente expuesto al ridículo ante todas las tribus de la Península y, consiguientemente, su poder político también se habría desmoronado. En semejantes circunstancias, los envalentonados judíos e idólatras, atacarían sin ninguna vacilación al Islam. Por todo ello, se hacía necesaria una adecuada réplica para superar eficazmente las previsibles consecuencias de Uhod, recuperando así la moral entre los musulmanes, además de abatir el agresivo ánimo de otros adversarios. Tal medida se hacía urgente también para que el poder político del Islam en Medina volviera a adquirir la fuerza que hasta entonces le había distinguido.

A la mañana siguiente, domingo 8 de Chaul, (23 de marzo del 625) el almuacín del Profeta llamaba a los musulmanes en Medina para que se reagruparan urgentemente. Muhammad había ordenado la formación del ejército para salir en persecución de los quraichitas, permitiendo que en esta ocasión se alistaran solamente los que habían participado en la batalla del día anterior. Los musulmanes se pusieron en marcha para ir al encuentro del ejército de La Meca, dirigiéndose en primer lugar hacia la localidad de Hamra' Al Asad, situada a unas ocho millas de Medina. Entre tanto, los quraichitas habían alcanzado ya la localidad de Al Rauha, distante unas treinta y seis millas de la ciudad.

Volviendo al escenario del campamento musulmán, en Hamra' Al Asad, encontramos al idólatra Ma'bad Al Juzai' expresando al Profeta su pésame por los caídos en Uhod, al mismo tiempo que le ofrecía sus servicios, dado el afecto que Ma'bad sentía por los musulmanes. Recogiendo este ofrecimiento de Ma'bad, el Profeta le pidió entonces que se desplazara al campamento quraichita para

hacer correr la noticia de que los musulmanes habían salido en su persecución, y sembrar así la duda entre sus filas.

Y en muy pocas horas, Ma'bad alcanzó el campamento de La Meca. Una vez ahí, fue interrogado por Abu Sufian acerca de los musulmanes, y Ma'bad le respondió: "Muhammad y sus compañeros os vienen siguiendo con un ejército tan numeroso y potente como jamás he visto en mi vida. Los que ayer no estaban de su parte, hoy se encuentran a su lado, clamando sin cesar gritos de revancha".

Después de tomar una buena nota de esta nueva situación, Abu Sufian quiso a toda costa eludir un nuevo enfrentamiento con Muhammad; sopesando debidamente las consecuencias de una posible retirada. Sin otra alternativa y como única solución, Abu Sufian iba a recurrir a una de sus conocidas estratagemas. Aprovechando que algunos jinetes de 'Abd Al-Qais se dirigían hacia Medina, envió con ellos un mensaje a Muhammad asegurándole que los quraichitas continuaban decididos a exterminar definitivamente a los musulmanes. Cuando este mensaje llegó al conocimiento de Muhammad, su voluntad de continuar adelante no se vio perturbada en lo más mínimo. Su decisión era totalmente irrevocable. Y para demostrar a los quraichitas su firme voluntad de no abandonar aquel lugar, los musulmanes prendieron grandes fogatas durante los tres días que permanecieron acampados en Hamra' Al-Asad.

Ante esta demostración de firmeza, los quraichitas no tuvieron más remedio que aceptar el criterio de Abu Sufian, prefiriendo regresar a La Meca y salvar así la memoria de su reciente victoria en Uhod.

CAPITULO XVI

LAS CONSECUENCIAS DE UHOD

Concluidas las primeras maniobras de retirada, tanto de los musulmanes como de los quraichitas, Abu Sufian emprendió el camino de regreso a la Meca precedido por la aureola de su sonada victoria. Eran momentos de exaltación y euforia por haber devuelto a los quraichitas el honor mancillado un año atrás en la gran batalla de Badr. Pero antes de entrar en su propia residencia, Abu Sufian prefirió dirigirse a la Ka'ba, con el propósito de dedicar unas oraciones de agradecimiento y presentar sus ofrendas a Hubal, su pretendido ídolo de piedra.

Por otra parte, los musulmanes que habían permanecido durante tres días consecutivos acampados a la intemperie –en Hamra' Al Asad–, en claro signo de desafío a los quraichitas, incitándoles de nuevo al enfrentamiento, decidieron regresar a Medina al comprobar la total retirada de Abu Sufian con su ejército.

No obstante, esta decisión no era fácil de tomar, pues a los musulmanes todavía les aguardaban en la ciudad las duras e insidiosas críticas y, además, tendrían que soportar la humillación y la ridiculización fomentadas por las afiladas lenguas tanto de judíos como de incrédulos e hipócritas. Nadie en Medina se acordaba ahora de su abrumadora victoria en Badr. Nadie mencionaba tampoco todas las acciones heroicas y la brava resistencia que los musulmanes ofrecieron en esta última batalla de Uhod. Sus inveterados adversarios de Medina reanudaron de nuevo sus consabidas pro-

vocaciones preguntándoles, no sin cierto cinismo: “Si la batalla de Badr, según decís, fue una señal de Dios, que probaba la profecía de Muhammad, ¿cómo podéis explicarnos ahora vuestra derrota en Uhod?”

GRANDES EJEMPLOS:

Aún no cabiendo duda de que la batalla de Uhod supuso una dura prueba para los musulmanes, podemos mencionar, sin embargo, algunas muestras de exquisita ejemplaridad, que pueden evidenciarnos el auténtico espíritu islámico que el Profeta había inculcado a sus compañeros:

El encuentro de algunos musulmanes, que habían participado en la batalla, con un grupo de mujeres a la entrada de uno de los barrios de Medina, dio ocasión para que estos le expresaran su más sentido pésame a una mujer de la familia Banu Dinar, cuyo padre, esposo y hermanos habían caído en el campo de batalla. No obstante sus propias circunstancias, trágicas por demás, aquella mujer les preguntó: «¿Y qué fue del Enviado de Dios?.. Un tanto sorprendidos por esta pregunta, aquellos musulmanes le aseguraron que el Profeta había regresado con ellos a Medina, sano y salvo. Las palabras de aquella mujer solo fueron éstas. “Cualquier pérdida es llevadera, si no es la del propio Profeta”.

También en aquel día, la madre de Amr Ibn Mu'az se acercó al Profeta, preguntándole por la suerte de su hijo. Muy emocionado, el Profeta le presentó sus condolencias por la muerte de su hijo. En aquellos tristes y dramáticos momentos, la madre de Amr se limitó solo a comentar: “¡Oh, Enviados de Dios!, me es ya suficiente con verte sano y salvo. Mi desgracia no tiene mayor importancia”.

El Sagrado Corán nos recuerda con términos de sublime belleza esta batalla de Uhod, nada menos que en sesenta versículos, entre los cuáles destacamos los siguientes:

«Y recuerda cuando dejaste por la mañana temprano a tu familia para asignar a los creyentes sus puestos de combate, Dios es Omníyente, Sapientísimo.

Y cuando dos facciones de vuestras tropas querían abandonar, pero Dios era su Guardián. Así pues, que los creyentes confíen en Dios.»

El Sagrado Corán (3:121 y 122)

«Dios no dejaría a los creyentes en la misma situación, hasta que se distinga lo malvado de lo bondadoso.

Astmismo, Dios no os informaría acerca de lo oculto, pero elige de entre Sus enviados a quien El quiere. Creed pues en Dios y en Sus enviados. Si creéis y teméis a Dios, vuestra recompensa será magnífica.»

El sagrado Corán (3: 179)

Finalmente, el Sagrado Corán nos indica un punto de especial relevancia:

«Y no mostréis debilidad en perseguir al enemigo. Si vosotros sufrís, ellos también sufren al igual que vosotros. Pero vosotros esperáis (una magnífica recompensa) de Dios, lo que ellos no pueden esperar. Dios es Omnisciente, Sapientísimo.»

El Sagrado Corán (4: 104)

A pesar de las anteriores consideraciones, y los recomfortadores versículos coránicos antes citados, Medina ya no era tan acogedora

y favorable como los musulmanes quisieran. Los últimos acontecimientos así lo demostraron, y el propio Profeta no era en absoluto ajeno a esta situación, ya que la hostilidad en contra de sus hombres era francamente patente y se respiraba un ambiente de encrespamiento no sólo en Medina sino también en sus alrededores. De hecho, tribus cercanas y alguna que otra facción de los judíos que, poco tiempo atrás, temían y respetaban la influencia y la autoridad islámica en la zona, comenzaban ahora a conspirar, aunque con discrección, para encararse y sublevarse definitivamente en contra de Muhammad.

Estas nuevas circunstancias configuraron una serie de dificultades nada fáciles de superar. Por ello, el Profeta se cuidó muy especialmente de afrontar los acontecimientos con paciencia, delicadeza y sabiduría, pero también con toda valentía y firmeza, con objeto de restablecer la reputación islámica.

Pronto llegó a los conocimientos de Muhammad la primera noticia acerca de una nueva movilización enemiga. La información recibida hablaba de la intención de dos jefes de la tribu Banu Asad –Tulaiha y Sálama– de atacar Medina y sorprender a los musulmanes en su propio feudo. Ambos jefes habían logrado incitar y agrupar a sus seguidores y simpatizantes para llevar a cabo los preparativos de un ataque a gran escala. El primer aviso, que no llegó a producirse, sería una acción relámpago con el fin de apoderarse del ganado que los musulmanes dejaban pastando en las cercanías de Medina.

El Profeta, en previsión de este peligro, preparó con toda celeridad una expedición de ciento cincuenta hombres, entre ellos Abu Ubaida Ibn al Yarrah, Sa'd Ibn Abu Waqqas y Usaid Ibn Hudair, bajo el mando de Abu Sálama Ibn Abd Al Asad.

Las órdenes de Muhammad eran claras y concisas. La marcha hacia Banu Asad debía realizarse de noche y descansar durante el

día; y ello con el solo propósito de evitar ser descubiertos y poder de este modo, sorprender al enemigo.

Sin perder tiempo, la formación musulmana partió al encuentro. Y en el primer día de Maharram del cuarto año de la Hégira, 12 de junio 625 D. C., poco antes del alba, se pudo localizar al enemigo, que se encontraba totalmente desprevenido. Después de una pequeña escaramuza, los de la tribu Asad se dieron a la fuga estrepitosamente y la patrulla musulmana regresó victoriosa a Medina.

Sin embargo, Abu Sálama, el jefe musulmán no llegó a sobrevivir mucho tiempo, pues las heridas sufridas en el fragor de la batalla de Uhod no se habían curado idóneamente y volvieron a abrirse durante este enfrentamiento, causándole la muerte días más tarde.

Tras la derrota de la tribu Asad, el fracaso no tardaría mucho en alcanzar a los Banu Lihian, filiales de la tribu Huzail, pues el día 5 del mismo mes de Muharram, 4.º año de la Hégira (16 de junio 625 D.C.) su líder -Jaled Ibn Sufian- perdía la vida a manos de Abdulah Ibn Unais, cuando ultimaba sus preparativos para invadir Medina.

Estas dos últimas acciones, rápidas y muy eficaces, lograron apagar, sólo parcialmente, las agresivas intenciones de otras tribus que, por la cercanía de su enclave geográfico, constituían una seria amenaza y un peligro permanente para la seguridad de la ciudad islámica.

No obstante, y sin que transcurriera demasiado tiempo, un grupo de las tribus de Addl y Qara -situadas dentro del territorio islámico- fue a visitar al Profeta en los primeros días del mes de Safar de aquel año, pidiéndole su inmediata ayuda: "El número de musulmanes entre nosotros crece día a día y por ello te rogamos el envío de algunos compañeros tuyos para enseñarnos el Islám y la recitación del Corán".

Muhammad, siempre atento a las necesidades de su comunidad y con su peculiar estilo de ofrecer la máxima ayuda allí donde se requería, accedió rápidamente a esta petición. No era la primera ocasión en la que el Profeta enviaba a sus compañeros para cubrir una misión de tales características. Recordemos que, tras el compromiso de Aqaba, hizo lo propio enviando varios musulmanes a Medina con el mismo propósito. Así pues, seis de entre los más destacados hombres de su confianza fueron seleccionados para esta ocasión.

De este modo, aquel grupo de Addl y Qara partió rápidamente hacia su destino, acompañado por los seis compañeros del Profeta. En su camino tuvieron que pernoctar en una pequeña localidad cercana a un pozo llamado Al-Rayi', dentro del territorio de la tribu Huzail.

Desgraciadamente, y antes del amanecer, la presencia de este pequeño grupo de musulmanes fue delatada a los Huzail por sus propios anfitriones. Los hombres de Huzail rodearon rápidamente a los musulmanes, advirtiéndoles: "No pretendemos mataros sino llevaros como prisioneros a la Meca. Deponed las armas, pues, y rendíos. Así, podréis salvar la vida".

Los seis compañeros se miraron entre sí y comprendieron en el acto el alcance real de la situación y la horrenda traición de sus anfitriones. Pero, para ellos, era mucho peor la humillación que les esperaba si aparecían capturados y encadenados en la Meca, que perder la propia vida.

Rechazada la idea de rendirse, aquellos musulmanes, conscientes de encontrarse en franca minoría, no tuvieron otra opción que afrontar una lucha muy desigual, acosados por decenas de enemigos armados hasta los dientes.

En poco tiempo, tres caían mártires como hombres valientes, mientras que a sus compañeros no les quedaba posibilidad alguna de continuar la batalla, a pesar de haber causado siete bajas en las filas enemigas.

Atados y exhaustos, fueron conducidos camino de la Meca. Sin embargo, uno de ellos -Abdulah Ibn Abu Taleb- intentó la huida... Demasiado tarde, pues pronto fue alcanzado y herido de muerte.

Los otros dos, Zaid Ibn Al Dázina y Jubaib Ibn A'di, fueron llevados a la Meca para ser vendidos como esclavos a dos líderes quraichitas. El primero, Zaid, fue comprado por Safuan Ibn Umayya, y el segundo -Jubaib- por Abu Sufian.

Safuan Ibn Umayya tenía la intención de matar a Zaid en venganza por la muerte de su padre en Badr. Pero, antes de entregarlo al verdugo -Nastás, un sirviente suyo- se acercó a Zaid y le preguntó:

“Dime, ¿no preferirías acaso regresar a casa y estar con los tuyos, y que fuera Muhammad quien recibiera, en tu lugar, este último castigo?”

Zaid, sin titubear ni un solo instante, respondió enérgicamente:

“¡Por Dios! ¡De ningún modo!... No tengo duda alguna, prefiero que Muhammad esté sano y salvo y donde se encuentra ahora. ¡Sí!, lo prefiero a reunirme de nuevo con mi familia”.

Abu Sufian, que observaba atentamente el desarrollo de aquel diálogo, no salía de su asombro. Pero no pudo por menos que replicar: “Jamás en mi vida vi a nadie tan querido por sus compañeros, como lo es Muhammad!...”

Acto seguido, se dio la orden a Nastás para matar a Zaid.

En cuanto a Jubaib, la manera elegida para asesinarle fue otra. Para ello lo mantuvieron en prisión hasta el momento de ser crucificado. En su última hora de vida, sólo pidió una cosa: "¡Dejadme unos momentos para rezar!"

Cuando hubo terminado sus oraciones, Jubaib elevó sus manos y con la mirada puesta en el cielo, exclamó: "¡Dios mío! Si no fuera porque podrían pensar que tengo miedo a morir, habría prolongado, aún más, mis oraciones dedicadas a Ti".

Una vez en la cruz, volvió a exclamar con profunda devoción:

"¡Dios mío! ¡Castígalos y no dejes que sobreviva ninguno de ellos!"

El tono grave de la voz de Jubaib era tan impresionante que sus verdugos, sobrecogidos por el pánico, se echaron inmediatamente al suelo, como si de una auténtica maldición que les hubiera alcanzado se tratara.

Así fue el dramático final de estos grandes hombres, fieles a sus ideales y a su Profeta hasta el último aliento de sus vidas. Hombres que creyeron plenamente en el mensaje divino, así como en el deber que tenían de transmitirlo a la humanidad. Mensaje y enseñanzas por los cuáles emprendieron aquella marcha para impartirlas entre sus semejantes que tanto los necesitaban, y que, con total resignación, aceptaron la muerte, aunque fuera a sangre fría y víctimas de una vil traición.

Este gravísimo incidente fue conocido con el nombre del "Suceso del Al Rayi".

La tragedia volvió a cubrir de luto a la ciudad de Medina.

El Profeta, así como la totalidad de la comunidad islámica, se sintió profundamente consternado por la gran pérdida de aquellos amados compañeros y se mostró muy indignado por tamaña traición.

Este suceso dio motivos más que suficientes a Muhammad para meditar y reflexionar, pues el acontecimiento no era, en absoluto, favorable al Islam, ni al prestigio y seguridad de los musulmanes.

Con toda la gravedad de esta situación, el Profeta no consideró oportuno paralizar las labores de predicación y difusión del Islam. De ningún modo podía dejar su principal cometido de llamar al sendero de Dios. Sin embargo, había que tomar todas las precauciones a su alcance, pues todas las medidas eran pocas en este sentido.

Fue en aquellos difíciles días, cuando Abu Bara' Amer Ibn Malek -líder de gran prestigio en la región de Nayd- se presentó ante el Profeta, ofreciéndole máximas garantías si decidiera enviar a un grupo de instruidos musulmanes a su tribu, con la misión de enseñar el Islam en la citada región.

Al principio, Muhammad declinó la idea, pero Abu Bara' insistió y propuso la formación de una escolta de entre sus propios hombres para acompañar a la delegación musulmana.

Desde luego, aquellas anunciadas garantías de Abu Bara' y la escolta ofrecida para proteger a los emisarios musulmanes no fueron, en modo alguno, suficientes para evitar una segunda catástrofe. En el camino hacia Nayd y muy cerca de un pozo llamado Ma'una, la masacre volvió a repetirse. Numerosos hombres de Amer Ibn Al Tufail rodearon a la expedición musulmana -unos setenta hombres- asesinándolos en su casi totalidad, a excepción de Ka'b Ibn Zaid que cayó herido y de Amr Ibn Umayya.

La noticia de esta matanza -finales de Safar del cuarto año, primeros días de Agosto del 625 D.C.- se propagó como un reguero de pólvora en toda Medina. Los musulmanes, hondamente afectados, exigían responsabilidades a Abu Bara' y le pedían justicia al Profeta.

Durante un mes largo, Muhammad lloró la muerte de sus queridos compañeros y, en sus plegarias, elevó emocionadas súplicas a Dios para que se le concediera la oportunidad de hacer justicia y castigar a los asesinos.

No obstante, otro incidente vendría a ensombrecer, aún más si cabe, aquellas delicadas circunstancias: Amr Ibn Umayya, que había escapado a una muerte segura en Ma'una, se encontró camino de su regreso a Medina con dos hombres que confundió con los enemigos que asesinaron a sus compañeros y, sin mediar palabra alguna, mató a los dos.

Una vez en la ciudad, Amr acudió directamente al Profeta para informarle, de cuanto le había sucedido. Días más tarde se descubrió la triste realidad. Aquellos dos hombres no eran sino amigos de Abu Bara', con quien el Profeta había acordado un pacto de convivencia pacífica. Sin dudarle un momento, Muhammad ordenó la inmediata recolección de una adecuada indemnización, para que sea entregada a los familiares de ambos muertos.

Mientras tanto, y con ocasión de las últimas tragedias sufridas por los musulmanes, judíos e hipócritas hallaron una excelente oportunidad para acrecentar sus insidiosas campañas de propaganda en contra del Islam. Recordaban, incesantemente, la derrota en Uhod, poniendo mayor énfasis en la debilidad -más aparente que real- de la autoridad del Profeta. Y no satisfechos con todo esto, comenzaron a desvelar sus preparativos para incitar a la rebelión.

Muhammad, que venía observando con toda atención estas maniobras, se dio cuenta de que tal actitud podría llevar a Medina

hacia una auténtica guerra civil, con todas sus imprevisibles y graves consecuencias. Así que reaccionó rápidamente para comprobar, en primer lugar, aquellas intrigas y conspiraciones, y acto seguido actuar, poniendo al descubierto sus verdaderas intenciones.

Para ello, decidió trasladarse al barrio judío de los Banu al Naddir con el ánimo de pedirles su contribución –como parte integrante del ya conocido pacto social– al pago de las indemnizaciones exigidas, tras el fatal error de Amr Ibn Umayya.

Inicialmente, los Banu al Naddir se mostraron favorables a la petición del Profeta, pero pronto comenzaron a vacilar y a exponer extrañas e inaceptables excusas. No obstante esta incomprensible postura, que violaba flagrantemente sus pactos con los musulmanes, los judíos desplegaron una serie de sospechosos movimientos, culminados con la subida de un judío –Amr Ibn Yahach– al tejado de una casa, precisamente detrás de donde se encontraba el Profeta. Aquel hombre llevaba un gran rodillo de piedra y su intención no era otra que asesinar al propio Muhammad.

El Profeta, avisado a tiempo de este peligro, pudo retirarse en el momento oportuno dirigiéndose, acto seguido, a la mezquita para explicar esta nueva situación a sus compañeros más cercanos.

Finalmente, y después de unas breves consultas, Muhammad envió a los Banu al Naddir un mensaje claro y contundente: tenían que abandonar la ciudad, en el plazo de diez días como máximo. Si no aceptaban esta decisión, tendrían que afrontar todas las consecuencias.

Los judíos, a pesar de ser conscientes de que sus conspiraciones habían sido descubiertas, rechazaron el ultimátum, sin pensar demasiado en lo que ello podía suponer. Más aún, estuvieron reali-

zando durante varios días los preparativos para una larga confrontación bélica.

En este ínterin de tiempo, Abdulah Ibn Ubay, cabeza visible de los hipócritas en Medina lanzaba un mensaje de apoyo a Banu al Naddir para que no se dejaran intimidar, aconsejándoles que conservaran sus tierras y propiedades. Que se mantuvieran en sus fortalezas porque, él mismo, iría en su ayuda con dos mil guerreros.

Los Banu al Naddir iniciaron, entonces, una nueva ronda de reflexiones; sus líderes se preguntaban, con bastante acierto, acerca del alcance real de este apoyo ofrecido por Ibn Ubay. Con toda seguridad, recordaron que aquel mismo hombre había prometido, en su día, parecida ayuda a los Banu Qainuqa', que nunca llegó a convertirse en realidad. Asimismo no podían ignorar tampoco la vigencia de los acuerdos de paz entre Muhammad y los judíos de Banu Quraiza, y que estos últimos no estarían nada dispuestos a acudir en su ayuda.

Una vez finalizadas sus deliberaciones, los jefes de Banu al Naddir se inclinaron por movilizar a sus gentes en dirección al norte, hacia Jaibar.

Sin embargo, su máximo líder –Huyay Ibn Ajtab– se pronunció tajantemente en contra de la opinión mayoritaria de sus compañeros: “¡No! De ningún modo, más bien haremos saber a Muhammad que jamás abandonaremos nuestros hogares y posesiones y que nos negamos a acatar sus órdenes. ¡Reforzaremos nuestras defensas, llenaremos nuestros graneros además de levantar barricadas en las calles! Disponemos de reservas para resistir durante todo un año. Muhammad no podrá bloquearnos durante tanto tiempo”.

Era el mes de Rabi' al aúal del 4º año de la Hégira –segunda quincena de Agosto del año 625 D. C.– y los anunciados diez días de plazo iban transcurriendo lentamente, sin que ningún judío de

Banu al Naddir se decidiera por abandonar aún la ciudad de Medina.

Fue entonces cuando el Profeta ordenó el comienzo de un eficaz bloqueo, que duró menos de quince días.

Los Banu al Naddir, viéndose privados de todo apoyo exterior, desesperados y presa del pánico, ofrecieron a Muhammad la rendición incondicional, al tiempo que le rogaban que les garantizara la salvaguardia de sus vidas y propiedades, además de concederles vía libre para marcharse hacia el norte. El Profeta accedió a todas estas peticiones con la sola condición de que entregaran sus armas.

Huyay Ibn Ajtab dirigió la humillante evacuación de su pueblo. Unos se instalaron en Jaibar y otros en Adri'at, localidad cercana a la frontera con Siria. De este modo la totalidad de los Banu al Naddir dejaron Medina, a excepción de dos familias que decidieron abrazar el Islam y quedarse a vivir en la ciudad.

El Sagrado Corán dedicó, casi por completo, una sura -Al Hachr- para hablar de este episodio. De entre sus versículos recordamos:

«Acaso, ¿no has contemplado a los hipócritas? Dicen a sus hermanos incrédulos de entre los seguidores del Libro: «Si sois forzados a salir, saldremos con vosotros y nunca obedeceremos a nadie en contra vuestra, y si se lucha contra vosotros, con toda certeza os respaldaremos. Pero Dios es testigo de que son mentirosos. Si se les hace salir, nunca partirán con ellos y si se lucha en su contra, jamás los apoyarán. Más, aunque les ayuden, pronto les volverán la espalda, y entonces no serán auxiliados.»

El Sagrado Corán (59: 11-12)

LA BATALLA QUE NO LLEGO A LIBRARSE (LA SEGUNDA BATALLA DE BADR). MES DE CHA'BAN 4.º AÑO DE LA HEGIRA, ENERO DEL 626

Tras la evacuación de Banu al Naddir, Medina recobró la paz y su normal ritmo cotidiano. Durante unos meses, los musulmanes (Ansar y Muhayirun) disfrutaron de la necesaria tranquilidad que les permitiera dedicar más tiempo y esfuerzo a sus quehaceres diarios y para desarrollar con mayor eficacia la reorganización de su nuevo sistema socio-económico, a pesar de la dificultad que suponía la pertinaz sequía que azotó toda la región aquel año.

No obstante, la noticia de otra desagradable amenaza acaba de ser conocida en la ciudad. Abu Sufian, el jefe de las fuerzas qurai-chitas en Uhod, lanzaba de nuevo un auténtico ultimátum: Tal y como lo había prometido un año antes, los quraichitas comenzaban los preparativos para la formación de un sensacional ejército, en cuanto a número y armamento, con la firme intención de liquidar, definitivamente, la presencia islámica en Medina.

El Profeta, consciente de que esta información era más que una simple amenaza, no tenía otra opción que ordenar las necesarias medidas para salir al paso de cualquier posible intento de invadir la ciudad. Sin embargo, algunos musulmanes no acudieron con la deseada celeridad al llamamiento. Esta actitud provocó el disgusto de Muhammad, quien advirtió a sus compañeros que partiría al encuentro de los quraichitas, aunque tuviese que marchar solo.

Este pequeño toque de atención fue más que suficiente para que desapareciera cualquier signo de indecisión entre los musulmanes y, en pocos días, el ejército, compuesto por unos mil quinientos hombres, se encontraba acampado en el lugar señalado: el valle de Badr.

Pero, a pesar de los grandes preparativos que los quraichitas habían dispuesto para esta anunciada batalla, Abu Sufian no dejaba de mostrar incomprensiblemente demasiadas síntomas de flaqueza. El líder de la Meca no se encontraba, en absoluto, entusiasmado en estas últimas horas con la idea de una nueva confrontación.

Finalmente, Abu Sufian había decidido salir de la Meca, rumbo a Badr, encabezando un ejército de dos mil quraichitas, reforzado con cincuenta adiestrados jinetes, que al día siguiente cruzaban el paso de Al-Zahran.

Sin meditar todas las consecuencias, y a dos días de la partida, se dirigió a sus compañeros para advertirles del rotundo fracaso que les esperaba, si decidieran entablar una acción bélica lejos de la Meca en un año como lo era aquel, de sequía y pobreza. Que sería mucho mejor para los quraichitas emprender el camino de regreso a la Meca, en espera de otro año más fértil, próspero y propicio.

Lejos de discutir esta idea derrotista, la decisión de retirarse fue rápidamente tomada. De este modo, Abu Sufian ordenó a sus tropas el regreso inmediato a la Meca, mientras que el Profeta y sus compañeros les esperaron, en vano, durante ocho largos días, en su emplazamiento de Badr.

Con ocasión de este encuentro que no llegó a producirse, y en cuanto a las dudas de algunos musulmanes, vamos a recordar los siguientes versículos del Sagrado corán.

«Aquellos que acudieron a (la llamada) de Dios y del Enviado, después de haber sufrido calamidades; a los bondadosos de entre ellos y temerosos de Dios, se les concederá una magnífica recompensa. Son aquellos a quien se dijo: “La gente se ha agrupado en contra vuestra. ¡Temedles, pues!” Pero esto acrecentó su fe y dijeron: “¡Dios nos es suficiente!

¡Es el excelente protector!” Así regresaron colmados con los favores y gracias de Dios sin sufrir mal alguno. Alcanzaron el beneplácito de Dios. Y Dios es el Dueño de los inmensos favores.»

El Sagrado Corán (3:172-174)

La anterior victoria frente a los Banu al Naddir y este reciente éxito –más político que militar– ante los quraichitas, borraron por completo las huellas de Uhod. Como consecuencia de todo ello, los hipócritas no tuvieron otra alternativa que reconocer la plena autoridad del Islam en Medina. En cambio, los quraichitas volvieron a sufrir el amargo sabor de la deshonra después de su ridícula retirada. Una deshonra más escandalosa aún que la soportada tras su terrible derrota, en el primer encuentro de Badr.

LA CAMPAÑA DE DUMAT AL YANDAL

Plenamente satisfecho con esta victoria implícita que Dios le había concedido, Muhammad regresó a Medina rodeado por los musulmanes que se mostraban felices y contentos por haber reconquistado el prestigio perdido. Se sentían asimismo muy seguros, ahora que los peligros tanto internos como externos habían remitido considerablemente.

Aún así, el Profeta decidió, con total acierto, mantener una constante vigilancia en los alrededores de la ciudad, por si el enemigo intentaba cualquier nuevo ataque por sorpresa.

Seis meses después de una notable calma y tranquilidad, el Profeta fue informado de que varias tribus nortañas habían organizado un ejército, con el propósito de atacar Medina.

Dadas las circunstancias, Muhammad consideró que era mejor llevar a cabo un ataque preventivo y sorprender cuanto antes a las fuerzas enemigas. Para ello reunió una fuerza de casi mil hombres y partió con ellos hacia la localidad de Dumat al Yandal, donde se concentraban las tribus hostiles.

Eran los últimos días de Rabi' al aúal del 5º año de la Hégira (última semana de Agosto del 626 D. C.) cuando la formación musulmana se aproximó a su objetivo y tomó la iniciativa de atacar... La sorpresa fue tal que provocó una desesperada huida en desbandada entre las filas del enemigo, que dejó sus armas y pertenencias en el mismo campo de batalla.

Después de acabar con todos los pequeños focos de resistencia, los musulmanes llevaron aquel material confiscado y decidieron el inmediato regreso a Medina, tomando las oportunas medidas de precaución.

La posición geográfica de la citada localidad de Dumat al Yandal, nos demuestra, con toda claridad, el gran alcance y la amplitud de la influencia política y militar del Islam en aquel año.

Conseguida esta serie de éxitos y hazañas, protagonizados por los musulmanes, que lucharon sin desmayo en difíciles circunstancias y que sufrieron toda clase de adversidades y traiciones, dando un testimonio para la eternidad de su inalterable fe en Dios, llegó el momento en el que Muhammad podría respirar días de sosiego, ocupándose de completar sus reformas y estructuras sociales, siempre de acuerdo con las sucesivas instrucciones de la revelación divina.

Sin embargo, los meses siguientes depararían los acontecimientos más graves y dramáticos, para el futuro de aquella joven sociedad islámica

246

CAPITULO XVII

LAS FACCIÓNES ALIADAS Y LA CAMPAÑA DE LA TRINCHERA

Hemos venido observando, a lo largo de los capítulos anteriores, que la Península Arábiga se hallaba, a la sazón, prácticamente dividida en una serie de pequeños territorios o regiones casi autónomos, habitados y controlados por diferentes tribus o clanes enfrentados entre sí, por una u otra causa, de modo permanente. Estas regiones dependían en gran medida, en materia de seguridad, de una extensa e intrincada red de pactos, costumbres y convenios intertribales que, con este contexto, difícilmente podría tener una aceptable cabida dentro de una moderna organización estatal.

Dadas estas circunstancias, el Profeta dedicó especial atención al tema de la seguridad, tomando todas las medidas encaminadas a garantizarla, en todos sus aspectos y vertientes, para su aún joven y débil comunidad. No podemos ignorar que tanto los quraichitas, las tribus de Huzail y Gatafán, como los propios judíos y demás habitantes de los territorios colindantes con la frontera con Siria, permanecían a la expectativa de cuanto pudiera acontecerles a Muhammad y sus compañeros, esperando ansiosos la menor oportunidad para acabar con ese emigrante y con su nueva doctrina que, a decir verdad, iba ganando día a día más seguidores entre las distintas tribus, y cuya influencia alcanzaba, ahora, varias regiones y territorios. Efectivamente, los musulmanes se habían granjeado en los últimos

cinco años tanto prestigio y aún mayor simpatía entre la población, como para convertirlos –de hecho– en la más seria de las amenazas para las aspiraciones de cualquier líder político ó militar, en toda la península.

Los judíos eran, probablemente, los más conscientes del vigor y de la trascendencia de las enseñanzas islámicas. No en vano conservaban, todavía, los valores del monoteísmo y por ello podían valorar, con certeza, el alcance real que supondría –en la vida de los pueblos– cualquier éxito de Muhammad.

Consecuentemente con todo esto, y sensiblemente resentidos tras su evacuación de Medina, los banu al Naddir iniciaron una serie de contactos y entrevistas, con miras a organizar una entramada conspiración, cuyo objetivo fundamental no era otro que el de arrebatarle al Islam cualquier posibilidad de supervivencia.

Como primer paso, los banu al Naddir, instalados ahora en Jaibar y en Adri'at, decidieron formar una delegación compuesta por una veintena de entre sus más destacados líderes. El objetivo más inmediato era visitar la ciudad de la Meca.

En sus entrevistas con los quraichitas, Huyay Ibn Ajtab y sus compañeros expusieron sus temores en relación con el creciente poderío de Muhammad, y se mostraron muy favorables al levantamiento general, que al mismo tiempo debería ser decisivo, de toda la península en contra del Islam.

Durante esta entrevista, los banu al Naddir ofrecieron parte de su riqueza para financiar las posibles operaciones militares, así como su total apoyo y respaldo a los ejércitos que fueran a librar ésta, para ellos, su gran y definitiva batalla.

Para los quraichitas, esta era también la mejor oportunidad de desquitarse de la humillación sufrida después de su última y ver-

gonzosa retirada algunos meses atrás. De este modo y en pocas horas, se llegó a un acuerdo pleno entre ambas partes.

Más tarde, la misma delegación se trasladó a los territorios de los Gatafán, quienes accedieron rápidamente a las propuestas de banu al Naddir, teniendo muy en cuenta las succulentas cosechas que estos últimos les prometieron entregar, en caso de que se alzaran con la victoria final.

Enardecida por sus éxitos iniciales, la delegación judía prosiguió sus consultas y pactos con otras tribus... Muy pronto, Kinana, Fazara, Sulaim y Murra, así como los banu Asad y banu Achya', se unieron a las tribus antes mencionadas para formar parte de una coalición sin precedentes en toda la historia de la Península Arábiga.

Sin más tiempo que perder, se puso en marcha el pacto multipartidista, y en pocos días, los quraichitas consiguieron agrupar a su ejército: cuatro mil infantes, un cuerpo de caballería de trescientos jinetes, además de otros mil quinientos hombres montados en camellos, fueron la aportación de la Meca a esta descomunal alianza.

Fazara, por su parte, preparó una formación compuesta por casi dos mil soldados, entregando el mando a Uyaina Ibn Hissn, mientras que la contribución de los banu Murra y Achya' alcanzaba los cuatrocientos hombres cada uno, bajo el mando de Al Harez Ibn Auf y Mis'ar Ibn Rujaila respectivamente. En cuanto a los Sulaim, estos enviaron setecientos de entre sus mejores soldados y, por último, los banu Asad y banu Sa'd decidieron añadir más soldados y caballería, superando estas fuerzas, entre unos y otros, la nada desdeñable y siempre temible cifra de diez mil combatientes muy bien armados.

El mando supremo de este ejército fue asignado al comandante de las fuerzas quraichitas, Abu Sufian, mientras que la bandera de la

Meca, y por tanto estandarte del combate, fue entregada a Uzman Ibn tulaiha.

A mediados del mes de chawal, 5º año de la Hegira (primera semana de marzo del 627 D.C.), Abu Sufian dio sus órdenes de partir hacia Medina... al día siguiente, todas sus tropas se habían reunido ya en el paso de Al Zahran. ¡La movilización de toda Arabia, en contra de Muhammad, era una realidad!. ¡La alianza se había completado y la cita establecida!.

Recordemos que, por aquellos días, el Profeta había decidido mantener una constante y estrecha vigilancia en todos los frentes, en previsión de cualquier situación o circunstancia.

Fruto de estos esfuerzos de observación y reconocimiento, sus hombres no tardaron en informarle, con todo tipo de detalles, acerca de la mencionada movilización. Sin más dilación, Muhammad convocó, urgentemente, una extraordinaria sesión de consultas a sus mandos militares y consejeros políticos. Era del todo necesario deliberar sobre esta más que peligrosa situación y discutir sin perder un solo momento el modo de planificar una eficaz defensa de la ciudad... ¡El futuro del Islam y de toda la comunidad estaba en juego!

Después de estudiar diferentes alternativas, uno de los compañeros del Profeta –Salmán, el persa- sugirió una novedosa idea:

“Oh, Enviado de Dios, –dijo–: en mi tierra de Persia solíamos excavar anchas y profundas trincheras como el mejor medio de defendernos de ataques parecidos al que hoy esperamos...”

Esta idea de Salmán fue aplaudida y aceptada de inmediato. Muhammad, acto seguido, dio sus instrucciones, asignando a grupos de diez hombres la tarea de excavar una parte de la diseñada trinchera con una longitud de cuarenta brazas. Asimismo, se acordó

la fortificación de las entradas y casas cercanas a la propia trinchera.

Los musulmanes dieron comienzo, aquel mismo día, a este más que arduo trabajo derrochando grandes esfuerzos, sin desmayo ni desfallecimiento. Todos querían completar cuanto antes la ejecución del plan defensivo alrededor de la ciudad. A esta difícil tarea habría que añadir también otras circunstancias de especial dureza; no olvidemos que aquel año se caracterizó por su gran sequía y grave pobreza. Los alimentos escaseaban y se repartían raciones muy limitadas de alimentos, incluso para los hombres que afrontaban este duro trabajo.

El Profeta, en todo momento, compartía con sus hombres estas penurias y penalidades, trabajando como el que más y sufriendo con ellos las frías noches y gélidas madrugadas. Al contemplar el enorme cansancio de las extenuadas miradas de sus compañeros, Muhammad les animaba constantemente y con profundo cariño les decía:

*“Dios mío! ciertamente la verdadera vida es la del Más Allá.
¡Dios mío! Perdona y bendice a los Muhayirun y los Ansar.”*

Y los musulmanes allí presentes respondían al unísono:

“Nosotros fuimos quienes nos comprometimos con Muhammad, ofreciendo nuestro esfuerzo, hasta el último aliento.”

En este auténtico ambiente de hermandad y camaradería, los trabajos de excavación de aquella gigantesca trinchera se desarrollaron y finalizaron en apenas seis días. Los habitantes de los barrios más próximos a la trinchera fueron rápidamente evacuados, mientras que sus casas quedaban reservadas para su utilización con fines exclusivamente defensivos.

Hay que destacar que, durante estos inolvidables días, varios sucesos extraordinarios vinieron a demostrar, una vez más y como si de hechos milagrosos se tratara, el inconfundible carácter profético de Muhammad. El primero de estos sucesos ocurrió cuando Yaber Ibn Abdulah, al comprobar que el hambre estaba provocando, entre sus compañeros, gran cansancio y enormes síntomas de fatiga, decidió sacrificar a uno de los escasos animales que aún poseía. Su intención no era otra que invitar al Profeta con algunos compañeros más... La comida no podía ser suficiente para tantos. Sin embargo, Muhammad llamó al resto de sus compañeros para compartir la comida, incluso se dedicó personalmente a cocinar y a repartir los alimentos entre los más de mil hombres que llegaban en grupos de diez. Todos quedaron satisfechos hasta la plenitud, además de sobrar bastante cantidad de comida.

El segundo suceso extraordinario fue también protagonizado por el Enviado de Dios. Algunos musulmanes informaron a Muhammad de la existencia de una enorme y durísima roca que obstaculizaba sus labores de excavación. Inmediatamente, el Profeta, pico en mano se trasladó al lugar señalado. Al dar su primer golpe, pronunció: "En el nombre de Dios". La dureza de la roca provocó un fuerte destello, mientras el Profeta proseguía: "¡Dios es el Supremo! Se me conceden las llaves de Siria y, en estos momentos contemplo sus palacios de color rojizos". Con el segundo golpe, Muhammad volvió a exclamar: "¡Dios es el Supremo! Se me concede Persia, estoy viendo los blancos palacios de Madaen". Con el tercer y definitivo golpe, la roca se convirtió en un montón de tierra, mientras que el Profeta exclamaba de nuevo: "¡Dios es el Supremo! Se me conceden las llaves del Yemen. ¡Por Dios! veo ahora, las puertas de San'a".

Cabe recordar aquí al respecto, que pocos años después, los dominios del Islam habrían de alcanzar e incluso superar las tres citadas regiones, mencionadas por el Profeta en esta ocasión.

LAS FACCIÓNES ALIADAS FRENTE A LA TRINCHERA.

Volviendo al campo de operaciones, los quraichitas y sus aliados habían llegado a las cercanías del monte Uhod, al norte de Medina, arrojados con la esperanza de encontrar allí a los musulmanes, porque cualquier experto en el terreno de la región, y del enclave de Medina, situada y protegida por varias montañas, hubiera supuesto que los musulmanes intentarían defender la ciudad, en una primera línea, por este flanco norte...

La estrategia de los agresores era más bien sencilla. Aquel flanco era el más débil y, por consiguiente, el más propicio para atacar. De este modo, y aprovechando la abrumadora superioridad numérica, podían asestar tremendos golpes con el objetivo de inflingir a los musulmanes una derrota rápida y aplastante. Los combates no deberían prolongarse más allá de un solo día o, a lo sumo, dos. Las facciones aliadas pensaban tomar pronto el camino de regreso a sus hogares para disfrutar de su anunciada victoria, enriquecidos con el generoso botín que supondría la conquista de una ciudad como Medina, sin olvidar por un solo instante la extraordinaria compensación económica que los banu al Naddir también habían prometido.

Lejos de esas falsas esperanzas, las tropas quraichitas no pudieron avistar en Uhod a ninguna formación musulmana. No sin mostrar una cierta extrañeza ante tan desagradable sorpresa, decidieron proseguir su avance hasta un embalse casi seco, localizado entre Al Yurf y Zagaba. Mientras tanto, las fuerzas de Gatafán iban tomando posiciones en la llanura de zanb Naqma.

Las miradas atónitas de los musulmanes eran fiel testigo del despliegue de aquel impresionante ejército cuya presencia iba provocando el temor entre un cierto sector de la población, al mismo tiempo que constituía un verdadero revulsivo para los sinceros creyentes que vieron en esta situación la oportunidad de

demostrar su auténtica fe y su gran poder de valentía y resistencia, además de su irreversible ánimo de luchar hasta el final (vencer o morir).

El Sagrado Corán destaca, de modo inequívoco, aquella situación y las diferencias características entre uno y otro sector:

«Y de cuando os acosaron por el norte y el sur, y el terror hizo que vuestras vistas se desviarán, al mismo tiempo que se os hizo un nudo en la garganta y empezasteis a conjeturar sobre Dios. Ha sido entonces cuando los creyentes fueron puestos a prueba y sufrieron una violenta conmoción.»

El Sagrado corán (33:10-11)

«Pero los creyentes, al ver las facciones aliadas, dijeron: “Esto es lo que Dios y Su Enviado nos habían prometido. ¡Dios y su Enviado dicen la verdad!” Ello no hizo sino acrecentar su fe y su sumisión.»

El Sagrado Corán (33: 22)

Fue en aquellos dramáticos momentos cuando el Profeta ordenó la concentración de unos tres mil hombres en la zona noroeste de Medina, procurando dejar sus espaldas perfectamente cubiertas por las laderas del monte Sala'. El lema que los musulmanes proclamaban para esta ocasión fue: “La victoria nunca será para las facciones aliadas”, “las facciones aliadas no gozarán jamás de la victoria”.

Los quraichitas, junto a todos sus aliados, iniciaron entonces la marcha sobre la ciudad. Pero, su sorpresa fue mayúscula, total... ¡Allí, les aguardaba la gran e infranqueable trinchera!. Los árabes

nunca habían conocido, hasta ese momento, esa clase de líneas defensivas. Los cálculos de Abu Sufian y sus comandantes volvieron a fracasar de un modo muy estrepitoso.

Disgustados y mal humorados, las facciones aliadas resolvieron iniciar un bloqueo total. Un bloqueo que, evidentemente, no habían previsto en sus planes anteriores.

Ahora, sólo la trinchera separaba a ambos contendientes. Ninguna otra barrera u obstáculo impedía el acceso de estos ejércitos y la consiguiente invasión de la ciudad.

Los musulmanes, ante esta nueva circunstancia, decidieron levantar una serie de tiendas que le sirvieran como puntos de abastecimiento y descanso, al mismo tiempo que dispusieron para uso exclusivo del Profeta, una tienda de color rojo, como sede del alto mando.

Por su parte, en el otro bando, los quraichitas y sus aliados se vieron impotentes para superar la inmensa trinchera. Decepcionados y conscientes de su limitada maniobrabilidad militar a pesar de su enorme despliegue bélico, pronto comprobaron que su potencial se reducía al esporádico y poco efectivo intercambio de jabalinas, durante los primeros días de la contienda.

Abu Sufian y sus camaradas se apercibieron de que esta situación, nada favorable a ellos, les llevará inexorablemente a un largo y muy costoso asedio antes de poder conquistar la ciudad. Eran días de un durísimo invierno. El frío era insoportable, el viento y las tempestades daban lugar continuamente a fuertes lluvias intermitentes. Sus tiendas instaladas en las inmediaciones de la trinchera, no les ofrecían más que una deficiente, incluso nula, protección.

Pero ¿acaso había otra alternativa?... ¿Podrían los aliados contemplar, a estas alturas, una posible retirada? Desde luego, en estas cir-

cunstancias, tal medida no podía ser más negativa y desastrosa. Los quraichitas no podían de modo alguno pensar en esa idea, sobre todo teniendo en cuenta su anterior fracaso hacía pocos meses, y la promesa de sus líderes de repartir, entre todos, las riquezas de Medina. Además de estos factores había con toda seguridad otro y esencial elemento a añadir a esta más que difícil ecuación:

Los diferentes líderes de las facciones aliadas no podían permitirse el lujo de una nueva humillación, con la consiguiente oportunidad para Muhammad y sus compañeros de alzarse con la victoria y extender de este modo, definitivamente, sus dominios por toda la península. La decisión no sería otra: ¡El bloqueo, de momento, había de continuar a ultranza! ¡Las patrullas inspeccionarían, minuciosamente, la trinchera con la concreta misión de hallar sus puntos más débiles!

Al día siguiente, varias formaciones aliadas iniciaron esporádicas incursiones, con el decidido ánimo de acercarse aún más a la trinchera, pero los musulmanes, en guardia permanente, conseguían repelerles una y otra vez, lanzando una densa lluvia de flechas y desbaratando cualquier intento de los agresores por allanar con tierra la profunda trinchera.

No obstante, y en una de estas tentativas, un grupo de jinetes quraichitas, entre los cuáles se hallaban Amr Ibn Abd Wed, Ikrima Ibn Abu Yahl y Dirar Ibn Al Jattab, atravesó un estrecho punto en la propia trinchera. Después de varias maniobras, este grupo alcanzó su primer objetivo, tomando un pequeño y embarrado terreno, situado entre la trinchera y el monte Sala'. Su intención no era otra que establecer una auténtica cabeza de puente, que permitiera la infiltración masiva de las fuerzas aliadas.

Sin embargo, una patrulla musulmana, encabezada por Alí Ibn Abu Taleb, pudo avistar, en aquellos precisos momentos, la formación enemiga, decidiendo acto seguido salir a su encuentro.

Dadas las características del terreno, el quraichita Amr se apeó de su caballo y se lanzó como una exhalación hacia Alí, retándole a una lucha a muerte. Alí aceptó el desafío y, en pocos minutos, su fuerza física fue más que suficiente para acabar con la vida de este gran y famoso guerrero que era Amr Ibn Abd Wed. En cuanto a sus compañeros en esta aventura, visto el rápido y fatal desenlace del combate, se dieron en seguida a la fuga abandonando sus armas en el mismo lugar del incidente.

Tras este clamoroso fracaso, las facciones aliadas decidieron emprender una campaña sin cuartel, consistente en el lanzamiento constante de flechas y jabalinas en contra de las posiciones musulmanas.

Ante esta incesante presión, los musulmanes se vieron sometidos a un permanente peligro y muchos de ellos, incluso el propio Profeta, perdieron en más de una ocasión, el cumplimiento de sus deberes de rezar. Circunstancia esta que disgustó de manera especial a Muhammad.

Con todo este férreo asedio y la consabida presión ante la lluvia de flechas y jabalinas, los acontecimientos no parecían desarrollarse de acuerdo con los deseos y planes de las fuerzas invasoras. Sus líderes iban comprobando, día a día, la impotencia de las tropas para superar aquel obstáculo. A esta circunstancia, habría que añadir también la desmoralización que estaban causando las numerosas bajas y que alcanzaron la cifra de once muertos y un número superior de heridos, en tan solo una semana.

En este sentido, cabe mencionar que los musulmanes sufrieron en ese tiempo, la pérdida de seis hombres y otros tantos heridos. Entre éstos últimos se encontraba el inolvidable y querido compañero del Profeta, Sa'd Ibn Mu'az.

Ante el giro que estaban tomando las operaciones, no era de extrañar que los judíos de banu al Naddir, principales instigadores de la campaña, se vieran inmersos en una honda preocupación. sus jefes no podían ignorar que les sería prácticamente imposible contar, en el futuro, con una oportunidad semejante que les permitiera movilizar tantas fuerzas. Así mismo, les invadía cierto temor ante el posible castigo que podrían sufrir a manos de los musulmanes, si estos llegaban a salir victoriosos de esta contienda. No obstante, aún les quedaba una última alternativa y ésta no podía, en absoluto fracasar. Habría que intentar, y más bien desde el interior, socavar cualquier posibilidad de resistencia islámica. Sin tiempo que perder, Huyay Ibn Ajtab decidió jugar sus últimas cartas. Tenía que convencer —a cualquier precio— a sus correlegionarios de Medina, los banu Quraiza, para que violaran los acuerdos de paz que mantenían con Muhammad además de integrarse en la descomunal alianza que se había formado en contra de los musulmanes.

Las intenciones de Ibn Ajtab fueron comunicadas, de inmediato, a varios líderes quraichitas, que no pudieron por menos que aplaudir el plan.

Horas más tarde, Ibn Ajtab atravesaba sigilosamente las líneas islámicas, consiguiendo llegar hasta la propia residencia de Ka'b Ibn Asad, máximo líder de banu Quraiza.

Sin embargo, Ka'b se negó a recibir a Ibn Ajtab y menos aún a escucharle. Sin perder la esperanza, Ibn Ajtab persistió en sus intentos, llamando una y otra vez a la puerta de Ka'b quien no tuvo finalmente más remedio que recibirle.

Ibn Ajtab comenzó su intervención diciendo: “¡Oh, Ka'b! La gloria nos está esperando, vengo con grandes ejércitos. Aquí están los quraichitas con todos sus líderes y valientes guerreros y también los de Gatafán. He pactado con ellos la aniquilación definitiva de Muhammad con todos los suyos”.

Pero Ka'b replicó: "¡No! más bien, vienes con el desastre y la humillación. No traes beneficio alguno, así que déjame. En Muhammad no encontré más que lealtad, veracidad y buena convivencia".

Ibn Ajtab no podía, en aquellos decisivos momentos, desistir. ¡Era su última oportunidad! Una y otra vez volvió con sus intentos de convencer a su anfitrión utilizando para ello sus grandes dotes de hábil negociador. Incluso ofreció a Ka'b su firme promesa de que banu al Naddir encabezados por él mismo no dudarían en acudir a Medina y compartir la misma suerte que pudieran correr los banu Quraiza, en el caso de que algo saliera mal.

Los esfuerzos de Ibn Ajtab consiguieron, por último, convencer a Ka'b quien accedió finalmente a las peticiones planteadas. Los banu Quraiza se convirtieron así en una importantísima pieza de la ya conocida alianza, y nada suponían en aquellos momentos sus acuerdos de paz con el Profeta.

De hecho, los banu Quraiza, aprovechando la ausencia de los hombres, concentrados al lado de la trinchera, iniciaron una serie de actos de intimidación en los barrios musulmanes, sembrando el pánico entre mujeres y niños y convirtiéndose en la auténtica quinta columna de la alianza.

Durante una de estas acciones, una mujer musulmana, la propia tía del Profeta –Safiya bint Abd Al Muttaleb– pudo descubrir a un hombre de banu Quraiza cuando realizaba actos de espionaje, con el evidente propósito de detectar los puntos más débiles de los accesos al barrio así como de los propios edificios. Sin dejarse acobardar, Safya le salió al paso y con el palo que llevaba le golpeó fuertemente acabando con la vida del intruso espía en pocos instantes. Las consecuencias de este incidente surtieron pronto sus efectos. Los banu Quraiza, al creer que los musulmanes habían des-

plegado algunas de sus patrullas en la retaguardia decidieron suspender, momentáneamente, sus actos de sabotaje.

La noticia de esta inesperada traición de los banu Quraiza no tardó en llegar a los oídos de Muhammad. El nuevo cambio en la actitud de Ka'b Ibn Asad representaba, en la referida y delicadísima situación, un golpe demasiado duro. toda la atención del Profeta había de dirigirse ahora a sus compañeros: La divulgación de una noticia de tal índole provocaría, sin duda alguna, la caída en picado de la moral de los musulmanes.

Para soslayar este problema, Muhammad ordenó en primer lugar silenciar las informaciones al respecto, y acto seguido, convocó a Sa'd Ibn Mu'az –jefe de los Aus– y Sa'd Ibn Ubada –jefe de los Jazray– además de Abdulah Ibn Rawaha y Jawat Ibn Yubair, para que formaran una delegación extraordinaria, encargándoles la expresa misión de visitar al líder de banu Quraiza y comprobar la autenticidad de la información, por boca del propio Ka'b. La delegación no había de comentar la cuestión ni el resultado de sus indagaciones con nadie que no fuera el Profeta en persona.

En el transcurso de la entrevista, la postura de Ka'b resultó ser a todas luces irreconciliable y demasiado hostil para mantener un diálogo razonable. Incluso, sus seguidores lanzaban una y otra vez los insultos más denigrantes en contra del propio Profeta. Y cuando la delegación musulmana intentó comunicarle que el Enviado de Dios deseaba, con esta entrevista, hacerles ver las graves consecuencias de su traición, Ka'b replicó con desdén:

“¿Enviado de Dios? y ... ¿Quién será este pretendido Enviado? Además, entre Muhammad y nosotros no existe pacto ni acuerdo alguno...”

Estas últimas palabras de Ka'b no dejaban a la delegación musulmana opción alguna de convencer a los judíos acerca del tremendo

error que estaban cometiendo. De este modo, las conversaciones concluyeron rápidamente y los musulmanes abandonaron la escena, apresuradamente, para evitar cualquier posible chispa de violencia.

Los delegados de Muhammad regresaron inmediatamente a su punto de partida, dando cuenta al Profeta de todo cuanto habían visto y oído. Sus primeras palabras aunque muy escuetas fueron reveladoras y sumamente significativas: "Addl y Qara" en clara referencia a la infame traición que, dos años atrás, habían protagonizado aquellas dos tribus, con el conocido episodio de la masacre de Al Rayi'.

Pero a pesar de la discreción de los emisarios, aquellas insinuaciones fueron suficientes para que los musulmanes comprobaran, ante sus propios ojos, la evidencia de una amenaza tan directa: ¡El enemigo interno! El temor de los musulmanes pues nada tenía de imaginario y las siguientes horas lo iban confirmando, sobre todo cuando otro factor vino a acrecentar el pánico: Los banu Quraiza decidieron, ese mismo día, cortar drásticamente todo suministro a los musulmanes en el interior de Medina. El panorama no podía ser más sombrío y más penoso. Por una parte las facciones aliadas asediaban con sus más de diez mil hombres la ciudad, mientras los judíos habían abierto una brecha, en la retaguardia de Medina, muy difícil de cerrar.

En cuanto a los hipócritas, ¡la ocasión era única!. Era el mejor momento para asestar el golpe definitivo a la ya tambaleante moral de los musulmanes. Así que comenzaron su actuación con una serie de insidiosas y agrias críticas:

"Hace pocos días, Muhammad nos prometía las llaves de Persia y Bizancio, con los tesoros de Cosroes y del César, pero ahora nos encontramos con que no estamos a salvo, ni siquiera para hacer nuestras propias necesidades."

Otros, que se encontraban en primera línea, se presentaron ante el Profeta donde le plantearon otra cuestión:

“Tienes que permitirnos el regreso a nuestras casas, pues se encuentran totalmente al descubierto ante cualquier ataque enemigo.”

Incluso, un sector de los banu Sálam se mostró casi decidido por la retirada, amenazando con abandonar sus posiciones defensivas en torno a la trinchera.

Estos signos de derrotismo serán muy criticados días más tarde, en la misma Sura 33 del Sagrado Corán:

«Y de cuando los hipócritas y los enfermos de espíritu dijeron: “Dios y Su enviado no nos prometieron más que ilusiones”, y un grupo de entre ellos dijo: “¡Gente de Yazreb (Medina)! Este no es lugar de estancia para vosotros ¡Regresad, pues!” Y otros pidieron permiso al Profeta, diciendo: Nuestras casas están indefensas. en realidad, no es que sus casas estuvieron indefensas, porque no pretendían más que buir.»

El Sagrado Corán (33:12-13)

Mientras los acontecimientos se sucedían vertiginosamente, el Profeta decidió retirarse a su tienda, con el propósito de elevar sus súplicas a Dios, además de reflexionar y meditar. Se cubrió con su túnica y comenzó a rezar con toda devoción. Pocas horas después, ¡La esperanza volvió a resurgir y sus primeros rayos comenzaron a resplandecer!. Muhammad se levantó, salió de su tienda y dirigiéndose a sus compañeros, dijo:

“¡Dios es el Supremo! Oh musulmanes, alegraos con la buena nueva. ¡Dios nos concederá Su victoria!”

Sin perder un solo instante, el Profeta concibió nuevos planes para hacer frente a las facciones aliadas y superar, con todos los medios disponibles, aquella crítica situación. El paso más urgente que había que dar era, con toda seguridad, atajar las peligrosas secuelas que estaba causando la traición de los banu Quraiza; pero Muhammad tenía también que buscar otra decisiva medida encaminada a romper aquella inusitada alianza.

Para lo primero, ordenó la formación de importantes patrullas cuyo cometido no era otro que garantizar la plena seguridad dentro de Medina. En cuanto a la otra cuestión, la de provocar la división entre las filas de las facciones aliadas, Muhammad convocó a consultas a los dos máximos líderes de los Ansar: Sa'd Ibn Mu'az y Sa'd Ibn Ubada. El audaz planteamiento del Profeta era el siguiente: Iniciar una ronda de conversaciones con los jefes de Gatafán, la segunda fuerza en orden de importancia dentro de la alianza, con el concreto objetivo de negociar su retirada a cambio de entregarles la tercera parte de las cosechas de Medina. De este modo, los musulmanes tendrían mayor posibilidad de enfrentarse y vencer a los quraichitas.

A pesar de los inequívocos visos de éxito con que contaba este plan, los dos líderes de Medina ofrecieron otra opinión: “¡Oh Enviado de Dios!. Si es Dios quien te lo ordenó, nosotros lo actamos y te obedecemos. Pero, si lo haces pensando en nosotros, diremos que no podríamos aceptarlo. Todavía nos acordamos de cuando esta gente no podía aspirar a probar nuestras frutas si no era comprándola ó como invitados nuestros. ¿Cómo podríamos aceptar tu idea, ahora que Dios nos honró y dignificó con el islam y con tu presencia entre nosotros?”

El Profeta, muy emocionado, asintió diciendo: "La idea que os sugerí fue al pensar en todos vosotros, cuando vi que estas tribus árabes os estaban atacando con el mismo arco".

No obstante, los designios de Dios Todopoderoso eran, más bien, otros y, muy pronto, el panorama iba a cambiar radicalmente.

Ese mismo día, y muy discretamente, se presentó ante el Profeta un hombre de Gatafán –Nu'aim Ibn Mas'ud– para decirle: "¡Oh, Enviado de Dios! Hace tiempo que soy musulmán sin que mi gente lo sepa hasta el momento. Así que ordename lo que quieras."

Fue entonces cuando el Profeta le respondió: "La guerra es una cuestión de estratagemas. Así que ¡Haz todo lo que esté a tu alcance para debilitar al enemigo!"

Recibida esta escueta instrucción del Profeta, Nu'aim salió presuroso hacia el encuentro con varios líderes de banu Quraiza, pues mantenía con ellos una vieja amistad. Allí, comenzó la ejecución de su elaborado plan, diciéndoles: "Conocéis muy bien mi entrañable amistad con vosotros así como los especiales lazos que nos unen... La situación se ha vuelto un poco extraña y, por ello, quisiera comentarla con vosotros... Ahora, los quraichitas no la contemplan del mismo modo que vosotros... Aquí, en Medina, vosotros tenéis vuestras tierras, mujeres y niños, pero tanto los quraichitas como los de Gatafán, a quienes habéis respaldado en esta guerra en contra de Muhammad, vienen en busca de una fácil oportunidad y, si no la encuentran seguramente darán la vuelta y, con ello, muy pronto estaréis solos ante los musulmanes".

El planteamiento de Nu'aim no era descabellado, incluso provocó la seria preocupación entre los banu Quraiza, quienes le preguntaron: "Pero, y ¿Qué podemos hacer ahora?"

Nu'aim replicó: "No debéis luchar al lado de los quraichita en tanto no tengáis plenas garantías... Que os entreguen varios de sus hombres como rehén".

Los líderes judíos agradecieron a Nu'aim esta sugerencia y le despidieron diciéndole: "Sin duda alguna, tu idea es la mejor... La más acertada".

Nu'aim prosiguió, entonces, con la segunda etapa de su plan y se dirigió al campamento quraichita, donde dijo a sus jefes: "En más de una ocasión he demostrado mi gran cariño por vosotros además de ofreceros mis consejos más desinteresados... Y, sinceramente, no puedo ocultaros que los judíos se han arrepentido de haber violado sus pactos con Muhammad, incluso le notificaron, para congraciarse con él, que tomarían a rehén de entre vosotros, con el propósito de entregárselos. Asimismo, apoyarán a los musulmanes en contra de vosotros en la batalla... Pienso, que no debéis acceder a su petición de entregarles a vuestros hombres..."

Esta misma escena fue repetida, horas más tarde, en el campamento de los Gatafán. ¡Las primeras maniobras de esta extraordinaria argucia estaban ya en marcha! El éxito de Nu'aim no tardaría en llegar y aquella misma noche, la del primer sábado del mes de Dhu al Qui'da (27 de marzo del 627 D.C.), los quraichitas decidieron el envío de un emisario a los banu Quraiza. El mensaje, aunque breve, era contundente: "La situación y el terreno en donde nos encontramos no son aptos para prolongar nuestra estancia por más tiempo, asimismo estamos sufriendo grandes dificultades. Hemos decidido que mañana sea el día de la confrontación definitiva contra Muhammad".

Ka'b, líder indiscutible de banu Quraiza, reaccionó con vacilación: "Mañana es sábado y, de ningún modo podemos violar nuestro día sagrado. Aún así, no saldremos a luchar a vuestro lado mientras no tengamos a guerreros vuestros entre nosotros".

Esta respuesta de Ka'b cayó como jarro de agua fría sobre los quraichitas y los Gatafán... ¡Nu'aim tenía toda la razón: sus palabras se han cumplido al pie de la letra!

La indignación de Abu Sufian, comandante en jefe de los aliados, no tenía límites. Acto seguido envió a Ka'b una nueva misiva de tono, si cabe, más rotundo:

“No entregaremos a hombre alguno. Preparaos ahora mismo para salir a luchar junto a nosotros en el combate”.

Tras esta conminación, a los banu Quraiza no les quedaba duda alguna acerca de la sinceridad de Nu'aim.

La división entre las facciones aliadas era ya una evidente realidad. La moral entre sus tropas iba minándose, poco a poco, hasta el derrumbamiento total.

Mientras tanto, en aquellas horas tan decisivas, el Profeta con todos sus compañeros insistían en sus plegarias y súplicas a Dios, el Clemente, el Misericordioso:

“Dios mío, concédenos la fuerza para cubrir nuestros puntos débiles... Dios mío, protégenos y lleva la calma a nuestras desasosegadas almas... Dios mío; Tu que nos revelas La Escritura, y que repartes la Justicia... Derrota a las facciones aliadas... Dios mío, véncelos y siembra el pánico entre ellos”.

...Y, la ayuda de Dios no se hizo de esperar. Aquella misma noche, se desataron fuertes tormentas con lluvias torrenciales. Los truenos eran ensordecedores y los relámpagos cegaban, mientras que el viento alcanzaba velocidades tan sorprendentes que arrancaba las tiendas en los campamentos de las facciones aliadas, causando verdaderos estragos entre sus filas...

Presa del pánico y de la confusión más absoluta, los líderes de esta alianza pudieron comprobar que era inútil proseguir con los planes de invasión de la ciudad de Medina para aniquilar a Muhammad. Sin esperar a que amaneciera, uno de los más destacados comandantes quraichitas –Talha Ibn Juailed– se levantó a toda prisa para recomendar a sus compañeros la retirada inmediata: “Debemos salvar la vida de estos miles de soldados –advirtió– y creo que esta terrible manifestación de la naturaleza no es sino el signo inequívoco de un inminente ataque de Muhammad”.

Abu Saffian, consciente de haber perdido la iniciativa, se unió muy pronto a la postura de Talha y, acto seguido, se dirigió a su gente: “Oh quraichitas, estoy seguro de que este lugar ya no es el más adecuado para vosotros. Todos hemos observado cómo fueron arrancadas las palmeras de cuajo y los fuegos apagados. Además, muchos de nuestros camellos han perecido. La tormenta ha cobrado su tributo, y, por último, los banu Quraiza nos han abandonado para cooperar con el enemigo. Así que vámonos cuanto antes de aquí. Yo, seré el primero en partir”.

De este modo y una vez que se dio la orden de retirada, los ejércitos de las facciones aliadas se prepararon a toda prisa para la marcha. Los soldados no tenían más preocupación que la de llevarse lo imprescindible, lo preciso para poderse desplazar... Su único objetivo era salvar cada uno su propia vida.

Cuando amaneció, el Profeta envió a Huzaifa Ibn Al Yaman a inspeccionar la situación al otro lado de la trinchera. Al poco tiempo, Huzaifa volvía, como una exhalación. Con la alegría brillando en sus ojos y, sin desmontar de su veloz caballo, gritó: “Todos se han marchado, no queda enemigo alguno alrededor de Medina”.

Los musulmanes no podían creer lo sucedido y, en pocos momentos, toda la ciudad estallaba de alegría... El Profeta y sus compañeros no cesaban de alabar a Dios, dándole las gracias

por haberles concedido una victoria tan decisiva y con tan pocas bajas.

Si bien es verdad que esta campaña, ante las facciones aliadas, no representó un enfrentamiento militar a gran escala, se puede decir con toda certeza que fue una batalla sin precedentes como guerra de nervios, que puso al descubierto las verdaderas intenciones de banu Quraiza además de probar su alta traición.

EL PRECIO DE LA TRAICION

Que duda cabe que el vil papel desempeñado por los banu Quraiza durante el terrible asedio, al violar todos y cada uno de los pactos acordados con Muhammad, además de cortar los suministros a la población en Mediana, sin olvidar los actos de sabotaje que llevaron a cabo, no podía tener más que un solo calificativo: ¡Alta traición!... Fueron demasiados elementos en contra como para ignorar el riesgo que corrieron tantas vidas musulmanas en tan breve espacio de tiempo. El Profeta no podía dejar a los banu Quraiza sin darles una lección ejemplar. ¡Era evidente la necesidad de acabar, por una vez, con tan anómala situación!

El almuédano, siguiendo las instrucciones del Profeta, no tardó en proclamar: "El musulmán, que se precie de saber escuchar y obedecer, no realizará la oración de media tarde (Asr) más que en los barrios de banu Quraiza".

Era la clara indicación de que todos los musulmanes tenían que dirigirse cuanto antes al lugar indicado, y esperar allí las órdenes de Muhammad. El portaestandarte musulmán, para esta ocasión, fue Alí Ibn Abu Taleb... Se iniciaba, de este modo, la marcha hacia el mencionado objetivo.

Las primeras patrullas de la vanguardia musulmana alcanzaron los límites del citado barrio sobre el medio día y tomaron posiciones en espera de completarse la movilización general. En estos instantes, Alí Ibn Abu Taleb con un grupo de compañeros, se aproximó aún más y pudo escuchar los insultos que los judíos proferían en contra de los musulmanes en general y de Muhammad en particular. Entre ellos se encontraba –como no– el líder de banu al Nadir, el mal recordado Hayay Ibn Ajtab.

Huyay había regresado con los banu Quraiza, en cumplimiento de la promesa que hizo ante Ka'b Ibn Asad de compartir con éste cualquier riesgo que pudieran acarrearle las adversas circunstancias. Huyay no cesaba en sus arengas a banu Quraiza animándoles para salir al paso de los musulmanes.

Con gran asombro, Alí, al frente de aquellas primeras patrullas, descubrió que los banu Quraiza habían puesto en pie de guerra y en formación de combate a más de mil quinientos soldados... Fue, sin duda alguna, la prueba irrefutable acerca de su premeditada disposición de atacar –por la espalda– a los musulmanes, en el marco del ya fracasado plan de las facciones aliadas.

Muhammad, que fue informado de estas nuevas particularidades, ordenó el bloqueo total contra banu Quraiza. Mientras tanto, las fuerzas musulmanas iban llegando al lugar para tomar parte en este anunciado asedio. Con la caída de la noche, el cerco se había completado y su eficacia era total.

Los días se fueron consumiendo sin que los banu Quraiza dieran signos de debilidad o mostraran inclinación alguna por rendirse. Pero, y a pesar de las grandes reservas que guardaban, pronto habrían de llegar a la conclusión de que sus víveres y fortificaciones no les iban a solucionar absolutamente nada. La moral de los banu Quraiza, que en ningún momento habían salido de sus fortalezas y castillos, iba cediendo poco a poco, y era evidente que, después de

veinticinco días de bloqueo y con tres mil soldados rodeando prácticamente toda la zona, tarde o temprano tendrían que rendirse y pagar por sus abyectos crímenes. En definitiva, el pánico fue apoderándose de ellos y en poco días, perdieron toda esperanza.

Fue entonces cuando Ka'b Ibn Asad, su máximo líder, se dirigió a su gente para replantear la situación:

“¡Por Dios! Ya habíamos comprobado que Muhammad es el Enviado de Dios y, de acuerdo con nuestras Escrituras, es el mismo que tanto hemos esperado. Por ello, os propongo tres alternativas: Que todos abracemos el Islam, con lo que tendremos plenas garantías acerca de nuestras vidas y posesiones; la segunda alternativa consistiría en acabar con la vida de nuestras mujeres y nuestros niños para, acto seguido, salir al encuentro de los musulmanes en una lucha a muerte. La última, sería elegir un sábado para atacar a los hombres de Muhammad, pues ellos por respeto a nuestro día sagrado no nos atacarían un sábado y tampoco esperarían un ataque nuestro. La sorpresa, de este modo, sería nuestra mejor aliada”.

No obstante estos esfuerzos de Ka'b y ante su estupefacción, los banu Quraiza rechazaron las tres sugerencias. Ka'b, montando en cólera, les criticó duramente: “Ninguno de vosotros, desde que nació ha sabido jamás tomar una determinación”.

A pesar de todo, aún les quedaba a los banu Quraiza una última solución: ¡Aceptar el arbitraje del propio Muhammad!

Para tantear la cuestión, Ka'b pidió al Profeta que le enviara a Abu Lubaba para entablar consultas, pues Abu Lubaba, además de ser vecino, mantenía con los banu Quraiza antiguas relaciones de afecto y amistad.

En el curso de esta entrevista, los jefes de banu Quraiza preguntaron, ansiosos, a Abu Lubaba. “¿Te parece acertada la idea de acep-

tar el arbitraje de Muhammad?" Abu Lubaba respondió sin vacilar: "Sí, desde luego que sí". Pero, a continuación, les indicó con el dedo que la sentencia del Profeta podía incluir, la pena capital, si no accedían.

Hecho este gesto, Abu Lubaba se dio cuenta de haber cometido un grave error. Inmediatamente, decidió dar por concluido este encuentro y salir, a toda prisa, hacia la mezquita. Una vez allí, se ató a sí mismo al pilar central de la mezquita, jurando que no dejaría a nadie que le soltara sino fuera el Profeta en persona. Cuando Muhammad fue informado de cuanto había sucedido, dijo: "Si hubiera acudido a mí, le habría pedido a Dios que le perdonara, pero, a la vista de lo que ha hecho después, no seré yo quien le libere hasta que Dios se apiade de él".

En cuanto a banu Quraiza, y a pesar de las insinuaciones de Abu Lubaba, finalmente decidieron resolver la situación aceptando el arbitraje del Profeta. Después de conocer esta noticia, varios líderes de los Aus se apresuraron a pedir a Muhammad una suave sentencia olvidando, aunque fuera por pocos momentos, que los propios banu Quraiza habían estado a punto —no hacía mucho tiempo— de aniquilar a todos los musulmanes, dentro del plan ya mencionado de las facciones aliadas. El Profeta les preguntó entonces: "¿Aceptáis la sentencia que diera un hombre de entre vosotros? Los Aus respondieron afirmativamente. "¿Y, si ese hombre fuera Sa'd Ibn Mu'az?..." Esta última propuesta del Profeta fue aceptada, sin ningún reparo, tanto por los Ansar como por los banu Quraiza. Todos aclamaron: "Sí aceptamos".

Esta elección fue notificada a Sa'd, quien guardaba cama por las heridas sufridas durante las escaramuzas de la batalla anterior, en una tienda que el Profeta había ordenado que le instalaran dentro de la mezquita. En su camino hacia el territorio de banu Quraiza, varios musulmanes de los Jazray se le aproximaron una y otra vez, con el ánimo de presionarle: "¡Sé prudente!, ¡debes mostrar clemen-

cia!, ¡Dicta una sentencia suave!, ¡No olvides que los banu Quraiza fueron, un día tus aliados!”.

Sa'd, al sentirse tan abrumado, no pudo resistir por más tiempo y, finalmente, exclamó: “¡Es hora ya de que no tenga miedo a los reproches! Y, dirigiéndose a judíos y musulmanes, preguntó: ¿Aceptáis mi arbitraje? Todos dijeron que sí, pero Sa'd insistió ¿Y mi sentencia será firme? Unos y otros asintieron afirmativamente. Aún así, Sa'd se dirigió con la mirada hacia el Profeta quien respondió: “Acepto tu sentencia que también será firme para mí”.

Sa'd Ibn Mu'az meditó, reflexionó y poco más tarde, dictó su sentencia: “¡Los hombres combatientes de banu Quraiza han de pagar, con sus propias vidas, la alta y vil traición que cometieron! ¡El resto de la población, entre ellos mujeres y niños, se tomarán como cautivos y, por último, se confiscarán todas las propiedades de banu Quraiza!”

Hay que destacar, en estos momentos, y a pesar de la aparente dureza de la sentencia, que el Profeta perdonó la vida a todos los judíos que decidieron abrazar al Islam, incluso a otros, por intercesión de varios de sus compañeros. Algunos historiadores apuntan también a que el propio Profeta se casó con Raihana una mujer judía después de concederle la libertad.

En otro orden de cosas y, de entre los hombres que perdieron la vida aquel mismo día, se encontraba el principal conspirador y máximo inspirador de todo cuanto había sucedido en las últimas semanas: Huyay Ibn Ajtab. Asimismo, otra mujer judía sufrió la pena máxima como consecuencia de haber asesinado, días antes, a un hombre.

Con toda esta serie de acontecimientos, consecuencia fundamental de la alta tradición protagonizada por los banu Quraiza, y a pesar de la contundencia de la sentencia de Sa'd Ibn Mu'az, la mayoría de los investigadores de aquellos sucesos históricos reprochan a los judíos su postura. cabe resaltar en este sentido la dura crítica vertida por

el Dr. Israel Wolfensen, prestigioso historiador judío, quien escribió en su obra "Los judíos en Arabia", textualmente:

«Aquellos (judíos) tenían la obligación de no caer en esta clase de tentaciones y verse envueltos en un error tan garrafal.. Debían sacrificar cualquier interés material incluso la vida con tal de favorecer la caída del paganismo. Además, al aliarse con los paganos estaban en realidad causando daño a sí mismos y contradiciendo las enseñanzas de La Toráh que les ordena el rechazo, el repudio, e incluso la oposición abierta contra los paganos.»

Volviendo con Abu Lubaba, podemos decir que después de haberse mantenido atado durante cinco o seis días, excepción hecha del tiempo de plegaria, le llegó el perdón de Dios. Su mujer salió inmediatamente para comunicarle la buena nueva, una vez conocida la revelación coránica a este respecto:

«Otros en cambio, han reconocido sus faltas. Habían mezclado obras buenas con otras malas. Tal vez Dios les perdone. Dios es Indulgente, Misericordioso.»

El Sagrado Corán (9:102)

Un grupo de los compañeros de Abu Lubaba acudieron rápidamente para desatarle pero él se negó rotundamente, a menos que fuese el Profeta en persona quien le pusiera en libertad. En la madrugada siguiente, el Profeta, en su camino hacia la mezquita, puso en libertad al arrepentido Abu Lubaba.

Con este episodio damos por finalizada una de las páginas más trascendentales, donde muchos investigadores consideran, y con cierto, que esta campaña fue la más decisiva en toda la historia del Islam.

274

CAPITULO XVIII

LA QUINTA COLUMNA LA CAMPAÑA DE BANU AL MUSTALEQ

Esta expedición, que no se destacó precisamente por su amplio despliegue militar ni tuvo mucha relevancia desde el punto de vista estratégico, se caracterizó sin embargo por una serie de acontecimiento que provocaron la confusión y un cierto desorden dentro de la sociedad islámica.

De entre los elementos más sobresalientes de esta campaña podemos mencionar uno muy positivo, tal como es el dejar definitivamente en evidencia a los hipócritas que formaban parte de dicha sociedad, lo cual contribuyó a la consolidación de la legislación islámica y reforzó la imagen de nobleza, generosidad y pureza de alma de los miembros de toda la comunidad.

Vamos a resumir primero lo sucedido en esta expedición para relatar más tarde las circunstancias que la rodearon: eran los últimos días del mes de Rayab del sexto año de la Hégira (primera semana de diciembre del 627 d. C.) cuando Muhammad tuvo conocimiento de que Al-Harez Ibn Abu Dirar, jefe de la tribu de Banu al-Mustaleq, había consolidado sus alianzas con otras tribus árabes con el propósito de llevar a cabo un amplio ataque en contra de la ciudad de Medina. Para este siniestro propósito, Al-Harez salió de su territorio encabezando sus propias tropas que fueron apoyadas por un importante contingente de las citadas tribus.

Para cerciorarse, Muhammad recurrió a los servicios de Bureida Ibn Al-Hassib con el fin de averiguar la veracidad de las informaciones recibidas. Bureida, sin perder tiempo alguno, partió rápidamente para entrevistarse personalmente con Al-Harez, regresando muy poco tiempo después para confirmar ante el Profeta la noticia del inminente ataque.

Ante esta situación, el Profeta convocó urgentemente a sus compañeros y consejeros más allegados, tomando la decisión de prepararse para salir al encuentro del enemigo. En esta ocasión, el contingente musulmán salió acompañado por un grupo de hipócritas que habían abrazado el Islam de un modo más aparente que real y que aún no habían participado en batalla alguna. Mientras que el estandarte del ejército musulmán era entregado a Abu Bakr, la bandera de los Ansar fue entregada a Sa'd Ibn Ubada.

La partida tuvo lugar el día 2 de Cha'ban del sexto año de la Hégira (16 de diciembre del 627 d. C.). En el transcurso de la marcha hacia el encuentro con el enemigo, fue localizado y eliminado un espía de Al-Harez; medida ésta que no tardó en ser conocida por las tropas atacantes, quedando el pánico y el terror sembrados entre sus filas y provocando que muchas de las tribus beduinas que se habían unido a Al-Harez se echasen atrás, buscando el camino más fácil para la huida.

La batalla entre ambos bandos aconteció en las cercanías de un pozo de agua llamado Al-Muraisi', comenzando el choque con el mutuo lanzamiento de flechas durante un rato y, a continuación, el Profeta dio instrucciones a sus hombres para realizar un ataque frontal y en bloque. En pocas horas, la victoria se resolvió fácilmente a favor de los musulmanes, los cuales hicieron estragos en las filas de sus contrincantes, causando numerosas bajas, entre las cuales se encontraba el propio Al Harez. En cambio, hubo tan sólo una baja entre los musulmanes.

Entre los prisioneros, se encontraba Yuwairiya, hija de Al-Harez, a quien el Profeta concedió la libertad y le propuso el matrimonio. Este acertado enlace dio lugar a que los musulmanes se decidieran por conceder una masiva manumisión de la tribu de Banu Al-Mustaleq, que a causa de este reciente matrimonio de Muhammad con Yuwairiya, se habían terminado convirtiéndose en familiares del Profeta.

ACTIVIDADES DE LOS HIPOCRITAS ANTES DE LA EXPEDICION

En otro orden de cosas, no era ningún secreto que Abdulah Ibn Ubay estaba lleno de rencor contra el Islam y su Profeta debido a que la llegada de éstos, unos seis años antes, dio al traste con su inminente coronación en Medina, puesto que las dos tribus más importantes de la ciudad (los Aus y los Jazray) se habían puesto de acuerdo en que fuese Ibn Ubay quien reinase sobre ellos, hasta que vino el Islam y todos aceptaron el liderazgo del Profeta.

Su animadversión hacia el Islam quedó reflejada -tanto antes como después de manifestarse aparentemente como musulmán- en diferentes conspiraciones que llevó a cabo. Estaba aliado con todos los enemigos de los musulmanes. Detrás de casi todos los problemas que afectaban a la ciudad, allí estaba la mano de Ibn Ubay. Ejemplo de ello es el conflicto de los judíos de Banu Qainuqa', el intento de sabotaje en la batalla de Uhod, etc.

Entre sus taimadas fechorías destacaba el hecho de hablar hipócrita y públicamente todos los viernes, antes del discurso de la oración, recordando a los musulmanes su deber de escuchar y obedecer las palabras del Profeta. Sin embargo, esa actitud hipócrita duró poco tiempo, ya que tras su actuación el día de la batalla de Uhod, los musulmanes ya no le permitieron más sus cínicas representaciones, lo que provocó que ese viernes saliese enfurecido de la mezquita.

Otro tipo de actividad llevada a cabo por Ibn Ubay y sus acólitos, en vísperas de la batalla de la Trinchera, fue la de provocar desaliente y desesperanza entre la tropa musulmana. Una evidente acusación de esta nefasta actitud la podemos observar en las palabras reveladas en el Corán en la Sura de Las Facciones Aliadas, donde se hace clara referencia a esta intriga:

«Y cuando los hipócritas y los enfermizos de espíritu decían: Dios y Su Enviado no nos han prometido más que vanas ilusiones.»

Hasta donde dice:

«Crean que las Facciones aún no se han marchado. Si las Facciones volvieran de nuevo, desearían ser habitantes del desierto como los beduinos, solicitando noticias acerca de vosotros. Pero si hubiesen estado entre vosotros, no hubiesen combatido más que muy poco.»

El Sagrado Corán (33:12 y 20)

Ante el conocimiento por parte del bloque enemigo del Islam -formado por politeístas, judíos e hipócritas- de que el potencial bélico de los musulmanes no radicaba en una supremacía armamentística y logística cuantitativa, sino en sus valores morales ejemplares, es decir, en una supremacía de carácter cualitativo, se dedicó a emprender una guerra propagandística en contra del Islam y de su Profeta. La vanguardia de este nuevo frente fue tomada por los hipócritas -con Ibn Ubay a la cabeza-, dada su privilegiada posición estratégica, pues convivían con los musulmanes en Medina.

Otra de las oportunidades aprovechadas por los hipócritas para desestabilizar la sociedad islámica de Medina fue el matrimonio del

Profeta con Zainab, ex-esposa de Zaid, hijo adoptivo de Muhammad. Los hipócritas utilizaron este acontecimiento para acusar al Profeta de transgredir la norma Coránica que limita el número de esposas a cuatro. Mas, la revelación Coránica fue clara y tajante, permitiendo a un hombre casarse con la ex-esposa de su hijo adoptivo, por no ser considerado como hijo carnal, además de permitir al Profeta –y sólo a él– casarse con más de cuatro:

«Dios no ha creado, para ningún hombre, dos corazones en su pecho ni ha convertido vuestras esposas en vuestras madres por el hecho de que las llaméis madres, tampoco ha hecho que vuestros hijos adoptivos sean vuestros verdaderos hijos.»

El Sagrado Corán (33:4)

Y en otro versículo afirma:

«El Profeta no será en absoluto reprochado por llevar a cabo lo que Dios le permitió...»

El Sagrado Corán (33:38)

Con todo esto, es también de destacar que tanto los musulmanes como el Profeta soportaban con prudencia y paciencia todas estas insidiosas críticas.

ACTIVIDADES DE LOS HIPOCRITAS DESPUES DE LA EXPEDICION

Al unirse los hipócritas a las filas de los musulmanes en esta expedición, fue confirmado el siguiente versículo:

«Si hubieran salido con vosotros, no os habrían proporcionado más que ruina, y se habrían apresurado a propagar las calumnias entre vosotros, buscando soliviantaros.»

El Sagrado Corán (9:47)

En este sentido, creemos que es del todo necesario relatar, aunque muy brevemente, dos acontecimientos que por su especial gravedad nos pueden situar en aquella peligrosa circunstancia suscitada por los mencionados hipócritas:

El primero de ellos ocurrió en el mismo escenario de al Muraisi', en donde los musulmanes se codeaban cerca del pozo con el propósito de sacar agua, pues era más bien escasa, hasta el extremo de que un criado de Umar Ibn Al Jattab llamado Yahyah, se había enzarzado en una acalorada discusión con un hombre de los Ansar: Sinan Al Yuhani. Fue entonces cuando Sinan alzó su voz pidiendo socorro a los Ansar, pero la réplica de Yahyah también fue inmediata solicitando el respaldo de los Muhayirun.

La situación se tornó, en pocos momentos, muy tensa y dramática, pues los dos grupos principales de la comunidad musulmana se encontraban al borde del enfrentamiento real.

El Profeta, gran conocedor de la mentalidad social de la época, intervino rápidamente diciendo: "¿Acaso pretendéis la vuelta a la época de la ignominia, estando yo aún entre vosotros? Abandonar estas pretensiones pues son corrompidas y fétidas."

Muy pronto, este incidente llegaría a los oídos de Ibn Ubay, quien con su habitual cinismo comentaría: "Estos emigrantes nos están haciendo la vida difícil en nuestra tierra. Qué cierto es aquel dicho: Engorda a tu perro y te comerá. Pues juro por Dios que al

regresar a Medina, los más dignos echarían a los más despreciables.”

Las humillantes palabras de Ibn Ubay, provocativas y despectivas, no tardaron en ser conocidas por Muhammad y sus compañeros quien, haciendo gala de una admirable sabiduría, impidió la lógica reacción de los musulmanes que se habían levantado para castigar al insolente de Ibn Ubay. Lejos de tomar cualquier medida de revancha, el Profeta dio sus órdenes para levantar el campamento y ponerse inmediatamente en marcha.

Más de un día entero duró esta marcha sin descanso alguno; y a la mañana siguiente, Muhammad concedió permiso a sus tropas para descansar: Los musulmanes, exhaustos, se echaron a tierra sumidos en un profundo sueño, olvidándose casi por completo de este incidente. Más tarde, y con los ánimos más apaciguados, algunos musulmanes criticaron duramente las palabras injuriosas de Ibn Ubay; Sin embargo, éste no dejaba de jurar y perjurar negando cualquier relación con el citado incidente. Pero aquel mismo día fueron revelados los siguientes versículos:

«Son quienes dicen: No gastéis en favor de quienes se encuentran con el Enviado de Dios y, de este modo le abandonarán; Cuando todos los tesoros de los cielos y la tierra pertenecen a Dios, pero los hipócritas no lo comprenden. Ellos dicen también: Al regresar a Medina, ciertamente el más digno expulsará de la misma al más despreciable; Cuando la dignidad auténtica corresponde a Dios, a su Enviado y a los creyentes; pero los hipócritas lo desconocen.»

El Sagrado Corán (63:7-8)

Una vez conocida esta revelación y, antes de alcanzar las puertas de Medina, el propio hijo de Ibn Ubay salió al paso de su padre impidiéndole que prosiguiera su marcha y, en tono desafiante le dijo: "¡Por Dios! Nunca pasarás sin el permiso del Enviado de Dios, pues él es el más digno y tú no eres sino el más miserable". Sin embargo, y momentos después, Muhammad llegaba a donde se encontraban ambos autorizando la libre entrada de Ibn Ubay en Medina.

El segundo y más grave de aquellos incidentes lo constituye, sin duda alguna, la infame calumnia levantada en contra de la honra de A'icha, pues durante aquella expedición el Profeta iba acompañado por su esposa A'icha y en el último tramo del camino de regreso los musulmanes acamparon para disfrutar de un merecido descanso. Al día siguiente, A'icha se quedó rezagada buscando un collar que había echado en falta la noche anterior, pero desgraciadamente unos compañeros llevaron su palanquín sobre el lomo de un camello creyendo que ella se encontraba dentro del mismo, pues era muy delgada y ligera de peso. La expedición levantó el campamento sin notar la ausencia de A'icha. Un joven, Safwan Ibn Al-Muattal, encargado de vigilar la retaguardia musulmana, se dio cuenta de la presencia de A'icha y por ello decidió cederle su camello y llevarla hasta Medina.

En cuanto los hipócritas vieron la entrada de A'icha en Medina montada en el camello de Safwan comenzaron una terrible campaña de descrédito acerca de la honorabilidad de ésta y del comportamiento de Safwan para con ella. El primer murmurador y calumniador fue -cómo no- el propio Ibn Ubay.

A'icha, que al llegar a su casa cayó enferma, no se enteró de la existencia de aquellas ridículas murmuraciones, pero sin embargo, echaba en falta la habitual ternura del Profeta y su acostumbrado cariño. Mientras tanto, los rumores iban extendiéndose como un reguero de pólvora entre toda la población de Medina hasta el punto de que el Profeta buscase consejo entre sus compañeros más

íntimos: Unos le aconsejaron indirectamente que se divorciase de A'icha, pero otros, le pidieron mayor serenidad y que hiciese oídos sordos a las palabras de esta infame calumnia.

La situación era ciertamente muy dramática tanto para el Profeta como para A'icha, amenazando con la desestabilización completa de toda la sociedad. Un mes largo duraría esta durísima prueba, hasta que un buen día la revelación coránica anunció la buena nueva, desvinculando a A'icha de toda mácula y acallando las bocas mal habladas:

«Aquellos que lanzaron la calumnia no son sino un grupo de entre vosotros. No penséis que fue un mal para vosotros; por el contrario, ha sido un bien. Por eso, cada uno de ellos asumirá su parte correspondiente del pecado y, el que haya sido el principal instigador de ello sufrirá un doloroso tormento. Pero ¿por qué los hombres y mujeres creyentes, cuando oyeron hablar de ello, no pensaron bien de sus propias gentes y dijeron: “Esto no es más que una páfida calumnia?”»

El Sagrado Corán (24:11-12)

El Profeta, muy feliz, lo primero que hizo fue comunicar el veredicto revelado a su amada esposa. Pero A'icha, en una reacción lógica y natural, expresó su agradecimiento a Dios, y sólo a El, Su intervención.

Una de las consecuencias de este triste episodio fue la condena y posterior aplicación de castigo a los calumniadores, además de que la nube de incertidumbre que flotaba sobre Medina se dispó rápidamente, con la consiguiente marginación completa de Ibn Ubay –principal artífice de la páfida calumnia– incluso por su propia gente. Extremo éste, que superó con creces cualquier pena o castigo.

284

CAPITULO XIX

EL TRATADO DE HUDAIBIYA

Han transcurrido casi seis largos años desde la histórica fecha en que el Profeta y sus compañeros emigraron desde La Meca a Medina. Y, aunque la mayor parte de este tiempo mantuvo a los musulmanes ocupados con su propia defensa ante una permanente hostilidad a cargo de quraichitas y judíos, también es un hecho incuestionable que el área de influencia del Islam iba ganando, constantemente, en poder y aumentando el número de sus adeptos, a lo largo y ancho de toda la península arábiga.

Hemos de recordar que, dentro del segundo año de la emigración y como consecuencia de la revelación divina se produjo un cambio muy significativo en la vida de los musulmanes, ya que la dirección de la Quibla —Orientación seguida en la oración y hasta entonces establecida en la dirección de Jerusalén— fue sustituida por la nueva y definitiva dirección de La Meca, donde fue construida la primera Casa de Dios (la Ka'ba) por Abraham, padre de todos los profetas, y que había sido reconstruida durante los años de juventud del Profeta, en donde él mismo participó en la mencionada reconstrucción, colocando la “piedra negra” en su lugar correspondiente.

Nuestro querido lector recordará, seguramente, que desde muchos centenares de años atrás, la Ka'ba venía siendo el centro religioso donde las tribus árabes acudían para cumplir con el rito de la

peregrinación. Ciertamente, quien quiera que entrase en aquel recinto se encontraba seguro y a salvo. Tan cierto era esto que incluso los más hostiles enemigos eran incapaces de levantar sus armas en aquel lugar.

Desde la emigración del Profeta a Medina, y como una medida más que añadir a la cruel persecución sufrida, los quraichitas establecieron la prohibición de que los musulmanes entrasen en La Meca. En relación con esta prohibición se produjo la revelación siguiente, y que habíamos reproducido con anterioridad:

«Te preguntan acerca de combatir en el mes sagrado. Di: combatir en ese mes es (ofensa) grave. Pero el apartar del camino de Dios —negándole— y de la Mezquita Sagrada, y expulsar de ella a sus habitantes es aún más grave ante Dios.»

El Sagrado Corán (2:217)

Después de la batalla de Badr, y de forma muy parecida fue revelado el versículo que dice:

«¿Y cómo no va Dios a castigarles cuando impiden (el acceso a los musulmanes) en la Mezquita Sagrada? Ellos nunca fueron sus guardianes, pues sus guardianes no son sino los piadosos. Pero la mayoría de ellos no saben.»

El Sagrado Corán (8:34)

Durante estos seis primeros años fue revelado un buen número de versículos relacionados con la Mezquita de La Meca, a la que Dios había declarado lugar de sosiego y seguridad para toda la humanidad. Desoyendo la fuente de estas revelaciones, los quraichitas nunca quisieron reconocer en Muhammad y sus compañeros más

que a simples hombres que habían abandonado la fe idólatra —la de los dioses Hubal, Isaf y Naíla, entre otros muchos—, y que por esta misma causa debía serles negado el derecho a peregrinar a la Ka'ba, combatiéndolos incluso hasta que reconocieran la fe de sus antepasados.

Los musulmanes sufrieron muy penosamente durante este prolongado tiempo, en el que no pudieron cumplir satisfactoriamente con sus deberes religiosos. Este sufrimiento debió ser aún más intenso en el caso de los muhayirun, que por causa de su destierro se sentían muy alejados de su añorada tierra. A pesar de todo, no había un solo musulmán que no estuviera profundamente convencido de que Dios los ayudaría, a ellos y a su Profeta, a alzarse con la victoria final que daría al Islam la supremacía sobre las demás religiones. Ciertamente, todos albergaban la firme esperanza de que estaba ya muy próximo el día en que Dios habría de abrirles las puertas de La Meca, pudiendo así cumplir con la peregrinación a la antigua Casa, como deber que Dios había establecido a todos los creyentes musulmanes. Si hasta entonces habían sido varios los años de continuo sometimiento a frecuentes batallas, como las de Badr, Uhod y la Trinchera, ahora debía estar muy próximo el día de la tan anhelada y necesaria victoria.

Resulta por demás evidente la grave injusticia cometida por los quraichitas, prohibiendo tan rigurosamente a Muhammad y a sus compañeros la entrada en la Ka'ba, siendo así que la Ka'ba no era ninguna propiedad exclusiva de los quraichitas. Como bien sabemos, los quraichitas disfrutaban por aquel entonces del privilegio de desempeñar algunas de las funciones relacionadas con la peregrinación, tales como las de Sidana, Siquaia y algunos otros servicios anejos al templo. El hecho de que los quraichitas gozaran de aquellos privilegios no les daba ningún derecho para impedir a nadie que pudiera entrar en el recinto sagrado, ya fuera para circunvalarla, ya para cumplir con algunos de sus rituales religiosos.

Si Muhammad vino a despertar la conciencia de los pueblos, llamándolos a abandonar cualquier forma de idolatría, liberándolos así de la ignorancia de aquel paganismo, y a solo rendir adoración al Dios Unico, a comportarse por este mismo amor a Dios de una forma libre y sublime, tomando conciencia de la Unicidad absoluta de Dios, y si esta nueva fe prescribía a cualquiera de sus creyentes cumplir con el deber de la peregrinación a La Meca, esta más que infundada prohibición constituía a todas luces no sólo una clara injusticia sino un verdadero acto de agresión.

De cualquier modo, el auténtico temor de los quraichitas no era otro que con su presencia en La Meca, Muhammad y sus compañeros pudieran ser motivo para que muchos de sus habitantes se sintieran inclinados hacia la fe del Islam, con el consiguiente peligro de acelerar el inevitable derrumbamiento de sus ya desgastadas estructuras socio-políticas. A todo ello, habría además que añadir que los líderes y poderosos de la ciudad tampoco habían olvidado cómo los musulmanes habían obstaculizado, y muy seriamente perjudicado, su rentable comercio de La Meca con la ruta de Damasco.

Resulta, pues, evidente que, a partir de la emigración a Medina, los musulmanes mantuvieron siempre vivo el anhelo de visitar la Ka'ba. Y así sucedió que un día, estando congregados en la mezquita, el Profeta habló a sus compañeros acerca de un sueño que había tenido, en el que vio cómo entraban todos juntos en la Ka'ba, libres ya de cualquier temor, con su cabezas afeitadas o el cabello recortado. Tan grande fue la alegría que produjo esta noticia ofrecida por el Profeta que los musulmanes salieron a difundirla por toda Medina, alabando incesantemente a Dios. A pesar de todo, nadie podía imaginar el momento o el modo en cómo habría de producirse este feliz regreso a La Meca. En aquellos momentos, cada uno se daba en cuestionar sobre si esta entrada tendría lugar tras una larga lucha, o, más bien, que los propios quraichitas se sentirían finalmente inclinados a permitirla, una vez reconocido el indiscuti-

ble poderío y la unánime aceptación que los musulmanes habían conseguido en Medina.

MUHAMMAD LLAMA A LA PEREGRINACION

En realidad, los hechos habrían de suceder de un modo bien distinto. En efecto, el Profeta acaba de tomar una decisión que sorprende a la mayoría de sus compañeros. Es el anuncio de que, coincidiendo con la entrada del mes sagrado de Zul Qui'da, los musulmanes emprenderán la peregrinación menor¹ a La Meca. Con este fin, envió a varios de sus emisarios para que lo hicieran así conocer a todas las tribus, tanto a las que ya eran musulmanas como a las que aún no habían abrazado la fe del Islam. Con esta invitación, el Profeta pretendía que esta fuera una visita de paz, y por ello contara también con el mayor número de asistentes. Una sola preocupación sentía Muhammad: dejar bien claro que su intención no era otra que realizar la peregrinación, y en ningún caso llevar a cabo algún acto de conquista. Ante todo, Muhammad quería proclamar que la peregrinación constituye un deber para cualquier musulmán, y que su cumplimiento fue establecido en el Islam, como ya lo fue también desde los tiempos de Abraham.

El sentido previsor del Profeta había ya meditado profundamente acerca de esta importante decisión, en el caso de que los quraitas se decidieran a presentarle batalla durante el mes sagrado, ello sólo habría de proporcionales el unánime rechazo y la condena de las demás tribus árabes, ya que de esta manera darían la impresión de estar combatiendo la antigua tradición que databa desde el mismo tiempo de Ismael y su padre Abraham... En cualquier caso ¿qué otra cosa podrían argumentar los quraichitas de unos peregrinos llegados a La Meca, en son de paz y en estado de pureza ritual, acompañados tan sólo por el ganado que habrían de inmolar en las

¹ El término árabe es "Umra".

proximidades de la Ka'ba, y sin otra intención que la de circunvalarla?

Después de que Muhammad proclamara públicamente el comienzo de la peregrinación, sólo un pequeño número de tribus aceptó su invitación. La marcha hacia La Meca dio así comienzo el primer día del mes de Zul Qui'da 6.º año de la Hégira (12 de marzo 628), y entre su numerosa participación figuraba, la destacada presencia de los grupos muhayirun y ansar. El propio Muhammad, montado en su camella Qaswá, abría el frente de esta expedición compuesta por unos mil cuatrocientos peregrinos, además de llevar a setenta camellos destinados como ofrenda para el sacrificio. El que todos los participantes aparecieran con la vestimenta blanca destinada para la celebración del Umra era ya una buena señal para cualquier observador de que sus fines no eran otros que los del cumplimiento con un deber religioso.

De esta manera, y una vez que llegaron a las inmediaciones de Dul-Hulaifa, todos los peregrinos procedieron a separar el ganado destinado al sacrificio de aquellas piezas que le fueron confiscadas a Abu Yahl, en la batalla de Badr. Como un dato último podemos reseñar que, entre esta numerosa expedición, se encontraba Um Sálama, esposa del Profeta, acompañándole en este viaje.

La noticia de que Muchammad y sus compañeros habían ya iniciado la marcha hacia La Meca fue recibida por los quraichitas con una mezcla de duda, preocupación y temor. Una vez que ellos habían fracasado en su anterior intento de penetración en Medina, su propia malicia no les permitía comprender que la proclama de Muhammad no revistiera otra intención que la de peregrinar a La Meca. Por esta misma razón, tampoco daban por descartado que los musulmanes en esta ocasión podían albergar además la intención, aún más peligrosa, de conquistar La Meca. De cualquier modo, y al precio que costara, los quraichitas estaban decididos a defender la

entrada de la ciudad, de esta tan para ellos temida presencia musulmana.

Sin un solo minuto que perder, y bajo el mando de los conocidos Jaled Ibn Al Walid y de Ikrima Ibn Abu Yahl, fue organizado un cuerpo de ejército apoyado por unos doscientos hombres a caballo, que dispuestos a tomar posiciones avanzó rápidamente hacia Du Tuwa, en donde podrían frenar el avance musulmán.

Mientras la expedición musulmanes continuaba su pacífica marcha hacia La Meca, el Profeta quiso conocer más de cerca las intenciones de los quraichitas, y más en especial cualquier posible despliegue militar que decidieran llevar a cabo. El hombre designado para esta misión, Bichr Ibn Sufian, después de comprobar los movimientos del ejército de La Meca, regresó al encuentro de la expedición musulmana, encontrándola ya muy próxima a la localidad de Usfan. Una vez ante el Profeta, Bichr le informó. "Ellos están ya enterados de tu marcha y han jurado que no te dejarán entrar en La Meca. Así mismo, Jaled Ibn Al Walid, al frente de la caballería, ha levantado un campamento en las inmediaciones de Kira' Al-Gamim". En aquellos instantes Muhammad exclamó: "¡Ay de los quraichitas, cómo les ha cegado el odio y el deseo de combatir-me!... ¿Qué pueden perder ellos con que yo vaya al encuentro de los demás árabes? Si me rechazan, los quraichitas verán cumplido su deseo. Pero si logro convencerlos, todos entrarán dignamente en el Islam. Y si aún así se resisten, ellos habrán de saber que continuaré luchando por lo que Dios me ha ordenado, y que no descansaré hasta verlo realizado, aunque ello me lleve a entregar la propia vida".

Después de pronunciar estas palabras, el Profeta quedó pensativo: Si tanto él como sus compañeros habían salido de Medina con la sola intención de peregrinar y nunca de combatir, de ninguna manera podía ignorar que muy posiblemente podrían verse obligados a luchar y... quizás a perder, ya que los quraichitas habían sali-

do ahora a su encuentro, a sabiendas de que él y sus compañeros se encontraban indefensos y que, en estas condiciones, una victoria quraichita sería paseada ostentosamente por toda la Península, infligiendo así un golpe mortal al futuro del Islam.

MUHAMMAD DESEA SALVAGUARDAR LA PAZ

Destacándose visiblemente en el horizonte, la presencia de la caballería de La Meca ha servido para poner punto final a las graves reflexiones del Profeta. Los quraichitas vienen dispuestos, en esta ocasión, a acabar de una vez por todas con lo que ellos consideran la peor amenaza para su pequeña patria, y también para su honor. Aunque ni Muhammad ni ninguno de sus compañeros temían a este posible enfrentamiento, también era cierto que no lo deseaban, ya que de verse obligados a luchar, los quraichitas sabrían cómo utilizar este argumento para desprestigiarlos ante las demás tribus de la Península. De cualquier manera, Muhammad es también lo suficientemente sensato y previsor como para no dar al traste con su noble intención pacificadora. Pide, pues, a sus compañeros que busquen algún atajo o camino indirecto que pueda llevarlos hasta La Meca, y que no sea precisamente el principal que mantenían bloqueado ahora los quraichitas.

Después de una laboriosa búsqueda, la expedición musulmana lograba adentrarse por uno de los caminos menos transitados. Ciertamente, se trataba de una ruta desolada y llena de dificultades, pero aún así los musulmanes habían conseguido alcanzar las cercanías del valle de Al-Hudaibiya. Después de continuar adelante la marcha, a través de un terreno montañoso de muy difícil tránsito, y una vez en el valle, la camella del Profeta, Qaswá, detuvo de repente su marcha. Todos pensaron que debería estar agotada, pero el Profeta les dice a sus compañeros que esta detención se debía a la misma fuerza que, en otro tiempo, impidió la entrada del elefante de Abrahá durante su incursión, contra La Meca.

Poco después, y mientras Muchammad iba dando las instrucciones necesarias para acampar en aquel lugar, llegaron hasta sus oídos las quejas de algunos compañeros que no tenían agua para beber. El Profeta mandó llamar inmediatamente a uno de ellos, entregándole una flecha para que la introdujera en uno de los pozos secos esparcidos por aquel lugar. La alegría y el contento general no se hicieron esperar: el agua comenzaba a brotar, ahora, generosamente de su fondo, devolviendo así la tranquilidad a todo el campamento.

Mientras tanto, los quraichitas tampoco habían perdido noticia de esta nueva estrategia desplegada por Muhammad. La nueva orden de sus jefes era regresar ahora a toda prisa a La Meca, con el propósito de mantener una adecuada defensa ante esta supuesta invasión.

UN DIALOGO HISTORICO

Aunque el ambiente que dominaba el campamento musulmán era de pleno acatamiento a la voluntad del Profeta, algunos más impacientes mantenían el criterio de que frente a los quraichitas no había más alternativa que la lucha abierta que pusiera punto final a su permanente hostilidad. De este modo, una victoria sobre ellos supondría, además, verlos despojados del control que venían ejerciendo en las funciones de rifada, Sidana y siqaya, tan directamente ligadas a la peregrinación.

A pesar de cualquiera de estos eventos, la idea fundamental del Profeta durante todo este tiempo fue única e invariable, orientada siempre hacia el noble objetivo de salvaguardar la paz y realizar el Umra junto a sus fieles compañeros. Aunque esta idea, por supuesto, no era compartida por los quraichitas, algo debió moverles, sin embargo, cuando decidieron enviar una delegación de sus hombres al campamento musulmán. En efecto, ésta podía ser una inmejora-

ble ocasión para reconocer sobre el propio terreno los efectivos de que disponían sus temidos enemigos... Y si con todo era posible, tratarían de convencer, además, al propio Muhammad para que abandonara su proyecto de entrar en La Meca.

Entre la delegación quraichita que se había desplazado hasta el campamento musulmán, figuraba presidiéndole Budail Ibn Waraqa, al que también acompañaban varios miembros de la tribu Jusa'a. Aunque el inicio de esta singular entrevista vendría marcado por un tono de natural reserva entre ambas partes, los propios delegados quraichitas iban a quedar muy pronto convencidos de las pacíficas intenciones que animaban al Profeta. Ciertamente, el tono de sincera cordialidad con que Muhammad aborda a aquellos hombres no está por ello exento de cierta firmeza: Sus palabras serán más bien pocas, pero de sus labios brotan con una tal espontaneidad que el ánimo de todos los presentes queda invadido por el inequívoco convencimiento de que su único y verdadero propósito no es otro que honrar la Ka'ba, en compañía de sus fieles seguidores y cumplir con el rito sagrado de la peregrinación.

Los principales de La Meca no debieron sentirse muy convencidos con esta declaración de paz del Profeta, más aún escuchándola de boca de sus propios comisionados. Entre los más radicales se propagaba muy pronto un rumor que alcanzaría aún mayores proporciones: podría tratarse, más bien, de alguna oculta confabulación acordada entre ambas partes.

Entre el grupo de fieles aliados con que contaba La Meca estaban los Ahabich. El jefe mayor de este clan, Hulaish Ibn Alqama, era un conocido beduino al que los quraichitas han propuesto para que oficie como nuevo interlocutor de Muhammad. Pero según hemos de ver muy pronto, en su verdadero fondo, no se trataba más que de una nueva y hábil maniobra de los quraichitas para provocar un enfrentamiento entre ambos líderes y ver así reforzada su alianza con el propio clan Ahabich.

Tan pronto como fue advertida la presencia de Al Hulaiis, en las inmediaciones del campamento musulmán, el Profeta ordenó a sus compañeros que sacasen fuera el ganado destinado al sacrificio, para mostrárselo como prueba irrefutable de sus verdaderas intenciones. Poco después, Al Hulaiis pudo contemplar emocionado el paso de aquellos setenta camellos dedicados como ofrenda. Realmente, esta era una prueba incuestionable de la profunda religiosidad musulmana, y ante esta evidencia Al Hulaiis estimó que no le era ya necesario entrevistarse con Muhammad.

Al Hulaiis regresó, pues, al campamento dispuesto a expresar su nueva opinión a los quraichitas. Naturalmente, sus palabras no debieron ser muy del agrado de los mandos de aquellos quraichitas, quienes le tacharon de no ser más que un pobre beduino. La reacción de Al Hulaiis, pura cólera, después de advertirles que nunca fue su intención buscar una alianza que pudiera impedir a los peregrinos el cumplimiento de sus deberes religiosos, llegó incluso a amenazarlos con la retirada de sus hombres. Ante la gravedad de esta amenaza, los quraichitas decidieron suavizar un poco más el tono de sus palabras, pidiéndole algún tiempo para reconsiderar esta situación.

Tras su último fracaso con Al Hulaiis, los quraichitas optaron por enviar como nuevo interlocutor a Urwa Ibn Mas'ud al Zaqafi, persona de mejor crédito para ellos, el cual rehusó en principio aceptar esta misión por el desconsiderado trato que habían dispensado al anterior emisario. Finalmente, y tan solo después de que los dignatarios de La Meca le aseguraran que respetarían y acatarían sus consejos, Urwa aceptó ir al encuentro con Muhammad.

En la entrevista que mantuvo con el Profeta, Urwa comenzó por recordarle que La Meca era su ciudad natal y que, por este motivo, debía considerar que si su intención era atacarla con la gente que había reunido, tanto él como los propios quraichitas se verían cubiertos con la mayor de las deshonras para toda la eternidad.

El silencio de Abu Bakr, entre ellos presente, se rompió por un momento oponiéndose firmemente a las pretensiones de Urwa, considerándolas como un grave intento de provocar la desunión entre Muhammad y sus compañeros. Entre tanto, y mientras que Urwa había tomado la barba del Profeta entre sus manos, Al Muguira Ibn Chu'ba lo apartó enérgicamente, interpretando aquel gesto como una falta intencionada de respeto hacia el Profeta. Este incidente ha sido particularmente doloroso para Urwa, pues quién acababa de golpearle no era otro que su propio sobrino... Aún así, y después de escuchar los argumentos de Muhammad y ver la inmejorable unión que existe entre los musulmanes, Urwa regresó al campamento y habló así a los quraichitas: “¡Escuchadme!, yo visité a Cosroes, al César y al Negus en sus respectivas cortes. Pero os puedo jurar por Dios que jamás ví a ninguno de ellos tan querido y respetado por su pueblo como Muhammad lo es por sus compañeros. Cualquier pelo que cae de su cuerpo lo levantan cuidadosamente, y así lo hacen con el agua que utiliza para realizar sus abluciones. Por todo ello, puedo deciros que jamás permitirán que alguien ponga una mano sobre él. Muhammad ofrece una solución tan digna como generosa. ¡Mirad, pues, qué decisión tomáis!”

UN EMISARIO DE MUHAMMAD A LOS QURAICHITAS

Las conversaciones entre los dos campamentos venían durando ya algún tiempo, y la falta de una respuesta –pensó el Profeta– podía muy bien ser debida a que ninguno de aquellos tres emisarios quraichitas habría tenido suficiente valor como para expresar su verdadero parecer acerca de las pacíficas intenciones de los musulmanes.

Saliendo al paso de esta situación, Muhammad decidió que había llegado el momento de enviar un emisario que explicara directamente a los quraichitas cuáles eran sus verdaderos propósi-

tos. Sin embargo, para este primer intento de aproximación, los quraichitas no dispusieron, al parecer, de otra respuesta que herir al camello de aquel emisario, y a punto estuvieron de darle muerte de no haber sido por la oportuna intervención de algunos Ahabich, que lograron ponerle finalmente a salvo

Si es un hecho indudable que la hostilidad quraichita no había decaído en un solo ápice, también lo era que en el campamento musulmán comenzaban ya a oírse las primeras voces de impaciencia. En efecto, no eran pocos los que pensaban que sólo las armas era el único lenguaje que conocían los quraichitas, más aún después del último ataque perpetrado por unos setenta hombres de Abu Sufian al campamento musulmán, amparados en la oscuridad de la noche. Pero lejos de conseguir sus objetivos, aquellos hombres cayeron en las manos de la escasa guardia que había dispuesto, habitualmente, Ibn Sálama. El malestar entre los musulmanes era, pues, más que evidente, máxime cuando el propio Profeta había dispuesto el perdón y la libertad de estos agresores, confirmando así su auténtica y pacífica postura de respeto al mes sagrado.

Si esta última acción del Profeta pudo resultar un tanto incomprensible para algunos de sus compañeros, los quraichitas en cambio sí que habían recibido una hermosa y práctica lección: la paciencia de Muhammad y su rectitud de intención eran ciertamente inmovibles, y, desde este mismo punto de vista, cualquier agresión que se decidieran por llevar a cabo contra los musulmanes sería juzgada, inapelablemente, por los demás árabes como un acto de vergonzosa e imperdonable traición.

El Profeta, las bendiciones de Dios sean con él, quiso probar una vez más el camino de la paciencia y el diálogo con los quraichitas, enviándolos un nuevo delegado. El nuevo compañero propuesto para llevar adelante esta difícil misión –Umar Ibn Al Jattab– le expresó al Profeta que, siendo él suficientemente conocido en La

Meca por su marcada enemistad con los líderes quraichitas, tampoco se sentiría muy seguro entre ellos, al no contar allí con ningún respaldo familiar. Sin embargo, el propio Umar le sugirió al Profeta el nombre de Uzman Ibn Affan, como el compañero más idóneo para ir al encuentro de los quraichitas.

Después de aceptar la proposición del Profeta, Uzman partió inmediatamente hacia La Meca encontrando en las afueras de la ciudad a Aban —el hijo de Sa'id Ibn Al A'ss—, quien le brindó toda ayuda y protección, en tanto durase su misión con los quraichitas.

En el transcurso de la entrevista con los dignatarios de La Meca, y una vez que Uzman acabó de exponerles las intenciones pacíficas del Profeta, aquéllos le propusieron que podía circunvalar la Ka'ba, si este era su deseo. La respuesta de Uzman fue, por demás, contundente: "Hemos venido todos para honrar la antigua casa de Dios y sacrificar el ganado que hemos traído como ofrenda. No quisiera circunvalarla antes de que lo haga el propio Enviado de Dios". Si tajante fue esta respuesta de Uzman, más aún lo fueron los qurai-chitas quienes le respondieron diciéndole que también era inalterable su juramente de no dejar entrar a Muhammad en La Meca, durante aquel año.

Las conversaciones duraban más tiempo del previsto y los musulmanes comenzaron a mostrar su inquietud pensando en la suerte que podía haber corrido la vida de Uzman, sobre todo después de que se extendiera el rumor de que Uzman había sido asesinado por los propios quraichitas.

Ciertamente, nadie podía concebir que se hubieran atrevido a darle muerte, tratándose como lo era de un emisario enviado en son de paz, y, más aún en mes y un lugar, considerados como absolutamente sagrados.

EL COMPROMISO DE AL-RIDUAN O DEL BENEPLACITO

Como quiera que Uzman continuaba sin aparecer y la tensión iba en creciente aumento, el Profeta se dirigió a sus compañeros diciéndoles: "Nunca abandonaremos este lugar sin que antes hayamos zanjado esta situación". Acto seguido les llamó a donde él se encontraba, de pie bajo un árbol de aquel valle, y en este mismo lugar se comprometieron, unánimemente, a resistir hasta la muerte. Este juramento de fidelidad y máxima entrega ha sido conocido, desde entonces, con el nombre de Compromiso de Al-Riduan, o del Beneplácito, y que fue recordado y distinguido por la revelación del siguiente versículo coránico:

«Dios concedió su beneplácito a los creyentes que te juraron fidelidad al pie del árbol. El conocía lo que sus corazones encerraban. E hizo descender sobre ellos el sosiego, recompensándoles con un cercano éxito.»

El Sagrado Corán (48:18)

Al término de este solemne e histórico acto, el Profeta pronunció en el nombre de Uzman las mismas palabras del Compromiso, cumpliendo esta voluntad como si él mismo hubiera estado presente.

En aquellos críticos momentos, cuando todos pensaban que el enfrentamiento era ya inevitable, alguien vino a dar la noticia de que Uzman se encontraba aún sano y a salvo. En efecto, el propio Uzman, poco más tarde y en medio de la alegría general, era recibido por todos sus compañeros. A pesar de este feliz desenlace, el Compromiso de Al Riduan ha constituido, desde entonces, una fehaciente prueba histórica de los sólidos lazos fraternales que unen

a todos los musulmanes con su Profeta, y así mismo una evidencia de su arrojo y valentía ante los mayores peligros.

Sin tiempo que perder, Uzman informó al Profeta de la nueva actitud de los quraichitas, quienes habían logrado comprender, al fin, las intenciones pacíficas de los musulmanes. A ello habríamos de añadir, además, que los quraichitas tampoco se sentían demasiado inclinados a iniciar una intervención durante aquel sagrado mes, teniendo en cuenta las graves consecuencias que de la misma podrían derivarse, muy en especial en aquello que podía afectar al desarrollo de su comercio y la seguridad de su futuro. En cualquier caso, lo que realmente buscaban ahora los quraichitas era reanudar cuanto antes las negociaciones con Muhammad, y alcanzar así un acuerdo lo más honorable para ellos.

IAS NEGOCIACIONES Y EL TRATADO DE HUDALBIYA (MARZO DEL 628 D.C)

Para el inicio de esta nueva ronda de negociaciones, los quraichitas enviaron como emisario a Suhail Ibn Amr, con la expresa instrucción de que cualquier acuerdo de paz que alcanzara con los musulmanes lo fuera a condición de que renunciaran a entrar en La Meca durante aquel año.

Tras unas largas y difíciles conversaciones, superadas por el deseo de ambas partes, este acuerdo fue finalmente alcanzado, aunque a bien decir con el patente malestar de algunos musulmanes, muy posiblemente influidos por la postura harto intransigente de Suhail. De todos modos, conviene decir que los musulmanes jamás habrían aceptado los términos de este Tratado, de no haber sido por la absoluta confianza que todos tenían depositada en el Profeta.

La conversación entre Umar y Abu Bakr, que a continuación sigue, es un fiel reflejo del estado de ánimo que reinaba, en aquellos momentos, en el campamento musulmán:

Umar: "¿No es cierto que Muhammad es el Enviado de Dios?"

Abu Bakr: "¡Sin duda, lo es!"

Umar: "¿Y no es también cierto que somos musulmanes?"

Abu Bakr: "Así lo es"

Umar: "Entonces... ¿Por qué cedemos tanto?"

Abu Bakr: "Oh, Umar, yo soy testigo de que Muhammad es el Enviado de Dios y que nuestro deber es obedecerle"

Umar: "¡Pues yo soy testigo también de que Muhammad es el Enviado de Dios!"

Poco después de que concluyera este breve, aunque emocionado diálogo, Umar le expresaba al Profeta, no sin cierta tristeza, sus preocupaciones acerca de los términos en que había aceptado este Tratado. La paciencia del Profeta logró llevar, una vez más, la calma al ánimo de Umar: "Yo soy el siervo de Dios y Su Enviado. Jamás desobedeceré Su orden y El nunca me abandonará".

Para la redacción del Tratado, el Profeta mandó llamar a Alí Ibn Abu Taleb, diciéndole: "Escribe: En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso"... En este momento, Suhail, el representante de La Meca, interrumpió bruscamente al Profeta: "¡Detente!, yo no conozco al Clemente ni al Misericordioso; escribe: En tu nombre, ¡Oh Señor!". El Profeta, a pesar de las airadas miradas de los musulmanes allí presentes, toleraría una vez más la intransigencia de Suhail. Volviéndose después hacia Alí, le dijo: "¡Escribe!: En tu nombre, Oh

Señor, estos son los términos del Tratado de paz entre Muhammad, el Enviado de Dios y Suhail Ibn Amr...". Suhail volvió a intervenir con toda aspereza: "¡Detente!, si yo te hubiera reconocido como al enviado de Dios jamás te habría combatido. Escribe, pues, tu nombre y el nombre de tu padre". Alí, encolerizado, no quiso tomar en cuenta aquellas ofensivas palabras de Suhail, pero el Profeta le ordenó: "Indicame donde se encuentran escritas estas últimas palabras". Alí, con resignación, se lo indicó y Muhammad las borró con su propio dedo, dictando de nuevo: "Estos son los términos del Tratado de paz entre Muhammad Ibn Abdulah y Suhail..."

Las cláusulas que configuraron el alcance de este histórico Tratado son las que siguen a continuación:

1.^a Durante este año los musulmanes no entrarán en La Meca. En cambio si podrán hacerlo el año próximo, permaneciendo por un tiempo máximo de tres días. En cuanto a las armas, en esta ocasión, sólo podrán llevar las espadas envainadas, tal como lo hacen los jinetes en viaje. Los quraichitas, a cambio, se comprometen a no obstaculizar, en ningún modo, el paso de los musulmanes.

2.^a Se establece una tregua de diez años de duración, que amparará la seguridad de ambas partes, no produciéndose por tanto ninguna agresión entre ellas.

3.^a Cualquier tribu que desee establecer una alianza con Muhammad o con los quraichitas, podrá hacerlo. En el supuesto de cualquier agresión que pudiera sufrir una de estas tribus aliadas, será considerada como una agresión al propio bando.

4.^a Quien de entre los hombres quraichitas –sin expresa autorización de su tutor– intentara sumarse al bando de Muhammad será devuelto a La Meca. En cambio, no será devuelto a Muhammad cualquier musulmán que decida pasarse al bando quraichita.

Estando presidido este Tratado por la buena voluntad de ambas partes, no deberá producirse, en consecuencia, ningún acto de traición o violación que pueda afectar al propio espíritu del Tratado.

PROMULGACION DEL TRATADO

Momentos antes de la firma del Tratado iban a producirse dos incidentes que, por su especial significación, nos cabe reseñar. El primero de ellos tuvo como protagonistas a las tribus de Juza'a y Banu Bakr, que establecieron sendas alianzas con Muhammad y los quraichitas, respectivamente. El otro, tuvo un carácter más bien inesperado. En efecto, si la sorpresa puede ser un factor más que añadir a cualquier situación humana, aún más significativa lo fue que en una ocasión como ésta, Abu Yandal, el propio hijo de Suhail Ibn Amr —que ya había abrazado el Islam en La Meca, y pudo aquel día escapar, a pesar de sus cadenas— pretendiera unirse a los musulmanes, en su deseo de partir junto a ellos hacia Medina. Suhail no podía salir de su asombro. Con ser ya demasiado humillante para él esta situación, la sorprendente decisión de su hijo sería calificada, además, como la pura muestra de deslealtad para con todos los quraichitas. La cólera de Suhail era, por momentos, imposible de contener. Después de regañar violentamente a Abu Yandal, incluso golpeándole, Suhail le obligaría finalmente a permanecer junto a él. Abu Yandal, como último intento, comenzó a gritar tratando de reclamar la atención y la ayuda de los musulmanes. La violencia de esta escena, a modo de lucha con lo imposible, sólo sirvió para soliviantar aún más el ya alterado ánimo de sus compañeros, más en especial por su abierto desacuerdo con los términos en que había sido redactado el tratado. En aquellos momentos, el Profeta intervino oportunamente, diciéndole a Abu Yandal: “Sé paciente y espera la recompensa de Dios, porque El proveerá una salida para ti y para cuantos viven oprimidos como tú. Acabamos de establecer un Tratado y nos hemos comprometido ante Dios a respetarlo. No vamos, pues, a traicionarlo”.

Aún apesadumbrado, pero un poco más calmado con las esperanzadoras palabras del Profeta, Abu Yandal emprendió poco después el regreso a La Meca, junto a su padre, cumpliéndose así el compromiso firmado por el Profeta.

Si bien la actitud de Muhammad había quedado suficientemente plasmada con su ejemplar observación del compromiso contraído con los quraichitas, ello no pudo impedir, sin embargo, la inevitable reticencia por parte de una gran mayoría de sus compañeros que, sumamente contrariados por los duros términos que encerraba este Tratado, hicieron aún más evidente su malestar al no poner en práctica las instrucciones del Profeta para llevar a cabo la inmólación de los animales destinados al sacrificio.

Un tanto preocupado, Muhammad entró en la tienda de su esposa, Um Sálama, comentándole lo que había sucedido. Um Sálama le aconsejó entonces: “¡Oh Enviado de Dios! si te parece, sal fuera sin hablar con nadie. Procede a sacrificar el camello que has de inmollar y llama luego al barbero para que rasure tu cabeza ofreciendo, con ello, el ejemplo ante tus compañeros...” Después de poner el Profeta en práctica el consejo de Um Sálama, todos los musulmanes se levantaron, como un solo hombre, para seguir su propio ejemplo.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL TRATADO

Los musulmanes decidieron el regreso a Medina con la esperanza puesta en realizar la pergrinación al año siguiente. El hecho de que aceptaran resignadamente esta decisión del Profeta, aunque a bien decir con profundo pesar, solo puede explicarse por la firme obediencia que guardaban a uno cualquiera de sus mandatos. No eran, en efecto, hombres cualesquiera que aceptaran ceder fácilmente ante la derrota –aunque lo fuera aparente como en esta ocasión– sin antes luchar con todas sus fuerzas. Su inalte-

rable fe en Dios y en el Profeta habrían sido más que suficientes para no hacerles dudar un solo momento en enfrentarse a enemigos tan poderosos, como lo eran los quraichitas, y haber tomado la propia Meca.

De cualquier modo y para cualquier observador imparcial, no había ninguna duda de que el Tratado de Hudaibiya había supuesto una firme y sólida victoria para el futuro del Islam. El paso del tiempo y la historia han venido a demostrarnos que el verdadero alcance de este pacto solo puede ser atribuido al despliegue de un genio y previsión políticas, difícilmente comparables. Además de los muchos beneficios que para el Islam habría de reportar este Tratado, en un futuro no muy lejano, también era ésta la primera vez que La Meca reconocía la existencia del estado musulmán, asentado ya en Medina. La misma aceptación de los mequenses, respetando el derecho de los musulmanes a peregrinar, suponía "de facto" el reconocimiento implícito del Islam. Otro factor a tener en cuenta lo constituye el hecho de que una vez establecida así la paz, los musulmanes podrían desenvolverse con la necesaria seguridad y confianza en el frente norte, sin temor a alguna imprevista invasión.

Que este Tratado de paz fue decisivo para la rápida difusión del Islam nos lo asevera así mismo el hecho de que fueron mil cuatrocientos los hombres que acompañaron al Profeta en este año, en tanto que sólo dos años más tarde este número superó la cifra de diez mil. Incluso, el que la propia cláusula referente a que los quraichitas no estaban obligados a devolver a algún supuesto apóstata del bando musulmán, ello guardaba también una explicación muy positiva: aquéllos no habrían sido dignos de seguir formando parte de la comunidad musulmana. Sobre este particular, y como mero dato anecdótico, cabe adelantar a nuestro querido lector que en el transcurso de los años siguientes a la firma de este Tratado no se registró ningún caso de apostasía entre los compañeros del Profeta.

Entre otras consecuencias derivadas del contexto de este Tratado podemos mencionar, desde aquí, la apertura y el comienzo de una serie de contactos con los reyes y gobernantes de otras naciones, invitándolos a entrar en el Islam.

El Sagrado Corán nos recuerda este episodio con los siguientes versículos:

«Te hemos concedido un evidente éxito. Además, Dios te perdonará tus primeras y tus últimas faltas, completando así su gracia sobre ti, guiándote por el camino recto. Ciertamente, Dios te concederá un respaldo contundente.»

El Sagrado Corán (48:1-3)

LA HISTORIA DE ABU BASIR

El desarrollo de los anteriores acontecimientos ha venido a demostrarnos la extrema prudencia y el hábil talento político desplegados por el Profeta en esta difícil etapa de afianzamiento y consolidación del incipiente estado musulmán. Dentro de esta línea de actuación ejemplar, la historia que sigue a continuación constituye, sin duda, un fiel y magnífico ejemplo de la incommovible actitud de respeto que, en todo momento, caracterizó al Profeta con cualquiera de sus compromisos.

Por aquellos días, verdaderamente cruciales, Abu Basir –uno de los musulmanes retenidos en la Meca– volvía a sentir de nuevo en su corazón de verdadero creyente la llamada de un vertiginoso anhelo. A partir de ahora no deseaba otra cosa sino vivir junto a sus compañeros de Medina y liberarse de las continuas torturas que venía sufriendo a manos de sus propios familiares. Tan firme fue su decisión que finalmente se dispuso a abandonar La Meca, sin tomar en cuenta, para nada, el permiso de su tutor.

Los quraichitas estaban profundamente humillados con la noticia de esta inesperada deserción. Su reacción, pues, no se hizo de esperar. A toda prisa, Azhar Ibn Auf y Al-Ajnas Ibn Churaiq decidieron enviarle al Profeta un mensaje, recordándole su compromiso adquirido en el pacto: Abu Basir debía ser devuelto a La Meca.

La lealtad del Profeta, inviolable ante cualquier circunstancia, no dejaba otra alternativa: Aunque supusiera un grave pesar, Abu Basir sería devuelto a los de La Meca. Ciertamente, eran estos momentos de gran tensión para todos los musulmanes... Sin embargo, y poco antes de entregarlo a los quraichitas, el Profeta le dirigió estas palabras a Abu Basir: "No hay ningún lugar en nuestra religión para la traición. Hemos pactado con los quraichitas el compromiso que ya conoces. Así pues, regresa junto a ellos y Dios te concederá Su ayuda, a ti y a todos los que viven oprimidos como tú, haciéndolos encontrar el camino de vuestra segura liberación".

En el camino de regreso a La Meca, Abu Basir no dejaba de pensar en la decisión del Profeta. Que haya sido entregado a los qurai-chitas por el propio Enviado de Dios no lo desmoraliza sino, más bien, al contrario. La veracidad y la lealtad que ha podido comprobar en cada una de las palabras del Profeta, lo fortifican aún más en su fe, llevándolo finalmente a rechazar cualquier posibilidad de someterse de nuevo a los idólatras de La Meca.

Después de meditar su plan y una vez que habían alcanzado la altura de Du Al Hulaifa, Abu Basir le pidió a uno de sus guardianes que le mostrara su magnífica espada. Muy orgulloso, el guardia desenvainó su espada. Sin pensarlo, ni poco ni mucho, Abu Basir pudo arrebatarse la espada de su mano, acabando allí mismo con su vida... Muy atemorizado, el otro guardián no pudo hacer otra cosa sino huir en dirección hacia Medina para dar cuenta al Profeta de todo cuanto había sucedido.

Casi a un mismo tiempo, y cuando aquel hombre estaba aún exponiéndole al Profeta este incidente, el propio Abu Basir, espada en mano, apareció entre ellos, diciéndole a Muhammad: “¡Oh Enviado de Dios!, cumpliste con tu compromiso entregándome, y Dios fue testigo de ello. Pero aún así no pude soportar la idea de verme sometido de nuevo a los quraichitas”... Después de guardar un profundo silencio, y refiriéndose a Abu Basir, el Profeta dijo: “Es un atizador de guerras, si tuviera alguien que le siguiera”.

Ante esta firme postura del Profeta, Abu Basir abandonó Medina, tomando el camino de la costa que había de llevarle hasta la localidad costera de Al 'Iss.

Tan pronto como se tuvo noticia en La Meca de esta nueva circunstancia, los musulmanes que aún vivían allí no pudieron disimular su profunda admiración por la heroica gesta protagonizada por Abu Basir. Dentro de este grupo de musulmanes fueron aproximadamente unos setenta los que marcharon a su encuentro, dispuestos a unírsele en su nuevo destino... Entre ellos, Abu Yandal, el propio hijo de Suhail.

La estrategia de Abu Basir y sus recién incorporados compañeros tenía ahora un claro y concreto objetivo: el bloqueo sistemático a la próspera ruta comercial de los quraichitas con el norte, mermando así una buena parte de sus beneficios comerciales. Con este mismo ánimo dieron comienzo a una serie de ininterrumpidos ataques contra cualquiera de las caravanas quraichitas que transitaban por aquella ruta.

En muy pocos meses y fruto de este incesante bloqueo, la situación económica en La Meca comenzó hasta tal punto a ser dramática y por ello, los quraichitas se vieron obligados muy pronto a solicitar la intervención directa de Muhammad, rogándole que admitiera en su comunidad a todos los musulmanes que huían de La Meca. Así mismo, y en un claro intento de congraciarse con el Profeta, le expresaron además su voluntad de derogar la cláusula que tanto había molestado a algunos musulmanes.

Con el beneplácito del Profeta a estas peticiones quraichitas y el regreso de Abu Basir y sus compañeros a Medina quedaba restablecida, así, la seguridad en aquella importante ruta comercial del norte.

En este mismo orden de cosas y respecto a la situación de las mujeres musulmanas que deseaban emigrar a Medina, el Profeta tenía otra opinión. Este fue, entre algunos otros, el caso de Um Kulzum bint Uqba, quien después de que sus hermanos se presentaran en Medina solicitando su extradición, el Profeta les respondió recordándoles los mismo términos del Tratado, en los que no se incluía para nada a las mujeres². Por otra parte, es nuestro comentario, no existe tradición que se precie de ser noble y no se halle dispuesta a conceder toda la ayuda necesaria, máxime cuando es una mujer quien la solicita.

Esta cuestión revestía aún mayor importancia en el caso de las mujeres musulmanas casadas, que como tales no podrían continuar viviendo con un marido no musulmán. En este mismo sentido, fue recibida la revelación del versículo coránico:

«¡Ob creyentes! Cuando vengan a vosotros mujeres creyentes que hayan emigrado, ¡probad su fe! Dios conoce bien su fe. Si comprobáis que en verdad son creyentes, no las devolváis a los infieles. Ni ellas son legítimas para ellos, ni ellos lo son para ellas...»

El Sagrado Corán (60:10)

A modo de resumen y según acabamos de ver en esta serie de acontecimientos, el Tratado de Hudaibiya había constituido para el Islam un rotundo y verdadero éxito.

² Véase la 4.ª cláusula del Tratado de Hudaibiye.

310

CAPITULO XX

EMBAJADAS

En los primeros días del mes de Dhul Hiya del 6.º año de la Hégira –mediados de Abril del 628 d.C.– los musulmanes emprendieron el viaje de regreso a Medina, inmediatamente después de la firma del Tratado de Hudaibiya. Durante este viaje, Muhammad no cesó de pensar en el modo de fortalecer las estructuras de su comunidad y, así mismo, en intensificar la propagación del Islam.

El mensaje islámico, en realidad, había alcanzado en aquellos días un tal nivel de madurez y consolidación que lo facultaban para constituirse en la verdadera y auténtica doctrina universal. El Islam no se limitó, pues, a reafirmar tan solo el concepto monoteísta de la Unicidad de Dios, sino que en torno a su propia configuración como sistema de vida inició, además, el desarrollo de los aspectos individuales y colectivos de su propia sociedad, buscando así el modo de alcanzar el deseado y completo equilibrio entre la vida espiritual y secular de sus miembros. De este modo, la revelación divina de los distintos versículos coránicos que iban apareciendo de modo gradual, moldeaban sus normativas en la misma forma y medida que lo iba requiriendo el propio desarrollo y organización de la comunidad musulmana.

LAS BEBIDAS ALCOHOLICAS Y LOS JUEGOS DE AZAR

Aunque no hay unanimidad absoluta, entre los biógrafos del Profeta, a la hora de determinar la fecha precisa en que fue estable-

cida la prohibición de ingerir bebidas alcohólicas, una gran mayoría de ellos se inclina por afirmar que ello tuvo lugar el mismo año en que fue concluida la firma del Tratado de Hudaibiya.

La legislación islámica afrontó la problemática del alcohol con una adecuada preparación psicológica. Por este motivo, la actuación sobre el alcohol y los juegos de azar tuvo en su primer momento un carácter más bien de recomendación social, aún no definitivamente vinculado al que sería verdadero fundamento jurídico en el Islam. Así pues, durante esta etapa inicial, algunos musulmanes continuaron aún bebiendo, y la prohibición como tal no fue impuesta de modo radical, sino que iba produciéndose progresiva y gradualmente, en la misma medida que el Profeta recibía la revelación de Dios. De esta manera, la que con rigor podemos llamar concluyente orden de abstinencia no fue declarada sino hacia mediados del período medinés de la revelación.

En este sentido, la propia veracidad del relato histórico nos ha transmitido la gran preocupación de Umar Ibn Al Jattab así como de otros compañeros por este degradante hábito del alcohol y sus tristes consecuencias. En sus oraciones, Umar le pedía incesantemente a Dios que revelara Su voluntad a todos los musulmanes, mostrándoles la guía correcta que deberían seguir ante este grave y difícil problema. En relación con este hecho fue recibida la revelación del versículo donde dice:

«Cuando se os pregunte acerca de la bebida y los juegos de azar, responded que ambos suponen un gran mal y cierto beneficio, aunque su mal es mucho mayor que su beneficio.»

El Sagrado Corán (2:219)

Si la historia de la debilidad humana ha sido siempre una y la misma, la clara advertencia contenida en esta revelación no resultó,

con todo, ser suficiente para frenar la pertinaz conducta de algunos habituales bebedores. Fue así como se produjo una segunda revelación:

«¡Oh creyentes! No os acerqueis ebrios a la oración, hasta que sepais lo que decís...»

El Sagrado Corán (4:43)

En esta segunda etapa y, desde aquel mismo día, se impidió la entrada en la mezquita a cualquier musulmán bebido. No obstante el rigor de esta medida, aún hubo algunos que continuaron bebiendo, con el consiguiente deterioro de sus relaciones familiares y la propia convivencia social. La que realmente sería definitiva prohibición, llegó a establecerse con la revelación del siguiente versículo:

«¡Oh creyentes! Ciertamente, la bebida (de fermentación alcohólica), los juegos de azar, las piedras erectas (destinadas a los sacrificios) y la suerte de las flechas (adivinatorias), son obras abominables de Satanás. ¡Evitadlos pues! Quizás así alcancéis el éxito.

Satanás no pretende sino provocar entre vosotros la enemistad y la discordia a través del vino y los juegos de azar, e impediros que recordéis a Dios y hagáis la oración. ¿Os abstendréis, ahora, pues?»

El Sagrado Corán (5:90-91)

La aceptación unánime del contenido de esta revelación quedó suficientemente plasmada en la renuncia de toda la comunidad al consumo de la bebida, además de la obediente conducta de los taberneros quienes, sin dudarlo, arrojaron todas sus existencias a las calles de Medina.

LOS DOS COLOSOS

En otro orden de cosas y durante el período histórico que nos viene ocupando, Heraclio y Cosroes eran los jefes supremos de los imperios bizantino y persa respectivamente. El inmenso poderío que abarcaban estas dos grandes potencias los había convertido en únicos árbitros y dueños de los destinos del mundo. A pesar de ello, y según vimos ya en uno de los primeros capítulos, ambos colosos se encontraban entre sí enfrentados en un estado de casi permanente guerra. Si la victoria sonrió en un principio a los persas con las conquistas de Egipto y Palestina, un tiempo más tarde el triunfo correspondió serlo a Bizancio, en aquellas batallas libradas que finalizaron en el año 628, alzándose con los dominios de Egipto y Palestina, además de Siria.

En este sentido, cabe reseñar que esta victoria de los bizantinos fue anunciada en su día por el Sagrado Corán y bien recibida por los musulmanes, puesto que los bizantinos eran considerados como seguidores de una religión revelada: El cristianismo.

Una breve consideración acerca de la impresionante hegemonía y la estrecha relación de fuerzas, que entre sí guardaban estos dos imperios, nos lleva fácilmente a comprender que el mundo de aquella época estaba fundamentalmente dividido en dos grandes bloques o esferas de dominio. Pero si hemos de pensar que la Península Arábiga se hallaba bajo una u otra influencia, la realidad nos dice que ésta se encontraba repartida, por entonces, entre dos grandes regiones casi autónomas: una, la del Hiyaz, y la otra formada por el resto de la Península. En cualquier caso, de todos era conocido que la prosperidad que disfrutaban las tribus árabes dependía fundamentalmente del rico trasiego comercial que circulaba entre Yemen y Siria, y por ello era con todo esencial salvaguardar unas buenas relaciones de amistad con ambos imperios.

Cuando nos detenemos a considerar que la población árabe de aquel entonces no era más que un conglomerado de numerosas tribus –a lo más aglutinadas por lazos de parentesco, aunque carentes de una estructura política definida capaz de contrarrestar la poderosa influencia de estos dos imperios–, resulta en extremo asombroso que Muhammad decidiera enviar a sus embajadores a estos dos grandes emperadores, Heraclio y Cosroes –al igual que lo haría también con los reyes y gobernadores de Gassan, Yemen, Egipto y Abisinia entre otros–, llamándolos a todos ellos a abrazar la doctrina del Islam, sin temor alguno a las posibles reacciones de aquellos líderes, con las imprevisibles consecuencias que podrían representar para el futuro de toda la Península Arábiga.

LOS EMBAJADORES DEL PROFETA

Sobre la misma trascendencia de esta decisión, invitando a todos los reyes y poderosos de la época a abrazar el Islam, Muhammad habló a sus compañeros, diciéndoles: “¡Oh, mis fieles compañeros! Dios me ha enviado como signo de Su misericordia, para toda la humanidad. No titubeéis pues en obedecerme, al modo como lo hicieron los apóstoles de Jesús, el hijo de María”. Un tanto extrañados por aquellas palabras, algunos compañeros le preguntaron: “¿Y cómo ocurrió aquello?”. El Profeta les respondió: “Fue cuando Jesús los llamó para llevar a cabo la misma misión a la cual yo os llamo ahora. Algunos de aquellos apóstoles, a los que envió a lugares cercanos, aceptaron complacidos; pero en cambio a aquéllos que dió la orden de dirigirse a lugares más lejanos, le rehuyeron mostrándole su reticencia”.

Muhammad habló entonces a sus compañeros expresándoles su propósito de enviar a varios delegados a algunas de estas cortes, como portadores de su mensaje. Los compañeros del Profeta mostraron inmediatamente su entusiasmo con esta idea y su entera disposición de cumplir con tan noble propósito. Así mismo, y para

conceder una mayor solemnidad a tales misivas, modelaron un sello de plata, destinado a los documentos oficiales, en el que podía leerse: "Muhammad, el Enviado de Dios".

Para comprender la verdadera dimensión y el alcance real de aquella misión, sería del todo conveniente presentar una relación de los embajadores que portaron las cartas del Profeta, así como de los lugares de destino de estos mensajeros y los dignatarios que los han recibido:

Embajador y Dignatario	País de destino
Amr Ibn Umayya Al Dimri (EL NEGUS: AS'HAMA)	ABISINIA
Hateb Ibn Abu Balta'a (EL PATRIARCA: GREGORIO, HIJO DE MATEO)	EGIPTO
Abdulah Ibn Huzafa Al Sahmi (EL EMPERADOR: COSROES)	PERSIA
Dihia Ibn Jalifa Al Kalbi (EL EMPERADOR: HERACLIOS)	BIZANCIO
Al 'Alaa Ibn Al Hadrami (EL GOBERNADOR: AL MUNZER IBN SAUA)	BAHARAIN
Salit Ibn Amr Al 'Amiri (EL GOBERNADOR: HUAZ IBN ALI)	YAMAMA
Chuya' Ibn Wahab Al Asadi (EL GOBERNADOR: AL HAREZ IBN ABU CHUMAR AL GASSANI)	DAMASCO
Amr Ibn Al 'Aass (YAIFAR IBN AL YALANDI)	OMAN

Un ejemplo de algunas de aquellas cartas-mensaje es la que transcribimos a continuación, dirigida a Heráclio: *«En el nombre de*

Dios, Clemente y Misericordioso. De Muhammad Ibn Abdulah siervo y enviado de Dios a Heráclio, emperador de Bizancio. Que la paz sea con los que siguen el recto camino. Acepta mi invitación y abraza la religión del Islam. Si así lo haces, alcanzarás tu salvación y Dios multiplicará tu recompensa. Si la rechazas, cargaras con tus propias faltas además de las faltas de todo tu pueblo. “¡Oh, Gentes del Libro!, vayamos ahora hacia un principio justo que nos sea común: que no demos adoración más que a Dios Unico, sin asociarle copartícipe alguno...”»

Respecto al momento en que fueron enviados estos mensajes, podemos decir que los historiadores se muestran acordes al señalar que la mayoría de ellos fueron enviados a un mismo tiempo, en la fecha correspondiente al primer día del mes de Muharram, del séptimo año d.H. -10 Mayo 628 d.C-.

Si resulta en verdad sorprendente que Muhammad enviase estas misiones a los reyes y dignatarios que por aquel tiempo gobernaban los destinos del mundo, sin embargo, no deja de ser aún más sorprendente el hecho de que treinta años más tarde, después del envío de estas embajadas, el Islam se había convertido en la religión mayoritaria de aquellos países. Con todo, esta sorpresa se desvanece si bien recordamos que aquello por lo que realmente disputaban y se enfrentaban aquellos dos grandes imperios, era tan sólo por el dominio material del mundo, y que por esta misma causa la espiritualidad de la época había decaído hasta tal punto de encontrarse sumergida en el más grosero y decadente de los materialismos.

Frente a este sórdido ambiente, del más irrefrenable y decadente materialismo, la llamada espiritual de Muhammad era toda una promesa de elevación del ser humano hacia sus verdaderos y auténticos niveles de más profunda realización.

Es también un hecho históricamente establecido que cuando una sociedad se encuentra así víctima de su propio declive, tan solo es capaz de renovarla la intervención de un pensamiento joven y vigoroso, capaz por tanto de asumir aquella iniciativa y llevarla hacia un feliz término; es decir, hacia el logro de sus más profundas y elevadas aspiraciones. Este elemento, verdaderamente aglutinante y transformador, no era otro que el mensaje del Islam.

En la relación de embajadores que hemos mencionado, aparece Dihia Ibn Jalifa Al Kalbi, uno de los compañeros del Profeta, que fue designado por el propio Muhammad para ser portador personal del mensaje que dirigió al emperador Heráclio.

Dihia se marchó hacia el encuentro con Heráclio, que por aquel entonces se encontraba disfrutando de unos días de reposo en la ciudad de Homs, tras su última victoria frente a los persas, donde había logrado recuperar la gran cruz de Jerusalén.

Si bien algunos historiadores han apuntado la posibilidad de que este mensaje no fue entregado personalmente a Heráclio sino que, al parecer, lo recibió su delegado en Bosra, es por demás un hecho constatado que esta carta llegó finalmente a las manos de su regio destinatario.

Desde principio hasta final, Heraclio escuchó con gran atención el contenido del mensaje de Muhammad. Por lo que se refiere a su respuesta, que constituyó todo un ejemplo de cordialidad y exquisita cortesía, no debiera parecernos demasiado extraño que un grupo minoritario de historiadores se haya inclinado por afirmar, sin duda erróneamente, que Heraclio por dicho motivo llegó a abrazar secretamente la fe del Islam.

En el transcurso de aquellos días, y de modo coincidente, Al Harez de Gassan informaba al emperador Heraclio acerca de una carta muy similar, que él también había recibido del propio Muham-

mad. En esta ocasión, Al Harez solicitó de Heraclio que le diera expresa autorización para infligir un duro correctivo a este extraño personaje que decía anunciarse como un enviado de Dios. La opinión de Heraclio era, sin embargo, bien distinta y la única respuesta que recibió Al Harez, un tanto frustrante para sus propósitos, fue la de que marchara a reunirse con él para celebrar la reinstauración de la gran cruz. Si la historia es la gran maestra de la vida... ¡Cuán lejos se encontraba Heraclio, en aquellos momentos, de poder siquiera imaginar que sólo habrían de pasar unos pocos años para que el estandarte del Islam ondeara sobre gran parte de los territorios de su ya desgastado imperio!

LA RESPUESTA DE COSROES

Muy distinta a la cordial acogida que Heraclio había dispensado al mensaje del Profeta fue la respuesta de Cosroes. Sumamente enfurecido, Cosroes acabó destruyendo la carta que aún mantenía entre sus manos. Como remate a su colérica conducta, acto seguido mandó dictar una orden dirigida a Bazán –gobernador suyo en el Yemen– para que trajera ante su presencia al propio Profeta en persona. Todo parece indicar que Cosroes, con este gesto, pretendía desahogarse un tanto de su más reciente y humillante derrota ante el propio Heraclio. Cuando el Profeta recibió la noticia de esta orden de Cosroes, y supo de la destrucción de la carta, fueron sus palabras: “Dios acabará muy pronto con el reino de Cosroes”.

La propia realidad del devenir histórico nos ha llevado de la mano para señalar que siendo Dios único dueño de todo destino, y cómo a pesar de la última orden de Bazán, fue precisamente el propio Muhammad quien informaría, tiempo más tarde (10 de Yumada Al Ula del 7.º año d.H. –14 de septiembre del 628 d.C.–) al sorprendido delegado de Bazán que pretendía llevarse al Profeta, del reciente asesinato de Cosroes en el día anterior, y así mismo de la subida de su hijo, el príncipe Ciro, al trono de Persia después de

matar a su propio padre. Poco antes de marchar, Muhammad le pidió a aquel mensajero que le transmitiera también a Bazán su invitación personal para abrazar el Islam.

En el interin de estos importantes acontecimientos, el pueblo del Yemen era ya conocedor de las últimas noticias que hablaban de la severa derrota sufrida por los persas. El mismo hecho de su proximidad geográfica les había llevado también a conocer más de cerca las últimas victorias musulmanas, así como la extensión que había alcanzado con su autoridad política en casi toda la Península Arábiga. Ello nos explica, en gran medida, que el propio Bazán, consciente como lo era del verdadero auge del mensaje islámico, se decidiera finalmente por abrazar la fe del Islam, tras lo cual fue confirmado por el Profeta como nuevo gobernador musulmán del Yemen.

Con el establecimiento de esta nueva situación, los musulmanes consiguieron dos importantes objetivos. De una parte el debilitamiento de la hegemonía persa en la región, y en lo que se refiere al segundo de ellos, si cabe aún más decisivo, la obtención de un punto de apoyo fundamentalmente estratégico en el área sur de la Península.

DOS RESPUESTA CRISTIANAS

De verdaderamente conmovedora podemos calificar la respuesta del patriarca Gregorio, máximo representante de la Iglesia copta de Egipto. El hecho de que su propia Iglesia mantenía aún muy viva la creencia de que un Profeta habría de nacer en Al Cham (Antiguo nombre de la Gran Siria) fue suficiente motivo para que acogiese con la más exquisita hospitalidad a Hateb Ibn Abu Balta'a, el emisario de Muhammad. Como prueba de su profundo respeto por el Profeta decidió enviarle, al regreso de Hateb, algunos valiosos regalos además de dos creyentes y nobles cristianas. Una de aquellas dos mujeres, llamada María, habría de convertirse más tarde en esposa del Profeta y madre del que fue su hijo Ibrahim.

La opinión de algunos historiadores acerca de aquel líder cristiano de la Iglesia copta nos explica el hecho de que no se atreviera a abrazar la fe del Islam, en aquel entonces, por su fundado temor a las posibles represalias de sus más directos rivales dentro del clero, quienes lo habrían desposeído así de su autoridad religiosa en Egipto, además de contar con las presiones que habría podido recibir por parte de la Iglesia bizantina.

En cuanto a la segunda respuesta cristiana, la del Negus, rey de Abisinia, si bien recordamos éste mantenía, ya desde tiempo atrás, unas excelentes relaciones con los musulmanes. En estas tierras de Abisinia fue donde los primeros musulmanes exiliados de La Meca recibieron la favorable acogida de este noble y ejemplar monarca, en unos tiempos ciertamente difíciles para el futuro del Islam. Desde entonces habían pasado ya varios años, y aquel segundo grupo de refugiados musulmanes había conseguido grangearse, durante este tiempo, el respeto y el cariño de la gran mayoría de sus gentes. Es por esta misma razón que no nos extraña la bondadosa recepción de que hizo objeto a Amr Ibn Umayya el embajador musulmán. Sobre este particular, digamos de paso que si algunos historiadores se han mantenido acordes con la opinión de que el Negus, en esta ocasión, pudo abrazar la fe del Islam, hipótesis fundamentada por el anuncio del Profeta tiempo más tarde en Medina, convocando la celebración de una oración fúnebre por la reciente muerte del Negus aquel mismo día, sin embargo esta opinión ha sido replicada por un grupo de orientalistas occidentales, que la rechazan como una simple posibilidad.

Con todo, deberíamos citar otro hecho irrefutable, pues el Negus a partir de aquellas fechas dejó de entregar al Cesar los impuestos que Abisinia debía pagar a los bizantinos.

Alejándonos de cualquier afán especulativo, proceda de donde proceda, lo que sí constituye un hecho históricamente constatado es que Muhammad dirigió, al poco tiempo de enviar la primera

carta al Negus, una segunda carta solicitándole el regreso del grupo de musulmanes emigrados, y que así mismo fue el propio Negus quien personalmente ordenó la preparación de dos embarcaciones para su transporte, correspondiéndole a Ya'far Ibn Abu Taleb ser la cabeza responsable de este feliz y tan anhelado regreso a Medina. Formando parte de este grupo de antiguos emigrantes, allí estaba Um Habiba, hija del propio Abu Sufian y viuda así mismo de Abdullah Ibn Yahch, quien emigrando años atrás como musulmán a Abisinia se vio más tarde "convertido" al cristianismo. Poco tiempo después de su regreso a Medina, Um Habiba se casaba con el Profeta.

Sobre las respuestas de los demás príncipes y gobernantes árabes para abrazar la fe del Islam fueron, a bien decir, muy desiguales. Mientras algunos aceptaron la invitación del Profeta –este fue el caso de príncipe de Bahrain–, otros en cambio la rechazaron, tal como ocurrió con el príncipe de Omán. Pero aún con todo, muy distinta y singular fue sin embargo, la actitud del príncipe de Al Yamama, quien mostró su disposición para abrazar el Islam a cambio de ser designado gobernador de aquellos territorios. Huelga aquí cualquier comentario para decir que tan indigna proposición fue rechazada de pleno por el Profeta.

En cualquier caso y salvando las anteriores excepciones, no deja de llamar nuestra atención el hecho de que una gran mayoría de los reyes y estadistas de aquella época mostrasen una cordial acogida a la invitación de Muhammad, siendo en cambio sólo aquellos casos aislados los que respondieron de modo hostil, expresando así su rechazo. La explicación resulta con todo fácil si consideramos que, a pesar del arraigado materialismo que dominaba la época, la espiritualidad conservaba ardiente aún su llama en la conciencia de estos pueblos. Además, habría también que añadir el propio hecho de que la invitación del Profeta estaba impregnada de un carisma de profunda sinceridad, unido a un no menos auténtico espíritu de paz y amistad.

CAPITULO XXI

LA INFLUENCIA JUDIA EN EL NORTE

Deberíamos formularnos la pregunta sobre si el Profeta se encontraba, realmente, en condiciones de enviar aquellas embajadas que hemos citado con algún que otro detalle en el capítulo anterior, cuando el que era su propio dominio se veía frecuentemente amenazado por las conspiraciones de la población judía, que aún continuaba residiendo en el norte de Arabia.

Si bien es cierto que con el Tratado de Hudaibiya se había logrado asegurar el flanco sur de la ciudad de Medina, frente al que podría ser un eventual ataque de los quraichitas, la zona norte se encontraba, sin embargo, al descubierto ante cualquier invasión que Heraclio o Cosroes hubieran decidido emprender en colaboración con la población judía de Jaibar, siempre dispuesta con su característica animosidad a reavivar antiguas rencillas.

De hecho, el recelo que los judíos sentían hacia los musulmanes sobrepasaba con mucho al de los propios quraichitas; y aunque más observantes con sus prácticas religiosas, tampoco podemos olvidar que fueron ellos mismos quienes, en su propio perjuicio, violaron el pacto de Medina, y que habría sido imposible reconciliarlos con un tratado de paz al modo de aquel logrado en Hudaibiya. Con toda seguridad, y en el supuesto de que hubieran recibido alguna ayuda de Bizancio, su natural inclinación los habría llevado, inevitablemente, a levantarse de nuevo contra Muhammad. Ante

estos riesgos más que evidentes, el Profeta y sus compañeros no dejaban de considerar la necesidad de poner fin a cualquier foco de influencia judía, militar o política en la Península Arábiga, eliminando así la oportunidad que les permitiera formar otras nuevas alianzas, bien con los Gatafán, bien con cualquiera de aquellas tribus que aún eran hostiles al mensaje del Islam.

Actuando acorde con esta decisión, y cuando aún no habían transcurrido dos meses desde el regreso de Hudaibiya, Muhammad llamó a sus compañeros para que se mantuvieran preparados ante la posibilidad de afrontar una nueva campaña militar. Este llamamiento iba destinado tan sólo a los musulmanes que le habían ofrecido su compromiso en Hudaibiya, además de los otros voluntarios. Con esta medida, el Profeta quiso dejar bien claro su deseo de no contar más que con la participación de aquéllos que estuvieran verdadera y realmente dispuestos a luchar por la causa islámica, sin otras miras de recompensa material alguna.

LA MARCHA HACIA JAIBAR

3.^a Semana de Muharram del 7.º año d.H (última semana de Mayo 628 d.C.)

Los musulmanes acudieron a la cita del Profeta con el escaso equipo y la poca preparación que aquellas circunstancias les permitieron reunir, con la consiguiente falta de unas suficientes provisiones.

La expedición integrada por Muhammad y sus compañeros –unos mil trescientos hombres, además de un cuerpo de caballería integrado por cien jinete– se puso en marcha hacia la localidad de Jaibar, uno de los enclaves judíos de mayor importancia en la zona norteña de la Península Arábiga, con la única confianza puesta en la ayuda de Dios, que habría de proporcionarles la victoria.

Tanta era la rapidez del avance que logró cubrir la distancia que separa las poblaciones de Medina y Jaibar en el corto espacio de tres días. Durante este tiempo, la población de Jaibar no había tenido noticia alguna acerca de tan ingente movilización. En este sentido, podemos afirmar que la ruta seguida por los musulmanes, dando un rodeo casi completa alrededor de aquella localidad, para acercarse a Jaibar por el norte, fue la culminación de una hábil táctica realizada sigilosamente, con el propósito de conseguir dos objetivos básicos: El primero era el de contar con el factor sorpresa y, el segundo no era otro que el de impedir a los judíos que recurrieran a la ayuda de posibles aliados, entre ellos –sin duda alguna– la tribu de Gatafán además de las otras comunidades judías repartidas por aquella zona.

Era aún muy de mañana cuando las fuerzas musulmanas detuvieron su marche frente al sólido amurallamiento que defendía el paso de aquella ciudad-fortaleza. Era la hora en la que algunos trabajadores, los más madrugadores, se disponían a abandonar sus hogares para acudir a la cita diaria en el trabajo de las plantaciones... Sólo unos pocos han podido descubrir la inesperada presencia del ejército musulmán. Imposible describir el gesto crispado que invade sus rostros, mezcla de sobresalto y sorpresa. Mientras algunos corrían para avisar, otros gritaban diciéndose: "¡Corramos, aquí están Muhammad y su ejército!".

A pesar del nerviosismo que en aquellos dramáticos momentos vivía la población de Jaibar, sus dirigentes necesitaban a toda costa reorganizarse en un tiempo récord. En sus agitadas deliberaciones, los más preocupados centraban todo su interés en formar urgentemente un sólido bloque con las comunidades judías de Wadi Al-Qura y Taimá. Así podrían efectuar un contragolpe, dirigiendo un ataque por sorpresa contra la ciudad de Medina.

El hecho de que no estuvieran del todo muy claras las consecuencias de este pretendido ataque, movió a que otro grupo más

moderado se pronunciara por la prudente alternativa de buscar un nuevo pacto con el Profeta, siendo así muy posible que esta sugerencia les resultara especialmente atractiva, más aún si tenemos en cuenta la grave traición protagonizada por su líder, Huyai Ibn Ajtab, quien apoyado por otro grupo de líderes judíos había incitado a las tribus árabes para atacar Medina, con aquella descomunal alianza en la célebre batalla de la Trinchera.

En todo caso, conviene tener presente que ninguno de ambos bandos, judíos o musulmanes, se mostraba especialmente dispuesto a llevar a cabo una efectiva reconciliación. Y, por ello, habría que contemplar la decisiva importancia de la campaña de Jaibar, observándola desde la misma perspectiva sociológica que por aquel entonces enmarcaba la vida de su población. A este respecto, podemos decir que en Jaibar se habían logrado concentrar la mayor riqueza y poderío militar conocidos en toda la Península. Los musulmanes eran, pues, conscientes de que su propia seguridad no sería realmente efectiva hasta tanto durase aquella situación de supremacía judía. Es en este punto donde hay que situar la verdadera motivación de los musulmanes, resueltos heroicamente a detener la expansión de este importante foco de influencia judía que era Jaibar.

Sobre el desarrollo de esta campaña y sus últimas consecuencias sería necesario añadir que fue seguida, paso a paso y con el mayor interés por las demás tribus árabes y en especial por los quraichitas, quienes conociendo las características de auténtica inaccesibilidad de aquellas fortalezas, no dudaban en pronosticar que esta campaña habría de representar la más severa y contundente derrota sufrida hasta entonces por el ejército musulmán.

EL COMIENZO DEL ASEDIO

Últimos días del Muharram 7.º año d.H. (1.ª Semana de Junio-628 d.C.)

Para nuestro estimado lector, pensamos que sería de mucha utilidad conocer más de cerca la distribución de los propios puntos estratégicos de Jaibar, puesto que la ciudad se hallaba repartida en tres principales zonas o barrios:

- 1.- Al Natat, con las fortalezas de Na'im, Al Sa'b Ibn Mu'az y Al Zubair.
- 2.- Al Chiq, que incluía los castillos de Ubay y Al Nizar.
- 3.- Al Katiba, con las fortalezas de Al Qamus, Al Watih y Al Sulalem.

Los judíos, por su parte, y después de haber escuchado las últimas arengas de su principal dirigente, Salam Ibn Michkam, optaron por una solución bélica y decidieron trasladar a sus familias y riquezas hasta los castillos más fortificados de Al Watih y Al Sulalim. Mientras tanto y a un mismo tiempo que los combatientes se concentraban en Na'im en el barrio de Natat, las provisiones eran almacenadas en la fortaleza de Al Sa'b.

El primer encuentro entre ambos ejércitos tuvo como escenario las mismas inmediaciones del barrio de Natat, aunque limitado en principio al intenso intercambio de disparos con flechas y jabalinas. A pesar de que este encuentro resultó ser durísimo, hasta el extremo de arrojar un saldo de cincuenta musulmanes heridos, no por ello fue del todo decisivo.

Sin embargo, debemos de indicar un hecho particularmente importante pues, aquel mismo día, la muerte natural sorprendió al gran líder de Jaibar, Salam Ibn Michkam, asumiendo Al Harez Ibn Abu Zainab el nuevo mando del ejército judío.

La primera decisión de Al Harez fue la de salir de la fortaleza de Na'im y enfrentarse en campo abierto a los musulmanes. El feroz y bien organizado ataque de los judíos, tratando de romper el asedio, se desvaneció rápidamente ante la resistencia y cohesión entre las

filas del ejército musulmán, y Al Harez no tuvo otra alternativa que retroceder después de sufrir cuantiosas pérdidas. Aunque el resultado ventajoso de este último enfrentamiento permitió que los musulmanes pudieran estrechar aún más el cerco en torno a Jaibar, la moral del ejército judío no decayó en ningún momento, ya que ninguno de ellos ignoraba que Jaibar era uno de sus últimos baluartes en la Península Arábiga.

Los días iban transcurriendo sin que se vislumbrara la luz de un rápido desenlace, y por ello el Profeta abanderó a Abu Bakr al frente de una avanzadilla del ejército, dispuesto a alzarse con la conquista de Na'im. Sin embargo, Abu Bakr regresó de esta expedición sin éxito alguno... y el propio Umar había de correr esta misma suerte al día siguiente. Ante esta nueva contingencia, el Profeta solicitó el concurso de Alí Ibn Abu Taleb, diciéndole: "Acércate a sus posiciones e invítales a abrazar el Islam, informándoles tanto de sus derechos como de sus deberes ante Dios ¡Juro por Dios! que el guiar a un sólo hombre hacia el sendero de Dios te será mucho más gratificante que ganar toda una manada de excelentes camellos". Acto seguido, Alí tomaba el estandarte para aproximarse a toda rapidez hacia la inexpugnable fortaleza, en donde los judíos también aguardaban este esperado encuentro.

Al rechazar la oferta de Alí, era inevitable que se librara aquel que sería desigual e implacable combate, durante el cual nos cabe destacar la singular acción protagonizada por un defensor judío, que había conseguido arrebatarse a Alí el escudo con que se protegía. Lejos de ser impedimento alguno, este pequeño incidente sirvió para espolear aún más el característico coraje de Alí, quien después de arrancar una de las puertas que guardaban el acceso a la fortaleza continuó su arrollador avance durante algunos pasos más, protegiéndose con ella, hasta finalmente tenderla como un efectivo puente por donde sus compañeros iban a iniciar la penetración en el que, pocos momentos antes, parecía irreductible bastión.

En otro orden de cosas y, como quiera que entre el ejército musulmán comenzaban ya a escasear las provisiones, varios compañeros fueron a exponerle al Profeta esta dramática situación, quien para tan excepcional ocasión autorizó el sacrificio de algunos caballos con los que poder mitigar el hambre reinante entre sus tropas. Esta situación de carencia mejoró, sin embargo, a partir de la toma de la fortaleza de Al Sa'b, donde fueron encontradas abundantes provisiones que permitieron continuar el asedio de las restantes fortalezas judías. Finalmente y a fuer de sinceros, no podemos dejar de reseñar la tenaz oposición desplegada por los judíos, en la que sería desesperada y heroica defensa de sus últimas fortalezas.

EL PRINCIPIO DEL FIN

El ejército musulmán prosiguió imparable el asedio, una tras otra, de las restantes fortalezas judías. De especial dureza podemos calificar el asedio a la fortaleza de Al Zubair, donde por sus mismas características los musulmanes se vieron obligados a cortar el suministro de agua, obligando así a que sus defensores les salieran definitivamente al encuentro. La lucha fue en sí terrible y los judíos comenzaron, a poco, a dar los primeros signos de desmoronamiento. Con la decisiva conquista de esta importante fortaleza daba comienzo el derrumbamiento en cadena de las restantes posiciones judías, excepción hecha de las fortalezas de Al Watih y Al Sulal'm, situadas en la zona de Al Katiba.

Las posteriores y definitivas conquistas de Al Watih y Al Sulaleem, sin lucha digna de especial mención, situaron la desesperación judía en su punto más culminante. En efecto, tras este último golpe, los judíos no sólo habían perdido todos sus reductos, sino también las preciadas riquezas que junto a ellos aún conservaban. Esta trágica situación debió impulsarlos, muy probablemente, a solicitar un acuerdo urgente de paz. La petición judía fue aceptada inmediatamente por el Profeta, tras asegurarles el total respeto por sus vidas y libertad religiosa, a cambio de lo cual sólo podrían disfrutar de la mitad del producto de las cosechas en las tierras que trabajaban.

Como una muestra del digno trato que fue dispensado a los judíos en su libertad religiosa, podemos recordar aquella ocasión en que, con motivo de los combates sostenidos en la toma de una de sus últimas fortalezas, fueron encontradas algunas copias de la Torá, que los judíos se apresuraron a reclamar tan pronto como concluyó la firma del tratado de paz. En señal de su profundo respeto por cualesquiera de las Sagradas Escrituras, el Profeta ordenó la inmediata devolución de dichas copias.

Esta acción del Profeta podríamos muy bien contrarestarla con la actitud de oposición y severa intolerancia seguida por los bizantinos tras la conquista de Jerusalén, o incluso con la de la propia Inquisición española, en sus sistemáticas campañas de cruel represión contra judíos y musulmanes, quemando o destruyendo cuantos libros o Escrituras Sagradas encontraban a su paso. Del excelente trato humano y justicia dispensados a los judíos nos habla, así mismo, la conducta seguida por el nuevo gobernador musulmán de Jaibar, quien de modo ejemplar –comentado incluso por los propios judíos– impartió la mayor tolerancia y equidad entre toda aquella población.

En otro orden de cosas, nos cabe reseñar la llegada, en aquel mismo día de la firma del tratado, de Ya'far Ibn Abu Taleb con el grupo de emigrantes musulmanes procedentes de Abisinia. La alegría del Profeta por este feliz acontecimiento era muy visible: “¡No sé con qué alegría quedarme, si es con la conquista de Jaibar o con la llegada de Ya'far!”

Por último, podríamos indicar que en el curso de aquellos días, Muhammad se casaba con Safiya, hija de quien fue líder judío Huyay Ibn Ajtab. Con este matrimonio, el Profeta quiso apaciguar los ánimos de los judíos, restando amargura a su derrota en Jaibar.

Sin embargo, y antes de que abandonara la ciudad, Zainab Bint Al Harez (viuda del comandante judío Salam Ibn Michkam, muerto durante el asedio) invitó a Muhammad a comer paletilla asada, pero cuando él tomó el primer bocado lo rechazó diciendo: “el hueso de

esta paletilla me dice que fue envenenado...". Acto seguido, llamó a Zainab para explicarse acerca de este atentado y ella respondió: "si fueras un rey cualquiera, nos hubiéramos liberado de ti; pero si eres un profeta, sin duda, serás advertido...". Después de esta confesión, el Profeta la perdonó la vida.

Retomando el curso de nuestro hilo histórico podemos señalar que a un mismo tiempo que los judíos de Jaibar solicitaban la paz, Muhammad enviaba una propuesta a la población judía de Fadak, invitándola a abrazar el Islam, salvo que en otro caso decidieran aceptar la rendición. Los de Fadak, que ya tenían conocimiento de la situación en Jaibar, decidieron mejor aceptar esta reconciliación y firmar un acuerdo de paz, a cambio de lo que suponía la entrega de la mitad de sus riquezas.

El hecho de que este acuerdo fuese alcanzado sin lucha alguna fue motivo para que aquellos ingresos pasaran a formar parte directa de la hacienda pública musulmana, a diferencia de lo ocurrido en la campaña de Jaibar, donde fueron repartidos entre todos los musulmanes que participaron en su heroica conquista.

Tras la última conquista de Fadak, el Profeta organizó el regreso a Medina siguiendo la ruta de Wadi Al Qura. Allí aguardaban también su paso los judíos de aquella zona, dispuestos a librar el que había de ser su último enfrentamiento con los musulmanes. En efecto, tras una breve aunque intensa escaramuza, sus dirigentes se vieron muy pronto obligados a pedir la paz, al igual que antes lo habían hecho los de Jaibar y Fadak... De un modo muy parecido habría de ocurrir con los judíos de Taima.

Con la toma de estos últimos reductos, la autoridad política del Islam se extendió a casi todo el resto de la Península, quedando así garantizada la total estabilidad, tanto hacia el norte como hacia el sur.

332

CAPITULO XXII

EL PROFETA REALIZA EL UMRA

Había transcurrido un año desde la histórica firma del Tratado de Hudaibiya y, los acuerdos alcanzados con este pacto autorizaban a que Muhammad y sus compañeros podían entrar libremente en La Meca y efectuar la visita a la Ka'ba. Para tan anhelada peregrinación menor (Umra), el Profeta convocó así a toda la comunidad, y en especial a los que estuvieron presentes en aquella ocasión del compromiso del Beneplácito, proclamándoles que estuvieran dispuestos para iniciar los preparativos y posterior marcha hacia la Casa Sagrada.

Aunque esperada por todos, la llamada de Muhammad, anunciada en el primer día de Dhul Qui'da del 7.º año de la Hégira (1-3-629 d.C.), logró en pocos días desbordar el entusiasmo general de los musulmanes. Entre aquel numeroso grupo estaban los Muhayirun, que siete años atrás se vieron obligados a abandonar sus familias y sus hogares en La Meca. También se encontraban allí los Ansar, con sus corazones llenos de devoción por visitar la antigua y Sagrada Casa en compañía del Profeta. De cualquier manera y si fueron algo más de dos mil los hombres, mujeres y niños que respondieron a este llamamiento, ello suponía que la cifra del año anterior se había visto incrementada en unos seiscientos nuevos musulmanes.

Si bien recordamos, el cumplimiento de los acuerdos pactados en Hudaibiya obligaban a que ningún musulmán podría entrar en La Meca portando más armas que la sola espada que conservará

enfundada en su vaina. Ante una situación de tan probable riesgo como podía serlo ésta, la conducta previsora del Profeta le llevó, con su habitual sabiduría, a asegurarse de cualquier intento o posibilidad de traición por parte de los quraichitas. Con este motivo mandó equipar una caballería compuesta por cien hombres, bajo el mando de Muhammad Ibn Maslama, dándole las instrucciones necesarias para que reconociera, con toda minuciosidad, el terreno por donde habría de pasar la expedición musulmana, guardando siempre el mayor cuidado para no adentrarse en el terreno sagrado que rodeaba La Meca. De esta manera y una vez que hubieran alcanzado la altura del cañón de Al Zahran, pasarían luego a tomar la desviación que habría de conducirlos hasta el valle más próximo.

Encabezada por el Profeta y entre muestras de auténtico júbilo, la expedición musulmana iniciaba, por fin, su añorada marcha hacia La Meca. Eran momentos de indescriptible emoción. Para los Muhayirun, cada paso que avanzaban les hacía sentirse más y más próximos al recuerdo de una niñez vivida en lugares que fueron tan inolvidablemente familiares. Y para los Ansar, que tantos relatos habían escuchado de sus compañeros sobre aquellos días de cruel y terrible persecución, sentían no menos fervor por ver y pisar la bendita ciudad que vio nacer al Profeta y en donde, por primera vez, fue oída la revelación de Dios.

LOS QURAICHITAS ABANDONAN LA CIUDAD

Los quraichitas habían ya recibido la noticia de que Muhammad y sus compañeros se aproximaban hacia La Meca. En estas circunstancias, la mayoría de los quraichitas se decidieron por abandonar la ciudad, yendo a trasladarse a los montes que circundan La Meca. Para esta ocasión, los que pueden levantarán tiendas donde poder cobijarse. Otros, en cambio, tendrán que conformarse con la débil sombra de los escasos árboles que crecen dispersos en aquel árido lugar. Desde cualquiera de los montes Qaiqu'an, Abu Qubais o Hira', desde cualquier pequeño montículo, las miradas de todos los

quraichitas, durante estos tres días, estarán solo pendientes de la ciudad que han dejado atrás, contemplando la entrada de aquel "exiliado" y sus compañeros.

Los musulmanes no han encontrado ningún obstáculo para adentrarse en la ciudad. El camino hacia la Ka'ba lo hacen agrupados en torno al Profeta. A ambos lados, y como escolta de honor figuraban los compañeros más allegados seguidos del resto de los musulmanes. Cuando, por fin, divisan la Casa Sagrada todos se unen en un solo clamor a Dios: "¡Señor, hénos aquí obedientes respondiendo a tu llamada!"

Nuestro lector puede fácilmente imaginar la solemnidad de aquel histórico momento en que, por vez primera, el Islam y su mensaje, encarnados en la vigorosa fe de los musulmanes que rodeaban al Profeta, entraban pacíficamente en la Meca aunque también más llenos que nunca de gratitud hacia Dios, tras un largo camino sembrado de múltiples e indecibles sacrificios. El carácter verdaderamente multitudinario de este acontecimiento, unido al incesante clamor de alabanzas al Creador: "¡Señor, hénos aquí obedientes respondiendo a tu llamada!", fueron sin duda capaces de conmover hasta los mismos y endurecidos corazones de los quraichitas.

Al aproximarse a la Ka'ba, el Profeta retiró a un lado la túnica que portaba, dejando al desnudo su brazo derecho. Acto seguido comenzó la circunvalación con paso rápido, ordenando a sus compañeros que siguieran su propio ejemplo para demostrar así a los quraichitas, que no cesaban de observarlos desde los montes próximos, la fortaleza y la voluntad invencibles que animaban a los musulmanes.

En aquellos momentos en que todo era devoción y entusiasmo, Abdulah Ibn Rauaha había comenzado a recitar unos versos desafiantes, tratando de llamar la atención de los quraichitas. Sólo una rápida intervención como la de Umar pudo frenar a tiempo tan temeraria conducta. El Profeta, muy próximo a ellos, se dirigió a Rauaha, diciéndole: "Tranquilízate y recita: No hay más divinidad salvo Dios el

Unico, Quien concedió la victoria a Su siervo, respaldó a sus seguidores y, derrotó a los que hicieron alianzas en contra de Su Profeta”.

LA ESTANCLA DE LOS MUSULMANES EN LA MECA

Después de finalizar la circunvalación en torno a la Ka'ba, el Profeta guió a sus compañeros hasta los montículos de Al Safa y Al Marua. Una vez en aquel lugar, el Profeta cubrió con paso ligero siete veces la distancia que separa ambos montículos, conmemorando aquellos siete recorridos que diera Agar, muchos siglos antes, buscando agua para su pequeño Ismael. Después de realizar este recorrido, el Profeta se dirigió al montículo de Al Marua, donde se encontraban preparados los animales destinados al sacrificio, y dijo a sus compañeros: “Este es el lugar para la inmolación, y también puede serlo cualquiera de los valles de La Meca”.

Con el sacrificio posterior en Marua de los animales destinados para este fin, y después de afeitar su cabeza, el Profeta completó así todos los deberes establecidos para la realización del Umra, o peregrinación menor.

Tal y como había sido estipulado en el Tratado de Hudaibiya, los musulmanes permanecieron durante tres días en La Meca. Durante este tiempo, en el que la mayor parte de los quraichitas estuvieron ausentes de la ciudad, los Muhayirun y los Ansar pudieron caminar tranquilamente por sus calles, sin sufrir daño alguno. En el caso de los Muhayirun, esta ocasión fue especialmente aprovechada para visitar sus antiguos hogares y mostrárselos a sus compañeros los Ansar. Ciertamente, fueron éstos unos días inolvidables y el Profeta se mostró también especialmente feliz, conversando con unos y otros e incluso gastando alguna que otra pequeña broma.

Entre los quraichitas que sintieron una especial admiración por estas jornadas de intenso fervor religioso, vividas tan de cerca con

los musulmanes, encontramos entre otros a Maimuna, cuñada de Al Abbas Ibn Abd Al Muttaleb, tío del Profeta, quien expresó su firme deseo de abrazar la fe del Islam.

Ya como nuevo miembro de la comunidad musulmana, Maimuna delegó en su hermana, Um Al Fadl, para que solicitase su matrimonio con Muhammad. La aceptación del Profeta a este matrimonio supuso un nuevo paso para estrechar aún más los lazos de familiaridad y entendimiento con los quraichitas.

Al término de los tres días previstos en el Tratado, los delegados quraichitas Suhail Ibn Amr y Huaiteb Ibn Abdul Uzza vinieron hasta el Profeta para recordarle que había finalizado el plazo establecido, debiendo por ello abandonar la ciudad. El Profeta les expresó entonces su deseo de celebrar en La Meca su boda con Maimuna, invitándolos de paso a la comida que seguiría al acto nupcial. Por lo inesperado de esta petición, los delegados quraichitas debieron, muy probablemente, sentirse temerosos ante la posibilidad de que pudiera así establecerse un mayor acercamiento entre los musulmanes y los ciudadanos de La Meca. Su respuesta al Profeta no pudo ser más seca ni mas tajante: "¡No necesitamos tu comida, márchate pues!" El Profeta no dudó un solo instante en cumplir las condiciones del Tratado pues, acto seguido, ordenó a sus compañeros que se dispusieran para iniciar el regreso a Medina.

En este viaje de regreso y una vez alcanzada la localidad de Sarif, la expedición musulmana detuvo su marcha en este lugar para celebrar la anunciada boda de Muhammad con Maimuna. De esta que fue la última esposa del Profeta, podemos añadir que, cumpliendo su deseo, fue enterrada en esta misma localidad cincuenta años más tarde.

JALED IBN AL WALID ABRAZA EL ISLAM

Medina acababa de acoger enfervorizada la reciente llegada del Profeta y sus compañeros. Cuando aún eran muchas las gargantas que no cesaban de aclamar continuas alabanzas a Dios, Muhammad era más consciente que nunca de que la peregrinación menor (Umra) que acababa de realizar junto a sus compañeros había marcado con un imborrable recuerdo a todos los habitantes de La Meca. Esta impresión del Profeta no iba a tardar en verse confirmada con la declaración que el propio Jaled Ibn Al Walid —el prestigioso comandante quraichita en la batalla de Uhod— hacía a sus convecinos, varios días después de que los musulmanes hubieran abandonado La Meca: “Creo que ha quedado ahora suficientemente claro que Muhammad no es ningún brujo ni tampoco un poeta. Lo que él dice son ciertamente palabras del Dios Unico y Señor del Universo.. Así pues, seguir a Muhammad es el deber de cualquier persona juiciosa...”.

La inesperada declaración de Jaled había logrado soliviantar el ánimo de Ikrima Ibn Abu Yahl: “¡Oh Jaled, estás hablando como un renegado!”.

– Jaled: “No soy ningún renegado sino que he abrazado el Islam”.

– Ikrima: “¡Por Dios, creo que tu eres el menos indicado para hablar de esa forma!... ¿O es que acaso has olvidado ya las muertes de tu tío y tu primo en Badr? Poniéndome en tu lugar yo jamás habría aceptado el Islam, ni tampoco habría hablado como tú lo has hecho... ¿Acaso no sabes que nuestros líderes se están preparando de nuevo para atacar a Muhammad?”

– Jaled: “Tus palabras solo me demuestran la ignorancia en que todos os hayáis sumidos. He abrazado el Islam porque me dió luz para distinguir dónde está la verdad”.

La ejemplar actitud de Jaled no tardó en ser seguida por otros hombres importantes de La Meca, entre los que citamos a Uzman Ibn Talha, este último guardián de la Ka'ba.

CAPÍTULO XXIII

LA CAMPAÑA DE MUTAH

Dentro de nuestro análisis histórico, deberíamos buscar el prelu-
dio de esta batalla de Mu'tah en anteriores acontecimientos de espe-
cial gravedad, pues una vez realizada El Umra, y cuando sólo habí-
an transcurrido algunas semanas desde el regreso de la Meca, el
Profeta decidió enviar una misión de cincuenta de sus compañeros
a la tribu Sulaim, asentada al norte de la Península Arábiga, con el
propósito de invitarles a conocer el Islam. Era el mes de Dhul Hiya,
del séptimo año de la Hégira (abril del 629). Sobre el triste desenla-
ce de esta pacífica misión, la realidad histórica nos afirma que
varios de aquellos compañeros del Profeta derramaron allí su san-
gre, vilmente asesinados por algunos de los miembros más hostiles
de aquella tribu. Lamentablemente y con escasa diferencia de tiem-
po –Rabi' al Aual del octavo año d.H. (julio del 629)–, un mismo
trato y consecuencias muy parecidas sufrió también otra de estas
misiones, destinada a Banu Quda'a en Dat Atlah, también en la
zona norte de la Península, dejando allí sus vidas como mártires
catorce de los quince musulmanes que formaban parte de aquella
delegación.

Como guiadas por un mismo hilo, estas inesperadas traiciones
unidas al gravísimo incidente ocurrido, meses atrás, con motivo del
asesinato de Al Harez Ibn Umair, embajador musulmán al goberna-
dor de Bosra, a manos de Churahbil Ibn Amr Al Gassani, delegado

del Cesar en los territorios de Al Balqa', al sur de Siria, constituyeron sin duda el elemento desencadenante de la campana de Mu'tah.

El Profeta comenzó los preparativos de esta importante expedición –integrada por unos tres mil hombres– en el mes de Yumada Al Ula, correspondiente al octavo año de la Hégira (septiembre del 629 d.C.), designando como jefe militar de la misma a Zaid Ibn Hariza. El nuevo mando, supuesto que Zaid muriera, pasaría a ser asumido por Ya'far Ibn Abu Taleb, correspondiéndole serlo a Abdullah Ibn Rauaha, en el caso de que cayera también Ya'far. Poco antes de que esta expedición emprendiera su marcha hacia el norte, Muhammad daba las últimas instrucciones a Zaid: *“Cuando alcancéis la localidad donde fue asesinado Al Harez, exponed allí el Islam a sus gentes. Si deciden combatiros, nunca les ataqueis por sorpresa ni tampoco durante la noche. Respetad las vidas de los niños y las mujeres, las de los ancianos y los que viven retirados en templos de adoración. No cortéis árboles ni destruyáis viviendas”*.

Estas históricas palabras del Profeta demuestran sin duda alguna el mejor exponente de cuál fue siempre su criterio en cualquiera de estas campañas, y muy particularmente en ésta, para conseguir la aceptación del Islam por parte de aquellas tribus hostiles del norte.

Un dato histórico de especial relevancia, referido a esta campaña de Mu'tah, lo constituye la participación del gran estratega militar Jaled Ibn al Walid, en esta que fue su primera intervención, formando ya parte de las filas del Islam.

LA MOVILIZACION BIZANTINA

La noticia de esta movilización islámica tardó muy pocos días en llegar hasta la corte de Churahbil; noticia que fue confirmada cuando las tropas de Medina no habían alcanzado aún los límites norte-

ños de la Península Arábiga. Para hacer frente al ejército musulmán, Churahbil –delegado de Heraclio en Al Balqa’– había ya dispuesto un contingente militar integrado por no menos de cien mil hombres, seleccionados de las tribus de Lajm, Yucham, Balquin, Bahra' y Bala, a la vez que solicitaba la urgente ayuda del propio Heraclio.

Al decir de algunos historiadores sobre si fue el propio emperador bizantino quien asumió el mando de este impresionante ejército, reforzado definitivamente con la incorporación de otros cien mil hombres, otro grupo más crítico apunta a que, más bien, fue su propio hermano Teodoro quien de hecho tomó la dirección final de este mando.

El ejército musulmán tuvo conocimiento de este ingente y totalmente inesperado despliegue militar bizantino cuando aún se encontraba acampado en la zona de Ma'an, actualmente al sur de Jordania. El desequilibrio militar entre ambas fuerzas –tres mil musulmanes frente a una fuerza enemiga de doscientos mil hombres– era a todas luces evidente... ¿Cómo hacerles así frente? Era, pues, necesario buscar una solución urgente a tan inesperada como peligrosa situación.

Después de dos días de deliberaciones y mutuas consultas, y cuando ya estaba a punto de prevalecer la propuesta de que era preferible escribir informando al Profeta y esperar, entretanto, sus nuevas consignas, Abdulah Ibn Rauaha intervino diciendo: “¡Por Dios, compañeros, hemos venido a esta misión buscando ofrecer nuestro testimonio ante Dios. Nosotros no luchamos dependiendo de cuántos somos o del número de nuestras armas. La fe con la que Dios nos ha agraciado es la que nos hace sentirnos más fuertes. Y es por eso que vamos ahora a luchar buscando la confirmación de nuestro testimonio ante Dios como mártires o alzándonos con la victoria!”

El coraje y el valor de Ibn Rauaha habían alcanzado de lleno el corazón de todos sus compañeros. Alentado por esta admirable fe en Dios, el ejército musulmán se puso inmediatamente en marcha dirigiéndose hacia la zona de Al Balqa', en donde una vez alcanzado el poblado de Mu'tah se tomó la decisión de acampar allí, por considerarlo más favorable para un posterior despliegue militar, al tiempo que se evitaba el contacto directo con las líneas del enemigo... En este mismo lugar habría de producirse el desigual enfrentamiento entre ambos ejércitos, en el que como bien sabemos los musulmanes contaban tan solo con unos tres mil hombres, frente a la abrumadora cifra de doscientos mil soldados que componían aquel ejército bizantino.

LA CAIDA DE LOS PRIMEROS MARTIRES

Con los primeros rayos de luz del día siguiente, el ejército bizantino adelantó sus filas y, de este modo, la desigual batalla era inevitable. Nada más iniciarse el combate, Zaid Ibn Hariza levantó el estandarte del Profeta, dispuesto a abrir una brecha entre las nutridas filas enemigas, apoyado por Qutba Ibn Qatada Al Uzri encabezando el flanco derecho, y por Ubada Ibn Malek Al Ansari en el izquierdo... Poco después y fruto de la aplastante superioridad enemiga, el heroico gesto de Zaid era replicado por una densa lluvia de jabalinas bizantinas que pusieron fin inmediato a su vida. Lanzado como una exhalación y siguiendo los pasos de su comandante, Yafar Ibn Abu Taleb recogió en seguida el estandarte de las manos de Zaid, adentrándose con furia entre las filas bizantinas hasta causar allí un cuantioso número de bajas. Así con este incomparable valor que da la firme creencia en Dios, Yafar continuó luchando incansable hasta finalmente acabar sitiado por un numeroso grupo de soldados enemigos. En aquel crítico momento, Yafar decidió apear-se de su herida yegua, pero los bizantinos acabaron dándole muerte, no sin antes perder sus dos brazos... Esta misma y triste suerte iba a correr, poco después, el intrépido Abdulah Ibn Rauaha.

LA ESTRATEGIA DE JALED

La prematura muerte de estos tres jefes, inolvidables mártires del Islam, no consiguió doblegar por el momento el empeño a ultranza de los combatientes musulmanes para continuar adelante en su heroica y desesperada lucha. En aquellos instantes, Zabet Ibn Arqam tomó entre sus manos el estandarte del Profeta, pidiendo a sus compañeros la urgente designación de un nuevo jefe.

Poco tiempo después, el nuevo comandante elegido, Jaled Ibn Al Walid, suficientemente conocido por nuestros lectores por su especial habilidad militar en sus tiempos de La Meca, ordenó la inmediata reorganización de las filas musulmanas previendo una nueva estrategia. Para Jaled se hacía necesario, ante todo, ganar tiempo y reducir el número de las bajas musulmanas.

En aquellos precisos momentos, en Medina y a varios centenares de kilómetros del escenario de esta batalla en Mu'tah, el Profeta decía a sus compañeros: "Zaid tomó el estandarte y fue alcanzado... Lo recogió Yafar y fue alcanzado también". Con los ojos inundados de lágrimas, el Profeta prosiguió: "Ibn Rauaha alzó el estandarte y cayó también. Finalmente, fue levantado por una de las espadas de Dios, y Dios le deparó una solución".

Poniendo en práctica su plan, Jaled dispuso la formación de pequeños grupos de caballería, lanzándolos en sucesivos ataques relámpago contra los flancos más desguarnecidos del ejército bizantino, sin dejarles ninguna opción que les permitiera algún tipo de reacción organizada. De este modo y después de causar numerosas bajas al ejército bizantino, Jaled esperó la caída de la noche. Su propósito no era otro que organizar la preparación de una retirada a tiempo, consciente como lo era de la imposibilidad de mantener adelante una lucha, en condiciones de tan franca inferioridad.

Una vez llegada la noche, Jaled ordenó un cambio importante en el despliegue de los efectivos musulmanes, tratando de dar así la impresión a los bizantinos de que nuevas tropas musulmanas habían llegado en su apoyo. Merced a esta hábil y elaborada estrategia pudo reorganizarse, sin más contratiempo, la retirada completa del ejército musulmán, que si bien en esta ocasión no pudo conseguir la victoria, al menos sí sirvió para salvar una situación extremadamente difícil y comprometida... aunque también dejando atrás los cuerpos sin vida de doce mártires musulmanes. De cualquier modo, la noticia de esta heroica gesta iba a llevar el asombro a propios y extraños, tratándose de un adversario –Bizancio– reconocido en aquella época como la primera potencia militar del mundo.

Una de las consecuencias más notables de esta campaña de Mu'tah fue el que varias tribus árabes –las de los Banu Sulaim, Achya', Gatafán, Zubian y Fazara, entre otras– abrazaron el Islam, convencidos de que solamente una férrea fe como la de estos musulmanes pudo hacer frente a los todopoderosos bizantinos.

EL REGRESO A MEDINA

Aguardando en las afueras de la ciudad, allí estaba toda la población musulmana de Medina dispuesta a recibir a su ejército. A la cabeza de todos, el profeta sostenía entre sus brazos al pequeño Abdulah, hijo del malogrado Yafar. Cuando por fin hacían su entrada y todo eran gritos de reconocimiento, algunos muchachos comenzaron a insultar a los combatientes por haberse retirado tan pronto así del campo de batalla... Sólo la voz del Profeta, profundamente afectado por la pérdida de sus doce compañeros, pudo acallar los gritos de aquellos muchachos, a la vez que ensalzaba la valentía y la entrega que todos habían demostrado en su heroica lucha.

LA CAMPANA DE DHAT AL SALASIL

Yumada Al Ula, 8.º año de la Hégira (finales de septiembre 629 d.C.).

Aunque sería impropio calificar de derrota el resultado de la campaña de Mu'tah, también es cierto que no se habían logrado alcanzar los objetivos que acerca de la misma se habían previsto. De esta manera y dos semanas más tarde, el Profeta organizó una nueva expedición de trescientos combatientes, bajo el mando de Amr ibn Al 'Ass, dirigiéndose en esta ocasión hacia la localidad norteña de Yudam, conocida también como Fuente de Dhat Al Salasil.

Una primera avanzadilla del ejército musulmán pudo comprobar, en seguida, la enorme superioridad numérica de las fuerzas que estas tribus hostiles habían organizado. Para hacer frente a esta peligrosa situación, Amr Ibn Al 'Ass envió un mensaje urgente al Profeta solicitándole el apoyo militar necesario.

Con la llegada del nuevo contingente, compuesto por doscientos combatientes y encabezados por Abu Ubaida Ibn Al Yarah, el conjunto del ejército musulmán, del cual formaban también parte Umar y Abu Bakr, comenzó un victorioso avance bajo el mando del propio Amer Ibn Al 'Ass, quien después de infligir un duro correctivo a varias tribus rebeldes, entre ellas la tribu de Quda'a, pudo recuperar así el prestigio, antes perdido en estas mismas tierras, además de sembrar la desconfianza entre aquellas tribus del norte con sus aliados bizantinos.

De este modo, y con el feliz término de esta brillante campaña quedaba asegurada la estabilidad a lo largo y ancho de casi toda la Península Arábiga, siendo buen fruto de ello la incesante llegada a Medina de numerosas tribus, expresando su deseo de abrazar el Islam e integrarse en el futuro de la ya asentada sociedad islámica.

346

CAPÍTULO XXIV

LA ENTRADA EN LA MECA

La vida diaria en Medina iba discurriendo pacíficamente y los musulmanes se encontraban plenamente dedicados a la propagación del mensaje del Islam, al mismo tiempo que se completaba la estructura socio económica del estado islámico. Mientras que para las tribus árabes del norte los últimos acontecimientos habían supuesto el mejor aliciente en su camino para abrazar el Islam, los quraichitas comenzaron a sentirse seriamente preocupados ante este definitivo auge del poderío musulmán.

Un buen ejemplo del nuevo clima de nerviosismo que se respiraba en La Meca podemos encontrarlo en las reiteradas violaciones de los quraichitas en relación con el Tratado de Hudaibiya. Estas violaciones habrían de culminar, finalmente, con un acto de máxima gravedad: la agresión a la tribu Juza'a, aliada de Muhammad, a manos de los Banu Bakr, aliados a su vez de los quraichitas. Tan intolerantes acontecimientos tuvieron lugar, según vamos a ver muy pronto, cuando numerosos miembros de los Jusa'a se encontraban acampados cerca de un pozo de agua llamado Al Watir, en las proximidades de La Meca, a mediados del mes de Cha'ban del 8.º año de la Hégira (Primera semana de diciembre 629 d.C.).

Si consideramos la tradicional enemistad que, desde tiempo atrás, mantenía enfrentadas a ambas tribus, la presencia de los Juza'a en ese territorio fue aprovechada por los Banu Bakr para lan-

zar sobre aquéllos un ataque por sorpresa, quiénes después de sufrir algunas bajas tuvieron que emprender la rápida huida buscando refugio en el propio recinto sagrado de la Ka'ba.

Bien lejos de disuadir esta abominable acción de los Banu Bakr, los propios quraichitas los incitaron a consumir su descarada agresión, brindándoles incluso el apoyo material de algunos de sus hombres y, también, las necesarias armas. Esta torpe y alevosa acción de los quraichitas iba a ser, sin embargo, muy pronto conocida por el Profeta en Medina. Después de relatarle los pormenores de este incalificable ataque, Amr Ibn Salem, emisario de los Juza'a, le pidió al Profeta que diera cumplimiento al pacto de mutua defensa, entre ambos acordado, según ya sabemos una vez concluida la firma del Tratado de Hudaibiya. La respuesta del Profeta al agravado Amr fue, por demás, clara y contundente: "¿Podéis contar con nuestro seguro respaldo!"

LOS TEMORES QURAICHITAS

Teniendo muy en cuenta las arriesgadas consecuencias que podían derivarse de estos últimos incidentes, algunos dignatarios quraichitas, muy posiblemente informados de la entrevista de Amr con el Profeta, comenzaron a plantearse el modo de restablecer el Tratado de Hudaibiya, precisamente violado por algunos de sus hombres.

Con este propósito, Abu Sufian emprendió viaje hasta Medina, buscando la oportunidad de entrevistarse cuanto antes con Muhammad. Una vez en Medina, se dirigió primero a la casa de su hija Um Habiba, esposa del Profeta, esperando encontrar allí la intercesión y el apoyo necesarios para salvar este difícil momento. Sin embargo, y bien lejos de conseguir su propósito, Abu Sufian hubo de encontrarse con la cerrada actitud de su hija, no dejándole vislumbrar esperanza alguna. En efecto, al ver entrar a su padre, Um Habiba

comenzó por apartar el colchón donde el Profeta solía descansar, y en donde Abu Sufian iba a sentarse... Sin duda, este era el signo más claro de que su presencia en aquel lugar no era bien acogida. Profundamente enojado, Abu Sufian abandonó la casa de Um Habiba, dispuesto a probar cualquier otro medio que le hiciera convenir a Muhammad.

En su entrevista con Muhammad, Abu Sufian comenzó exponiéndole al Profeta el deseo de todos los quraichitas de prorrogar diez años más la duración del Tratado, comentándole de paso, no sin cierta habilidad, las virtudes y ventajas que encerraban sus cláusulas. El Profeta, por toda respuesta, guardó un silencio profundo, verdaderamente significativo, sin contestar a ninguna de sus proposiciones.

Tratando de buscar una posible salida a esta delicada situación, Abu Sufian decidió solicitar la mediación de Abu Bakr, quien poco después se negaba también a prestarle ningún tipo de ayuda... Una peor suerte iba a correr en su siguiente tentativa con Umar... Nadie confiaba en las palabras de Abu Sufian después de tan tamaña traición a manos de los quraichitas.

A pesar de que Abu Sufran, en el fondo, se sentía fracasado, aún albergaba una mínima esperanza de poder salvar a su pueblo. Esta idea, que bullía una y otra vez en su mente, le llevó como último recurso a buscar el consejo de Alí, primo y yerno del Profeta. Aunque poco o, más bien, nada tenía que aconsejarle, Alí le propuso que se dirigiera hacia la Mezquita y anunciara allí su disposición para acoger bajo su protección a todos los quraichitas que se lo solicitaran, ya que con este gesto los musulmanes entenderían su inequívoco deseo de paz, y más aún por el propio rango de Abu Sufian entre los dignatarios de La Meca.

Totalmente resignado y profundamente herido en su orgullo, Abu Sufian se dirigió hacia la Mezquita, poniendo allí felizmente en

practica el sabio consejo de Alí. Acto seguido, emprendió rápidamente el camino de regreso a La Meca, para informar a los líderes quraichitas acerca de su gestión, y también sobre su propia postura en cuanto al ofrecimiento de su protección personal declarada por él mismo en Medina.

De verdadera insatisfacción podemos calificar la reacción de aquellos líderes, quienes después de escuchar impacientemente a Abu Sufian, decidieron retirarse a deliberar en busca de otras posibles soluciones, a esta más que espinosa situación.

Mientras tanto, en Medina, el Profeta daba a conocer a sus más directos consejeros sus intenciones de llevar a cabo los preparativos de la marcha hacia La Meca, guardando sobre ello la mayor discreción, de modo que los quraichitas no pudieran disponer de tiempo suficiente como para organizar ninguna defensa eficaz.. El factor sorpresa tendría así un efecto muy importante, ya que los quraichitas se sentirían definitivamente más inclinados a buscar una salida pacífica, y con ello el Profeta habría conseguido también su propósito de evitar cualquier derramamiento innecesario de sangre.

En relación con el desarrollo de estos acontecimientos, podemos resaltar un hecho verdaderamente insólito. Un musulmán de Medina, Hateb Ibn Abu Balta'a, había intentado hacer llegar un mensaje a los quraichitas, informándoles acerca de algunos detalles sobre la preparación de esta marcha... Afortunadamente, la portadora de este mensaje delator, una mujer llamada Sara, fue detenida a tiempo en su camino hacia la Meca por Alí ibn Abu Taleb y Al Miqdad ibn Al Asuad, quienes ya habían salido a su encuentro por orden expresa del Profeta. Muy temerosa por las consecuencias de su arriesgada misión, Sara acabó finalmente entregándoles la mencionada carta, regresando junto a ellos hacia Medina.

Una vez con la carta entre sus manos, Muhammad le preguntó a Hateb sobre el propósito de su extraña conducta, siendo como lo era uno de los grandes héroes en la célebre batalla de Badr. Antes de responder, Hateb suplicó al Profeta que le escuchara con paciencia: “¡Oh, enviado de Dios!, sigo siendo un creyente en Dios y en Su Profeta, pero soy un hombre que no cuenta con muchos lazos familiares entre los quraichitas. Mi única intención, con ese mensaje, fue la de ganar el favor de los quraichitas y proteger a la escasa familia que aún conservo en La Meca”.

Al oír las palabras de Hateb, Umar Ibn Al Jattab se levantó indignado, diciendo: “¡Este hombre es un hipócrita y un traidor, y sólo merece la muerte!”. La rápida intervención del Profeta pudo resolver esta tensa situación: “Déjalo, Umar, ¿cómo podrías entender el mérito de los que combatieron en Badr?... Hateb fue uno de ellos y Dios quizás le haya perdonado todas sus faltas”.

En relación con este episodio fue revelado, poco después, el siguiente versículo coránico:

«Oh, creyentes!, no toméis por aliados a quienes son Mis enemigos y los vuestros, entregándoles vuestro afecto.»

El Sagrado Corán (60:1)

LA MARCHA DEL EJERCITO MUSULMAN

10 DE RAMADAN DEL 8.º AÑO DE LA HÉGIRA (31-12-629 D.C.)

Cuando el ejército musulmán emprendió la marcha hacia La Meca, un considerable número de tribus habían acudido a Medina dispuestas a unírsele en esta importante expedición. Entre algunas de aquellas tribus, allí estaban los Sulaim, los Muzaina y, por supuesto, los Gatafán.

Habría que añadir, así mismo, que toda la expedición había observado el ayuno, preceptivo durante el mes de Ramadán, pero cuando llegó hasta las inmediaciones del pozo de Kadid, Muhammad ordenó romper el ayuno.

Mientras tanto, en La Meca, los quraichitas aún proseguían sumidos en sus interminables deliberaciones, sin alcanzar ningún acuerdo que pudiera parecerles satisfactorio.

Aprovechando estos momentos de confusión en La Meca, un grupo de los Banu Hachem (familiares de Muhammad) salió al encuentro del Profeta cuando aún se encontraba en la localidad de Al Abua' para anunciarle su propósito de abrazar el Islam. Entre sus componentes, se pueden citar algunos antiguos y conocidos personajes, tales como Abu Sufian Ibn Al Hariz y Abdulah Ibn Al Muguira, ambos primos del Profeta y así mismo acérrimos enemigos de los musulmanes durante aquellos primeros tiempos del Islam en La Meca.

Una vez en el campamento musulmán y después de que solicitaran ser recibidos por el Profeta, este permiso les fue denegado, a causa de sus numerosos crímenes y también por el enorme daño que habían causado a los musulmanes. No obstante esta medida, Alí ibn Abu Taleb les sugirió una idea: "Recordadle al Profeta el versículo coránico que dice:

«Dijeron: ¡Por Dios!, ciertamente Dios te ha preferido a nosotros. ¡Hemos pecado!»

El Sagrado Corán (12:91)

Cuando el Profeta escuchó este versículo que se refiere al encuentro de José con sus hermanos en Egipto, les respondió con las palabras del versículo que le sigue:

«Dijo: ¡Hoy no os reprochéis nada! ¡Dios os perdonará! El es la suma misericordia.»

El Sagrado Corán (12:92)

En otro orden de cosas, el despliegue veloz de este numeroso ejército, compuesto por unos diez mil hombres, logró cubrir la distancia que separa las ciudades de Medina y la Meca en un tiempo récord. De este modo, cuando lo quraichitas pudieron apercebirse de su proximidad ya era demasiado tarde. El ejército musulmán había alcanzado el paso de Al Zahran, situado a muy pocas millas de La Meca. En aquellos momentos, el enviado de Dios tenía una sola preocupación: que la entrada en La Meca se produjera sin ningún derramamiento de sangre.

Cambiando el escenario de nuestros personajes, tres jefes quraichitas —entre ellos el propio Abu Sufian— habían salido de La Meca, durante la noche, con el propósito de conocer más de cerca los últimos preparativos del campamento musulmán. Ninguno de ellos podía dar crédito a lo que ahora contemplaban sus asombrados ojos. Eran tantas las hogueras —más de diez mil— que iluminaban aquel horizonte nocturno, que ello les llevó de inmediato a pensar que, en vano, sería cualquier intento para hacer frente a este que, en apariencia, era un numerosísimo ejército.

La inesperada presencia de Al Abbas —tío del Profeta— por aquel lugar acaba de poner punto final a sus graves reflexiones. Después de intercambiar algunas palabras con ellos, Al Abbas lograba convencerlos de la inutilidad de que opusieran alguna resistencia, a un mismo tiempo que ofrecía su protección a Abu Sufian, invitándole a compartir su montura y tratar —sin pérdida de tiempo— de salvar lo inevitable.

La llegada de Al Abbas y Abu Sufian al campamento acababa de ser advertida por Umar Ibn Al Jattab. A toda prisa, Umar se dirigió

hacia la tienda del Profeta, pidiéndole autorización para acabar con la vida de Abu Sufian. En aquellos precisos momentos, Al Abbas hacía acto de presencia entre ambos, diciendo: "¡Oh, enviado de Dios! aquí está Abu Sufian, a quien le he concedido mi protección". Tras unos breves momentos de incertidumbre y silencio, el Profeta respondió: "Lleva a Abu Sufian a tu tienda y tráelo por la mañana contigo".

A la mañana siguiente, el Profeta se dirigió a Abu Sufian diciéndole: "¿Qué te sucede, Abu Sufian? ¿No es hora ya de que reconozcas que no existe más que un solo Dios?".

– Abu Sufian: "¡Cuán grandes son tu paciencia y tu generosidad! De esto que me hablas, no tengo la menor duda".

– El Profeta: "¿Y no es ya también hora de que reconozcas que soy el enviado de Dios?".

– Abu Sufian: "¡Qué grande es tu bondad... pero sobre esto, mi alma aún siente incertidumbre!".

A lo largo de esta animada charla, la orgullosa postura de Abu Sufian fue progresivamente suavizándose, a medida que escuchaba las palabras del Profeta y Al Abbas. Poco después, Abu Sufian testimoniaba públicamente su decisión de abrazar el Islam. Aprovechando esta feliz circunstancia, Al Abbas se aproximó al Profeta pidiéndole que concediera algún favor especial a Abu Sufian, dada su relevante posición entre lo quraichitas. La respuesta del Profeta tampoco se hizo esperar: "Sí, cualquiera que busque en La Meca la protección de Abu Sufian gozará de total seguridad, al igual que los que permanezcan en sus casas o entren en el recinto de la Sagrada Mezquita".

A cualquier observador imparcial no se le puede escapar la gran habilidad política desarrollada por el Profeta en estos últimos acontecimientos, manejando todos los factores y situaciones posibles a su alcance, reduciendo en fin tensiones que, de otro modo, habrían llevado a una mayor pérdida de vidas humanas.

DEL PASO DE AL ZAHKAN HASTA LA MECA

17 DE RAMADAN, 8.º AÑO DE LA HÉGIRA (7 DE ENERO DEL 630 D.C.)

Una vez de regreso en La Meca, Abu Sufian no pudo por menos de expresar su profunda emoción a los quraichitas: "¡Escuchadme, Muhammad se acerca hacia La Meca con un ejército como jamás habéis contemplado! cualquiera que desee permanecer a salvo podrá escoger entre refugiarse en mi propia casa, permanecer en la suya o entrar en el recinto de la Mezquita".

Mientras estos hechos tenían lugar en La Meca, el ejército musulmán proseguía imparable su marcha, sin apreciar apenas resistencia a su paso. Ante estas circunstancias tan favorables, el Profeta inclinaba una y otra vez su cabeza, en señal de profunda felicidad y gratitud hacia Dios. Ya muy próximos a las puertas de La Meca, el Profeta ordenó el reagrupamiento del ejército según cuatro divisiones, a la vez que reiteraba a cada uno de sus mandos la consigna de evitar cualquier clase de enfrentamiento con sus habitantes, a menos que fuesen obligados a ello. La entrada en la ciudad se debería efectuar de acuerdo con el siguiente orden: por la zona norte, la división encabezada por Al Zubair Ibn Al Awam; por el sur, la de Jaled Ibn Al Walid; la división de los Ansar, comandada por Sa'd Ibn Ubada, se encargará de avanzar por el oeste; y, finalmente, por la noroeste, el Profeta y los Muhayirun con Ubaida Ibn Al Yarah al frente.

Aunque suficientemente claras y precisas, las órdenes del Profeta debieron ser olvidadas, al parecer, por Sa'd Ibn Ubada, quien voz en alto gritó a sus compañeros: "¡Hoy es el día del gran combate, donde Dios humillará a los quraichitas!"... Muhammad, que tuvo muy pronto conocimiento de las irresponsables palabras de Sa'd, decidió relevarlo de inmediato del mando que le había confiado, entregándole poco después a Qais, hijo del propio Sa'd, la bandera de la división que comandaba su padre.

Tras este incidente, digno de nuestra mejor consideración, por cuanto una vez más nos revela las pacíficas intenciones que animaban al Profeta, las distintas formaciones musulmanas hicieron su entrada en La Meca, sin verse obligadas a entablar, apenas, acción bélica, excepción hecha de una pequeña escaramuza librada en la zona sur, que Jaled ibn Al walid pudo controlar muy pronto, y en la que solo se dieron mínimas pérdidas humanas en ambos bandos.

LOS MUSULMANES EN LA MECA

18 DE RAMADAN, DEL 8.º AÑO DE LA HÉGIRA.
(8 DE ENERO 630 D. C.)

Una vez resuelta, casi pacíficamente, la situación militar, el Profeta decidió acampar en las cercanías de la montaña Hind, junto a un lugar muy próximo a las sepulturas de su tío Abu Taleb y su inolvidable esposa Jadiya. A la pregunta de uno de sus compañeros sobre porqué había elegido este lugar, Muhammad le respondió: "...A mí no me dejaron ningún hogar en La Meca".

Después de retirarse al interior de su tienda para agradecerle a Dios su infinita misericordia por este incruento y victoriosos regreso, el Profeta comenzó a recordar aquella lejana y difícil época en la que hubo de sufrir la implacable persecución de los quriachitas, y de cómo finalmente fue obligado a abandonar la tierra que le vio

nacer... Los humedecidos ojos del Profeta comenzaron a contemplar, una y otra vez, los barrios de La Meca y sus montes adyacentes. Después, miró con ternura hacia la elevada altura del monte Hira', antiguo escenario de sus periódicos retiros y lugar también donde por primera vez recibió la revelación de Dios:

«¡Lee! Lee en el nombre de tu Señor, el Creador...»

El Sagrado Corán (96:1)

Profundamente emocionado, el Profeta volvió a contemplar una vez más los valles de La Meca, entre los que sobresalía destacando la antigua Casa de Dios, en otro tiempo construida por Abraham y su hijo Ismael. Las lágrimas que incesantemente brotaban de sus ojos revelaban la indeclinable sinceridad de este gran hombre, convencido como ninguno de que todo este mundo, absolutamente todo, es obra y fruto del Creador, y de que así mismo su propio destino, guiado por Dios, era el de dar fiel cumplimiento a Sus mandatos... llegado a este punto, el Profeta volvió a sentirse de nuevo bajo el abrumador peso de la responsabilidad contraída, por esta histórica misión que Dios le había confiado.

Después de abandonar este breve y fugaz descanso, el Profeta subió a su camella, dirigiéndose hacia la Ka'ba, donde realizó las siete circunvalaciones prescritas en torno a la misma. Una vez que terminó de circunvalar, se dirigió al encargado de la custodia de las llaves de la Sagrada Mezquita, Uzman ibn Talha, pidiéndole que abriera aquellas puertas para entrar en su interior. A un mismo tiempo, Muhammad daba orden a sus compañeros para que comenzasen la destrucción de todos los ídolos y fetiches que aún albergaba el recinto sagrado, en donde el propio Profeta fue el primero en dar ejemplo a esta auténtica labor purificadora, poniendo fin a una larga y oscura época de idolatría y paganismo. Sus palabras, en aquellos momentos, repetían una y otra vez las del versículo coránico:

«Y di: Llegó la verdad y se disipó lo falso! Lo falso es perecedero.»

El Sagrado Corán (17:81)

Aquellos que tan solo hacía unas horas eran considerados dioses omnipotentes, habían pasado a ser un simple cúmulo de piedras y barro, esparcidos por el suelo.

Un poco más tarde, el Profeta se dirigía a la numerosa multitud allí congregada, diciéndoles: *“¡No hay más divinidad que Dios Unico. Su promesa se hizo realidad concediendo la victoria a Su siervo. Y derrotó a los que pactaron alianzas en contra de El .. ¡Oh quraichitas! Dios os privó del falso orgullo que proviene de la ignominia y de la jactancia de vuestro linaje. Todos los humanos proceden de Adán, y Adán procede de tierra”*. A continuación, el Profeta recitó el siguiente versículo coránico:

«¡Oh humanos! Os hemos creado de un varón y una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus para que os conozcáis unos a otros. El más digno de vosotros ante Dios es el más piadoso. Dios es Omnisciente Sapientísimo.»

El Sagrado Corán (49:13)

Dirigiéndose después a los quraichitas, el Profeta les preguntó: *“¡Oh quraichitas!... ¿qué creéis que haré ahora con vosotros?”* “De ti no esperamos más que el bien –respondieron–, pues tú eres un hermano noble y generoso y también el hijo de otro hermano noble y generoso”. Fue en aquellos momentos cuando el Profeta pronunció la histórica frase que señalaba el perdón absoluto para todos ellos: *“¡Marchaos, podéis ir con toda libertad!”*

Si nos detenemos a analizar este gesto del Profeta, exponente de la máxima nobleza y propio de un espíritu auténticamente misericordioso, necesariamente hemos de llegar a una y la misma conclusión: En una ocasión como ésta, Muhammad abandonó cualquier tipo de sentimiento personal, para elevarse hacia el único cumplimiento de su sagrada misión como enviado de Dios, dejando completamente a un lado todos los amargos recuerdos de una cruel persecución desatada a lo largo de veinte años. Durante este tiempo los quraichitas no cesaron en sus hostilidades, viéndose obligados por ello muchos musulmanes a abandonar sus familias y sus hogares... También le declararon la guerra en Badr y Uhod... E incitaron a las tribus árabes para atacarle en sucesivas ocasiones como ocurrió en aquella batalla de la Trinchera. Y con todo, lo más grave fue su reiterada violación al Tratado de Hudaibiya... Pero a pesar de tantas y tan infames acciones, todo esto quedaba ya muy atrás, abriéndose paso hacia un objetivo más sublime y primordial: Que La Meca y todas sus gentes conocieran el mensaje divino, y que por la misma misericordia del Compasivo abrazaran también la doctrina del Islam.

Entre algunos de los ejemplos más relevantes en torno a este histórico episodio, merece sin duda que destaquemos el perdón que el Profeta concedió a Wahchi, el esclavo abisinio que diera muerte a su tío Hamsa en la batalla de Uhod, así como el perdón mayoritario para aquellos nueve quraichitas condenados a muerte, a causa de sus atrocidades y abominables crímenes en las personas de muchos musulmanes.

Dentro de este mismo contexto no estaría, por demás, mencionar el incidente protagonizado por Fudala ibn Umayr, quien aprovechando aquellos momentos, se aproximó hasta el Profeta con la intención de asesinarlo. Anticipándose a sus siniestras intenciones, el Profeta le miró fija y sonrientemente: "¿Qué ibas a hacer?" Completamente desconcertado, Fudala respondió: "...Nada, no era nada, estaba alabando a Dios". Fue entonces cuando el Profeta puso su

mano sobre el pecho de Fudala en señal de bendición, a quien tiempo más tarde se le oiría comentar: “¡Desde aquel momento, Muhammad fue la persona más querida para mí!”

LA PREOCUPACION DE LOS ANSAR

En el transcurso de estos gloriosos y felices días, una honda preocupación dejaba caer sus sombras sobre el ánimo de los Ansar: Si Muhammad había regresado a La Meca, su tierra natal, donde estaba ubicada la Ka'ba –la antigua y Sagrada Casa de Dios–, era con todo muy posible que el Profeta se decidiera por permanecer en La Meca, abandonando para siempre Medina.

Saliendo al paso de estas preocupaciones de sus compañeros, de las que ya estaba informado, el Profeta dijo a los Ansar: “¡Que Dios nos perdone a todos!, mi felicidad está en vivir entre vosotros... y si Dios quiere, morir también entre vosotros.” Con estas palabras, Muhammad ofreció una hermosa muestra de lealtad y gratitud a aquellos fieles hombres, los que en las horas más difíciles no dudaron en creer en él, brindándole el respaldo de su abnegada y sacrificada entrega. Una hermosa lección en verdad, que habrá de permanecer a lo largo de todos los tiempos.

Trasladándonos a un plano más general, dentro del marco de estos acontecimientos, el Profeta ordenó a Bilal que subiera a la Ka'ba para anunciar el Adhan, o llamada a la oración. Desde el más profundo y espiritual silencio, la potente voz de Bilal comenzó a resonar vibrante, extendiendo sus ecos por todos los valles de La Meca. También los quraichitas pudieron escuchar este llamamiento, que recordaba a toda la humanidad la misma verdad eterna: “Dios es el Supremo, Dios es el Supremo. No hay más divinidad excepto Dios...”. Estas primeras palabras constituyen la razón y fundamento de toda la existencia. El concepto de la Unicidad Absoluta de Dios es, a su vez, principio y fin de todo cuanto supone el Islam. Con ello establecemos nuestro acatamiento y obediencia incondicional al Creador y Señor del Universo...

Pero, en este sendero, ¿quien es nuestro ejemplo y quién es nuestra guía?. Las palabras de Bilal reproducen esta segunda gran verdad: "Atestiguo que Muhammad es el enviado de Dios". Es decir, Muhammad, Profeta y Mensajero de Dios, es el ejemplo vivo y eterno de todo ser humano, en su único camino y destino hacia Dios.

Con el edificante ejemplo de su bondadosa conducta, Muhammad —la paz y las bendiciones de Dios sean con él— plasmó las características más sublimes que subyacen en todo ser humano, las de quien con ayuda de la razón busca el bien de sus semejantes esperando tan sólo encontrar el beneplácito de su Unico Señor y Creador. Las siguientes palabras pronunciadas por Bilal nos trazan el inicio de nuestro camino hacia Dios y Su adoración: "¡Venid a la oración! ¡Venid al éxito!". Es así como las oraciones diarias constituyen el momento de nuestro retiro espiritual, y también de nuestro gozo y contemplación durante este encuentro con Dios. La oración nos permite superar, así mismo, las múltiples preocupaciones y dificultades en que nos sumerge la ruidosa vida cotidiana... La llamada de Bilal termina por último repitiendo el título de todo un mensaje: "¡Dios es el Supremo, Dios es el Supremo!".

LA NORMALIDAD VUELVE A LA MECA

La estancia del Profeta en La Meca se prolongó durante diecinueve días, que lo mantuvieron constantemente ocupado en recibir el testimonio de los numerosos quraichitas que acudían para abrazar la fe del Islam.

Aunque muy breve este tiempo, el Profeta estuvo así mismo entregado a la ardua labor de reorganizar toda la vida política, social y económica de la ciudad. En este mismo orden de cosas podemos resaltar, también, que en el transcurso de estos mismos días fue restablecida la inviolabilidad de La Meca como ciudad sagrada, además de dar cumplimiento a la orden de destruir cuantos ídolos o imágenes que aún se conservaban en algunas de sus casas ó en otras localidades aledañas.

362

CAPITULO XXV

LA BATALLA DE HUNAIN

El rápido desarrollo de la conquista de la Meca - pacífica casi a lo largo de su trayectoria salvo algún incidente de menor importancia - había logrado conmocionar la opinión general de todo el pueblo árabe.

Cualquier conversación del hombre de la calle, incluso las propias mujeres tratando de sus más cotidianos problemas, tenía por referencia casi obligada la noticia de la entrada triunfal de Muhammad en la Meca.

En efecto, que tal conquista hubiera podido producirse de modo tan inesperado como incruento era algo ciertamente sorprendente. En cualquier caso, la historia como fiel testigo sería la legítima encargada de dar razón de cómo ésta era ya un hecho irreversible, y, definitivamente consumado.

Más, aún contando con esta baza inicial a favor de los musulmanes, muy pronto iban a irrumpir en escena algunas tribus árabes que aún se creían con poder suficiente para enfrentarse a la nueva situación. Entre estas tribus vecinas de la Meca destacaban en particular Hawazen y Zaquif que, poderosas y arrogantes, no se mostraban especialmente dispuestas a tolerar la presencia del Profeta en la capital de la Península Arábiga, y menos todavía a que, como tal, pudiera acabar consolidando en ella su ya incuestionable liderazgo.

Siguiendo las consignas de los Hawazen y Zaquif, las tribus de Nasr, Yucham, Bakr y Hilal comenzaron sus preparativos militares, poniéndose todas ellas en pie de guerra, al tomar la decisión de concentrar una fuerza unificada –bajo el mando de Malek Ibn A'uf, en el valle de Autas– de unos veinte mil hombres, dispuestos firmemente a liquidar, cuanto antes, cualquier remota posibilidad de que el Islam pudiera afianzar su presencia entre el pueblo de la Meca, pues ahora era el momento más oportuno para lanzar el ataque definitivo en contra del Islam y apoderarse, al mismo tiempo, de la autoridad en toda la Península Árábica.

Entre las tropas de los Hawazen, se encontraba Duraïd Ibn As-sima, hombre de edad ciertamente avanzada, quien a pesar de su inveterada ceguera que padecía hace tiempo, era suficientemente conocido por su valentía sin límites y también por su probada experiencia curtida en numerosas batallas.

En el propio valle de Autas, y dirigiéndose a Malek Ibn A'uf, este anciano estratega preguntó:

- Duraïd: “¿Qué lugar es éste?”

- Malek: “Autas, en el Valle de Autas...”

- Duraïd: “Muy bien, es un terreno especialmente adecuado. No hay mucha arena y, podemos utilizar perfectamente la caballería... Pero... ¿Qué estoy oyendo?... ya me dijeron que venís acompañados por vuestros ganados, pero oigo también el lloriqueo de los niños.”

- Malek: “Es que dí mis órdenes de traer también a nuestras familias, esposas e hijos. De este modo espero que mis hombres luchen aún mejor, pues si no estarían expuestos a perder sus mujeres e hijos... además de sus armas y bienes.”

- Duraïd: "¡Por Dios! Pareces un simple e inocente pastor... ¿Acaso habrá algo que devuelva a un soldado a su puesto, una vez sufrida la derrota? Y, otra cuestión, ¿dónde se encuentran emplazados vuestros jefes?"

- Malek: "En primera línea, por supuesto."

- Duraïd: "No me parece esta una sabia decisión. Debes situarlos en un lugar más seguro; de este modo, podrás lanzarte con ellos hacia el campo de batalla si vislumbramos rayos de victoria y, por el contrario, si algo saliera mal podrías regresar con mínimas pérdidas."

- Malek: "¡Jamás lo haré a tu modo. Veo que estás ya demasiado viejo, y no razones muy bien... ¡Escuchame bien! O los Hawazen continúan obedeciéndome, o acabaré haciéndome fuerte con esta espada... así hasta que salga por mi propia espalda..."

Los máximos jefes de las distintas tribus allí presentes coincidieron en seguir el criterio de Malek... Duraïd, más bien confundido, no tuvo otras palabras que un breve comentario: "Esta es una decisión que no comparto y, me alegro de no haberla compartido."

La noticia del despliegue de este considerable contingente enemigo había llegado hasta oídos del Profeta, quien envió a Abu Hadrâd Al Aslamî para que se infiltrase entre las filas enemigas y recabar la máxima información posible.

Con los datos suministrados por Abu Hadrâd, Muhammad dispuso la rápida formación del ejército, al tiempo que solicitaba a Safuân Ibn Umayya que le prestara cien armaduras, con el propósito de reforzar el equipamiento de sus hombres.

La petición del Profeta fue inmediatamente complacida por Safuân ¡Quién iba a imaginarlo! Aquel hombre que tantas veces

atentara contra la vida de Muhammad, ahora se siente más inclinado a contribuir en la defensa del Islam.

EL SABADO, 6 DE CHAUAL 8.º AÑO DE LA HÉGIRA
(26 DE ENERO 630 D. C.)

Cuando habían transcurrido tan sólo diecinueve días desde su histórica entrada en la Meca, el Profeta anunció el comienzo de la marcha hacia Hunain. La formación musulmana la integraban, en esta ocasión, doce mil hombres; diez mil de ellos eran los que acababan de participar en la conquista de la Meca. Los dos mil restantes fueron, en su mayoría, recientemente convertidos al Islam.

Antes de partir, el Profeta designó a Itab Ibn Usaid quien, en su ausencia, desempeñará el cargo de gobernador de la ciudad.

En el camino hacia Hunain y cuando caían los últimos rayos del sol de la tarde, un jinete se aproximó a todo galope hasta la posición donde se encontraba Muhammad: "Acabo de divisar, desde lo alto del monte, al ejército de Hawazen. Vienen acompañados por sus familias y también por una buena parte del ganado". El Profeta, hablándole con calma: "Todo eso que viste, será mañana de los musulmanes, si Dios quiere".

Al día siguiente, los musulmanes pasaron por un gigantesco loto verde. Excepcional, por su considerable tamaño y frondosidad. Era uno de esos raros ejemplares que era conocido por "Zat Anuat", o lo que es igual, el que tiene colgantes, pues los idólatras colgaban las armas sobre sus ramas en señal de devota veneración, además de ofrecer allí mismo sus sacrificios y sus oraciones. Un grupo de musulmanes de los recién convertidos, a bien decir aún poco conocedores de las auténticas dimensiones del monoteísmo puro, se dirigieron al Profeta pidiéndole que eligiese para ellos un loto en el que pudiesen continuar con semejantes rituales. Muhammad, que

no pudo ocultar su profundo disgusto, les dijo: “¡Dios es el Supremo! ¡Por Dios! Estáis actuando del mismo modo que lo hizo el pueblo de Moisés, el cual le pidió que les proporcionase un ídolo además de Dios para que le adorasen. Ciertamente, esto es la auténtica ignorancia y esto también muestra cómo la historia se repite y, cómo las nuevas generaciones imitan a ciegas las anteriores generaciones, cometiendo los mismos errores”.

El lamentable incidente que acabamos de referir merece, de por sí, una detenida reflexión, dada esa peculiar tendencia que conforma la naturaleza humana, tan inclinada de suyo a perpetuar usos y costumbres que hunden su raíz en toda una tradición secular, a su vez acuñada a través de un largo proceso de falsas creencias y supersticiones, impidiendo percibir a esa alma de una manera directa, más bien sencilla, el eje y fundamento de nuestra diaria existencia, ya sea en su propio origen, descubriendo el infinito Poder Creador que nos ha agraciado con el ser y la vida, ya en su último e inevitable destino, al que ningún humano pudo hasta ahora sustraerse, en donde nuestros actos e intenciones serán ineluctablemente valorados y compensados con la medida más justa.

La crónica de esta campaña nos habla también de un comentario, un tanto fuera de lugar, hecho por un grupo de musulmanes al contemplar el gran número de soldados que componían el ejército musulmán: “Hoy no nos vencerán”. Este comentario, debió causarle al Profeta, sin duda alguna, una especial tristeza. Pues la victoria habrá que buscarla únicamente en Dios, en Su guía y ayuda.

UNA EMBOSCADA MORTAL

En la noche del miércoles 10 de Chaúal –30 de Enero–, el ejército musulmán alcanza su objetivo en Hunain. Sin embargo, Malek Ibn A'uf había conseguido adelantarse a esta llegada, disponiendo

una hábil y casi mortal emboscada, al dar a sus hombres la orden de apostarse entre las profundas quebradas de aquel espacioso valle además de colocar a sus arqueros en los desfiladeros del mismo. De este modo y, según los cálculos de Malek, ningún musulmán debería salir vivo de esta trampa tan bien urdida. Así pues, todo se hallaba, al parecer, dispuesto para llevar a cabo la proyectada masacre.

Rayaba la hora del amanecer, cuando el Profeta encomendó las últimas instrucciones a sus compañeros, distribuyéndoles las insignias y designando los distintos comandantes y portaestandartes. Acto seguido, dió la orden de avanzar hacia el Valle de Hunain.

Una vez iniciado el descenso en el desfiladero, una densa lluvia de flechas y jabalinas, lanzadas por los hombres de Malek, comenzó a sembrar el pánico y causar verdaderos estragos entre las filas del ejército musulmán... Los musulmanes habían caído en la trampa y, la sorpresa era mayúscula... El caos y el desorden fueron, en muy pocos momentos, ciertamente totales. La huida desesperada del escenario de la batalla no tenía precedente... Los Hawazen y los Zaquif no podían desaprovechar ahora esta singular oportunidad y, siguiendo las órdenes de Malek, fue lanzado un ataque generalizado contra los musulmanes, los cuales no acababan de despertarse de su asombro ante tamaño desastre.

La situación del ejército musulmán era, sencillamente, dramática y dantesca... La mayoría de sus hombres no encontraban salida en su huida, pues la otra garganta del valle fue también bloqueada por sus enemigos.

Eran los momentos cruciales de la batalla cuando el Profeta, en un sobrehumano despliegue de valor, iba a dar una nueva y magistral lección de valentía y coraje, resistiendo las continuas oleadas de ataques de sus adversarios y, avanzando sin detenerse después de haber buscado el respaldo momentáneo de la ladera derecha del

valle, al tiempo que solicitaba incesantemente el auxilio de su Señor.

En la ladera derecha del valle, Muhammad comenzó a llamar a sus compañeros: "¡Escuchadme, soy el Enviado de Dios! ¡Escuchadme, soy Muhammad!... ¡Venid aquí!".

A pesar de este llamamiento, pocos hombres respondieron... Tan sólo se encontraban allí sus familiares y compañeros más allegados... En aquellos difíciles instantes, Muhammad levantó sus manos hacia el cielo para implorar: "¡Dios mío, concedeme Tu ayuda y Tu victoria!". Acto seguido, encargó a su tío Al Abbas para que con su potente voz hiciera llamamiento a cada una de las formaciones musulmanas con el fin de que se replegasen y volviesen al campo de batalla. Poco a poco, los distintos escuadrones musulmanes comenzaban su reorganización, acudiendo en oleadas bajo las órdenes directas del Profeta.

Sobre el medio día y, una vez que el Profeta hiciera su famoso gesto de lanzar un puñado de arena hacia el frente enemigo pronunciando las siguientes palabras: "¡Que se les deformen los rostros!", la batalla llegó al culmen de su fragor y la balanza de la situación comenzó a nivelarse, mientras que las tropas enemigas no hacían más que retroceder...

La lucha fue especialmente dura, pero la heroica resistencia de los musulmanes, sabiamente dirigidos por el Profeta, pudo desequilibrar finalmente la situación y, en pocas horas la derrota de Malek Ibn A'uf y sus huestes se había consumado.

Este cambio, tan sustancial, en el curso de la contienda fue memorado por la siguiente revelación coránica:

«Y, en el día de Hunain, cuando vuestro gran número os dejó complacidos, pero ésto no os sirvió de

nada; y cuando la tierra, a pesar de su vasta extensión, os resultó angosta y volvisteis la espalda para huir. Fue, entonces, cuando Dios hizo descender el sosiego y la paciencia sobre Su Enviado y sobre los creyentes. Hizo también descender soldados invisibles a vuestros ojos y castigó a quienes no creen. Esa es la retribución de los incrédulos.»

El Sagrado Corán (9:25-26)

LA PERSECUCION.

Tras la victoria musulmana, la tropa enemiga huyó en desbandada, buscando una retirada sin norte al dividirse, esencialmente, en tres grupos. Uno se dirigió hacia Najla, otro se encaminó hacia Autas, mientras que el grueso de aquel vencido ejército se hizo fuerte en Taef.

Consciente del peligro que puede acarrear un reagrupamiento de las tropas de Malek, Muhammad organizó rápidamente tres columnas militares, con el decidido propósito de perseguir las distintas formaciones enemigas.

Al día siguiente, y después de unas pequeñas escaramuzas, las tropas de los Hawazen y sus aliados en Najla y Autas fueron rápidamente derrotadas. Mientras tanto, el Profeta, al mando del ejército musulmán, se dirigía hacia Taef, la cual fue sitiada en pocas horas; pues había llegado poco antes otro destacamento de mil hombres comandado por Jaled Ibn Al Walid.

La ciudad de Taef era conocida por sus inexpugnables fortalezas, pues gozaban de un aprovisionamiento suficiente, en caso de bloqueo, para un período de tiempo superior a un año.

Durante el sitio de la plaza se sucedieron ataques de flechas de uno y otro bando. Los musulmanes utilizaron catapultas, logrando hundir parte de la muralla. Quisieron aprovechar esa fisura para, con ayuda de un carruaje, introducirse en la ciudad; sin embargo, aquellos intentos que costaron la vida de doce musulmanes fueron claramente infructuosos.

Como una medida de presión, el Profeta amenazó con quemar los viñedos que rodeaban la ciudad. En consecuencia, la reacción de los dignatarios de Zaquif no se hizo esperar: una delegación de la ciudad se aproximó al campamento musulmán rogando encarecidamente a Muhammad que no pusiera en práctica tal medida; evocando su amor a Dios y el respeto hacia los lazos familiares. El Profeta, emocionado, les complació y revocó su anterior orden al tiempo que ofrecía la libertad a quien deponga sus armas y, en especial, a los esclavos que combatían en el bando enemigo. El fruto de esta táctica fue que veintitrés esclavos de Taef abandonaron sus puestos en aquellas fortalezas, consiguiendo inmediatamente su libertad.

A pesar de ello, no había modo alguno de penetrar en la ciudad... Los días iban pasando y la pérdida de vidas humanas continuaba. Tras solicitar consejo de los expertos, el Profeta dio la orden de levantar el sitio de Taef y regresar a Medina. Esta noticia fue desalentadora para los musulmanes que deseaban conquistar la ciudad, asegurando con ello este flanco tan importante de la Península Arábiga, y así se lo hicieron saber a Muhammad quien les concedió un día más para intentarlo. El nuevo intento tampoco tuvo éxito llevándose, a cambio, algunas heridas de flecha y de hierros al rojo; por lo que el Profeta reiteró la orden de partida, la cual fue ahora recibida con plena satisfacción.

En el camino de regreso, Muhammad decidió acampar en la localidad de Yu'rana, esperando durante once días inutilmente la llegada de los Hawazen y Zaquif en busca de un compromiso de paz y adhesión al Islam. Hay que tener en cuenta que la referida

espera era la causa fundamental para que no procediera a repartir las enormes riquezas confiscadas en el campo de batalla, pues tenía la firme intención de devolverlas a aquellas tribus si hubieran accedido a su llamamiento.

El Profeta quiso comenzar el reparto de aquel enorme botín, entregando la mejor parte a los recién convertidos al Islám y, en especial, a los dignatarios y jefes quraichitas. La noticia de estas grandes dádivas se propaga entre la muchedumbre y, los nómadas se agalopan alrededor de Muhammad exigiéndole que les diera más y más, incluso le quitan el manto que llevaba puesto. El Profeta, prudente y paciente, se dirige a la gente y les dice: “¡Por Dios! Si tuviera tantos camellos como árboles tiene el territorio de Tihama los hubiera repartido entre vosotros. A mí no me corresponde más que la quinta parte de estas riquezas confiscadas e, incluso, esta quinta parte será repartida entre vosotros”.

Esta política tan sabia del Profeta no fue comprendida en principio, sobre todo por los Ansar que fueron totalmente privados de estos trofeos, a pesar de que eran los primeros en acudir a la llamada del Profeta en aquellos dramáticos momentos al comienzo de la batalla de Hunain, convirtiéndose en los auténticos heroes y verdaderos artífices de su brillante victoria.

Ante las crecientes muestras de descontento entre las filas de los Ansar, Sa'd Ibn Ubada busca a Muhammad:

- Sa'd: “¡Oh, Enviado de Dios! Los Ansar se encuentran tristes y descontentos por lo que has hecho en el reparto... Has distribuido la gran parte de estas riquezas entre tu propia gente y entre las otras tribus, privando tan sólo a los Ansar...”

- Muhammad: “Y tú, Sa'd, ¿qué opinas de todo ello?”

- Sa'd: "Oh, Enviado de Dios, no soy sino uno más entre mi gente (los Ansar)".

- Muhammad: "Pues, reúne a tu gente en aquel corral".

Una vez reunidos, Muhammad se dirigió a los Ansar allí presentes, comenzando su intervención glorificando y dando las gracias a Dios y luego, prosiguió:

"Oh pueblo de los Ansar; ¿Qué explicación tienen las palabras que llegaron a mis oídos, además de la insatisfacción que ahora sentís hacia mí? ¿Acaso, no llegué a vosotros cuando érais descarriados y Dios os guió? ...¿Acaso no érais pobres y Dios os enriqueció? ¿Acaso no érais enemigos unos de otros y Dios reconcilió vuestros corazones?"

Los Ansar respondieron:

"Así fue, y ello gracias a Dios y a Su Enviado."

- Muhammad: "¿Por qué no me respondéis?"

- Los Ansar: "Con qué vamos a responder si no es que ello fue gracias únicamente a Dios y a Su Enviado".

- Muhammad: "¡Por Dios! Si hubiérais querido hablar, no habríais dicho sino la verdad, pues podríais haber dicho: llegaste a nosotros desmentido y nosotros hemos creído en ti. Viniste sin apoyo y te hemos ofrecido nuestro respaldo. Eras un perseguido y te hemos concedido refugio. Eras pobre y te hemos entregado nuestros bienes... Pues, todo esto es verdad y, todos somos testigos de ello. ¡Oh, pueblo de los Ansar, ¿Acaso os ha disgustado que haya entregado cosas mundanas con el ánimo de grangear el afecto de otra gente hacia el Islam, al tiempo que confiaba plenamente en vuestro Islam? ¡Oh pueblo de los Ansar, ¿no os complacería aún más que los

demás vuelvan a sus casas con una oveja ó con un camello, mientras que vosotros regresáis acompañados por el Enviado de Dios...? Pues ¡juro por Quién es el Dueño del alma de Muhammad! Si no fuese por la emigración que ya hice, hubiese sido uno más de entre vosotros... uno más de los Ansar... Y, si todo el mundo se encaminara hacia un sendero y, los Ansar hacia otro, yo me encaminaría en el mismo sendero de los Ansar... ¡Dios mío! cubre con tu misericordia a los Ansar, sus hijos y sus nietos”.

Las sinceras súplicas a Dios, en favor de los Ansar y de su descendencia, brotaban de los labios de Muhammad llenas de su profundo amor por todos y cada uno de los Ansar, hasta tal punto que provocó el llanto emocionado de éstos, los cuales quedaron realmente complacidos y satisfechos con su “parte de la recompensa”.

Al día siguiente, una delegación de los Hawazen compuesta de catorce hombres se presentó anunciando su adhesión al Islam, al tiempo que solicitaba la intercesión del Profeta para poner en libertad a sus cautivos. La intervención de Muhammad en esta cuestión fue decisiva y, además de conseguir el consentimiento de los musulmanes en este sentido, regaló ropas hechas en Egipto a cada uno de los prisioneros liberados. En ese caso, no podemos olvidar que entre aquellos cautivos se encontraba Chaima', hermana de leche de Muhammad, a quien, después de ponerla en libertad, la invitó a sentarse en su propia capa y le hizo grandes regalos.

En cuanto se cerró el episodio de esta expedición, el Profeta pasó por la Meca en donde realizó el Umra y, allí tomó la decisión de regresar rápidamente hacia Medina para llegar a la misma el día 24 de Dhu Al Qui'da del octavo año de la Hégira.

CAPITULO XXVI

EXPEDICION DE TABUK

Seguramente, nuestro estimado lector habrá comprobado cómo la entrada en La Meca por parte de las tropas musulmanas fue un paso decisivo para otorgar estabilidad a la sociedad islámica, de tal modo que el pueblo pudo dedicar mayor concentración al aprendizaje de la religión y la propagación de ésta. Asimismo, fue una prueba suficiente para el resto de los árabes de que el mensaje de Muhammad era cierto y verídico. Los conflictos internos debidos a la actuación de los hipócritas cesaron, entrando los árabes en masa en el Islam.

Sin embargo, un poderío militar imponente amenazaba de nuevo a los musulmanes: el Imperio Romano de Oriente o Bizancio. Todo empezó con el asesinato de un embajador del Profeta a manos de la tribu de Gassan. Esto provocó el envío de un batallón de castigo comandado por Zaid Ibn Hariza, el cual se topó nada más y nada menos –en aquella batalla de Mu'tah– que con el grueso del ejército bizantino, el mejor y más preparado de aquella época.

El equilibrio de fuerzas que se manifestó en la refriega alertó a las autoridades bizantinas, ya que podía significar la rebelión de las tribus árabes que al Imperio se hallaban sometidas. En menos de un año, los bizantinos prepararon un potente ejército dispuesto a poner fin al incipiente poder de la Península Arábiga.

Las noticias de los preparativos bizantinos para la inminente batalla se difundieron por Medina entre los musulmanes, convirtiéndose en el tema principal de conversación. Cualquier grito inusual, cualquier llamada repentina a la puerta era motivo para los habitantes de Medina para pensar que se trataba de la noticia de que las tropas bizantinas se acercaban hacia la ciudad.

Pero también fue tema de conversación de los hipócritas, que a pesar de haber visto ya como cualquier obstáculo que se interponía en el camino del Profeta era atravesado, seguían manteniendo la esperanza de que por fin sucumbiese ante la fuerza de un poderoso ejército. Erigieron una mezquita como sede de sus conciliábulos y contubernios. Pidieron al Profeta que rezase en dicha mezquita; pero no sólo se negó a rezar en ella, sino que acabó ordenando su derribo, pues no había sido construida más que como lugar desde donde pudieran conspirar contra el Islam.

Las noticias que eran traídas por los mercaderes de aceite del Cham hablaban de un ejército bizantino-árabe compuesto por cuarenta mil soldados.

Vistos los grandes esfuerzos acometidos en pos de la propagación del Islam y el triunfo sobre el politeísmo, el Profeta no estaba dispuesto a dejar que todo lo obtenido se perdiese; por lo cual, empezó los preparativos para la organización de un ejército cuya misión sería enfrentarse con los bizantinos y sus aliados árabes. No podía dejar que la época de la ignominia que ya estaba moribunda y dando sus últimos coletazos volviese a revivir, ni tampoco que se reagrupasen los debilitados hipócritas para que, aprovechando un ataque bizantino a los musulmanes, atacasen entonces por retaguardia.

El Profeta mandó emisarios a las tribus de La Meca y alrededores informándoles de su intención de ir al encuentro del ejército bizantino y solicitando su asistencia física y económica.

En cuanto se enteraron los musulmanes de la decisión del Profeta de marchar contra los bizantinos, todos excepto los hipócritas se dispusieron para acatarla. Los Compañeros y las Compañeras del Profeta participaron generosamente en la financiación del ejército con todo lo que podían, especialmente Uzman Ibn Affan, que además de entregar mil dinares de oro, donó novecientos camellos y cien corceles. Hubo incluso el que aportó, dada su pobreza, tan sólo un puñado de dátiles.

Por fin partió el Profeta hacia Tabuk con un ejército de treinta mil hombres, dejando a Alí encargado de su familia al tiempo que nombraba a Ibn Maslama Al Ansari como gobernador de Medina. Pero a pesar de todo el esfuerzo financiero emprendido por los musulmanes, el ejército estaba deficientemente equipado y el calor era sofocante. Los soldados tuvieron que alimentarse a veces de hojas de árboles y degollar a sus camellos para beber el agua que estos almacenaban.

A lo largo del camino hacia Tabuk pasaron ante los vestigios del pueblo de Zamud, el que fue arrasado por desobedecer al profeta Saleh, sin que les permitiese el Profeta beber del agua de sus pozos ni hacer la ablución con ella. Si querían agua, debían de obtenerla del pozo de donde la camella de Saleh bebía.

El camino hacia Tabuk fue penoso y duro por la falta de agua y por las desavenencias climáticas. El Profeta pidió a Dios que hiciese llover y su ruego fue escuchado, pudiendo su ejército beber hasta calmar su sed y la de los animales que les acompañaban.

Antes de llegar, el Profeta dio instrucciones para que quien llegase al manantial de Tabuk que no bebiese de él hasta que el Profeta llegase. Cuando hubo llegado, se lavó con la poca agua que manaba del manantial la boca, la cara y las manos, lo cual provocó milagrosamente que el agua surgiese con más cantidad hasta que

todos pudieron beber de ella. Tras ello, le dijo el Profeta a Mu'az que en algunos años ese lugar llegará a ser un vergel.

Aún en el camino hacia Tabuk, un terrible viento se levantó por la noche, teniendo los hombres que resguardarse tras los animales de montura, ya que quien así no lo hiciese sería arrastrado por el viento sin que lo pudiese evitar.

El ejército llegó finalmente a Tabuk donde acampó. Una vez allí instalados, el Profeta arengó a sus compañeros, estimulándoles al combate y elevándoles el ánimo. No obstante, cuando llegaron a oídos de los bizantinos noticias sobre el elevado ánimo que poseía el ejército musulmán, se dispersaron sin ni siquiera presentar batalla. Ello supuso que, a pesar de no llegar a realizarse una victoria militar, esta actitud de los bizantinos se transformó en una gran victoria política y de renovada influencia para los musulmanes. Pues tras esto, algunas tribus firmaron tratados de no agresión con el Profeta y aceptaron el pago del correspondiente impuesto. Entre estas localidades del norte nos cabe destacar a Eilat, cuyo gobernador era Juan Ibn Ruba.

De ello se derivó también que algunas tribus árabes sometidas a Bizancio se pasaron al bando de los musulmanes, lo que significó que ahora el territorio islámico era totalmente colindante con el bizantino.

En el camino de regreso a Medina, el Profeta fue objeto de un atentado tramado por doce hipócritas enmascarados. Sin embargo, la misericordia divina frustró este cobarde intento, induciendo pavor en el corazón de los hipócritas.

Cuando llegaron a Medina, toda la población, encabezada por mujeres y niños salió a recibir a su ejército con un gran despliegue de alegría y emoción.

Desde la salida de Medina hasta la vuelta habían transcurrido cincuenta días. Eso fue lo que duró la última de las operaciones militares dirigidas por el Profeta.

LOS REZAGADOS

En esta expedición aconteció el famoso episodio de los tres rezagados. De entre los que se quedaron en Medina y no fueron con el Profeta a Tabuk se encontraban, por un lado, los musulmanes sinceros que tenían una firme excusa para no participar, por otro, los hipócritas y, para finalizar, tres musulmanes que no participaron, pero que no tenían pretexto alguno. En cuanto a los hipócritas, este episodio fue prácticamente decisivo para determinar quién lo era y quién no. No obstante, este no fue el caso de los tres rezagados, los cuales eran buenos y sinceros creyentes, pero que en esta ocasión y sin pretexto alguno no acudieron a la llamada del Profeta, por lo que Dios les sometió a una prueba.

Cuando el Profeta llegó de la expedición, lo primero que hizo fue rezar en la mezquita y cuando hubo acabado, los hipócritas vinieron a él disculpándose con todo tipo de pretextos. El Profeta aceptó sus aparentes excusas. Sin embargo, los tres rezagados no presentaron disculpa alguna sino que optaron por ser sinceros y admitir su falta.

Entonces el Profeta dio orden de no entablar relación alguna con ellos hasta que Dios decidiese. A los cuarenta días del aislamiento social a que fueron sometidos, les llegó la orden de separarse de sus mujeres, lo cual supuso para ellos un aumento de la angustia que padecían. Pero tras otros diez días, Dios, el Misericordioso y Compasivo hizo descender el siguiente versículo:

Y a los tres que fueron dejados atrás hasta que la tierra, a pesar de su vastedad, les resultó angosta,

y sus espíritus se angustiaron también, y creyeron que no encontrarían más refugio de Dios que Dios mismo. Luego, se volvió a ellos para que se arrepintieran. Dios es el Indulgente, el Misericordioso.

El Sagrado Corán (9:118)

El perdón de Dios provocó una fiesta entre todos los musulmanes, haciendo de ese día uno de los más felices de sus vidas.

Finalmente, es digno de mención el hecho de que ya quedó claro para el resto de los árabes y no árabes que la única fuerza triunfante en la península arábiga era y sería el Islam. Los hipócritas fueron claramente identificados y rechazados por la sociedad islámica, disolviéndose totalmente su influencia. Por otra parte, delegaciones de todas las tribus árabes que aún no se habían sometido fueron llegando ofreciendo su apoyo total al Profeta.

Otros acontecimientos dignos de destacar y que sucedieron a lo largo de este año son la muerte del Negus, el rey de Abisinia, que en un principio dio refugio a algunos compañeros del Profeta, la muerte de Umm Kulzum, hija del Profeta; y la muerte del líder de los hipócritas Abdulah Ibn Ubay.

LA PEREGRINACION DE ABU BAKR

En este mismo año, el noveno de la Hégira, el Profeta designó a Abu Bakr para que dirigiese a la gente en los rituales de la peregrinación de ese año. También, mandó a Alí Ibn Abu Taleb para que anunciase que no habrá prórroga más allá de cuatro meses, al término de los compromisos pactados con los idólatras, advirtiéndoles que tras ese año ya no le era permitido a ningún idólatra acudir a La Meca para realizar sus ritos de peregrinación; es decir, que a partir

de dicho año ya no era posible que existiese en la Península Arábiga más que el monoteísmo más puro: el Islam.

LA GENTE ENTRA EN MASA EN LA RELIGION DE DIOS

Si la entrada triunfal del Profeta en La Meca fue la señal definitiva que los árabes esperaban para aceptar completamente el Islam y desentenderse del politeísmo que practicaban, sin embargo el sello fue la expedición de Tabuk. Esa expedición reafirmó no sólo la autoridad del Profeta, sino incluso la posición de los musulmanes como nación poderosa. El ejército de 10.000 hombres que entró en La Meca se transformó en uno de 30.000 en la expedición de Tabuk y en más de cien mil en la peregrinación de la despedida.

Durante el año noveno y décimo de la Hégira se sucedieron ininterrumpidamente la llegada de las distintas delegaciones de tribus árabes, de las que mencionaremos las más importantes:

- 1) Delegación de la tribu de Abd Al-Qais. Esta tribu envió dos delegaciones. Una en el año 5 de la Hégira, antes de la conquista de La Meca y otra en el año de las delegaciones, el 9.º de la Hégira.
- 2) Delegación de la tribu de Daus.
- 3) Mensaje de Farwa Ibn Amr Al-Yudhami, jefe árabe al servicio de los bizantinos que una vez anunciada su adhesión al Islam, fue asesinado por los propios bizantinos.
- 4) Delegación de Sada'.
- 5) El poeta Ka'b Ibn Zuhair Ibn Abu Salma. Componía versos en contra del Profeta, pero vino a él arrepintiéndose y buscando el perdón. El Profeta aceptó su arrepentimiento.

- 6) Delegación de la tribu de Udra.
- 7) Delegación de la tribu de Bala.
- 8) Delegación de la tribu de Zquif.
- 9) Embajada de los reyes del Yemen.
- 10) Delegación de la tribu de Hamadan.
- 11) Delegación de la tribu de Banu Fazara.
- 12) Delegación de Nayran. Los habitantes de esta región situada entre La Meca y el Yemen eran cristianos antes de abrazar el Islam.
- 13) Delegación de Banu Hanifa. De esta tribu surgiría más tarde Musailama el Mentiroso, el cual se arrogaría el estatus de profeta. Más tarde, moriría en la batalla de Yamama de manos de Wahshi, el mismo que matase a Hamsa y luego se arrepintiese abrazando el Islam.
- 14) Delegación de la tribu de Banu Amir Ibn Sa'sa'a.
- 15) Delegación de la tribu de Tayib.
- 16) Delegación de la tribu de Tay.

Esto hizo de Medina la majestuosa capital de los árabes y extendió su influencia hasta el último rincón de la Península Arábiga sin que ningún árabe beduíno o ciudadano pudiese evitar el estar atento a ella. No todos los nómadas aceptaron el Islam con total sometimiento. Sin embargo, los que habitaban La Meca, Medina y Zaquif y numerosas tribus del Yemen y Bahrain abrazaron el Islam con fuerza.

CAPITULO XXVII

LA PEREGRINACION DEL ADIOS

Nos encontramos ahora en los últimos meses del décimo año de la Hégira, la histórica fecha que señala la emigración del Profeta a Medina, después de permanecer más de trece años en la Meca, en donde luchó lo indecible por dar a conocer el mensaje que Dios le iba transmitiendo.

Considerando que las labores de prédica y difusión del Islam habían concluido en su casi totalidad, podemos decir también que los cimientos de esta nueva sociedad estaban en estos momentos definitivamente consolidados, teniendo en cuenta el gran desarrollo y los profundos cambios que afectaron a todos y cada uno de sus aspectos y conceptos, girando de un modo permanente alrededor del reconocimiento absoluto de la unicidad de Dios y de la sumisión voluntaria de libre albedrío ante la sublime doctrina revelada por el Clemente, el Todopoderoso.

Fue en aquellos días cuando Muhammad comenzó a presentir que el final de su vida en este mundo se acercaba y así se lo hizo saber a varios de entre sus compañeros. Durante la recepción que dispensó a Mu'az ibn Yabal, con motivo del viaje que iba a emprender hacia el Yemen y tomar allí posesión de su cargo como gobernador, el Profeta le dijo: “¡Oh, Mu'az! Tal vez no vuelvas a verme, pues es muy probable que a tu regreso, pases por mi mezquita y allí encuentres mi tumba”

Tras escuchar estas palabras, por sí solas más que reveladoras, Mu'az, muy emocionado, no pudo contener sus lágrimas y desconsolado, rompió a llorar.

No obstante esta premonición y unas semanas más tarde, el Enviado de Dios hizo pública su intención de realizar la peregrinación.

Era a mediodía del mes de Dhu al Qui'da de ese décimo año, febrero del 632 d.C., cuando el llamamiento del Profeta, para que los demás musulmanes le acompañaran en este viaje, no tardó en alcanzar los rincones más lejanos de toda la península arábiga. Miles y miles de devotos creyentes concluyeron, en pocos días, sus preparativos para unirse a Muhammad en esta que será la gran peregrinación. El punto de encuentro no será otro que la propia ciudad de Medina... Hasta aquí, llegarán los peregrinos procedentes de valles y llanuras, de montañas y desiertos con un solo anhelo... una sola esperanza. Todos querían convertirse en fieles testigos de este inmemorable viaje del Profeta, pues esta será sin duda alguna una ocasión única... Ahora, este espiritual acto de culto que es la peregrinación, el quinto pilar del Islam, se establecerá íntegramente bajo la atenta mirada de Muhammad. Se hará, con toda seguridad y gracias a las directrices del Profeta del modo más correcto, para que los musulmanes pudieran aprenderlo y transmitirlo, sin otra variación, de generación en generación.

Las multitudes que iban llegando a Medina fueron acogidas en los millares de tiendas que fueron instaladas para cubrir esta finalidad. El ambiente era indescriptible... Era como si esta vasta extensión de tierra se hubiera iluminado con la deslumbrante luz de Dios... Todos aquellos hombres y mujeres se reunían como verdaderos hermanos, con amor y respeto, unidos por los estrechos lazos del Islam. Se entrecruzaban por las calles de Medina con la sonrisa de la fe en sus labios. Sus rostros reflejaban en todo momento la

certeza de la convicción, la confianza y la alegría de haber conocido y elegido el auténtico y sublime sendero de Dios.

Aquel sábado, 25 de Dhu al Qui'da -21 de febrero del 632 d.C.- el Profeta iba ultimando sus preparativos para la peregrinación. Se bañó y perfumó y poco después de realizar la oración del medio día (Dhuhr), se encaminó hacia la Meca acompañado por sus esposas y seguido por una gran multitud, compuesta por más de cien mil personas. Después de media tarde, Muhammad alcanzó la localidad de Dhu Al Hulaifa, en donde hizo la oración de Asr. Acto seguido, dio sus instrucciones para que los peregrinos tomaran descanso, pasando allí mismo la noche. Al día siguiente y antes de amanecer, el Profeta dijo a sus compañeros: "Por la noche me fueron reveladas las siguientes palabras: **¡Reza en este bendito valle! Y, haz el Umra a la vez que la peregrinación**".

De este modo y, antes de abandonar aquella localidad, el Profeta se dispuso a cumplir con los requisitos del "Ihram" o estado de sacralización. Poco antes de realizar la oración del medio día, se bañó y su esposa Aícha le perfumó con almizcle, dejando sus cabellos y barba brillando por el reflejo del perfume. A continuación, se colocó el Izar y el Ridá (indumentaria compuesta por dos piezas de tela blanca). Con el Izar se rodeó el cuerpo desde el vientre hasta las rodillas y, con el Ridá se cubrió parte del hombro izquierdo, la espalda y el pecho. Poco después, rezó dos rak'as de Dhuhr y manifestó su intención de realizar Al Quiran, o sea de cumplir, al mismo tiempo, con los ritos del Umra y la peregrinación.

En aquellos momentos, todos los pensamientos de Muhammad se encontraban dedicados a este sublime y espiritual acto y, desde el primer instante en que ordenó a los peregrinos proseguir la marcha hacia la Casa Sagrada, comenzó a proclamar con su devota voz y con toda su alma y su corazón:

“¡Henos aquí Señor! ¡Henos aquí Señor!, respondiendo obedientes a tu llamada.”

“¡Henos aquí Señor! Tu que no tienes copartícipe alguno. ¡Henos aquí Señor!, respondiendo obedientes a tu llamada.”

“Que las alabanzas y las bendiciones sean para Ti así como toda nuestra gratitud.”

“¡Señor! Henos aquí obedientes, respondiendo a tu llamada.”

Todos los peregrinos iban repitiendo estas palabras, llenos de fervor. Los ecos de sus incesantes alabanzas a Dios retumbaban en los horizontes y el propio cielo vibraba con los sinceros rezos de estas almas pías.

Durante el camino, Muhammad daba sus oportunas instrucciones con el propósito de ofrecer a la multitud algún que otro merecido descanso, tiempo este que era aprovechado también para realizar las oraciones que el Profeta dirigía personalmente en las distintas mezquitas levantadas en el recorrido.

Cuando esta impresionante e igualitaria manifestación humana alcanzó la localidad de Saref, a medio camino entre Medina y la Meca, el Profeta explicó a sus compañeros:

“Aquel de entre vosotros que no haya preparado animal alguno para la inmolación, realizará únicamente el Umra, mientras los que cumplan con este requisito deberán llevar a cabo el ritual completo de la peregrinación.”

Hecha esta advertencia y, después de un breve descanso, la multitud continuó su marcha al son de sus plegarias:

“¡Henos aquí Señor!... Respondiendo obedientes a tu llamada!...”

El sábado día 3 de Dhu al Hiy'a -29 de febrero del 632 d.C.-, los peregrinos alcanzaron la localidad de Dhu Tawa y, allí fue avistada la Meca. Al día siguiente, Muhammad y sus compañeros se encaminaron hacia la ciudad acudiendo, en primer lugar, a la Sagrada Mezquita donde realizaron el Tauaf, dando siete vueltas (circunvalaciones) alrededor de la Ka'ba. Las tres primeras vueltas fueron recorridas con paso ligero y las cuatro restantes con marcha normal. Una vez cumplido este rito, el Profeta se trasladó al lugar donde se hallaba la tumba de Abraham, con el propósito de rezar una plegaria de dos rak'as. A continuación, se dirigió al montículo de Al Safa, llevando a cabo el ritual del Sa'y, entre los dos montículos de Al Safa y Al Marua, conmemorando de este modo aquellas rápidas caminatas que Agar, la esposa de Abraham, recorrió entre las dos citadas colinas en busca de agua para el pequeño Ismael, más de veinte siglos atrás.

Por la tarde, el Profeta se marchó hacia la zona alta de la Meca. Y en Al Hayun tomó un breve pero merecido descanso en una tienda instalada para su exclusivo uso personal. Allí, volvió a recordar a los musulmanes sus anteriores instrucciones, pues aquellos que no tuvieron animales para el sacrificio, deberían dar por finalizada su propia situación de sacralización, una vez hayan cumplido con el Umra, y por consiguiente habrán de vestirse de nuevo con ropas normales.

No obstante estas claras indicaciones del Profeta, muchos musulmanes se mostraron indecisos. Incluso vacilaron en cumplir con las órdenes de Muhammad, lo cual provocó su natural preocupación y un disgusto que era bien visible en su rostro. Al entrar de nuevo en la tienda, A'icha le preguntó acerca de lo sucedido. El Profeta, una vez le haya explicado la situación, le comentó: “Si supiera lo que iba a ocurrir no me hubiera traído animales para la inmolación. Y, en su

caso, me habría cambiado de indumentaria, finalizando así mi estado sacro”.

Muy pronto, las palabras del Profeta llegaron al conocimiento de sus compañeros y, sin perder tiempo, los musulmanes aludidos con este comentario acataron las instrucciones antes citadas, cumpliendo perfectamente con los ritos del Umra y al volver a vestirse con sus ropas habituales dieron por terminado su estado sacro.

El jueves día 8 de Dhu al Hiy'a -5 de marzo del 632 d. C.- llamado día de Al Tarwia, Muhammad se trasladó a Mina, en donde pasó el resto del día y rezó las cinco oraciones establecidas, permaneciendo allí hasta la madrugada siguiente. Más tarde, se dirigió al monte Arafat. En su recorrido, y a medida que ascendía por la montaña, el Enviado de Dios se veía cada vez más rodeado por un creciente número de miles y miles de peregrinos que le acompañaron hasta llegar a Námira, en donde tomó un breve descanso en la tienda que sus propios compañeros habían instalado. A media tarde, el Profeta cabalgó de nuevo alcanzando, en poco tiempo, el valle de Urana. Fue precisamente allí donde Muhammad, montado todavía en su camella, dirigió su histórico discurso a toda la humanidad. Ante más de ciento veinticinco mil peregrinos, Rabi'a Ibn Umayya, con su viril y potente voz, repetía frase a frase lo que el Enviado de Dios iba pronunciando.

EL DISCURSO DE LA DESPEDIDA

VIERNES 9-12-10 D.H. / 6-3-632 D.C.

Después de alabar y mostrar su profunda gratitud a Dios, Muhammad dijo:

“¡Oh, humanos! Escuchad bien mis palabras, pues no sé si me hallaré otra vez entre vosotros, en una ocasión semejante a esta en el futuro;

¡Oh, humanos! Vuestras vidas y vuestros bienes son tan sagrados e inviolables entre vosotros, como lo son este día y este mes y lugar, hasta que estéis en presencia de vuestro Señor, cuando juzgará vuestras obras.

Quien quiera de entre vosotros que fuese depositario de algún valor, deberá devolverlo a su legítimo dueño. Además, queda derogado cualquier contencioso relacionado con la época de la ignominia. Asimismo, queda abolida la usura, no obstante, se os garantizan vuestros capitales. De este modo, no seréis injustos ni tratados injustamente. Dios ya dictó Su sentencia de prohibir la usura. Y, en esta ocasión, proclamo que los intereses debidos a Al Abbas Ibn Abd Al Muttaleb (tío del Profeta) están completamente anulados. También los derechos relacionados con homicidios cometidos en aquella misma época quedan derogados. El primero de estos derechos es el correspondiente a la indemnización por el asesinato de Ibn Rabi'a Ibn al Harez Ibn Abd Al Muttaleb (primo de Mubammad)."

"¡Oh, humanos! Satanás ha perdido toda esperanza de volver a ser objeto de adoración en vuestra tierra. No obstante, él estaría muy satisfecho con que cometieráis faltas que vosotros mismos consideráis como insignificantes. Preveniros pues de él y salvaguardar vuestra religión."

"¡Oh, humanos! Alterar el orden de los meses sagrados es una prueba evidente de infidelidad a Dios. Es un engaño de los incrédulos quienes lo observan un año y niegan su carácter sagrado en otro, con el propósito de convertir en lícito lo que Dios haya prohibido o de prohibir lo que Dios haya declarado lícito. Ahora la cronología del tiempo vuelve a restablecerse tal como lo fue en el día cuando Dios creó los cielos y la tierra. De este modo, los meses suman doce, cuatro de los cuales

tienen carácter sagrado. Tres de estos son correlativos y, el otro es Rayab, consignado entre los meses de Yumada y Cha'ban."

"¡Oh, humanos! Tenéis un derechos con respecto a vuestras mujeres al igual que ellas con respecto a vosotros. Tenéis el derechos de que ellas no permitan el acceso a vuestros lechos a nadie que os desagrade. Así mismos, no deben cometer faltas morales graves y evidentes. Si las cometieran, Dios os concede el permiso de abandonarlas en su lecho conyugal y de castigarlas sin exceso. En este sentido ellas tienen el derecho a ser alimentadas y vestidas decorosamente. Mi instrucción más firme es que tratéis a las mujeres con toda bondad. No olvidéis que son compañeras y huéspedes, y que las habéis desposado bajo la salvaguardia de Dios, y os fue lícito convivir amorosamente con ellas mediante Sus palabras."

"¡Oh, humanos! Tened conciencia de las palabras que estoy poniendo en vuestro conocimiento. Os dejo el sendero más evidente: El Libro de Dios y el ejemplo (Sunna) de Su Profeta. Si sois perseverante en seguirlos y cumplir con ellos, nunca os veréis descarrilados."

"¡Oh, humanos! Escuchad y ponderad mis palabras. Sabéis que el musulmán es un hermano para cualquier otro musulmán; y que los musulmanes son todos hermanos. Así pues, la propiedad de cualquier valor no quedará legitimada, a menos que haya sido entregado por voluntad propia y con agrado por su dueño. Por lo tanto, no seáis injustos con vosotros mismos."

... "¡Dios mío! ¿Habré sido lo suficientemente fiel al transmitir tu mensaje?"

Hemos comentado anteriormente, que a medida que el Enviado de Dios desarrollaba su discurso, Rabi'a lo repetía frase a frase. Incluso preguntaba a la muchedumbre si llegaban a oír y comprender las palabras del Profeta. Al escuchar la última frase, en forma de

pregunta, la multitud aclamó muy emocionada y, desde todos los rincones del valle respondió al unísono:

«¡Sí, sí! ¡Así es y Dios es testigo de ello!»

Fue entonces cuando Muhammad levantó su dedo índice hacia el cielo y exclamó una y otra vez:

“¡Dios mío! Sé testigo. ¡Dios mío! Sé testigo...”

Concluido este histórico discurso, dirigido a toda la humanidad en general y a los musulmanes en particular, el Enviado de Dios se trasladó a Sajarat, y fue allí donde el Arcángel Gabriel le comunicó la última revelación del Sagrado Corán:

«... Hoy os dejo perfeccionada vuestra religión, completando así Mi gracia sobre vosotros y, me satisface haberos elegido el Islam como doctrina y compromiso...»

El Sagrado Corán (5:3)

Al escuchar las palabras de esta revelación, Abu Bakr no pudo reprimir sus lágrimas. Sin duda alguna, llegó a comprender en aquellos instantes que la revelación de este versículo no era sino la inequívoca señal de que el Mensaje Divino se había completado y, por consiguiente, la vida del Profeta estaba próxima a tocar su fin.

Aquella misma noche, Muhammad se dirigió hacia Muzdalifa en donde pernoctó. En la madrugada siguiente, y después de realizar la oración del Fayr, se encaminó hasta el Mach'ar al Haram. En este recorrido, el Profeta pronunció otros breves discursos y respondió, así mismo a varias consultas.

Desde allí, y durante buen rato, se puso a contemplar la Casa Sagrada y los alrededores de la Meca... ¡cuantos recuerdos y cuánta emoción! Durante más de veinte años, día a día, el Profeta iba transmitiendo las enseñanzas que Dios le revelaba, con toda la paciencia y tenacidad y con toda la fe y la devoción que podría poseer su alma...

Eran los sublimes momentos de la culminación de tantos esfuerzos y sufrimientos ...

A continuación, Muhammad partió rápidamente hacia Miná y una vez en al Mihsar apremió a su camella hasta alcanzar el lugar de Al Yamarat. Allí realizó la simbólica lapidación de Satanás, lanzando siete pequeños guijarros, al mismo tiempo que repetía: "¡Dios es el Supremo!"

Finalizado este ritual, se trasladó hasta el Minhar para llevar a cabo el acto del sacrificio, inmolando sesenta y tres camellos, que más tarde se distribuirán entre pobres y necesitados. El resto del ganado, unas cien cabezas, preparado por el Profeta para esta ocasión, fue sacrificado por Alí.

El sábado día 10 de Dhu al Hiy'a -7 de marzo del 632-, día del sacrificio, Muhammad dio otro discurso, en términos parecidos al anterior, pero fue Alí el hombre encargado de repetir sus palabras.

Los días siguientes, el 11, el 12 y el 13 (días de Al Tachriq), el Profeta estuvo en Miná completando, de este modo, los ritos de la peregrinación, al mismo tiempo que aprovechaba cualquier oportunidad para impartir sus enseñanzas y consejos entre los peregrinos. El último día, el trece, regresó a la Meca, haciendo alto en el Jaif, en donde pasó la noche para dirigirse al día siguiente hacia la Ka'ba, dando allí las últimas siete vueltas (Tauaf al Ifada) alrededor de la misma.

Una vez finalizados todos estos actos, el Enviado de Dios decidió el regreso inmediato a Medina, dando por terminada esta inmemorable "Peregrinación del adiós".

CAPITULO XXVIII

HACIA EL COMPAÑERO MAS SUBLIME

Definitivamente restablecida la concordia y la seguridad a lo largo de toda la Península Arábica y, coincidiendo con la conclusión de los actos de la "Ultima Peregrinación" o "Peregrinación del adiós", el Enviado de Dios y sus compañeros emprendieron el camino de regreso, al igual que lo hicieron decenas de miles de peregrinos, a sus respectivos hogares.

Contemplando los horizontes de la realidad histórica, toda la población pudo comprobar, con profundos sentimientos de felicidad, el asentamiento completo de la nueva legislación, la cual constituyó sin duda alguna la culminación de un viejo sueño levantado sobre el esfuerzo irrenunciable durante toda la vida de Muhammad, quien, tras veintitres años de arduo trabajo, unido a incontables sacrificios, consiguió ofrecer su fiel testimonio al compromiso contraído ante el Misericordioso. No fue nada extraño, pues, que aquellos rostros reflejaran la satisfacción y la alegría, volviéndose con sincero agradecimiento hacia el Creador Eterno y Viviente.

No obstante aquellos momentos de exaltado gozo, Muhammad no podía desdeñar los demás factores especialmente influyentes en el desarrollo y la modernización de las diferentes estructuras del estado. Por ello, toma su iniciativa de ampliar aún más la capacidad de autogestión de las extensas regiones en la Península, mostrando su inequívoco deseo de que los diversos asuntos internos fueran

debatidos y resueltos por los respectivos órganos, dentro del marco constitucional islámico.

De igual modo, el Profeta tampoco podía olvidar aquellos pueblos que bajo la férula de Bizancio y Persia —en especial Egipto, Irak y Siria— se encontraban sometidos y privados de su libertad para elegir su futuro, siguiendo un inexorable proceso de unificación y adhesión al Islam.

Los últimos éxitos alcanzados, que eran sencillamente deslumbrantes, lograron sin embargo exacerbar la ambición de algunos personajes que aún conservaban cierta influencia en sus respectivas tribus, instaladas a bien decir bastante lejos del entorno de Medina. Entre aquellos líderes podemos citar a Tulaiha, jefe de los Banu Asad, quien pretendía atribuirse la profecía de localizar una fuente de agua dulce y fresca en la árida región de Nayd, en pleno desierto. Lejos de estas aseveraciones, un buen número de entre los seguidores de Tulahia pereció en la desesperada búsqueda del imaginario manantial.

A pesar de este estrepitoso fracaso, Tulaiha no quiso refrenar su desmesurado afán de protagonismo, que jamás alcanzaría, y se inclinó por levantarse en armas contra la autoridad de Medina, con el vano propósito de recuperar el ínfimo prestigio que aún le quedaba. La rápida intervención de Jaled Ibn Al Walid y su caballería puso punto final a esta intencionalidad de sedición.

El segundo de entre estos siniestros personajes fue Musailama Ibn Zumama, de la tribu Hanifa, el cual optó por rechazar la supremacía del mensaje divino e, incluso, llegó a poner en tela de juicio la ya incuestionable autoridad del Islam y, decidió enviar una carta al Profeta, diciendo:

—”... A mí me corresponde el derecho de participar contigo en las tareas de gobierno. De este modo, la autoridad será tanto nues-

tra como de los quraichitas... Pero, a decir verdad, los quraichitas nunca fueron justos”.

La respuesta de Muhammad, aunque breve, fue por demás precisa y contundente:

–“La tierra pertenece tan sólo a Dios, y la hace heredar a quién El elija de entre Sus siervos. La buena recompensa corresponde únicamente a los piadosos”.

En otro distinto escenario, en el Yemen, encontramos a nuestro otro protagonista, Al Asuad Al A'nsí, cuya influencia comenzó a cobrar tintes de gravedad cuando asesinó al gobernador musulmán en aquella región, culminando su abominable crimen al obligar a la viuda de aquel a casarse con él, además de expulsar los delegados del Profeta en la región yemenita.

No obstante esta peligrosa situación, el pueblo yemenita se alzaría muy pronto en armas, recuperando en poco tiempo su propia libertad, al tiempo que la viuda del asesinado gobernador reaccionaba valientemente, acabando con la vida de Al Asuad Al A'nsi.

Por aquellas fechas y, mientras ocurrían estos sucesos, un hecho especialmente grave vino a ensombrecer el panorama político en el Norte, provocando una crisis de consecuencias históricas: Farua Ibn A'mr, regidor de Ma'an –actualmente dentro de las fronteras jordanas– muere asesinado a manos de los bizantinos a causa de su decisión de abrazar el Islam.

De manera inmediata y, como respuesta a esta vil acción de los bizantinos, el Profeta ordena la organización del ejército musulmán, cuyos preparativos comienzan en los primeros días del mes de Safar, 11.º año de la Hégira (Abril 632 D.C.) designando a Usama Ibn Zaid al mando de esta expedición.

La juventud de Usama, de apenas veinte años, provoca entre sectores de la población una sorpresa y algún que otro comentario, lo que obliga al Profeta a salir al paso de aquellas críticas: "Si estáis ahora impugnando los dotes de mando de Usama, recordad que habéis procedido de igual modo con su padre quien, ciertamente, era muy digno para el puesto, y que figuraba entre los seres más queridos para mí; al igual que lo es ahora su propio hijo".

Después de estas breves palabras, la inquebrantable fe en la certeza de las decisiones del Profeta volvió a reinar en el corazón de aquellos que sentían algún recelo por la corta edad de Usama, y toda la población desecha cualquier clase de prejuicio, iniciando una progresiva e irreversible identificación con el nuevo comandante en jefe de las fuerzas musulmanas que ya había recibido órdenes expresas de Muhammad de que tendrá que dirigirse a Palestina, con el decidido objetivo de acabar con las agresiones bizantinas.

De este modo, el grueso del ejército se agrupa en la localidad de Al Yurf, sita en las proximidades de Medina, con el propósito de completar su equipamiento y preparación, pero, las noticias de la repentina enfermedad del Profeta obligan a Usama a paralizar, de momento, el ya citado proyecto.

Volviendo unos meses en el tiempo, recordemos las palabras de Muhammad en la Peregrinación de la despedida: "¡Oh, humanos! Escuchad bien mis palabras, pues no sé si me hallaré otra vez entre vosotros, en una ocasión semejante a esta en el futuro". Así mismo y en el punto de A'qaba, dijo: "¡Aprended de mí los rituales de la peregrinación! Pues es posible que no la realice después de este año".

También en los últimos días de la peregrinación, fue revelado el último versículo coránico:

«... Hoy os dejo perfeccionada vuestra religión, completando así mi gracia sobre vosotros, y me satisface haberos elegido el Islam como doctrina y compromiso...»

El Sagrado Corán (5:3)

Todos estos sucesos constituyen, con toda seguridad, los preludios de lo inevitable. ¡Se aproximaba la muerte de Muhammad!

En la primera semana de Safar del décimo primer año (última semana de Abril 632 D.C.), el Profeta se encamina hacia el monte de Uhod, en donde llevó a cabo oraciones y súplicas en un tono que dibujaba el semblante de alguien que deseaba despedirse tanto de los vivos como de los muertos. Acto seguido, regresó a la mezquita y subió al púlpito y, se dirigió a sus compañeros allí presentes para hablarles con estas palabras: “Me encuentro al borde de la muerte, y soy testigo sobre vosotros; ¡Por Dios! Estoy contemplando ahora mi fuente de agua en el Paraíso. Así mismo, se me entregaron las llaves de los tesoros de la tierra y, os digo que juro por Dios que no me entraña duda alguna acerca de vuestra fe, ni tengo preocupación de que os convirtais en politeistas; pero si que me apena que compitáis por estos tesoros”.

El 14 de Safar, 11.º D.H. (10 de Mayo 632 D.C.), el Enviado de Dios acudió al cementerio de Al Baqui', allí elevó encarecidas suplicas a Dios pidiéndole el perdón para todos los muertos allí enterrados y, dijo: “La paz sea para vosotros, moradores del cementerio; Que seáis felices con lo que disfrutáis... Pues las sediciones se aproximan tal y como lo hace la oscuridad de la noche, en donde su final es peor que su principio... Pronto seguiré vuestro sendero”.

El lunes 29 de Safar, 11 D.H. (25 de Mayo 632 D.C.), El Profeta asiste a un funeral en Al Baqui', y en el camino de regreso se siente aquejado de fuertes dolores de cabeza, mientras que la fiebre se

hacía insoportable. Días más tarde, la virulencia de la enfermedad era patente; y, consciente de su gravedad, Muhammad pregunta a sus esposas: "¿Dónde me encontraría mañana?" Esta alusión fue inmediatamente comprendida por ellas y le conceden permiso de instalarse donde más le gusta. De este modo, se le traslada apoyado por sus primos Al Fadl Ibn Al Abbas y Alí Ibn Abu Taleb a la casa de A'icha, en donde se instala durante la última semana de su vida.

A'icha no dejaba de recitar versículos del Corán además de otras súplicas aprendidas del propio Enviado de Dios, pasando su mano sobre el cuerpo del Profeta en busca de bendición.

La mañana del miércoles, cinco días antes de su fallecimiento, Muhammad sufre tremendos accesos de fiebre y pide que le sea aplicado un baño de agua fría, lo cual le alivia considerablemente. Consecuencia de ello, se traslada a la mezquita y se dirige desde el púlpito a la muchedumbre que allí se había reunido: "... No toméis de mi tumba una estatua en donde rendís culto..." Acto seguido, dijo: "Si aquí se encuentra alguien que le haya azotado, aquí tiene mi espalda para desquitarse; y, si alguien se haya sentido ofendido por algo que yo haya dicho, aquí me tiene también para desquitarse".

Momentos más tarde, bajó del púlpito para rezar la oración del medio día y volvió para continuar con su discurso: "Os pido que tratéis a los Ansar con toda bondad, pues son los más queridos para mí; ellos han ofrecido y entregado todo lo que debían entregar, y es el momento de que reciban lo que les corresponde. Así que aceptad sus bondades y perdonad sus faltas... Os anuncio que Dios ofreció a uno de entre sus siervos la elección entre disfrutar de lo que le guste de la vida o estar a Su lado, y la elección fue la de estar al lado de Dios..."

Mientras que el Profeta pronunciaba estas palabras, Abu Bakr lloraba desconsolado... Sabía perfectamente que el Profeta se refería a sí mismo.

A pesar de todo, las palabras de Muhammad generan un clima de optimismo en que había superado el trance. Sin embargo, su extrema debilidad era visiblemente evidente. El esfuerzo derrochado con esta última visita a la mezquita parece haber quebrantado seriamente sus escasas energías y se ve obligado a retirarse a su propia casa para descansar.

El jueves, ante el grave deterioro de su estado, el Enviado de Dios asigna a Abu Bakr la misión de dirigir las oraciones colectivas. Esta decisión fue la clara indicación de quién debería ser su sucesor.

El Sábado, durante una breve mejoría, el Profeta dirige por última vez la oración colectiva en la mezquita y, al día siguiente –Domingo– concede la libertad a unos esclavos y distribuye los últimos siete dinares que aún tenía entre los pobres... Además, regala sus propias armas al ejército. Mientras tanto, A'icha –en aquella noche– pedía prestado a su vecina un poco de aceite para utilizarlo en la única lámpara que tenía. Incluso, el escudo del Profeta se encontraba hipotecado con un judío como fianza de una pequeña cantidad de maíz.

A primeras horas de la mañana del lunes, Muhammad llama a su hija Fatima y le susurra algo al oído y ella llora con amargura: su padre le estaba anunciando su inmediata muerte. Momentos más tarde, le susurra otra cosa y ella sonríe alegremente: su padre le comunicaba que ella sería la primera, de entre sus familiares, en seguir la misma suerte.

Los dolores se incrementaban por momentos y Fatima se lamentaba: “¡Ay! ¡Cuanto dolor sufres, padre!” Pero el Enviado de Dios responde: “¡No habrá, después de hoy, más dolor para tu padre!”

A media mañana, Mahammad manda llamar a sus dos nietos Al Hasan y Al Husein, les besa y pide que se les trate con cariño. Sus últimas palabras para sus esposas eran de consejo, al tiempo que recomendaba a todos los musulmanes ser perseverantes en sus oraciones y bondadosos con las mujeres.

LA AGONIA

Aquel 8 de junio del 632 D.C. era un día en extremo caluroso y la agonía se encontraba en su dramático tramo final. A'icha, consciente de esta fatídica gravedad, acoge al Profeta en su propio regazo cuando Abdel Rahman -hijo de Abu Bakr- hace acto de presencia con un cepillo de dientes (siuak) en la mano ...Muhammad miraba aquel siuak una y otra vez y, A'icha comprendió que quería utilizarlo y se lo acercó... y, en su intento de paliar la intensidad de la fiebre, Muhammad solicita un jarro de agua fría con el que refresca las manos y se humedece el rostro. Este frescor parece que le aporta algunos momentos de lucidez, y dice: "No hay otro dios que el Dios Unico ... Parece como si llegara la embriaguez de la muerte ...". Momentos más tarde, la vista del Enviado se dirigía hacia el techo mientras pronunciaba sus últimas palabras: "¡Díós mío! Junta-me con aquellos a quienes has concedido Tus bendiciones, los Profetas, los Veraces, los Mártires, y los Justos bondadosos. ¡Señor! ¡Perdóname y ten misericordia de mí. ¡Señor! ¡Con el Compañero más sublime! ¡Con Dios en lo más alto!"

El regazo de A'icha constituyó para el Enviado de Dios su último refugio en este mundo.

Poco después, la noticia del repentino fallecimiento del Profeta coge por sorpresa al pueblo musulmán que se niega a dar crédito al luctuoso suceso.

La conmoción llega a tal punto que Umar, uno de sus compañeros más próximos, llega a proclamar: "algunos hipócritas pretenden que el Profeta de Dios, la paz y la bendición sean con él, ha muerto. Por Dios os juro que no es así. Ha acudido al encuentro con su Señor, al igual que antaño lo hiciera Moisés. Así pues, volverá del mismo modo que él. Quien se atreva a difundir falsos rumores sobre la muerte de Muhammad se hará merecedor de ser castigado de forma y manera que esta mano le cercene sus brazos y piernas".

Las recientes apariciones públicas del Profeta y la inminencia de su muerte habían creado un desconcierto de difícil asimilación. Por un lado, los insistentes rumores sobre su óbito y, por otro, las encendidas aseveraciones de Umar asegurando lo contrario, propician este enrarecido ambiente de incertidumbre, en el que se hallan imbricados sentimientos de esperanza y desesperación, a partes iguales.

Pero es Abu Bakr quien viene a clarificar la situación de forma taxativa. Para ello se dirige a la multitud, reunida en la mezquita, con el siguiente mensaje:

"Si habeis estado adorando a Muhammad, sabed entonces que Muhammad ha muerto. Pero si, por el contrario, habeis estado adorando a Dios, tened la certeza de que Dios está vivo y que no morirá jamás."

A continuación, Abu Bakr comenzó a recitar el siguiente versículo:

«Y, Muhammad no es más que un Enviado a quien precedieron todos los Enviados. ¿Acaso, volveríais sobre vuestros pasos si él muriera o fuera asesinado? Mas, quien volviera sobre sus pasos no perjudicará en absoluto a Dios. Y Dios, ciertamente, recompensará a los agradecidos.»

Tras este escueto comentario, la muchedumbre se disuelve convencida de que las palabras de Abu Bakr encierran la inequívoca realidad.

Con el cuerpo del Profeta aún caliente, y a falta de su proverbial consejo, de su enérgica directriz, la comunidad musulmana empieza a experimentar un preocupante trasfondo de disensiones, inestabilidad y agitación.

Dos de las principales facciones que componen el nutrido mosaico islámico –los Ansar y los Muhayirún– tienden a agruparse en torno a sus respectivos jefes con objeto de asumir el liderazgo que el Enviado de Dios ha dejado vacante.

Ante este conato de disgregación que hubiera podido dar al traste con uno de los más hermosos sueños de Muhammad, Umar y Abu Bakr se ven obligados a intervenir a fin de reconducir esta peligrosa situación.

Tras reunir a los representantes de estas dos facciones, Umar, siguiendo la voluntad del Profeta, proclama su lealtad y sumisión hacia Abu Bakr, induciendo al resto de los presentes a obrar en el mismo sentido.

Por fin, disipadas las diferencias, toda la población juramenta su lealtad y cumplimiento de las doctrinas marcadas por el Profeta.

A partir de este punto, tan sólo restaba dar tierra a su cuerpo. Una tarea aparentemente sencilla y que, sin embargo, suscitó disconformidades en torno a la idoneidad del lugar en que debería ser inhumado.

Después de un breve intercambio de opiniones, la solución vino otra vez de la mano de Abu Bakr, quien aseguró haberle oído al Enviado de Dios decir, que los Profetas deberían ser enterrados allí donde fallecieran.

Unánimemente fue aceptada la sugerencia, por lo que se iniciaron los preparativos del funeral de forma inmediata.

Profundamente conmovidos, los musulmanes fueron dando su último adiós al cuerpo yacente de Muhammad. Ahora, ese pueblo que había sido acaudillado durante tantos años por un hombre vinculado a una fe ilimitada en el Creador, una figura de proporciones sobrehumanas que consiguió homogeneizar bajo una misma identidad, el Islam, una gran diversidad de tribus y clanes, se enfrentaba por sí mismo al propio porvenir.

Una vez finalizadas las exequias, Abu Bakr dio orden de que el ejército se dispusiese a caer sobre al-Cham, tal y como estaba proyectado con anterioridad. Veinte días después de haberse iniciado, la expedición consigue una rotunda victoria sobre los bizantinos y regresa triunfante a Medina.

Superado este escollo, es el momento de volver los ojos interiormente y valorar en su justa medida la irrepetible herencia espiritual de Muhammad.

La nueva doctrina ha sido cimentada sobre el concepto de la unicidad de Dios. El paganismo o la idolatría se destierran de la sociedad musulmana haciendo de la palabra divina un mensaje de amor para el resto de las civilizaciones. La gran profundidad del legado del Profeta proyecta su fuerza desde la unicidad absoluta del Creador hasta la justicia, la igualdad, la coherencia y la comprensión.

Nosotros, al dejar constancia de nuestra propia incapacidad para ofrecer un tratado más completo y más extenso sobre el Enviado de Dios, con un estilo más correcto y refinado, deseamos que nuestro querido lector haya tenido una oportunidad para contemplar, más de cerca, esta primerísima figura de la historia universal.